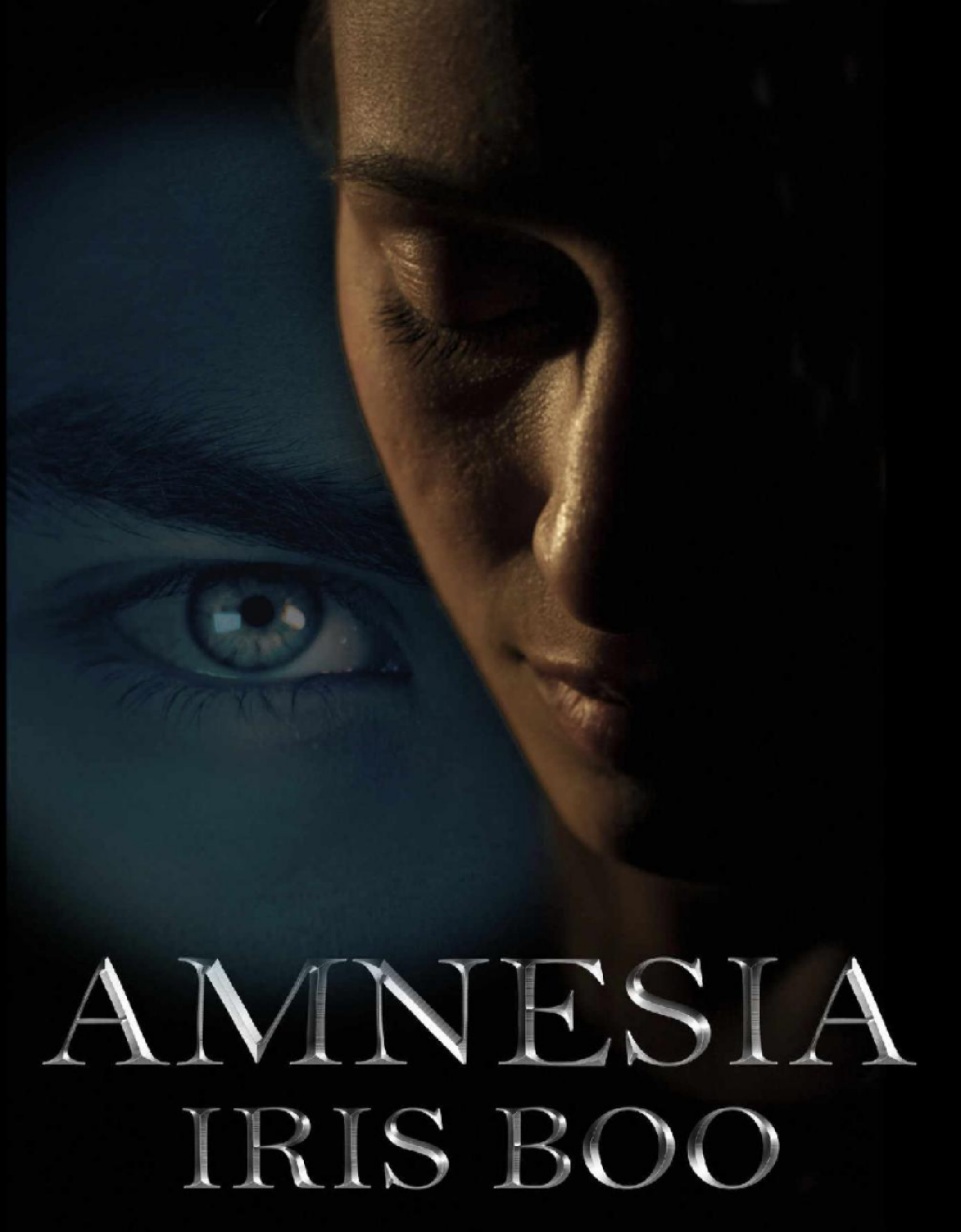

AMNESIA
IRIS BOO

Amnesia

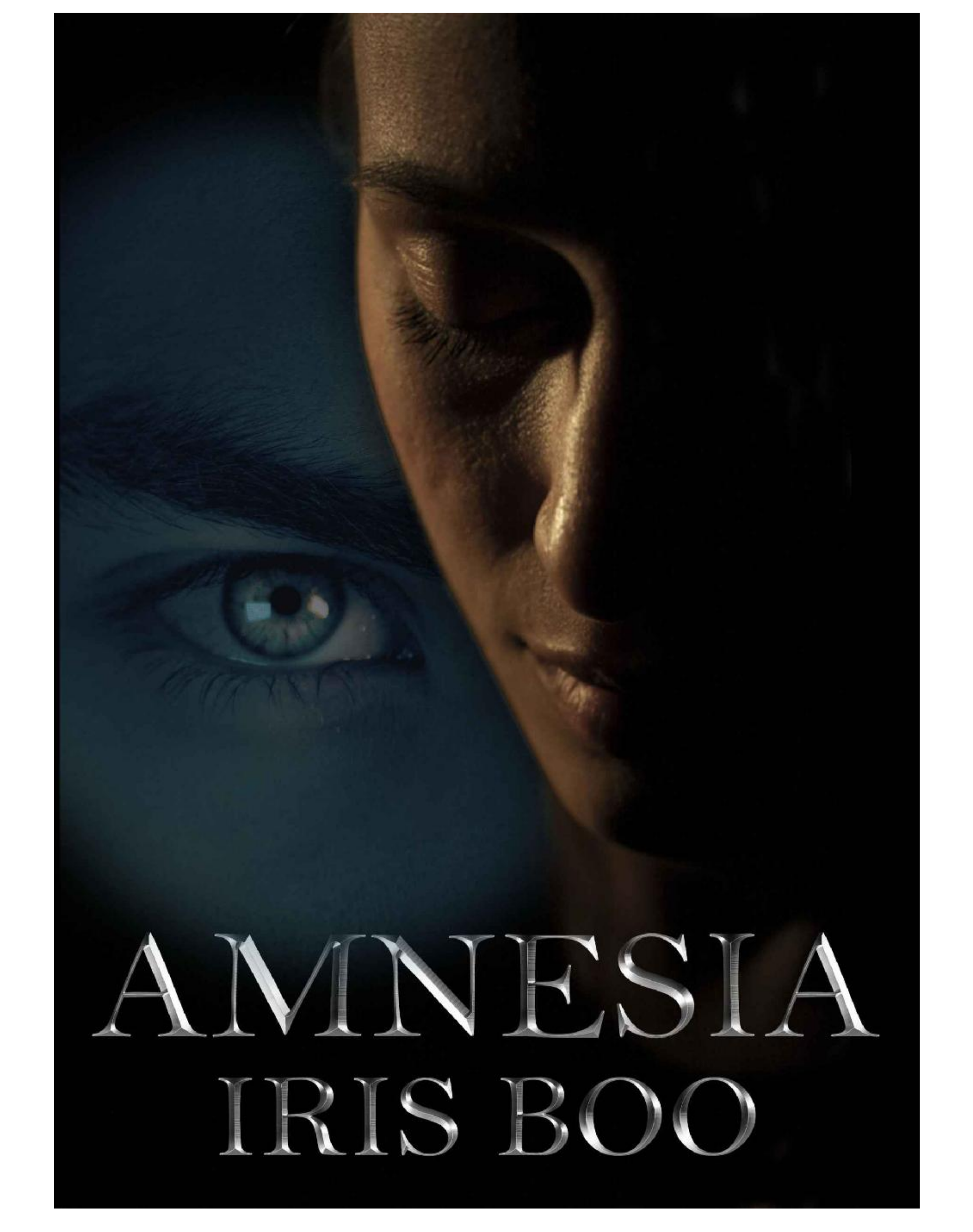
Iris Boo



Introducción

Estos personajes ya aparecieron en "Préstame tu corazón". Pero si es la primera vez que lees sobre ellos, no te preocupes, pues los irás descubriendo al mismo tiempo que la protagonista principal.

Amnesia


AMNESIA
IRIS BOO

Prólogo

Veo luces que se mueven a mi alrededor, están bailando una hipnótica danza que me tiene atrapada. Pero no puedo escuchar la música que siguen, porque algo me presiona los oídos con fuerza. Hay algo que me aplasta, que aprisiona mi cabeza, como una extraña tenaza de la que no puedo liberarme. Me duele, aunque es un dolor sordo que vuelve todo lento y pastoso.

Siento frío en la piel, ¿será la lluvia que cae a mi alrededor? ¿Estoy mojada? ¿Es eso? Pero la lluvia no cae, sube. ¿Qué está pasando? La luz se esconde tras una sombra que se acerca a mí.

—Tranquila, vamos a sacarte de aquí. —Esa voz… La conozco, pero no recuerdo de quién es. Mi cabeza no puede pensar.

La luz vuelve cuando la sombra se aleja. Me siento sola, abandonada.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, trayéndome ecos de dolor de todas las partes de mi ser. Tengo frío, menos en un punto que parece palpitar, me arde. Muevo una mano con lentitud, porque se resiste. Acerco un par de dedos a ese punto en mi sien que me quema, provocándome un pinchazo de dolor insoportable. Hay algo pringoso en mi piel, algo caliente, algo… Gracias a la luz que se acerca desde un lugar remoto, puedo distinguir lo que tengo entre mis dedos: sangre, mi sangre.

Trato de pensar cómo he llegado allí, pero mi cabeza sigue sin querer colaborar. Miro a mi alrededor, o al menos intento girar el cuello para ver mejor dónde me encuentro. Un fuerte mareo casi me hace vomitar, así que desisto. Me tendré que conformar con lo que he visto. Parece que estoy en un coche. Siento la presión en el pecho y mi cintura del cinturón de seguridad.

Sangre, coche… He sufrido un accidente.

—Mi amor, ya estoy aquí. —La silueta que me roba la luz ha vuelto, pero esta voz es diferente. Esta voz es la de la persona que cuidará de mí, lo sé. Él no permitirá que nada malo me suceda, él lo arreglará todo.

Trato de estirar la mano hacia él, pero mi brazo pesa. Entonces me doy cuenta de que mi cuerpo está boca abajo, estoy suspendida en mi asiento, sujeta por los anclajes del cinturón de seguridad.

Escucho algo crujir cerca de mí, algo que se acerca mordiendo el metal con ira. La oscuridad se vuelve más intensa. Tengo miedo, pero su mano toma la mía y dejo de tenerlo. Él me da seguridad, su presencia me reconforta.

—Estoy aquí, mi amor. Todo va a ir bien. —Siento mis lágrimas calientes ascender por mis sienes. «Todo va a ir bien, todo va a ir

bien», me repito.

Cierro los ojos, estoy muy cansada.

—Quédate conmigo, Katia. Quédate conmigo. —Su voz es suave, pero lucho con todas mis fuerzas por obedecer su orden. Aunque no puedo, mis párpados pesan, mi consciencia se rinde. Dejo de luchar, ya no tengo fuerzas.

Capítulo 1

Mi cuerpo está entumecido, algo dolorido. La cabeza me pesa y me cuesta centrarme. ¿Habré cogido una gripe? Paso la lengua por los labios y los noto resecos, tengo sed. Trato de incorporarme, pero me siento demasiado cansada.

Un extraño pitido doble suena no muy lejos de mí, es un sonido mecánico, un sonido que no augura nada bueno. Y ese olor… Huele a desinfectante, pero no a lejía es… ¡Oh!, porras. ¿Estoy en un hospital? Abro los ojos con esfuerzo, porque mis párpados parecen estar pegados. Pero lo consigo, aunque tengo que parpadear, porque hay demasiada luz a mi alrededor.

—Despacio. —Una voz profunda y varonil me habla, haciendo que preste atención a la persona que está a un lado de la cama. Trato de enfocarla, porque todo lo que he visto hasta ahora no es más que un borrón enorme de claridad.

—¿Qué me ha pasado? —Siento como su mano caliente toma la mía.

—Tuviste un accidente de coche. —Mi cabeza se niega a mostrarme ese recuerdo. Lo intento, pero un fuerte dolor en lo más profundo de mi cerebro se empeña en no dejarme pasar. Lo intentaré más adelante, ahora no tengo fuerzas para pelear. Vuelvo a notar los labios resecos. Tengo sed.

—¿Puedo… beber agua? —Mi voz suena rasposa, pero al menos pude hablar. Mi garganta parecía estar algo resentida.

—Claro. —Me acerca un vaso con una pajita, que tomo con ganas —. Con calma. —No sabía que tenía tanta sed hasta que sentí el agua fresca deslizándose por mi esófago—. ¿Mejor? —Me fijo un poco más en el hombre. Sus ojos parecen estar alerta, preocupados.

—Sí. —No me había dado cuenta, pero él ha subido el respaldo de la cama para que estuviese más incorporada y pudiese beber mejor—. Gracias.

—Dime qué más necesitas y te lo traeré. —Necesito…

—¿Han llamado a mi madre? —Todavía no enfoco demasiado bien, pero me parece ver que el hombre arruga el ceño un poco.

—Ahora que estás despierta les avisaré para que vengan. No quise hacerlo hasta poder darles una buena noticia. Tu madre está demasiado mayor como para recibir un susto a media noche. —¿Mayor?

—Quiero a mi madre. —Sonó como un lloriqueo infantil, pero por muy adulta que fuese, cuando uno se siente mal, lo que quiere es a su mami.

—Ya estoy en ello. —Le vi apartarse para llevarse el teléfono a la

oreja—. Sam, trae a tu mujer para acá. Su pequeña ha despertado y quiere verla. —¿Sam?

—Mi padre no se llama Sam, sino Howard, y a él no quiero verlo. —No quería tenerlo aquí, no tenía fuerzas para aguantar sus desplantes. Desde que el cáncer de pulmón empezó a consumirlo, se había convertido en un monstruo de lengua afilada. A veces me daban ganas de mandarlo a la mierda, que él se las apañase solo. Pero era mi padre, el que me había criado con tanto amor que… Verlo tan frágil, tan necesitado, me partía el alma y me hacía imposible dejarlo a su suerte. Pero eso no quería decir que quisiera tenerlo en mi habitación de hospital.

—Katia. Sam y Candy se casaron hace más de veinte años. —Los ojos de ese hombre me miraban con demasiada intensidad, como si tratase de meterse dentro de mi cabeza. No podía sostenerle la mirada, me… me asustaba. Giré la cabeza, buscando otra cosa en la que centrar mi atención.

—Está confundido. Mi padre se llama Howard y es el único hombre con el que se ha casado mi madre. Se han equivocado de mujer, esa Candy no es mi madre. —Me apoyé con los puños para sentarme más erguida y, a ser posible, alejarme todo lo posible de ese hombre. Su presencia era intimidante, parecía envolverte con… Tragué saliva. Él me ponía cada vez más nerviosa.

—Katia. —Su voz salió dulce de sus labios, pero sus ojos… ¡Mierda!, aquellos ojos parecían tragarte en una profundidad azul casi irreal. Eran como los de esos perros de Alaska. Husky, eso era. Tenía los ojos azules de un Husky Siberiano.

—No me llamo Katia. Me llamo Catalina, Catalina Steel. Y quiero que llamen a mi madre. —Por un segundo miré el rostro de aquel hombre otra vez. Parecía asustado. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué me miraba de esa manera? ¿Por qué pensaban que yo era otra persona? ¿Y quién demonios era él? Su camisa era blanca, ahora lo veía bien, pero no llevaba un uniforme de enfermero como creí en un principio, tenía botones. Y aunque le quedaba como un guante, haciendo resaltar unos hombros anchos y fibrosos, no podía dejar de compararlo con un modelo de pasarela, cuando en lo que tenía que pensar era que era un tipo fuerte, de mirada intensa, que intuía podía reducirme en cuestión de segundos.

Algo debió ocurrir en su cabeza, porque de repente se apartó de la cama y se puso a caminar rápido hacia la puerta. La abrió y empezó a gritar; aunque más bien era como si ordenase en voz muy alta. Estaba claro que era un tipo con poder, con mando, y que exigía que sus órdenes se cumplieran de inmediato.

—¡Quiero que venga la doctora Costas, enseguida! —No sabía lo que pretendían hacerme, pero no me sentí segura porque un médico

viniese a verme.

Tomé la sábana que me cubría y la levanté un poco más para taparme con ella. Sé que era una estupidez escudarme en una simple sábana de hospital, pero era todo lo que tenía.

Él se quedó allí, junto a la puerta, observándome en silencio. Me hizo sentir escalofríos, porque me miraba como el tigre que está observando a su presa antes de saltar sobre ella para comérsela.

Una chica joven, de algo más de veinte años, entró en la habitación como un huracán. No llevaba uniforme médico, ni siquiera de enfermera, por lo que supuse que no pertenecía al equipo médico del hospital. Su forma de mirarme me hizo sentir de alguna forma querida. Estaba claro que yo le preocupa, pero no sabía por qué. No la conocía, aunque ella parecía que sí me conocía a mí. ¿Sería alguna compañera del club? No la recordaba, pero no era extraño que llegasen bailarinas nuevas.

—Mamá —escapó de su boca. Era como un deseo, una súplica. ¿Mamá? ¿Pero quién se pensaban que era? Si podría ser mi hermana, no tenía edad para ser su madre, apenas le sacaría un par de años, o puede que yo fuese más joven. No sé, aquellos ojos, parecían tan viejos… ¡Oh, mierda! Volví la vista hacia el hombre de la puerta. Eran idénticos, los dos tenían el mismo color de ojos. Y él… Sí, podría ser su padre. Las canas en su pelo oscuro y las arrugas de su rostro decían que tendría unos cuarenta y pico. Aunque si ella fuese su hija, tendría al menos cincuenta. ¿Un tío? ¿Un hermano mayor? Fuese lo que fuese, estaba claro que eran familia.

—No. —El hombre la retuvo por el brazo para que no se acercase a mí. Ella frunció el ceño ante ese gesto.

—¿Qué…? —quiso preguntar.

—No nos recuerda. —La cabeza de la chica giró bruscamente hacia mí, observándome con el mismo miedo y sorpresa que había visto en los ojos del hombre antes.

—No, no puede… —Ella parecía luchar contra las palabras del hombre y me miraba como si tratase de encontrar a la persona que buscaba donde yo estaba. De alguna manera me sabía mal no darle lo que quería, porque la estaba lastimando, pero yo no era su madre, no podía serlo.

—¿Qué ocurre? —Una mujer con uniforme sanitario y bata blanca entró como una exhalación en la habitación. Su atención fue directamente hacia mí, y creí reconocer una especie de alegría al verme.

—Estás despierta. —Se acercó con agilidad hasta mi cama y empezó a revisarme—. ¿Cómo te sientes? —Con sus dedos me sostuvo la barbilla para girarme la cabeza e inspeccionar algo que parecía estar encima de mi sien izquierda, justo en el lugar que parecía

palpitar y enviaba algún que otro ligero pinchazo al fondo de mi cerebro cuando trababa de pensar, o cuando hablaba, o me movía… En fin, que en ese momento además de confundida por la situación, también estaba aturdida por lo que sospechaba era una herida en la cabeza.

—Me duele —reconocí. Al menos ella parecía saber lo que estaba haciendo. Se giró hacia una especie de gotero y manipuló los controles, enviando algo a mi torrente sanguíneo que empezó a aliviar parcialmente ese dolor. No se había ido, pero en todo caso podía pensar sin sentir que mi cabeza se partiría por la mitad.

—Ha perdido la memoria. —El hombre se había acercado hasta el pie de mi cama. Su mirada estaba otra vez sobre mí, intensa, escrutadora—. No nos reconoce. —Su cabeza se giró en ese momento hacia la doctora Costas, eso ponía en su identificación, y así la había llamado él.

Ella se giró hacia mí con preocupación. Pero enseguida adquirió un gesto serio y supongo que profesional.

—Salid de aquí. He de hacer algunas pruebas. —El hombre y la chica salieron de la habitación sin protestar, pero podía verse en su cara que no estaban contentos con aquella orden.

Sin ellos allí, me sentí más ¿libre? No era esa la palabra, pero sí que me sentí algo más tranquila.

Capítulo 2

—Vamos a hacerlo fácil, ¿de acuerdo? —dijo la doctora Costas.

—Vale.

—Bien. Empecemos por cosas sencillas como ¿cuántos años tienes? —Eso estaba chupado.

—Veinticinco, cumpliré veintiséis en breve. —La doctora alzó una ceja. Lo sé, no estoy en mi mejor momento. Llevo unas semanas alimentándome mal. Ya se sabe lo que dicen, somos lo que comemos, y yo estaba comiendo pésimamente. Así que mi piel estaría grisácea por la falta de vitaminas y proteínas.

—¿Quién es el presidente del país?

—Obama. —No es que me interesase demasiado la política, pero todo el mundo conocía al menos su apellido.

—¿En qué trabajas?

—Doy clases de pilates para mayores en la residencia de la tercera edad *El remanso*, en la 13th. —No iba a contarle que era bailarina en un club nocturno, porque ya sabemos los prejuicios que eso genera. Mentir no había mentido, tan solo había ocultado parte de la verdad.

—¿Vives con tus padres o te has independizado? —Esta doctora se estaba metiendo en lo personal, y eso no me estaba gustando.

—¿Eso importa ahora? —Explicar nuestra situación familiar era complicado. Mi madre no es que nos hubiese abandonado, tan solo tuvo que irse a vivir a otra ciudad porque hubo reducción de plantilla, y la única alternativa al despido era una reubicación a una buena distancia de nuestra casa. Ella seguía enviando dinero, se preocupaba por nosotros, pero hacía tiempo que no la veía. ¿Por qué quería que viniera si estaba tan lejos? Porque tenía una justificación para verla, y porque la necesitaba.

—Modifiquemos la pregunta, ¿dónde vives?

—En la 16 ST, en la parte norte del río. —No era mala zona, allí vivía gente trabajadora sencilla. Escuché un suspiro pesado que escapó de su boca.

—Tengo suficiente. —En ese momento solté un pequeño suspiro de alivio—. ¿Podrías indicarme por dónde queda la 16 ST? —La doctora señaló con la mano la ventana. ¿Quería que me pusiera en pie?

—Eh, sí, claro. —Con cuidado me retiró ese aparatito del dedo y tomó el perchero del que colgaba la bolsa de la medicación que estaba entrando por la intravenosa de mi mano. Siempre he tenido malas venas, qué le voy a hacer.

Me ayudó a mantener la estabilidad mientras caminábamos hacia la ventana. Y tengo que agradecérselo, porque mi equilibrio estaba algo comprometido. El golpe de mi cabeza tenía que haber sido brutal.

Con paso lento, al final alcanzamos el enorme ventanal, apoyé las manos en el alfeizar y miré los edificios frente a mí. Debía estar en una de las plantas altas del hospital, porque tenía una vista espectacular de… Bueno, no había visto nunca Miami desde esta perspectiva, y no sabía en qué hospital estaba, así que era difícil ubicar el norte.

—No consigo ubicarme. Pensé que sería más fácil. ¿Por dónde queda el mar? —Tenía que estar en alguna parte, aunque no alcanzaba a ver el horizonte azul.

—El Atlántico a la derecha y el Pacífico a la izquierda. Aunque lo que queda más cerca es el lago Mead. —Aquello me extrañó.

—¿Trata de decirme que esto no es Miami? —¿Dónde me habían llevado? ¿Algún hospital en el interior?

—Quiero que te fijes en ese edificio de allí y que me digas qué ves. —Giré la cabeza hacia el lugar que me indicaba. Aquello parecía… ¡Oh, Dios mío! Era la torre Eiffel. Más pequeñita de lo que me imaginaba, pero…

—No puedo estar en París.

—En París no, pero sí en Las Vegas. —Volví a mirar por la ventana boquiabierta. Ahora encajaba esa torre Eiffel tan pequeñita y ¿aquello era una noria? No sabía cómo explicarlo, pero sabía que me estaba diciendo la verdad.

—¿Cómo he llegado aquí? —Antes de que ella intentase darme una respuesta, la puerta de la habitación se abrió con un estruendo, dejando paso a una mujer que…— ¿Mamá?

—Oh, cariño. Casi se me para el corazón cuando me dijeron que habías tenido un accidente. —Sus brazos me estrujaron con fuerza, pero no me molestó su brusquedad, ni tampoco a mi maltrecho cuerpo. Lo necesitaba, realmente lo necesitaba.

—Mamá, ¿qué te ha pasado? —Me separé de ella para verificar lo que había visto antes. Ella estaba diferente, estaba…

—¿A mí? Eres tú la que ha sufrido un accidente. —Sus ojos se fueron hacia mi cabeza, mientras sus dedos se quedaron a medio camino de tocar la herida.

—No, me refiero a… Estás más… vieja. —Su pelo era del color perla más brillante, casi diría que blanco. Y aunque sus ropas parecían juveniles, su piel arrugada caía de sus mejillas de una manera diferente a como recordaba. Parecía una mujer de sesenta y muchos. Era mi madre, o realmente lo parecía, pero… No podía ser.

—¡¿Vieja?! —Sus ojos parecían realmente sorprendidos.

—¿Qué te ha pasado? Tu cara está… —No me atrevía a tocarle la cara. Aunque podría ser que me estuviese gastando una broma y todo aquello no fuese otra cosa que maquillaje, como el de las películas. Pero era tan real…

—Arrugada, lo sé. Y es culpa tuya por los disgustos que me das —dijo algo irritada.

—Tranquila, Candy. Ha sufrido un accidente, tienes que contenerte. —La tranquilizó el hombre que había llegado con ella.

—Lo sé, cariño. Pero es que… Esta idiota me está tomando el pelo, cuando lo único que hago es preocuparme por ella. Seguro que lo hace para quitarle importancia a lo que le ha sucedido, pero te juro que cada vez entiendo menos el retorcido sentido del humor que está desplegando en este momento. —¿Humor?

—¿Crees que te estoy tomando el pelo? —pregunté desconcertada.

—Llamarme a mí vieja. Ni que tú fueras una jovencita de veinticinco. —Cruzó los brazos al pecho mientras soltaba un bufido exasperado.

—Es que soy una jovencita de veinticinco. —Repetí las mismas palabras que había dicho ella. ¿De verdad íbamos a ponernos a pelear por eso?

—Oh, Dios mío. —Sus ojos se abrieron de forma exagerada, mientras lanzaba miradas a la doctora Costas y luego a mí—. ¿De verdad cree que…? —Ambas miramos a la doctora para encontrar una débil sonrisa en su rostro.

—Necesita descubrirlo por sí misma. —La cabeza de la doctora se giró hacia mí—. No hay una manera suave de hacer esto, o puede que sí, pero no voy a torturarte esperando a que eso ocurra. —Estiró una mano para señalarme una puerta en la pared frente a nosotros—. Necesitas ir al baño. —No entendí muy bien por qué, pero la cabeza de mamá asentía, así que lo hice. Mis pies me llevaron hacia la puerta, pero no lo hice sola, la doctora me acompañó arrastrando el gotero con nosotras.

Abrí la puerta, miré hacia atrás durante un par de segundos y después avancé con miedo. ¿Qué o quién iba a decirme lo que estaba ocurriendo? Cuando alcé la vista hacia el espejo lo entendí todo. La persona que iba a darme la respuesta que necesitaba era yo misma.

—Oh, Dios. —Susurré mientras levantaba la mano hacia mi propia cara.

La persona que tenía frente a mí, la imagen que me devolvía el espejo, era una Cat que no reconocía. Era como si de repente hubiese envejecido veinte años. Mi pelo era diferente, más corto y de un color un poco más… Bueno, era diferente, aunque no sabría cuánto hasta que me quitase ese maldito vendaje de la cabeza.

Mi cara… Tenía algunos pequeños cortes, incluso podía notar la tonalidad algo violeta de uno de mis pómulos, el del lado de la herida para ser más exactos, pero aquello no era lo que me tenía atrapada. Mis ojos tenían esas arrugas que solo puede darte el tiempo.

Pasé los dedos por cada una de aquellas marcas que antes no tenía,

sobre la piel que ya no parecía tan firme sobre mi rostro, pero no encontré ni un rastro de maquillaje que dijese que lo que veía no era real. Esta era yo, no la que recordaba.

Giré la cabeza hacia la doctora, pero lo hice demasiado rápido, porque un pequeño mareo me hizo tambalearme. Por suerte sus manos estuvieron rápidas y me ayudaron a sentarme en el retrete.

—Yo…

—Lo sé.

—He… he perdido la memoria. —Para mí era la única explicación posible, y por el movimiento vertical que hizo la barbilla de la doctora, ella estaba de acuerdo con ese diagnóstico.

Capítulo 3

Viktor

Me estaban carcomiendo por dentro las ganas de entrar en aquella habitación y… y… Me tiré del pelo, tratando de buscar algo que parecía esconderse allí dentro. Tenía que poder hacer algo, no podía quedarme allí afuera sin hacer nada.

Yo soy el que encuentra solución a todo, el que trama planes imposibles para conseguir los resultados que deseo. Puedo conseguir cualquier cosa de una persona, soy muy bueno encontrando y estrujando su punto débil. Pero con Katia, mi Katia… ¿Qué podía hacer para traerla de nuevo?

Aquel maldito accidente de coche me la había arrebatado. No, no había muerto, pero aquella era otro tipo de agonía que tampoco era fácil de soportar. Ella estaba allí, era mi Katia, pero no me recordaba. ¡Maldita sea!, tampoco recordaba a su propia hija.

—¿Va todo bien? —La voz de Drake nos hizo girar la cabeza hacia él. Antes de que pudiese decir nada, Tasha corrió hacia él para refugiarse entre sus brazos. Sabía que lo necesitaba, mi hija lo necesitaba, pero en ese momento mi cabeza no podía pensar de manera fría, y eso me enfurecía todavía más.

—No nos recuerda —sollozó mi hija contra el cuello de su marido. Su marido, al menos ella todavía tenía a su media naranja allí para sostenerla en momentos como este. La mía estaba al otro lado de aquella puerta que no podía dejar de mirar.

—Volverá a hacerlo, no te preocupes. —Drake fijó su mirada sobre mí, como si aquellas palabras no fueran solo para su mujer, sino también para mí. Y tenía que creerlo, tenía que hacerlo, porque si no me volvería loco.

La puerta de la habitación se abrió en aquel momento, dejando paso a Pamina. Su rostro estaba demasiado serio, y eso no me gustaba.

—¿Es amnesia? —me apresuré a preguntar. Ella asintió.

—Parece que sí. —Esa respuesta no me servía.

—Ya sé que no nos recuerda, pero ¿cuánto ha olvidado? —Mentalmente crucé los dedos, quería que su amnesia no fuese total, necesitaba algo a lo que aferrarme.

—Bueno, cree que tiene veinticinco años y que vive en Miami. ¿Su padre seguía vivo cuando os conocisteis? No recuerdo mucho de esa historia. —No sé cuánto le contaría Katia, pero tampoco necesitaba saberlo.

—Murió poco después de conocernos. —No quería explicarle cómo murió, fue un asunto demasiado traumático como para volverlo a vivir

si no lo recordaba. Y no sería yo el que le dijese que su padre había salido volando por los aires cuando la bombona de oxígeno que siempre llevaba con él explotó llevándoselo a él y a medio apartamento en el que vivían.

—Pues ella cree que sigue vivo, aunque no quiere verlo. —No sabía si eso era bueno o malo, necesitaba más información. Tenía que descubrir que parte de nuestra historia se había borrado de su memoria.

—¿Te ha dado algún dato más?

—Que trabaja en una residencia geriátrica. ¿Eso es importante? —Intenté hacer encajar esa información con los recuerdos que conservaba de aquella época.

—Lo es, muchas gracias. —Miré un par de segundos aquella puerta, pero me negué a dejarme vencer por mis deseos. No podía entrar allí, no podía estrecharla entre mis brazos y decirle que todo se arreglaría. Y no era porque no sería verdad, sino porque ella no me dejaría hacerlo—. Voy a llamar a tu hermano —le dije a Tasha.

—Tampoco le recordará a él. —Los ojos de mi pequeña me miraron como si deseara que aquello que decía no fuese cierto, pero los dos sospechábamos que sería así.

—Tengo que prepararle para lo que se va a encontrar. —Ella asintió. Mis piernas no podían quedarse allí, tenía que ponerme en movimiento, y eso ella lo sabía. Soy un tipo de acción, ¡maldita sea!, no podía quedarme allí esperando sin poder hacer nada.

—Yo me quedaré aquí. —Sus ojos se volvieron hacia Drake, no sé si buscando comprensión o apoyo, seguramente ambas cosas.

—Valentín está con mi madre, no te preocupes. —La mano de Drake acarició la espalda de Tasha de forma reconfortante, o al menos eso pareció, porque ella suspiró más relajada.

—Hasta que recupere a mi madre, ella tendrá que darle todo el cariño de abuela que necesita nuestro pequeño. —Siete meses, mi primer nieto tenía siete meses. Y aunque eso podría hacerme sentir viejo, no me sentía como un abuelo de esos de pelo blanco y bastón. ¡Diablos!, todavía podía destrozar a más de uno solo con mis manos. Solo tenía cincuenta y dos años, me quedaba mucha vida por delante, como mis padres. Bisabuelos y todavía hacían travesuras cada vez que se encontraban en algún lugar escondido.

No podía seguir allí, porque acabaría torturándome hasta la locura. ¿Por qué? Porque volvería a recordar la última vez que Katia y yo hicimos una de esas locuras. O la última vez que subimos las escaleras a toda velocidad para llegar a nuestro cuarto y quemar las sábanas. Sin nuestros dos hijos en casa habíamos recuperado nuestra juventud, éramos de nuevo dos adolescentes consumidos por las hormonas. Y no había sido hacía mucho, apenas dos noches.

—Tienes cara de necesitar golpear algo. —Mi sobrino Anker estaba a un metro de mí, observándome con los ojos entrecerrados, como estudiándome. Odio cuando alguien se comporta igual que yo. Bueno, no lo odio, pero en ese momento sí que lo hacía, o al menos me irritaba, y mucho.

—Porque las tengo. —Mi puño se apretó involuntariamente, realmente necesitaba desahogar toda la frustración que tenía encima, y la mejor manera era destrozando un saco de boxeo—. ¿No tendrás algo por aquí cerca que pueda golpear? —Él asintió sin dejar de mirarme.

—Creo que tengo algo que te puede servir. —Por un segundo sus ojos se desviaron a algún punto detrás de mí. Sabía lo que estaba pensando.

—Aquí no puedo hacer nada y quiero calmarme antes de regresar allí dentro. —Él sabía a qué me refería. No podía volver a la habitación en la que estaba Katia, no podía enfrentarme de nuevo a aquellos ojos que me observaban de forma distante. Dolía más que un cuchillo clavándose en mi carne, y sé de lo que hablo, he pasado por ello.

—Acompáñame. —Seguí sus pasos, pero aceleré los míos para ponerme a su altura—. Creo que la zona de rehabilitación hay algo que te puede servir. —Era bueno tener al director del hospital dentro de la familia. Sobre todo si necesitaba llegar al lugar adecuado rápidamente. Él se conocía todo el edificio mucho mejor de lo que pudiese hacerlo yo. Y eso que soy un retorcido controlador que tiene que conocer todas las posibles vías de huida si la situación se ponía complicada en un momento dado. Le sé, soy un paranoico, el edificio pertenecía a la familia, pero eso no quería decir que cualquier descerebrado pensase que era un buen sitio para matar al hijo del diablo. Tengo una fama que atrae a gente muy peligrosa, y el miedo a las represalias a veces no es suficiente para disuadirlos.

Cuando entramos en el habitáculo del ascensor, mi mente estaba dividida entre regresar a la habitación de Katia para cuidar de ella o seguir a Anker hacia el lugar donde podría liberar mi frustración. Pero sabía que no podía ir con ella, no en aquel estado, porque sin desearlo podía convertirme en un peligro mayor que el que podría suponer un ataque del exterior. Mis hombres, todo un equipo de seguridad, estaban vigilando esa habitación y a mi mujer.

Yo estaba dispuesto a morir por ella, pero no podía dejar de pensar en que mi impaciencia, mi desesperación por hacerla recordar, acabaría entorpeciendo la recuperación. Tenía que darle tiempo para que se sintiese mejor, dejar que tomase confianza con los médicos que podían ayudarla. Y solo entonces, cuando estuviese más tranquila, podría regresar a esa habitación y… y… Me froté la cara con rabia, no

sabía qué iba a hacer. Estaba perdido. Este no era un problema que yo pudiese solucionar, era algo que otros tendrían que hacer por mí, aunque lo que más me preocupaba era que no tuviese solución. No podía perderla, a ella no.

Capítulo 4

Catalina

No podía creer lo que mis ojos estaban viendo en el espejo. Pero a menos que tanto yo como mi madre hubiéramos sufrido una extraña enfermedad que nos hubiese envejecido el rostro, no podía haber otra explicación. Había olvidado cosas, o mejor dicho, había olvidado la mayor parte de mi vida. Aquella chica me había llamado mamá y aquel hombre me había llamado cariño, así que parecía que era madre y esposa,

Al principio pensé que estaban locos, o que me habían confundido con otra persona, pero estaba claro que la que no tenía bien el coco era yo. Amnesia. Levanté la cabeza para mirar a la doctora Costas. Lo había intentado, realmente lo había intentado, pero no encontraba más que vacío.

—Esto no funciona así —me dijo con una triste sonrisa en los labios—. Desearlo no hará que regrese.

—Pero… —Su mano acarició mi espalda como para darme ánimos.

—Solo necesitas tiempo. —No la conocía muy bien, pero creí percibir que se guardaba algo.

—¿Cuánto tiempo? —Ella dejó escapar un largo suspiro.

—El cerebro es todavía un gran desconocido, y no podemos predecir cuándo, ni si será una recuperación completa. —Aquella información me hizo tensarme.

—¿Quiere decir que puedo no recuperar nunca mis recuerdos? —Ella se encogió de hombros.

—Nuestro cerebro es una intricada red neuronal que todavía se está estudiando. Quién sabe lo que hará que la recuperación sea completa. Quizás una vivencia active un recuerdo y eso abra una compuerta por la que acaben llegando todos a la vez. O puede que sea un pequeño flash que surja de vez en cuando. Algunas sensaciones que despierten un recuerdo concreto.

—O puede que no llegue a recordar nada —añadí con pesar. Ella no lo negó.

—No merece la pena preocuparse por ello, lo que vaya llegando será bien recibido. Solo ten paciencia y mientras tanto ve adaptándote a lo que tienes. —Eso era fácil decirlo.

—Ayer estaba en Miami luchando por conseguir unos dólares para comer, y hoy me despierto en Las Vegas casada y con una hija de mi edad. O bueno, con la edad que tenía cuando me acosté.

—Dos hijos.

—¿Qué?

—Que tienes dos hijos, y un nieto de 7 meses. —Era demasiado para mí, así que me rendí, sencillamente me rendí. Mi cuerpo colapsó contra el colchón.

—No puedo con esto —confesé. Su mano acarició mi frente de forma maternal.

—Tranquila, iremos paso a paso.

—Eso es fácil decirlo. —No dije nada más durante unos segundos, hasta que una idea llegó a mi cabeza, una especie de salida, algo que me dijese que el daño no era tan grave. Porque olvidar a tu propia hija era algo muy, muy grave—. Dime que la hija es de él y yo solo soy su madrastra. —La doctora frunció el rostro, confundida.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Supongo que mi marido y su hija son los de los ojos azul hielo. —¿Por qué ese adjetivo? No solo era por la luminosidad del color… la última vez que él me miró, brrr, sentí un escalofrío por todo mi cuerpo. Imponían, no cabía duda.

—Viktor y Tasha. Es imposible negar que son padre e hija. Pero no, ella es tan hija suya como tuya. —A la porra con mis esperanzas. Solté un pesado suspiro.

—Soy una madre de lo peor.

—No digas eso. —La doctora me miraba de manera dulce, como tratando de animarme. Curioso, los médicos no solían conectar de esa manera con los pacientes.

—No me acuerdo de ella. Y si mi hijo entrase en este instante por la puerta, tampoco podría reconocerlo. —Sentía algo presionando mi pecho, pero no llegaban a ser ganas de llorar. No podía echar de menos lo que no recordaba, pero sí que sentía una pequeña angustia.

—Puede que no los recuerdes, pero tu familia está ahí. Todos estamos aquí. —Sentí que me apretaba la mano. Espera, ¿estaba diciendo que ella también era de mi familia?

—¿Tú…? —Traté de buscar su imagen en mis recuerdos, me esforcé, pero fue inútil. Ella seguía sosteniendo aquella sonrisa triste.

—Soy tu sobrina política. —Un nudo se formó en mi garganta casi impidiéndome hablar.

—Yo… —Aunque tampoco es que supiese qué decir, para el caso.

—No te preocupes. Yo mejor que nadie sé lo que estás pasando. —Eso me sorprendió.

—¿Tú también perdiste la memoria?

—No —sonrió—, pero soy médico, y sé cómo funcionan estas cosas. —Señaló mi cabeza con su índice.

—Ah, ya. —Tendría que conformarme con eso.

—No podemos hacer nada para acelerar el proceso, pero sí que puedo ofrecerte una ducha. ¿Te apetece? —Se notaba que quería hacerme sentir cómoda.

—¿Y la herida? —Señalé mi dolorida sien.

—Pondremos un gorrito de ducha, no te preocupes.

—Sí que me apetece.

—Enviaré a una enfermera para que te quite el suero. —Ambas miramos la bolsita que colgaba de la percha, donde apenas ya quedaba líquido—. Después de la ducha te pondremos uno nuevo. ¿Quieres que avise a tu madre para que te ayude? —Mi madre salió cuando la doctora le pidió un momento a solas conmigo. En otra ocasión, la primera en pedir que se quedase habría sido yo, pero todavía la sentía un poco extraña, como si ella no fuese realmente ella, no sé si me entienden. Una cosa es que te digan lo que ha sucedido, lo que tu cabeza sabe que es verdad, y otra muy distinta son las sensaciones que siente el cuerpo. El mío no podía reconocerla con esa nueva imagen.

—Eh… Sí, gracias.

—Puedo decirle a una auxiliar que te ayude si todavía no te sientes cómoda. —Antes de que terminase la frase ya estaba negando con la cabeza.

—Es mi madre, no podría sentirme más cómoda. —Es lo que dije, aunque lo que en realidad pensaba era que me sentiría algo más cohibida con una persona que conocía aún menos. Llámenme tímida, pero a no ser que fuese una causa mayor, prefería no mostrarme desnuda y vulnerable delante de desconocidos.

Lo sé, en el club bailaba casi desnuda delante de docenas de personas cada día, y la mayoría eran hombres que imaginarían hacer cosas muy sucias conmigo. Pero yo estaba a salvo en mi tarima, ellos no podían tocarme. Había una barrera invisible que me mantenía alejada del peligro. Y fuera… Bueno, cuando salía era un misil que no se detenía hasta llegar a casa. Me había convertido en una velocista consumada.

Como decía, no es lo mismo que te observen en la distancia, que dejar que otra persona te vea desnuda y además pueda tocarte. Cuando ocurre eso, estás a su merced, así que tienes que confiar en que no te hagan daño. El médico se supone que no va a hacerlo, aunque eso no significa que me sienta cómoda.

A los dos segundos de que la doctora Costas saliera por la puerta, mi madre entró en la habitación como una exhalación. Parecía como si hubiese estado acechando para poder entrar en cuanto se presentase la oportunidad. Y lo hizo, vaya que lo hizo.

—¿Todo bien? —Su rostro parecía preocupado.

—Dentro de lo que cabe, sí. —Sus hombros parecieron caer.

—Nos tenías preocupados y de los nervios, sobre todo a… —pareció pensar que era mejor no decírmelo—, pero estás aquí, que es lo realmente más importante. El resto acabará llegando, estoy segura.

—Dudó un segundo, pero finalmente se acercó mí para tomar mi mano entre las suyas.

—Sí, estoy aquí. —Como escuché alguna vez: todo tiene remedio, menos la muerte. Así que tenía que aferrarme a eso. Mi memoria no estaba, pero yo sí. Y aunque hubiese perdido la mitad de mis recuerdos, siempre podía hacer nuevos. Todavía me quedaba mucho por vivir. No me importaba repetir algunas cosas, porque para mí, sería de nuevo la primera vez.

Capítulo 5

Viktor

No era lo mismo que golpear un duro saco de boxeo, pero me servía. La maldita máquina de rehabilitación tenía encima más de 100 kilos y mis piernas luchaban para levantarlos. Mis músculos temblaban por el esfuerzo, pero no quería detenerme, no podía. Ya que no tenía a mano algo que pudiese golpear, bien podía llevar mis piernas al límite.

—Viktor. —Giré la cabeza hacia la izquierda, donde Igor esperaba a un par de metros. Sé que él era silencioso, pero normalmente yo mantenía un completo control sobre todo lo que me rodeaba. Que yo estuviese tan desconcentrado no era bueno. Igor lo sabría, porque además de mi mano derecha era mi mejor amigo desde que éramos apenas unos adolescentes. Estaba seguro de que lo había notado, pero prudentemente no hizo gesto alguno al respecto.

—¿Sobre el accidente? —No necesitaba decir más. Le había mandado investigar sobre lo ocurrido con el coche de Katia y seguro que ya tenía algunas respuestas.

Soy un hombre poderoso aquí en Las Vegas, pero ese poder, el tipo de negocios y la gente con la que los tengo, hace que mi vida y la de toda mi familia esté constantemente bajo amenaza. Mi misión es mantenerlos a todos a salvo, y para eso conservo bien firmes los tres pilares que me marcó mi padre: ser el más poderoso, para que los demás me teman y no se atrevan a atacarme; tener a gente leal y muy cualificada protegiéndonos; y el más importante, estar preparado y anticiparme a cualquier ataque. Por muy bueno que sea, tengo enemigos que incluso desconozco y, por lo tanto, no puedo prever todas sus acciones. Y aunque sea un retorcido diablo, siempre habrá alguien que consiga encontrar la manera de hacernos daño.

En este momento estábamos en guerra. Un enemigo inteligente e igual de retorcido que yo había golpeado a nuestra familia. Sus enrevesadas maquinaciones habían metido en prisión a Grigor, convirtiéndonos en marionetas impotentes a todos los demás. Nos había golpeado en un punto astutamente estudiado, demostrándonos que somos frágiles y que no podemos escapar. Encerrar a un muchacho de 17 años en una prisión estatal con los peores criminales que existían nos dejó claro que no tenía ningún tipo de escrúpulo.

Intenté protegerle, si existe un dios sabe que lo intenté, pero no pude hacerlo. Aunque trate de aparentar calma y control, siento que somos patos de feria en espera de que nos derriben con una escopeta. Sea quien sea quien dispare, quiere conseguir un gran premio a

nuestra costa. Lo peor era que ni siquiera sabía lo que querían conseguir.

Y ahora Katia, mi Katia. El círculo se estrechaba, demasiado cerca. Podía esperar que se cebaran en mis hijos, ya que formaban parte del negocio de la familia. Pero Katia… Ella había montado su vida con un negocio totalmente ajeno a nuestras actividades.

—Las pruebas corroboran la simulación preliminar. —Sentí mi pecho siendo liberado de la presión que lo asfixiaba. El accidente de Katia no era algo orquestado, era eso, solo un accidente. Un cúmulo de acontecimientos encadenados que hicieron que el coche acabara dando una vuelta de campana y estrellándose contra el asfalto. Un poste eléctrico que cae, un volantazo para esquivarlo, un suelo demasiado resbaladizo por culpa de la lluvia…

—Entonces el único culpable es la mala suerte. —Me puse en pie para dirigirme hacia la botella de agua que mi sobrino Anker me ofrecía. Podía ver el rastro de esa sombra de alivio en sus ojos, saber que no habíamos vuelto a fallar a la hora de proteger a la familia de la amenaza que nos acechaba.

—Ben no piensa lo mismo. —Suspiré lentamente mientras pensaba qué hacer con eso. Lo malo de trabajar con personas leales y comprometidas, es que se culpan por los fallos que no habían podido evitar. Él había estado al volante de ese coche, y aunque salvó el obstáculo del poste con bastante pericia dadas las circunstancias, no pudo mantener el control del vehículo con el pavimento en aquel estado.

—¿Ya le han dado el alta? —Abrí la botella y esperé su respuesta mientras bebía. No me había desentendido del estado de Ben, era uno de mis hombres, y yo siempre estaba pendiente del estado de todos ellos, eran parte de la familia, pero tenía que reconocer que mi atención se la estaba dedicando totalmente a Katia. Cuando me avisaron del accidente, todo lo demás no es que pasara a segundo plano, es que simplemente dejó de existir.

—Hace varias horas, pero no quiere irse hasta hablar contigo. —Ya sabía lo que iba a decirme, pero al menos le debía esto.

—De acuerdo. —Mi sobrino asintió con la cabeza y sacó su teléfono. Daba gusto que nos compenetrásemos tan bien todos los hombres de la familia. La mayoría de las veces uno podía saber lo que estaba pensando el otro en todo momento.

—Está en la planta de trauma. —La misma en la que estaba Katia. Seguramente pensó que era el mejor lugar para encontrarme, y no se habría equivocado salvo que yo ahora no podía estar donde quería estar.

—Subamos entonces. —Ya me había desfogado bastante, era hora de volver a enfrentarme a la mente vacía de mi mujer. Mi mujer.

Aunque no lo recordase, ella seguía siendo mía.

Deshicimos el camino para regresar hasta la zona del hospital donde estaba una parte de mi familia; mi hija Tasha, mi yerno, mis suegros, mi sobrina, y esperaba que nadie más, porque sería incumplir nuestro protocolo. Nunca jamás, salvo en el hogar familiar, la familia se reunía al completo. Si había un atentado contra nosotros, tenía que quedar alguno para vengar al resto. Solo hacía falta uno, porque un Vasiliev motivado es lo único que se necesita para acabar una guerra. Y no he dicho iniciarla, nosotros no somos así. Pero si alguien dispara primero, ya puede venir con sus asuntos en orden, porque no pararemos hasta verlo muerto, y no somos de los que se toman un descanso.

Estaba a punto de salir del ascensor, cuando Anker se acercó a mí para susurrarme las últimas noticias, las que más necesitaba oír, daba igual que fuesen nimiedades.

—Pamina la ha convencido para que se dé una ducha. La está ayudando su madre. —Apreté los puños. Aquel había sido nuestro plan para esa noche, o más bien mi plan. Quería llegar a casa pocos minutos después que ella, sorprenderla en la ducha que siempre se tomaba después de un largo día de trabajo. Besaría su hombro, ascendería por su cuello y le robaría la esponja enjabonada para ser yo quien la deslizara por su cuerpo. No necesitaba suerte para seducirla y llevármela a la cama, donde le habría hecho el amor con calma. Después, cuando la hubiese dejado relajada y satisfecha, me levantaría para vestirme e irme de nuevo a trabajar. La noche era el momento de las reuniones de negocios.

Todo mi plan se vino abajo cuando entró aquella llamada informando del accidente. Casi se me sale el corazón cuando me dijeron que la señal de emergencia de su coche había saltado. Igor condujo como un loco hacia la localización que marcaba el GPS, apenas nos llevó unos minutos en los que creí que me explotarían los pulmones Cuando llegamos, no pensé, solo salí corriendo como un loco en su busca. El vehículo estaba cruzado en la carretera boca abajo. Ben estaba ensangrentado, le colgaba un brazo de forma antinatural, pero no se quejaba por el dolor, solo llegó hasta nosotros para pedir ayuda. Ella estaba dentro, y estaba herida.

No me moví de allí, ni cuando los bomberos tuvieron que rasgar el metal de su puerta para que los paramédicos pudiesen acceder a ella. Tampoco me separé de su lado mientras la cargaron a la camilla, ni cuando la izaron a la ambulancia, ni cuando viajó en ésta hasta el hospital. Solo lo hice cuando la metieron en el box de urgencias para examinarla, pero aun así me quedé cerca de la puerta. Lancé órdenes a todo el mundo sin perderla de vista. No me separé de su lado, hasta que ella dijo que me había olvidado.

Hui porque no sabía cómo reaccionar. Pero era el momento de regresar, de tomar de nuevo las riendas de todo, de asumir el control de la situación y de recuperar lo que era mío. Katia me recordaría, tenía que hacerlo.

Capítulo 6

Viktor

¿Cómo conseguir que una persona no se sienta culpable por algo que no pudo evitar? Los remordimientos son un hierro candente que te quema el alma. Y sé de lo que hablo, porque me seguía culpando por no haberle asignado uno de los nuevos coches blindados a mi mujer. Quizás el accidente no hubiese sucedido, o no hubiese sido tan grave.

No soy de los que se regodean en los fallos del pasado, en la familia no somos así. Los errores están para aprender, y si no puedes corregirlos, simplemente los asumes y continúas. Pero con Katia no podía, el «y si» seguía torturándome y eso me desestabilizaba aún más.

Ben apareció en mitad del pasillo. Tenía el brazo izquierdo en un cabestrillo, y algunos cortes en el cuello y en la cara, pero su rostro no mostraba dolor, no al menos por las heridas. Parecía estar pesaroso, angustiado, y sabía por qué. En su cabeza se culpaba una y otra vez por lo ocurrido. Él era muy consciente de la responsabilidad que suponía cuidar de la mujer del jefe, y la aceptaba con gusto, por eso le puse ahí. Pero cuando uno falla…

Respiré profundamente mientras repasaba en mi cabeza las palabras que iba a decirle; de alguna manera, también tendrían que servirme a mí.

Cuando me vio avanzar hacia él, sabía lo que había en su cabeza, sabía qué iba a salir por su boca antes de que lo hiciera, podía leerlo en su expresión, en sus ojos. Pero no podía dejar que lo hiciera, tenía que cortar todo aquello de raíz. Así que al llegar hasta él, tomé su mano derecha para estrecharla al tiempo que le aferraba por el hombro con la otra.

—Gracias. —Hablé primero—. He visto las grabaciones. De no ser por la rápida maniobra que hiciste, ese poste eléctrico habría aplastado a Katia. —Pude ver la confusión en sus ojos. Nada como dar datos concretos a una persona para derribar sus argumentos—. De no ser por ti, ella podría estar muerta.

—Yo solo… —Cuando dejas a una persona sin palabras, sabes que has vencido.

—Tómate el tiempo que necesites para recuperarte. Te necesito al cien por cien para cuidar de nuevo de Katia. —Él tardó un par de segundos en asimilar la información, pero cuando lo hizo asintió con firmeza. Golpeé su hombro sano con ese gesto que solemos hacer los hombres para dar ánimos a un amigo, y seguí caminando hacia la habitación de mi mujer. Primer escollo salvado.

—Te estás volviendo un blando —susurró Igor a mi lado. Le miré de soslayo y me encontré su sonrisa orgullosa.

—Soy un feje cabrón, no lo olvides. —Le obsequié mi mejor sonrisa canalla. Solo él podía hablarme de esa manera sin esperar que le rompiera algún hueso y lo pusiera de patitas en la calle, pero es que él no era solo mi mejor amigo, era de la familia.

Al volver la vista hacia la puerta de la habitación, mi objetivo, encontré el rostro conocido de Sam. No tuvimos tiempo de decirnos nada, porque en ese preciso momento salía de la habitación su mujer, la madre de mi Katia.

—No tardo —dijo hacia la habitación de la que cerraba la puerta.

La enorme sonrisa en su cara desapareció al mismo tiempo que sus ojos se volvieron acuosos. El primer sollozo escapó de su interior nada más acurrucarse en el pecho de Sam, el cual la abrazó con delicadeza.

Mi estómago se retorció ante aquella visión, mientras me moría de ganas por preguntar qué era lo que ocurría allí dentro, qué había provocado sus lágrimas.

—Sssshhhh, todo irá bien —trató de tranquilizarla Sam.

—Se que tendría que estar feliz, mi pequeña está viva, pero… —Candy alzó la cabeza buscando la comprensión de su marido.

—Son solo unas magulladuras, Candy. En unos días las heridas estarán curadas. Tu niña es fuerte. —Tendría que recordarles que mi Katia no era ya una niña, era una mujer hecha y derecha, no porque tuviese 49 años, sino porque a sus espaldas tenía una carga que ninguna otra persona podría soportar con la entereza que ella lo hacía. Ser un miembro de nuestra familia no era fácil, había que ser de una pasta especial. No solo lo vi en ella cuando la conocí, sino que me lo fue demostrando día a día desde entonces. Pero no podía decirles que ya no era su niña, porque para una madre sus hijos serás siempre sus niños. ¡Demonios!, a mí aún me cuesta mirar a Tasha y no ver a mi pequeña, y eso que era madre y me había demostrado con fiereza que era toda una mujer.

—Tengo… tengo que ir a la cafetería a por un chocolate. Le he prometido uno bien caliente. —Conocía esa fijación de las mujeres Steel por el chocolate caliente.

—Yo me encargo. —Era mi mujer, era mi obligación satisfacer sus necesidades y deseos, y sabía quién podría ocuparse. No solo porque sabía que lo haría bien, sino porque él necesitaba pedirle perdón también a ella, aunque solo fuese con un gesto tan simple como conseguirle una taza de chocolate caliente. Y si alguien sabía cómo le gustaba el chocolate, a parte de mí y el servicio de casa, ese era quien que pasaba la mayor parte del tiempo pendiente de todos sus movimientos—. Ben. —Alcé la voz para que me oyese. Su cabeza se alzó con rapidez y con un ligero trote llegó hasta mí.

—¡Sí, señor! —se ofreció raudo a cumplir mis ordenes aún sin conocerlas.

—¿Podrías traerle un chocolate a Katia? —La orden lo desconcertó, pero se recuperó rápidamente con una sonrisa.

—¡Sí, señor!

Sonreí internamente, ese era el espíritu que buscábamos en la gente de confianza, en nuestros empleados. Cumplirían con las órdenes, aunque estuviesen heridos y doloridos. Somos la mafia rusa, no hay cabida para blandengues ni cobardes. Aunque tampoco queremos sádicos y degenerados, eso forma parte del pasado. Que puedan disparar a una persona sin vacilar está bien, pero no que su dedo apriete el gatillo a la menor provocación o buscando placer. Es difícil encontrar el equilibrio perfecto; que los demás crean que estás loco no es malo, el estarlo sí que lo es.

Enfrenté nuevamente la puerta. Llegó el momento de cruzarla y ocupar el sitio que me correspondía. Tendría que luchar para recuperarlo, pero no me rendiría. Un Vasiliev pelea siempre, y si lo derriban, vuelve a ponerse en pie una y otra vez, hasta que gana o lo dejan inconsciente. Tomé aire, aferré el pomo, llamé con el nudillo un par de veces y entré. Escuché una vez que es mejor pedir perdón que pedir permiso.

Catalina

La doctora Costas tenía razón, la ducha me vino bien, me hizo sentir de nuevo una persona. Magullada, con dolor de cabeza, pero persona. De alguna manera había recuperado las fuerzas. Podía enfrentarme de nuevo al gran problema que tenía encima: mi memoria o, mejor dicho, la pérdida de esta.

No podía seguir negando que me había quedado atrás, que tenía mucho tiempo que recuperar; aunque seguramente no podría recuperarlo todo. El relato de las experiencias de mi vida no me haría sentir lo mismo que cuando las viví. No es lo mismo sentir en tu propia carne el dolor de una lesión muscular, que el leer en un informe clínico una frase que resuma toda esa experiencia. Solo tú sabes cómo se produjo, solo tú has sentido el dolor desgarrador que sacó la articulación o incluso el hueso de su sitio, y ese remanente doloroso que te acompaña durante un tiempo hasta que la lesión sane del todo.

Y ahí estaba, asumiendo que las personas tratarían de resumir todos estos años en unas cuantas frases, con la esperanza de que las imágenes volvieran a mi cabeza para darle vida a esas historias.

Un par de rápidos golpes en la puerta precedieron a la entrada de un hombre en la habitación. Pero no cualquier hombre, era el mismo que había estado a mi lado cuando desperté, el que me habían

asegurado que era mi marido. No le recordaba, nada en él me era familiar. Tan solo podía apoyarme en las sensaciones que me provocaba en aquel instante, y no eran alentadoras. Aquel hombre exudaba poder, dominio, dureza. Pero lo que me hizo trepar hasta quedar pegada al cabecero de la cama era aquella mirada helada que me hacía estremecer. Era peligroso, como un cazador, un lobo. Aquella mirada te decía que eras su presa y que no podías escapar.

Capítulo 7

Catalina

—No tienes que temerme. —Ya, eso era fácil decirlo.

—Entonces no me mires de esa manera. —Su cabeza se inclinó hacia el suelo, pero pude distinguir una sonrisa en sus labios.

—Nunca tuviste problema para decirme lo que pensabas en el pasado, aunque te intimidase. —Sin perder la inclinación, giró la cabeza para mirarme. Igualito a como hacía Horatio Caine en *CSI Miami*. Pero en él era diferente, era más… electrizante, aunque pretendiese parecer un chico bueno.

—Supongo que eso no ha cambiado.

—Ni quiero que lo haga. No serías tú si te mordieses la lengua. —Eso era todo lo contrario a lo que me decía Rocky, a él no le gustaba que lo desafiara expresando mi opinión cuando no coincidía con la suya. Por esa razón, entre muchas otras, le dejé. Su recuerdo me hizo sentir curiosidad.

—Tengo algunas preguntas sobre personas de mi pasado, pero no sé si tú podrás darme respuestas. —Era mi marido, ¿verdad? ¿Teníamos un matrimonio en el que nos lo contábamos todo? Quizás era un buen momento para averiguarlo.

—Te diré todo lo que desees saber. —Había demasiada seguridad en su voz.

—Puede que no puedas ayudarme, que no sepas de quién te hablo o… —Dio un par de pasos de forma tentativa, como si calculase dónde estaba la línea que no debía traspasar.

—No, Katia. Si deseas saber algo sobre cualquier persona de tu pasado, te lo diré. Si no lo sé en este momento, encontraré la manera de averiguarlo. Tendrás todas las respuestas que necesites. —Su forma de decirlo me hizo tragar saliva.

—Me llamo Catalina, Cat si lo prefieres, pero no Katia. —Noté como se quedó paralizado un segundo, aunque después esbozó una triste sonrisa.

—Es culpa mía. Cuando nos conocimos no pude evitar comparar tu nombre con el de la gran Emperatriz Catalina la Grande. Siempre has tenido una presencia que lo eclipsaba todo. Cuando bailabas en la barra de *pole dance* era imposible apartar la vista de ti. Eras la reina, la emperatriz de toda Rusia, Catalina, Katia.

—Vaya. —No sabía qué otra cosa decir. Este hombre no se quedaba corto poniendo apodos—. ¿Y tú eres el emperador? —Ladeó la sonrisa de forma traviesa, haciéndolo atractivo. ¿Quién lo iba a decir? Yo encontrando atractivo a un madurito de… ¿Cuántos años

tenía? Más de 40 seguro, no me imagino casándome con alguien más joven que yo, así que sería más o menos de mi edad. Tenía que preguntar en qué año estábamos para hacer el cálculo.

—Hay quien dice que soy el rey, pero solo soy el jefe, nada más. —Eso me hizo sentir curiosidad.

—¿El jefe de qué? —Metió las manos en los bolsillos del pantalón y se acercó otro paso más.

—Ahora mismo soy el CEO del *holding* de la familia, así que puede decirse que pillaste un pez gordo. —Sonrió de forma traviesa.

—¿Y cómo una chica como yo consiguió atrapar a todo un partidazo como tú? —Mencionó que me vio bailando en una barra de *pole dance*, así que tenía que haberme conocido en el club.

—Necesité de tus servicios. —Eso sonaba mal, muy mal. ¿Tan bajo había caído? ¿Cuán desesperada era mi situación cuando lo conocí? ¿Me había vendido a él?

—Yo… ¿bailé para ti? —Me costó decirlo. Nunca me imaginé…

—Fisioterapia. —Se apresuró a interrumpir mis pensamientos. Aliviándome—. Tenía una lesión en el hombro. —Se acarició la zona que supuestamente había tratado.

—Ah. —No lo recordaba, así que tendría que fiarme de su palabra.

—¿Sobre quién querías preguntar? —Alcé la barbilla cuando decidí el primer nombre de mi lista.

—Howard, mi padre. —Él se puso serio—. Si mi madre se ha vuelto a casar…

—Murió —me interrumpió.

—¿Murió? —Tenía cáncer de pulmón. Después de tantos años era lógico que lo hiciera. ¿Por qué pregunté?

—Su vicio de fumar lo mató. —Cáncer de pulmón, lo sabía.

—Su cáncer, era de esperar. —Él hizo un gesto extraño con los labios.

—Su bombona de oxígeno voló por los aires mientras fumaba. —¡Wow!

—¡¿Explotó?! —No podía imaginar cómo… Mierda, sí que era posible. Cientos de veces le recordaron que era peligroso acercar fuego a la bombona de oxígeno, pero él pasaba de largo de las recomendaciones.

—Sí. —Algo asomó levemente en mi cabeza, y no era un recuerdo, era una sensación.

—¿Por qué me lo has dicho? —Sus cejas se fruncieron ligeramente.

—Es la verdad —se defendió.

—Ya, pero… No sé, no es algo que necesitase saber en este preciso momento, creo... ¿No te parece demasiado violento para alguien que tiene que recordar ese tipo de cosas? —Sus hombros se alzaron ligeramente durante un segundo.

—¿Preferirías que te lo hubiese ocultado? Puede que cuando lo descubrieras me acusaras de mentirte, y yo nunca he hecho eso. —¡Porras! Su lógica era aplastante y directa, pero falta de todo tacto.

—Podrías ser un poco más delicado al contarme las cosas de ahora en adelante. —Su sonrisa volvió a aparecer.

—Lo intentaré. —Eso tendría que servirme.

—De acuerdo. Así que mi padre murió y yo estaba trabajando de ¿fisioterapeuta para ti? —Volvió a acercarse otro paso, hasta aposentar su trasero sobre mi cama, a la altura de mis pies. Cruzó los brazos sobre el pecho mientras contestaba.

—Tú estabas trabajando en un club como bailarina cuando yo lo compré. En aquel momento estaba volviendo a recuperar la forma física después de una fuerte lesión, y necesité de los servicios de un fisioterapeuta. Necesitaba a alguien de confianza que se desplazase al club para el tratamiento, y a ti te venía muy bien el dinero extra. —Podría ser la trama de una novela romántica.

—Así que ahí empezamos nuestra relación. —Él ladeó la cabeza mientras encontraba las palabras para responderme.

—Más bien teníamos una relación profesional, que se complicó con algo de sexo. Soy irresistible, qué le puedo hacer. —Su sonrisa se volvió diabólicamente caliente. No necesitaba imaginar cómo habría sido esa atracción sexual, y también estaba empezando a ver que era de los que consiguen lo que quieren—. Luego tuve que regresar a Las Vegas para atender otros asuntos de trabajo y te ofrecí acompañarme, como masajista particular. Aceptaste, a la vista está. Y luego… Bueno, puedes imaginarte como acabó la cosa. —No me pasó desapercibida la forma en que se miró el dedo anular y el anillo en él. Estupendo, más miga para la historia rosa. Yo viviendo una historia increíblemente romántica, o eso parecía, y la había olvidado. ¿Y si no era tan romántica? ¿Y si mi subconsciente le había borrado a él y toda esa historia por algún motivo? ¿Era infeliz en mi matrimonio?

—Ahá, así que nos casamos, tuvimos dos hijos y fuimos felices. —Sus cejas se alzaron alertas.

—Lo recuerdas —dijo esperanzado.

—Es lo que me ha contado la doctora Costas. —Su rostro no pudo ocultar la decepción.

—Ah. —Pasaron unos largos segundos hasta que volvió a hablar—. ¿Quieres preguntar por alguien más?

—Pues… —No me atrevía a decir su nombre. En la historia de nuestro romance no aparecía mi ex, eso quería decir que no metió su nariz en nuestra relación. Algo totalmente impropio en él, porque…

—Estás pensando en Rocky. —Sus palabras me hicieron levantar la cabeza bruscamente para mirarle a los ojos.

—¿Cómo sabes que…? —Su forma de mirarme paralizó mi lengua.

—Te estas mordiendo el labio inferior, tienes la mirada perdida y con algo de miedo en ella. —¡Mierda! ¿Era de los que estudian los gestos de las personas para saber lo que piensan? Pues eso asusta más que su mirada directa.

—¿Qué sabes tú sobre mi ex? —No tenía que haberlo preguntado, pero lo hice.

—Que era un acosador enfermo que no asumió que lo dejaras. Nos siguió a Las Vegas después de que le dejase claro que yo cuidaba de ti. Intentó lastimarte, pero por suerte intervino un agente del FBI. Después intentó castigar a mi familia por otros medios, porque ya que no podía lastimarte a ti, lo intentó conmigo, pero le salió mal. Lo último que supe de él es que desapareció de nuestras vidas. He escuchado rumores que dicen que abandonó el país, que sobrevive participando en peleas, pero no me preocupé en averiguar mucho más. Para mí ya está muerto. —Escuchar sus palabras me tuvo en tensión hasta la última de ellas, con la que me sentí de cierta forma liberada.

—No me sorprende. —Sentí su mano apoyada sobre mi pantorrilla, irradiando un calor abrasador sobre mi piel. Aunque había una sábana de hospital entre nosotros, mi cuerpo reaccionó y hasta el último pelillo se me erizó.

—Todo eso quedó atrás hace tiempo, cariño. Ahora tu vida es otra. —Su voz sonó casi dulce, tranquilizadora. Casi me sentí bien, casi.

Capítulo 8

Catalina

Un par de golpes en la puerta interrumpió nuestra conversación. Mi marido dio permiso para que entraran y un hombre con el brazo izquierdo en cabestrillo asomó la cabeza. El pobre tenía un aspecto horrible, como si hubiese… ¡Oh, porras! ¿Podía ser? ¿Él estuvo en el mismo accidente que yo?

—¿Ese es el chocolate de Katia? —preguntó mi marido, después se giró de nuevo con rapidez hacia mí—. Lo siento, no puedo llamarte de otra manera —se disculpó.

—Sí, como a la señora Vasiliev le gusta. —Levantó la taza de cerámica y una pequeña bolsa de papel que llevaba sujeta con los dedos—. Con galletas. —Mi estómago rugió en aprobación.

—Trae aquí. —Mis dedos se flexionaron repetidamente con ansia, urgiéndole a entregarme la comida. El hombre sonrió y dio una pequeña carrera para acercarse y cumplir mi orden.

Tomé la taza entre mis manos, sintiendo el calorcito en mis palmas. Cuando sentía el calor penetrando en cada recodo de mi carne, mis articulaciones tenían un orgasmo de placer. Inhalé con deleite el olorcillo a chocolate. No estaba tan líquido como lo suelen poner en las cafeterías, sino espesito, lo suficiente como para que la galleta se quedara de pie en el chocolate sin necesidad de sujetarla. Era más crema que bebida. Justo como me gustaba. Aquel hombre sí que parecía conocer mis gustos.

—Gracias —dije antes de meterme en la boca una galleta untada con esa delicia.

—Me alegra ver que se encuentra bien, señora Vasiliev. —Su sonrisa parecía aliviada y feliz.

—¿Ibas en el coche conmigo? —pregunté tras engullir mi primera galleta.

—Eh, sí. —Su mirada se volvió algo culpable, sobre todo cuando se giró hacia mi marido—. Yo conducía. —Podía imaginar lo mal que se sentía por ello.

—¿Algún herido más? —quise saber.

—No. Solo los que íbamos en nuestro coche. —Asentí conforme mientras untaba una segunda galleta.

—Bien, entonces nos salvamos todos. —El hombre pareció ser liberado de un gran peso que le impedía respirar con normalidad.

—Sé que todavía es prematuro, pero cuando decida regresar al trabajo, quiero que sepa que estaré ahí para acompañarla. —Miré a mi marido, ¿trabajo?

—Eh… gracias… —Se suponía que trabajábamos juntos, o eso parecía, pero tampoco recordaba su nombre.

—Te avisaré cuando eso sea posible, Ben. Ahora dejémosla descansar. —Ben, así se llamaba, miró a mi marido y asintió conforme.

—Por supuesto, señor Vasiliev. —Se despidió de ambos con un asentimiento de cabeza antes de salir de la habitación.

—No le recuerdo. —Dejé la taza sobre mi regazo. De repente se me había quitado el apetito. Bueno, tampoco es que quedase mucho más por comer, la bolsa estaba vacía y en la taza apenas quedaba gran cosa.

—No le des más vueltas —me tranquilizó mientras retiraba la taza de mis manos—. Puede que con el tiempo nos recuerdes a todos, o puede que no, el caso es que tú sigues aquí. Nosotros sí te conocemos, sabemos cómo eres. Algunas cosas serán diferentes, no voy a negarlo, pero te acostumbrarás a tenernos cerca, aunque tendrá que ser poco a poco. —Alcé la vista hacia su rostro para ver que estaba observando como mi mano tocaba con cuidado la venda que cubría mi herida. ¿Intuía que solo con tratar de pensar en ello me estaba empezando a doler la cabeza?

—Poco a poco —repetí.

—Sé lo absorbentes y abrumadores que pueden ser en mi familia, así que tú marcarás el ritmo. —La visión de aquella tarea me pareció agotadora.

—Necesito descansar. —Me dejé caer en el colchón con lentitud. Él se apresuró a acomodarme la almohada para que estuviese más cómoda.

—Lo que necesites. —Cerré los ojos, esperando que él entendiese que lo que necesitaba era estar sola—. Solo tienes que pedírmelo.

—De acuerdo, marido. —Me habían dicho su nombre, pero mi cabeza todavía se negaba a funcionar como debía.

—Viktor, llámame Viktor. —Cerré los ojos, era mi señal para terminar la conversación.

No escuché la puerta, pero sí el crujido de un sofá. Bueno, no había conseguido líbrame del todo de él, pero tampoco era tan terrible que se quedase cerca. Quizás podría necesitar su ayuda en algún momento, y él había demostrado ser alguien atento y solícito con mis necesidades. Viktor. Mi marido se llamaba Viktor, aunque para mí seguía siendo alguien que acababa de conocer.

Viktor

Había estado en mis labios, pero no lo dije. «Puedes llamarme cariño». Me moría por escuchar de sus labios un «todo va a ir bien, cariño», por sentir sus brazos envolviéndome y calmándome. Ella

podía conseguirlo con ese sencillo gesto. Y lo necesitaba, más que nunca. Suspiré sin hacer ruido y empecé a teclear en mi teléfono, tenía que prevenirles a todos, organizar un nuevo plan para que ella no se sintiera agobiada. No quería perderla por presionar demasiado. Bastante tendría cuando me la llevara a casa, a nuestra casa, a la seguridad que nos daba a ambos.

Quizás volver a un lugar familiar le ayudaría a recuperar los recuerdos, quizás la rutina le ayudaría a coger de nuevo el ritmo. A mí me pasaba. Cuando estaba estresado, solo tenía que ponerme a golpear un saco de boxeo y la cadencia de los golpes me ayudaba a encontrar el equilibrio, a encontrar cómodo mi lugar. ¿Alguien piensa que ser el jefe de la mafia rusa de Las Vegas es algo fácil? No lo era, pero me había acostumbrado a vivir esta tensión. Era mi trabajo, era mi vida, y no lo dejaría porque sabía que nadie podía hacerlo mejor que yo. La seguridad de los míos dependía de ello.

Una a una las respuestas de todos los miembros de nuestra gran familia fueron llegando. Hubo protestas, sobre todo de mi hermana Lena, pero todos aceptaban el que fuésemos avanzando con prudencia. Entendían que una situación como la que teníamos entre manos exigía tacto y cuidado. Con Katia no podía precipitarme, porque un paso en falso podía llevarme al fracaso, y no podía perderla por mi impaciencia, esa no era una opción.

Dejé que mi cabeza se recostara sobre el respaldo del sofá. Estaba cansado, pero no solo por pasar toda la noche en vela. ¿Cuánto tiempo llevaba despierto? Según mi reloj unas veinticinco horas. Pero eso no era nuevo, aunque me estaba haciendo mayor para maltratar mi cuerpo de esta manera.

No, el auténtico cansancio estaba en mi cabeza. Gestionar todo esto era un sobreesfuerzo que me estaba pasando factura. El encarcelamiento de Grigor, el enemigo que acechaba sobre nuestras cabezas… Por primera vez en mucho tiempo sentía como si el suelo que pisaba se convirtiese en arenas movedizas a cada paso que daba. Tenía una gran responsabilidad sobre los hombros, pero la asumía porque es lo que debo hacer.

Y ahora esto. Mi único pilar, la persona que me sostenía para no caer en la locura, de repente había desaparecido, o mejor dicho, se había escondido. La necesitaba más que nunca, necesitaba sus abrazos, sus caricias, que me diera fuerzas con un beso en la frente. Solo ella podía hacerlo, y ahora no estaba. Ahora no podía llegar a casa después de una larga noche de trabajo, meterme en la cama, acurrucarme junto a ella y abrazarla.

Giré la cabeza hacia la cama, donde la respiración acompasada y suave de Katia me decía que se había dormido. ¿Y si podía tomarlo? Ella no se daría cuenta, estaba dormida. Me puse en pie sin pensarlo.

Me tumbé con cuidado junto a ella, y me acurruqué hasta sentir su calor. Su cuerpo se acomodó a mi postura con facilidad, como si me recordara. Y eso me hizo bien, a todo mi ser le hizo bien. Al menos por unos instantes, todo estaba como antes.

Respiré lentamente, cerré los ojos y me dejé arrastrar. Solo un par de horas, dormiría un par de horas, y después regresaría a la batalla. Incluso los diablos necesitan descansar.

Capítulo 9

Viktor

Un golpe en la puerta me sacó de la cama como un resorte. Antes de que la persona entrase, algo que ocurrió dos segundos después, yo ya estaba en pie, listo para defenderme si era necesario. Estaba en el hospital propiedad de la familia, pero eso no quería decir que el peligro no existiera, tan solo era menor. Antes de que un extraño entrase en aquella habitación, tendría que haber pasado por varios filtros de seguridad: el arco detector de armas en la entrada de la planta, los hombres apostados en lugares estratégicos y, por supuesto, la constante vigilancia de los miembros de la familia que estarían, seguro, al otro lado de la puerta. Además de Igor, si no me equivocaba, Tasha, Drake y Anker no rondarían demasiado lejos.

—Buenos días. —La enfermera saludó educadamente, aunque parecía bastante cohibida por verme allí.

—Buenos días. —Comprobé la hora en mi reloj. Apenas había pasado 75 minutos desde que me había quedado dormido, aunque me sentía extrañamente descansado. Todo gracias a mi Katia, solo ella podía darme esa paz para descansar como un bebé.

—La doctora Costas quiere pasar a la medicación oral, ¿puedo traerle algo de comer para ver si su estómago tolera sólidos? —La chica caminaba de uno a otro de los equipos recogiendo la información que había en ellos. Incluso revisó lo que quedaba en la bolsita del suero.

Catalina

—He tomado chocolate hace un rato, ¿eso cuenta como alimento sólido? Yo lo tomo muy espeso y con galletas. —Señalé la taza que descansaba sobre la mesita a mi derecha. La chica se acercó y curioseó.

—Sí, supongo que puede contar. —Alzó la taza en su mano con curiosidad—. ¿Ha tenido ganas de vomitar desde entonces? —Dejó la taza de nuevo en su sitio.

—No, creo. Me quedé dormida después de tomarlo. —Instintivamente giré la cabeza hacia Viktor. Parecía estar ocupado mirando su teléfono como si hubiese algo interesante en él, aunque podía notar que no perdía detalle de nuestra conversación.

—Podemos probar con algo un poco más consistente, ¿qué le apetecería?

—Un sándwich de jamón, queso y huevo. La yema sin cuajar y que asome por una ventana en el pan. —Giré asombrada hacia Viktor, no

solo se había adelantado a contestar, sino que lo que dijo me pareció delicioso, mucho mejor que lo que yo misma hubiese pedido.

—Sí, eso estaría bien. —La chica estaba sorprendida también, aunque la noté algo dubitativa.

—Yo… Veré si pueden hacer algo de eso en la cocina.

—Diga que es un pedido especial para la familia Vasiliev, seguro que no tiene problema. —Lo vi; justo en ese momento la chica dio un respingo y enderezó la espalda.

—Oh, sí… señor Vasiliev. Enseguida lo pido. —No sé si habría terminado de hacer su trabajo en la habitación, pero salió por la puerta como si le quemase el culo.

—Supongo que el apellido Vasiliev es importante aquí —le pregunté directamente a Viktor. ¿Estaba sonriendo? Sí, lo hacía, pero parecía un canalla.

—Debería, viene impreso en el anagrama de su cheque. —¿Quería decir….?

—¿El hospital es…?

—Una de las empresas de la familia —terminó por mí.

—Vaya. —Su sonrisa se volvió arrogante.

—Te dije que estabas casada con un pez gordo.

—Muy gordo —le corregí. ¡Un hospital! Pero ¿cuánto dinero manejaba este hombre?

Pasó un momento de silencio en el que ninguno de los dos dijo nada, lo que me dio tiempo a armarme de valor y hacer la pregunta que más temía afrontar.

—¿Y ahora? —Nos cruzamos la mirada. No sabía cómo, pero él me entendió.

—Supongo que esperaremos a que te den el alta. —Mi pregunta se extendía más allá, pero parecía que él quería que lo preguntase con todas las palabras.

—¿Y después? —Sus ojos se volvieron más oscuros, profundos. Un escalofrío recorrió mi espalda, como si un sentido oculto me advirtiese de algún peligro.

—Iremos a casa. —Ahí estaba, justo lo que temía oír.

—No es mi casa, al menos no por ahora —añadí.

—Lo es. Y no lo digo porque todo lo mío sea tuyo, sino porque es el único lugar donde puedo imaginarte. Tu ropa, tu gel de baño, tu… —Algo se atascó en su garganta, algo que no pudo decir, o que tal vez no debía—. Todas tus cosas están ahí. No existe otro lugar en la ciudad en el que podrías sentirte más cómoda. Y si tienes reparos a compartir casa con un desconocido… —pude notar algo en su mirada, como si hubiese perdido fuerza—, no tienes que preocuparte por ello, es lo sufrientemente grande como para que apenas coincidamos.

—Pero nos veremos en… —No fui capaz de decir la palabra

dormitorio. No podía imaginarme compartiendo cama con un desconocido, no al menos con uno como él.

—Me mudaré a la habitación de invitados, no tienes que preocuparte por eso. —¡Señor!, daba miedo como podía leerme la mente—. Tampoco es que nuestros horarios sean muy compatibles, así que no tendrás que soportarme demasiado tiempo. Piénsalo de esta manera, seremos dos extraños que comparten piso, como dos universitarios en una residencia. —Este hombre me desarmaba con su lógica.

—Dos compañeros de habitación de sexos opuestos —le recordé.

—Ya somos lo suficientemente mayores como para estar por encima de eso, ¿no crees? —Dos adultos inteligentes y racionales. No, suponía que ese problema lo teníamos resuelto.

—Nada de hormonas descontroladas. —Él asintió con la cabeza, complacido.

—Puede que volver a los lugares que conoces te ayude a recuperar algunos recuerdos. —Asentí de acuerdo.

—Eso ha dicho la doctora. —Permanecimos medio minuto en silencio, hasta que él volvió a hablar.

—Supongo que también querrás ir por tu centro. —Fruncí el ceño, o al menos lo hice hasta que ese gesto me provocó dolor, recordándome el punto exacto donde me había lastimado.

—¿Mi centro?

—Eres una mujer empresaria, gestionas un centro de fisioterapia aquí en la ciudad. —No me importó el dolor cuando mis cejas se alzaron desmesuradamente.

—¿Yo? —pregunté estupefacta.

—Yo solo soy el socio capitalista, del resto te encargas tú.

—Vaya. —¡Era jefa!, mi propia jefa. Bueno, socia.

—Y nos va bastante bien, tengo que decirlo. Tienes una buena cartera de clientes. —Le miré recelosa. Los clientes de un centro de fisioterapia solían dejarlo cuando sus lesiones se curaban, no se podía hablar de cartera de clientes. Salvo que trabajásemos para una aseguradora, ya saben, accidentes de tráfico, lesiones deportivas…

—¿Qué tipo de clientes? —Fueron las cejas de Viktor las que se alzaron en ese momento.

—Pues puedo conocer alguno, pero la única que puede conocerlos todos eres tú. —Pareció recordar que en ese momento yo no era una buena fuente para consultar—. Supongo que puedes preguntarle a alguno de tus empleados. Creo que tu encargado se llama Romeo. —Otra sorpresa.

—¿Qué? —Viktor se encogió de hombros.

—Lo sé, a mí también me resultó curioso el nombre. Le gusta bromear y picar a la gente, pero no es peligroso. —Me dio la

impresión de que Viktor se había molestado en averiguar cómo era mi encargado. ¿Sería celoso? «No es peligroso». El que usase esas palabras me inclinaba a pensar que sí.

—¿Y Ben? —Algo hizo que la espalda de Viktor se enderezase.

—Es tu guardaespaldas. —No iba a librarme de aquel maldito dolor de cabeza, era imposible si seguían llegando revelaciones como esa constantemente.

—¿Mi guardaespaldas?

—Soy una persona importante en Las Vegas, toda mi familia lo es. Por eso tenemos que tomar precauciones. —Su forma de decirlo volvió a enviar ese escalofrío por mi cuerpo.

—¿Por si tratan de secuestrarme? ¿Es lo que quieres decir?

—Dinero, fama, voces que resuenan en la cabeza… Hay cientos de motivos por los que una persona puede pensar que es buena idea atacar a nuestra familia. —Su mandíbula se apretó notablemente, al tiempo que sus brazos se tensaban. Viktor luchaba contra algo en ese momento, algo que le hacía desear usar la violencia. ¿Alguien había hecho eso antes? Sentía curiosidad por averiguarlo, pero sabía que no debía preguntar, porque era un tema que causaba dolor. Quizás en algún momento lo recordaría, pero de momento lo dejaría a un lado. No podía entrar en esta familia hurgando en heridas.

Capítulo 10

Viktor

El primer escollo lo había superado: había aceptado regresar a casa conmigo. No le había mentido, era lo suficientemente grande como para no encontrarnos si queríamos evitarnos, incluso lo de nuestros horarios también era verdad. Pero eso no quería decir que yo tuviese intención de echarme a un lado. Pensaba meterme en su vida, iba a acostumbrarla a tenerme cerca, y después… Bueno, tenía tiempo para hacer planes con lo que vendría después.

La puerta de la habitación se abrió sin previo aviso, haciendo que mi cuerpo estuviese a un pálpito de saltar sobre la persona que entraba en ese momento en la habitación. Pero aunque podría haberlo matado de un disparo, sobre todo porque casi nos mata a mí y a mi mujer del susto, no podía reprocharle nada. Adrik se parecía demasiado a mí, era imposible que pudiésemos controlarnos cuando se trataba de ella.

—¡Ay, Dios! —Katia dio un bote sobre el colchón, al tiempo que su cuerpo se impulsaba por instinto hacia atrás. La sábana que aferraba con fuerza no sería una gran defensa si alguien entraba con un arma, pero no pensaba decírselo.

—¿Mamá? —Solté un suspiro mientras trataba de interponerme en el camino de mi hijo. No había querido entender que su madre nos había olvidado, se negaba a hacerlo. Estaba claro que necesitaba algo más que una llamada telefónica para creerlo, necesitaba comprobarlo por sí mismo.

—Yo… —Katia volvió la cabeza hacia mí, antes de volver a mirar a Adrik. Estaba asustada, o mejor dicho, perdida—. ¿Hijo? —Sentí como la tensión en los hombros de mi hijo se esfumaba, él también se había rendido a la evidencia.

—Es verdad —reconoció en voz alta.

—Hay que tomarlo con calma —le recordé, aunque esas palabras no funcionasen con nosotros. Nuestra familia suele hacer las cosas al doble de velocidad que el resto, incluso más rápido en algunos aspectos. No voy a detallarlos en este momento.

—¿Cómo te encuentras? —Podía notar las ganas que tenía de acercarse a su madre, pero Adrik luchó contra ellas como el hombre en el que se había convertido. A veces me asustaba lo deprisa que había crecido.

—Eh… dolorida. —Sus ojos no dejaban de observarle, como si temiese que se acercase demasiado. Aquella sábana debía ser un escudo estupendo.

—Soy la última persona de la que debes tener miedo, mamá. —Él se había dado cuenta del estado de su madre.

—Yo… Es que no te recuerdo, es solo eso. —Katia desvió la mirada hacia mí un segundo, como si buscase mi apoyo para afrontar esto. Eso me hizo sentir bien, porque ella sabía que siempre la ayudaría.

—Algún día me recordarás, y si no lo haces, tampoco te preocupes, yo seguiré siendo tu hijo pase lo que pase. Nadie puede cambiar eso. —Era su forma de decirle que él también estaría ahí para lo que ella necesitase.

Permanecimos en un tenso silencio durante dos segundos, hasta que un par de golpecitos en la puerta avisó de que llegaba la comida de Katia. No me pasó inadvertida la pequeña sonrisa que apareció en la cara de Adrik cuando vio el sándwich. Si creía que lo había escogido ella, eso quería decir que su memoria estaba regresando. ¿Por qué? Porque era la comida que se le antojaba una y otra vez cuando estaba embarazada de él. Teníamos que cuajarle la yema, y no hacía más que refunfuñar porque le quitaba toda la gracia. Cuando Adrik nació, su madre se desquitó. Puede decir lo que quiera, pero antes que la carne de pollo, mi hijo probó el huevo.

—Creo que a Kat… Catalina, —me corregí— le va a gustar lo que pedí para ella. —Era mi manera de decirle a Adrik que se tranquilizara, esto iba a ir más lento de lo que él esperaba. Le desanimé, estoy seguro, pero tenía que entender desde un principio a lo que nos enfrentábamos.

—Tiene buena pinta. —Sus ojos brillaban con gula mientras lo decía. Estaba atrapada, lo sabía. Volví la mirada hacia Adrik y ambos compartimos un asentimiento de comprensión; íbamos por buen camino.

—¿Qué tal el vuelo? —Le hice un gesto para dejarle espacio a Katia mientras degustaba su comida. Adrik entendió. Se acercó a mí y comenzamos a charlar con calma.

—Un infierno. —Sus ojeras me confirmaban que no había podido dormir durante el viaje desde Chicago.

—¿Y tú?, ¿ya te has adaptado al frío? —Lo primero que me dijo cuando llegó a Chicago y le pregunté qué tal fue «hace frío». Evidentemente Chicago no tiene el mismo clima que Las Vegas, pero yo solo quería saber qué tal iba todo con su adaptación. Me sorprendió cuando dijo que él se encargaría de la delegación de su empresa allí, pero no traté de hacerle cambiar de opinión. Me gustaba tener a toda la familia cerca, pero entendía que a veces eso no es del todo posible. Como con Nika, aunque ella estaba la mayor parte del tiempo aquí en Las Vegas. No notaba tanto su ausencia, aunque es verdad que no es lo mismo una sobrina que tu propio hijo.

—Compré jerséis y calcetines. —Adrik nunca reconocería que no se

adaptaba, pero lo haría, aunque solo fuese por cabezonería.

—Yo también compraría unos guantes. —Lo siento, es mi hijo, no puedo dejar pasar la ocasión de meterme con él.

—Están en la lista para la próxima compra. —Puso los ojos en blanco—. Hablaré con los chicos. El próximo tiene que ser para ella. —Señaló con la cabeza a su madre. Sabía lo que quería decir. El próximo vehículo blindado e inteligente sería para su madre. Le carcomía no haber llegado a tiempo con su fabricación. Seguro que estaba pensando que de haber ido más deprisa, todo esto no habría ocurrido.

—Eso está bien. —El pasado no se puede cambiar, y culparse no le serviría de nada. Apreté su hombro para darle fuerza y hacerle entender que tenía que mirar hacia adelante.

—Voy a dejar que pidas por mí todas las veces. Esto estaba riquísimo. —Ambos volvimos nuestra atención hacia Katia. Me acerqué hasta ella para retirar la mesa en la que estaba la bandeja de comida.

—Conozco todo lo que te gusta. —Ella sonrió con timidez, lo que me hizo mirar sus labios. Allí, esperando a recibir mis atenciones, estaba una gotita de yema resbalando por la comisura hacia la barbilla. Ayer habría deslizado mi dedo por ella y después lo habría lamido con deleite, sin dejar de mirar los ojos de mi mujer. Y así habría empezado mi seducción, y así habríamos acabado jadeando al unísono en alguna esquina. Pero en ese momento no podía hacerlo, ella no era esa Katia, no era mi Katia, todavía no. Pero pronto… Hice un puño con mis dedos y lo metí en mi bolsillo, conteniendo así mis ganas de tocarla.

—¿Quieres que te pida otro? —se ofreció con rapidez Adrik. Katia se mordió el labio inferior indecisa. Mi cuerpo se tensó, tratando de controlar las ganas de besar esos labios.

—Me encantaría, pero se supone que antes tengo que asegurarme de que este queda dentro. —Se acarició el abdomen de forma teatral. Eso me hizo sonreír. Incluso amnésica, seguía teniendo el mismo sentido del humor.

—Podemos pedir otro cuando quieras —le aseguré.

—¿Y si la cocina está cerrada? —¿Para un Vasiliev? ¿En este hospital? Perderían el culo por cumplir los deseos de cualquiera de la familia.

—Pues entonces bajaré yo mismo a preparártelo. —Sus ojos se abrieron sorprendidos.

—¿Tú? —Le ofrecí mi mejor sonrisa de niño bueno.

—No sería la primera vez que asalto una cocina para darle un capricho a mi mujer. —Esa última palabra fue la que golpeó su cabeza con más fuerza. Tenía que haberme mordido la lengua. Ella todavía no

estaba preparada para asumir que era mía. Lo haría, por supuesto, pero no ahora—. Tienes la costumbre de pedir ese tipo de cosas cuando el servicio ya se ha ido —añadí para intentar desviar la atención.

—¿Servicio? —Justo lo que pretendía.

—Es una casa muy grande, los dos trabajamos y tenemos dinero de sobra para permitirnos esos lujos. Así que, sí, tenemos servicio. —Si antes casi la ahuyento, ahora con la imagen de gente trabajando en su casa para hacer todas esas cosas que las mujeres odian, acababa de ganarme unos cuantos puntos.

—Vaya. —Y así es como se conquista a una mujer, liberándola de tareas desagradables. Una joya puede lucirla, pero es mucho mejor regalo el que todo a su alrededor esté limpio sin que ella haya tenido nada que ver. Al menos en el caso de una mujer que sepa apreciarlo, y mi Katia sabía hacerlo.

Capítulo 11

Catalina

Me sentía como un muslo de pollo asado esperando a que saltaran sobre él. Tres pares de ojos de un azul hielo me observaban constantemente, esperando que dijera «¡Ah, de eso me acuerdo!». Pero no. Nunca había oído las anécdotas que me iban contando, pero, aunque me perdía la mitad de cada historia porque no conocía a las personas implicadas, tenía que reconocer que algunas sí que eran divertidas.

—¿En serio? Me tomas el pelo. —Tasha nos miraba a su padre y a mí mientras esperaba que uno de los dos le confirmase que lo que había dicho Viktor era verdad, pero yo no podía hacerlo, porque no recordaba haberlo vivido.

—Te lo juro, casi me da un infarto. —Viktor se llevó la mano al pecho de manera teatral—. Sabía que tendría problemas con los chicos que te irían detrás, pero no pensé que fuese tan pronto, y mucho menos que fueses tú la que besara primero. —Esas palabras provocaron que Tasha se tapase la cara avergonzada. No sé, verla así, tan normal, me hacía olvidar la intensidad de sus ojos. Mejor dicho, el que sus ojos fuesen idénticos a los de su padre, él si le daba un nuevo significado a la palabra intensidad.

—Bueno, en mi defensa diré que con tres años ya sabía que iba a ser mío. —Tomó entre sus dedos el anillo de la otra mano para girarlo de manera ostentosa. ¡Ah, porras!

—¿Te casaste con él? —pregunté asombrada.

—Cuando un Vasiliev encuentra a su media naranja, no la deja escapar. —Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo. Mis ojos fueron directos en busca de Viktor. Si yo era su media naranja, eso quería decir que no me dejaría escapar, ¿verdad?

—Menos mal que no lo maté en ese momento por corromper a mi pequeña —dijo Viktor con tono divertido. Tasha le lanzó algo que su padre atrapó con eficiente elegancia. Eso me impresionó, sí que tenía reflejos aquel hombre.

—¡Tenía seis años! —dijo ella ofendida.

—Y tú tres. Él era más mayor que tú. —Estaba empezando a entender el sentido de humor de esta familia.

—Podrías defenderlo, se supone que sois amigos y socios —acusó Tasha a su hermano. Él alzó las manos como si se rindiera.

—No pienso meterme en esa guerra. Además, el Dragón sabe defenderse él solito.

—Ya estáis poniéndome verde en mi ausencia. —Un chico rubio de

increíbles ojos grises acababa de entrar por la puerta de la habitación. Traía consigo un bebé en brazos que no podía negar que era hijo suyo, o mejor dicho, suyo y de Tasha. Sus ojos tenían ese azul irreal de su madre, mientras que su pelo tiraba más al de su padre, un rubio dorado precioso. Seguro que mi madre pensaba que era igualito a esos angelitos de los cuadros. Pero no parecía muy feliz, aún tenía los ojos acuosos y la naricilla enrojecida.

—¿Todavía sigue intranquilo? —Tasha se puso en pie para tomar en brazos a su pequeño, quien se abalanzó sobre ella y encajó su cabecita bajo la barbilla de su mamá. Estaba claro que no se encontraba bien y quería mimos de su mami.

—La pediatra dice que son gases y que se sentirá mejor cuando los expulse —le informó el chico rubio.

—Ya, ya. Seguimos dándole vueltas a lo mismo, intestino inmaduro y todo eso. —Podía entender la irritación de Tasha. No poder aliviar el sufrimiento de tu hijo acaba desesperándote.

Un extraño flash golpeó mi mente, como si una imagen pasase rápidamente delante de mis ojos para después esfumarse. ¿Era un termómetro?

—Por cierto, soy Drake, el marido de Tasha y, por lo tanto, tu yerno. —El chico extendió la mano educadamente hacia mí para saludarme, devolviéndome de nuevo al presente.

—Hola, yo soy Cat. —Frunció las cejas, sabía lo que estaba pensando—. Bueno, puedes llamarme Katia, al parecer aquí todos lo hacen. Así que contestaré si me llamas por cualquiera de los dos nombres.

—¿Y suegra? —tanteó.

—Ese ni se te ocurra —dije ofendida. Todavía no había asumido la edad que tenía. Mi cuerpo podía aparentar más edad, pero por dentro seguía sintiendo que estaba en la veintena.

—Tampoco te gustaba antes. —Su expresión se había vuelta traviesa, por lo que me di cuenta de que estaba jugando conmigo.

—¡Serás…! —Estuve a punto de tirarle con algo, de la misma manera que hizo Tasha con su padre, pero me contuve. Todos reímos con ganas por su jugarreta.

—Vaya, casi me da pena interrumpir. —La doctora Costas, bueno, Pamina, entró en la habitación en ese momento.

—Has llegado justo a tiempo para salvarle el cuello a Drake —dijo Tasha sin dejar de sonreír.

—Traigo el alta —informó Pamina mientras se acercaba a mí. Me mostró los papeles que sostenía en la mano y empezó a señalarme las distintas secciones de la que me iba hablando—. Aquí tienes el informe clínico, la medicación que te he prescrito, y las citas con los especialistas para hacerte el seguimiento.

—Analgesia y reposo moderado. —No me había dado cuenta de que Viktor se había acercado tanto, y tampoco podía entender cómo diablos podía leer lo que había en el informe a esa distancia y casi al revés. Pero por la cara de Pamina él había leído perfectamente.

—Estos primeros días tiene que haber alguien vigilándola. Al primer síntoma extraño, la traes rápidamente al hospital. —Él asintió como si fuese una orden.

—Estaré pendiente, no te preocupes —le aseguró.

—Se que lo harás —respondió ella—. Y tú, no quiero que estés metida en la cama haciendo reposo absoluto, pero sí que vayas poco a poco retomando tus actividades. Nada de esfuerzos físicos ni mentales, ve poco a poco. —Su expresión se volvió seria mientras me lo decía, más como si fuera una mamá gruñona que una doctora.

—Sí, señora. —¿Qué más podía decir? Ella era la médica y entendía de estas cosas más que yo. «Deja que los profesionales hagan su trabajo», oí una vez en alguna parte.

—Entonces en marcha. —Adrik tomó la bolsa que habíamos preparado con las cosas que habían traído de casa para que me sintiese más cómoda, ya saben, mi champú, mi cepillo para el pelo, para los dientes, desodorante… Es curioso la de cosas que llevas a un hospital para un solo día.

—No sé quién tiene más ganas de volver a casa —dijo Viktor. No podía estar hablando por mí, porque yo no conocía el lugar al que me iban a llevar, o mejor dicho, no lo recordaba.

—De lo que tengo ganas es de darme una ducha y meterme en la cama. —Adrik dejó escapar un gran bostezo para remarcarlo.

—Yo también quiero ir a mi cama. —Todas las cabezas se giraron hacia mí.

—¿En serio? —preguntó un Viktor curioso.

—No recuerdo cómo es mi colchón, pero seguro que es mejor que este. —Señalé la cama con la cabeza. Viktor alzó una ceja mientras la observaba.

—Ni punto de comparación, te lo puedo asegurar. —No sé por qué pensé que él lo había probado. ¿Habría estado hospitalizado? Había tantas cosas que no sabía sobre él.

Entonces recordé algo. Las ordenes de la doctora habían sido mantenerme en observación por si acaso, y él se había responsabilizado de esa tarea. ¿Estaría encima de mí todo el tiempo? Sabía que iba a ser así, lo intuía. Aunque tuviésemos servicio en la casa, él parecía ser de los que no delegaban las cosas importantes en otras personas, y por lo que me había demostrado, yo parecía ser importante para él. Qué lástima que para mí no fuese igual. Él solo era… alguien que acababa de conocer. No me inspiraba sentimiento alguno. Y sí, parecía agradable y atento, pero había asesinos en serie

que también lo eran. ¿Recelo? Yo lo llamaría tomarme mi tiempo para conocer el terreno que tenía delante.

En fin, tendría que respirar profundo y lanzarme a aquella aventura, aunque tomaría mis precauciones. Si algo había aprendido con Rocky era a salir corriendo antes de que la situación resultase demasiado peligrosa para mí.

Capítulo 12

Viktor

No es que necesitase realmente la llave del coche, pero que ellos la pusieran en mi mano decía mucho.

—¿Estáis seguros?

Yo mismo fui el que expuso las razones por las que precisamente mi hija debía tener una de las pocas unidades blindadas que habían salido de fábrica. Estaba en medio de todo, casi era mi sombra, conocía los negocios de primera mano, e incluso me acompañaba a algunas de las reuniones como observadora. Era un objetivo importante para el enemigo. Pero lo que nos decidió fue Valentín. La seguridad del pequeño era la prioridad, y él casi siempre estaba con su madre. Cambiar de coche constantemente habría hecho saltar las sospechas de quienes nos vigilaban. ¿De qué sirve tener un secreto que nos da ventaja si acabas revelándoselo a tu oponente?

—Totalmente. —Drake miró a Tasha para buscar la confirmación a sus palabras. Ellos dos estaban de acuerdo.

—Pero… —empecé a protestar.

—Le cederé a SET 1 mientras terminamos la siguiente unidad, estate tranquilo. —Si mi primer nieto estaba seguro, a mí me servía. Sus padres serían los últimos en ponerle en riesgo, así que estaba seguro de que el primer SET seguramente pasaría por una actualización para ponerlo a punto en su nuevo puesto.

—Os lo agradezco. —Giré la cabeza para observar la silueta de Katia parada a unos cuantos metros de la puerta de entrada a nuestra casa.

—Es una manera de tenerla protegida. —Tasha siguió mi mirada. Podía ver el dolor en sus ojos. Todavía sentía la culpa de no haber protegido a su madre, pero tenía que asumir que este tipo de decisiones formaban parte del puesto de jefe. A veces aciertas, otras te equivocas, pero siempre tratas de hacer lo mejor para todos.

Solo había cinco unidades de vehículos especiales, SET. Eran mucho más que un vehículo blindado, eran inteligencias artificiales sobre ruedas que además estaban equipadas con todos los avances tecnológicos a nuestra disposición para hacer el viaje más seguro y cómodo para sus ocupantes. Drake lo había desarrollado hacía tiempo, pero ante la perspectiva de fabricar más unidades para ponerlas al servicio de más miembros de la familia, él y sus primos, entre ellos mi hijo, crearon una empresa que se encargaría de su fabricación.

Como decía, solo había cinco unidades operativas, cada una de ellas personalizada para su propietario. La de mi sobrina Nika por ser

la más frágil de la familia, la de mi cuñada Sarah porque era la analista en el centro de seguridad, la que enviamos a Chicago para que la familia irlandesa tuviese una unidad de apoyo, la unidad original que según Drake había que revisar para mejorarla y, por supuesto, la que ahora estaba estacionada frente a la casa.

—Creo que realmente la va a necesitar. —Y lo decía porque había estado insistiendo en que quería ponerse al volante para comprobar si seguía sabiendo conducir. Pudimos convencerla diciéndole que no recordaba el camino a casa, y que lo haría más adelante.

—Yo no le contaría todas las particularidades de SET. —La mirada de Drake decía mucho más que sus palabras. No solo Katia había olvidado a su familia de Las Vegas, sino que tampoco recordaba la mayoría de los avances tecnológicos de las dos últimas décadas, y en temas tecnológicos habían sido bastantes. Además, si yo controlaba a SET, también controlaba a Katia, o al menos aquella parte del tiempo en el que yo no estaría con ella. Lo que daría el gobierno por tener un espía en cada coche como yo tendría con mi esposa.

—Seguiré tu consejo. —Guardé la llave electrónica en el bolsillo.

—Esto es enorme. —Katia regresó hasta nosotros con los ojos todavía brillando de asombro.

—Pues tienes que verla por dentro. —Tasha acomodó mejor a Valentín en sus brazos y abrió el camino hacia la casa. Hacía mucho que ella ya no vivía allí, pero había sido su hogar desde que era niña, nadie mejor que ella para hacerle un tour a otra chica. Bueno, una chica con el aspecto de una mujer del doble de su edad. No quiero decir que no esté estupenda, mi mujer seguía siendo tremendamente sexy, y no era solo la opinión de un hombre enamorado, había escuchado algún comentario que no debía oír y he advertido alguna que otra mirada que no me gustó en otros hombres. Aunque no debería importarme, la única persona con la que ella tenía sexo era conmigo. Los demás podían seguir soñando.

Dejé que ellas se adelantaran, para no hacerle sentir mi presencia constantemente. Se suponía que debía asimilar mi cercanía poco a poco y ya habíamos viajado en el mismo coche de camino a casa. La conversación se volvió algo tensa; llegó un punto en que ella dejó de hablar o respondía con monosílabos. Se sentía incómoda en mi presencia y no podía culparla por ello, he cultivado esta imagen de hombre distante. Otros apelativos que utilizan para referirse mí es «rey», «jefe todo poderoso» y, por supuesto, «hijo del diablo». Sí, creo que esa es la imagen que veo cuando me miro en el espejo, soy el diablo que controla Las Vegas. Para mi negocio puede ser lo que quiero, pero no deseo que Katia me vea así, al menos por ahora.

Pero en ese momento no estábamos solos ella y yo, encerrados en el diminuto espacio de un coche, tenía a Drake y Tasha para

acompañarnos y, por supuesto, a Valentín. Siempre dicen que la presencia de un niño hace que las interacciones entre personas sean más apacibles. ¿No había una tribu africana que hacía precisamente eso? Creo recordar que, cuando visitaban otra aldea, colocaban a los niños delante para que vieran que sus intenciones no eran hostiles. Pues bien, con un bebé en el grupo ella tenía que sentirse más segura. O eso esperaba. Tendría que darme por satisfecho por el simple hecho de que ella no había echado a correr.

—Va a ir bien —susurró Drake junto a mi hombro. Creí que estaba disimulando mi tensión bastante bien, pero era evidente que no era así. Drake me estaba leyendo con demasiada facilidad.

—Tiene que hacerlo. —Debía confiar en ello, pero con esta nueva Katia… Apreté los puños dentro de los bolsillos, esperando que algo saliese mal.

Normalmente suelo tener un plan B para todo, incluso podría llegar a tener medio abecedario de alternativas, pero con Katia… Si la primera opción fracasaba me podía dar por perdido. Con ella no podía fracasar, no podía.

—Bienvenida a casa, señora Katia. —Lali nos había abierto la puerta. Seguro que había estado espiando por la ventana hasta que nos vio acercarnos. Sabía que estaría nerviosa. Le había puesto al corriente sobre la amnesia de Katia, así que para ella era como su primer día de trabajo. Entonces le apabullaba trabajar para alguien como yo; supongo que su tía, nuestra anterior ama de llaves, le dijo que éramos unos jefes exigentes. Lo soy, exijo un excelente trabajo, aunque lo más importante es la fidelidad. A cambio retribuyo todo eso con un excelente sueldo. Pero me estoy desviando del tema. Como decía, hoy era el día en que ellas dos se encontrarían de nuevo por primera vez.

—Ah, hola. Tu nombre es… —Podía sentir la incomodidad de Katia al decirlo.

—Soy Eulalia, pero puede llamarme Lali. Y ella es Olena. Cualquier cosa que necesite, estamos aquí para servirla.

—Gracias.

—Te voy a hacer un tour por la casa —le dijo Tasha antes de dejar a Valentín en brazos de su padre. Tiró de su madre escaleras arriba, directa a las habitaciones.

Mi hija había estado rápida evitando un momento incómodo para su madre, pero enseñarle la habitación donde ella y yo… Bueno, los malos tragos es mejor pasarlos rápido, nada de dilatar la espera.

Capítulo 13

Catalina

Estaba viviendo el cuento de la cenicienta. Antes de despertar en ese hospital estaba pasando apuros económicos. Apenas tenía dinero para comer y subsistía con dos trabajos para poder cubrir nuestros gastos, ya que el dinero que mi madre nos enviaba no era mucho, pero no era porque no quisiera enviar más, era porque no podía exprimir más su sueldo.

Y luego estaba la convivencia tóxica que tenía con mi padre, un hombre al que la enfermedad lo había convertido en un machista déspota y avinagrado, que soltaba su resentido veneno con todo aquel que tuviese cerca; al vivir en la misma casa, me tocaba a mí recibirlo. Y además tenía a mi exnovio respirándome en la nuca constantemente, poniéndome zancadillas en cada trabajo que conseguía para conseguir que me despidieran.

Mi vida era una pesadilla, aunque no me rendía.

Y ahora, de repente, despierto y me encuentro con una vida de ensueño, eso sí, con el doble de edad. Era como si hubiera vendido mi alma al diablo por ese cambio, todo lo malo fuera y muchas cosas buenas dentro. El precio había sido la mitad de mi vida. Seguramente hay quien piense que merece la pena el cambio, yo todavía no sabía si había sido bueno. Aunque la balanza se iba inclinando hacia el sí a medida que iba descubriendo cosas.

—Desde que era pequeña este sitio me pareció el mejor de toda la casa. —La mano de Tasha se iba deslizando por las prendas pulcramente colgadas dentro del enorme vestidor. Sí, era orgásmico, aunque dudo que una niña tuviese la misma percepción que una mujer adulta. A ver, era enorme, estaba bien iluminado, tenía espejo y había un sinfín de ropa de todo tipo que seguramente me quedaría bien, pero no dejaba de ser…

—¿Un armario? —pregunté curiosa.

—No un simple armario, el armario de mamá. Aquí están los mejores escondrijos para ocultarme, hay cantidad de cosas para disfrazarse y huele muy bien. Si de pequeña me encantaba por todo eso, imagínate cuando me convertí en una adolescente. Quería ponerme toda tu ropa, y me dejabas.

—Suena a que era una madre genial. —Ella se giró hacia mí con una ceja alzada.

—Salvo cuando regresaba con un enganchón o una quemadura de cigarro en la ropa, entonces eras un auténtico dragón. Menos mal que me fui a la universidad y maduré. —Su mirada se perdió entre los

calcetines de uno de los cajones. ¡Porras!, el cajón era trasparente y podía ver la larga hilera de bolas de calcetín perfectamente ordenadas. Esto era mejor que una tienda. Pero dejé de lado ese pensamiento para sacarla de ese momento triste, porque sabía que había recuerdos de esa época que le costaba rememorar.

—Es curioso que te gustase ponerte la ropa de tu madre. Yo a la mía solo le pedía algún calcetín. No teníamos ni la misma talla ni por supuesto el mismo estilo. —Por decir delicadamente que las mujeres con esa diferencia de edad difícilmente vestían el mismo tipo de ropa. Lo que quizás quería decir que siempre he sido una chica moderna.

—Siempre te ha gustado vestir cómoda, igual que a mí. —Señaló con la mirada los pantalones vaqueros y la camiseta que llevaba en ese momento. Salvo por el color, parecía que vestíamos igual. Ella deportivas en los pies y yo unas bailarinas, pero, por lo demás, casi lo mismo. Y no podía decirse que me sintiera incómoda en la ropa que me habían llevado al hospital, era todo lo contrario.

—Odio los tacones. —En el club eran prácticamente mi uniforme. Enormes zapatos con plataformas y tacón imposible, o botas, que eran más aceptables. Después de la primera torcedura de tobillo, una siempre busca remedios para evitar hacerse daño, y tener el tobillo mejor sujeto ayudaba mucho.

—Pero cuando tienes que ponértelos, lo haces con mucho estilo. —Señaló un par de zapatos preciosos en la estantería. Sí, merecía sufrir un poco por llevar esa maravilla. Y seguro que serían el acompañamiento perfecto para el vestido de pedrería que había vislumbrado en una de las perchas.

—No puedo creer que yo comprase algo así. —En mi antigua situación no hubiera podido permitírmelos, y tampoco es que tuviese la ocasión de ponérmelos, ya saben, como para ir a una fiesta o a un sitio elegante.

—Creo que fue la tía Lena la que fue contigo a escogerlos. Tengo que reconocer que ella sí que sabe aprovechar un día de compras. No sé cómo lo hace, pero siempre vuelve a casa con lo que iba a buscar, y no me refiero a que se conforme con cualquier cosa, sino que siempre encuentra el objeto perfecto. ¿Sabes esos programas de novias de la tele en los que las chicas van a probarse vestido tras vestido hasta encontrar el que quieren? —No recordaba haber visto ningún programa de esos. No es que tuviera mucho tiempo para dedicarme a ver la televisión.

—No, pero seguro que la tía Lena daría con el vestido perfecto a la primera. —Tasha me guiñó un ojo.

—Puedes estar segura de que lo haría. De hecho, creo que contigo lo hizo. —Se rascó la barbilla pensativa—. Pero mejor se lo preguntas a ella. —Creo que mi cara debió de expresar la reticencia a conocer

más personas de esta familia, porque añadió—: No hace falta que sea ahora, puedes hacerlo más adelante. —Sí, mejor mucho más adelante.

No es que tuviese recelos de la familia Vasiliev, pero por lo que había descubierto, no solo eran muchos sino que eran como una tromba de agua entrando por la puerta en una inundación, no sé si es buena explicación, pero para mí es lo que más se acerca. Tasha tenía mucha confianza en el trato conmigo, algo que esperaba del resto. Pero lo que más temía es que algunos de ellos fuesen como Viktor. No es que le tuviese miedo, ya no, pero sí que le percibía… Es como si se contuviese. Y si ya era intenso en su forma de mirarme, no quería ni imaginar lo que haría cuando perdiese el dominio de sí mismo.

—Vamos, quiero enseñarte la ducha. Le pedí a Drake que instalase una igual en nuestra casa, pero me parece que no ha dado con las dimensiones exactas. —Aquello me extrañó, al menos hasta que llegamos al baño de la habitación y lo vi.

—Wow. —Aquella ducha no solo era enorme, podríamos caber cuatro personas allí dentro y no nos estorbaríamos a la hora de enjabonarnos. Pero no solo era eso, era… era… si tuviera que buscar una palabra que definiese ese habitáculo sería sublime—. Mmmm. —Se me escapó un gemido. Imposible contenerlo dentro de mi garganta, no después de haberme duchado en el baño de una habitación de hospital. ¿Sería demasiado pronto si me daba otra ducha? Olía tan bien allí, y parecía todo tan limpio y bien ordenado… Si hasta las toallas eran todas del mismo color, estaban perfectamente dobladas y parecían tan esponjosas… Cualquier idea de irme a vivir con mi madre había sido erradicada de mis pensamientos. Porque lo pensé, si convivir con Viktor me estresaba, cogería una maleta y me iría con mi madre. Pero aquella ducha, aquel baño… ¡Diablos!, toda la casa, el paquete entero, era demasiada tentación para decir que no.

Un par de suaves golpecitos en la puerta nos hicieron girarnos hacia ella. Allí, parado bajo el umbral, ocupándolo casi entero con su presencia imponente, estaba Viktor. Ese maldito escalofrío volvió a golpearme, pero esta vez no fue frío fue…

—Lali ya ha preparado la mesa, será mejor que bajéis a comer. —Mi estómago rugió al oír esa orden.

—Pero Valentín… —La ceja de Viktor se alzó ante aquella protesta de su hija, la cual sonrió—. La costumbre, a veces olvido que esta también es su casa. —Tasha se giró hacia mí para explicarme—: Soy un poco exigente con lo que le doy de comer a mi pequeño. Pero la culpa la tiene su padre y su manía de que todos los productos que comemos sean lo más sanos posibles.

—¿Sin aditivos? —A un bebé había que darle siempre alimentos sin procesar, así se evitaban conservantes y azúcares que no le venían bien a su dieta. ¿Dónde había escuchado yo eso? Nunca me habían

preocupado ese tipo de cosas.

—Ecológicos. Nosotros cultivamos nuestras verduras y algunas frutas, el resto tratamos de que estén controlados.

—Eso es estupendo. —Comenzamos a caminar en dirección a la cocina.

—Aquí enviamos algunos de los vegetales que cultivamos, porque no podemos comernos todo lo que producimos para autoconsumo. Lo sé, podríamos congelarlo, pero lo interesante es comerlo recién cogido de la planta. Seguro que Lali ha hecho un puré delicioso para Valentín con nuestras verduras. —Daba gusto que el servicio se preocupase en tener esos detalles con sus jefes. Una de dos, o les apreciaban o cobraba bastante bien. Después de haber conocido a esta parte de la familia, me inclinaba por suponer que eran ambas cosas.

Antes de bajar las escaleras, volví la cabeza hacia atrás para ver si Viktor nos seguía. Y ahí estaba, observándome fijamente con aquellos ojos irreales. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios, a la que yo respondí con timidez. ¡Porras!, tenía que reconocer que el hombre no estaba nada mal para su edad, era uno de esos maduritos a los que no me importaría dar una oportunidad. ¡Porras!, deja de pensar que tienes 25 años, Cat, tienes casi el doble, y él es un bombón para las de tu edad.

Mientras bajaba, mi mente se puso a pensar en cosas que… Sacudí la cabeza para apartar esas ideas de ella. Paso a paso, Cat, paso a paso. Veamos primero cómo van las cosas.

Capítulo 14

Viktor

Escuchar aquel gemido escapar de la garganta de Katia, hizo que mis pelotas se pusieran en pie de guerra. Esa ducha ha vivido muchas de nuestras travesuras, y en la gran mayoría había conseguido arrancar de mi mujer aquel delicioso sonido. Era sensual y erótico a más no poder, y si no, que se lo digan al inquilino de mi parte baja, él ya estaba preparado para entrar en acción si le convocaban.

Pero no iba a ser posible, esta vez no, aunque me volvería loco precisamente por evitarlo. Metí las manos en los bolsillos y de nuevo apreté los puños con fuerza. Lo mejor para disimular una erección era darle espacio adicional.

Ella se giró hacia atrás, ¿sospecharía lo que había provocado? Seguramente no tenía ni idea. La antigua Katia lo sabría, por eso tendría en su rostro una sonrisa traviesa a la vez que tentadora. Pero no, esta Katia esperaba algo diferente de mí, esperaba… Le sonreí de manera tranquilizadora. Ella me devolvió el gesto y después volvió a mirar hacia adelante. Las escaleras necesitaban de toda su atención si no quería caer por ellas.

Suspiré aliviado, ella no había mirado más abajo. Mi pequeño «inconveniente» había pasado desapercibido.

—Sí que tenías hambre —dijo Tasha nada más entrar en la cocina. Valentín volvió la mirada hacia su madre, pero no dejó de abrir la boca para que su padre metiese en ella una cucharada de puré. Se notaba a la legua que era un Vasiliev, no perdía detalle de nada. Como decía mi madre, estaba al plato y a las tajadas.

—¿Ibais a empezar sin mí? —Adrik estaba entrando en la cocina con paso calmado. Podía notar en su sonrisa que no era completa.

—Por supuesto, no queremos que nos dejes sin nada —le recriminó su hermana, lo que nos hizo sonreír a casi todos, casi. Katia no parecía entender aquella broma tan habitual entre nosotros. Me incliné hacia ella para susurrarle al oído.

—No solo tiene un apetito enorme, sino que come muy rápido. —Sus ojos se abrieron sorprendidos. No parecía que con aquella complexión fuera un devorador de alimentos, pero hay que conocernos para saber que quemábamos todo aquel aporte extra de calorías. Estar en forma requiere mucho trabajo físico y mental, y saltaba a la vista que los hombres de la familia estábamos en bastante buena forma en ambas disciplinas. No sirve de nada ser una montaña de músculos si no tienes una mente igual de eficiente.

—Quien lo diría. —Katia miró a su hijo con los ojos entrecerrados,

seguramente tratando de descubrir la musculatura que ocultaba bajo la ropa.

—Probablemente no recuerda mi guiso de carne con patatas, pero le solía gustar mucho. —Lali puso frente a Katia un plato humeante de su especialidad. Llevaba su tiempo cocinarlo, además de que no era algo que solía hacer con frecuencia, porque era un plato contundente, demasiado pesado para tomarlo en la cena. Encontrar un día en que todos comiésemos en casa era difícil con nuestros trabajos, así que no lo saboreábamos muy a menudo. Que precisamente hoy lo hubiese preparado era algo excepcional. Seguramente, al decirle que regresábamos a casa, ella había ido a comprar todos los ingredientes y después se había pasado toda la mañana en la cocina. Katia seguramente no apreciaría aquel esfuerzo, pero yo sí que lo hacía.

—Esto tiene una pinta increíble. —Mi chica inclinó la cabeza hacia su plato para inhalar el aroma que desprendía.

Lali y yo cruzamos una mirada y yo sonreí. Entendía perfectamente por qué lo había hecho, no para despertar los recuerdos con aromas y sabores, sino por algo más simple: apreciaba a Katia. ¿Quién no lo haría? Era una persona encantadora, y no lo digo porque yo sea su marido. Katia se ganaba a la gente por su corazón, el mismo que me obliga a retenerla a mi lado. Sin ella yo estaría vacío, mi vida sería una existencia fría y monótona.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Apreté la cuchara mientras esperaba la respuesta de Katia a la pregunta de Tasha.

—La doctora ha dicho que vaya poco a poco, pero… —Sus ojos me miraron como pidiendo permiso. ¿Sabía ella que no podía negarle nada?—, me gustaría visitar ese centro de fisioterapia donde decís que trabajo. —Le gustaba su trabajo, aunque no lo recordase. Seguramente su subconsciente tiraba de ella para ver el lugar donde se sentía tan cómoda.

—Puedo llevarte si quieres.

Tras decirlo miré a Tasha. Para poder liberarme de parte de mis obligaciones y poder cuidar de Katia había tenido que delegar muchas de ellas. Mi hija conocía el terreno, pero todavía no estaba preparada para asumir la responsabilidad que suponía tomar una decisión importante con algunos de nuestros clientes. Tenía pendiente la reunión que anulé por el accidente de Katia, enviar a Tasha para una primera toma de contacto con aquel cliente podía darme algo de tiempo, pero no me libraría de ella. Mi hija asintió ligeramente, ella se encargaría de la reunión.

—¿No supone un problema para ti? —preguntó Katia, preocupada.

—Tranquila, ser el jefe tiene sus ventajas.

—Entonces ya tenemos plan. —Seguimos comiendo con tranquilidad, hablando sobre temas domésticos y triviales, casi como

una mañana cualquiera de antes del accidente.

Catalina

Mientras Viktor conducía en dirección a mi centro de trabajo, yo iba curioseando mi nuevo teléfono móvil. Era alucinante, nada que ver con el aparato que recordaba haber usado por última vez. A la porra las llamadas y los mensajes, ¡podía hacer videollamadas! Y los mensajes no tenían nada que ver con los SMS, teníamos un programa para chatear en tiempo real, aplicación se llamaba. Incluso tenía juegos con los que entretenerme si me aburría. Era como tener un mini ordenador en la palma de mi mano. Te duermes una noche y el mundo cambia tanto que no lo conoces. Bueno, mi noche habían sido más de 20 años, pero ustedes ya me entienden.

—Con la práctica le irás quitando el miedo —dijo Viktor sin apartar la vista de la carretera.

—No le tengo miedo, es que todavía estoy alucinando. —Pude ver como se alzaba la comisura de sus labios en una pícara sonrisa.

—La tecnología se ha metido en nuestras vidas más de lo que crees. —¿Estaba tratando de hacerse el misterioso?

—¿A qué más te refieres? ¿Hay algo más alucinante que esto? —Levanté el teléfono para que supiera a qué me refería.

—Ahora los taxis pueden volar, un dron te llevará la pizza que has pedido a la puerta de tu balcón, aunque vivas en un piso 20, y existen pulseras que monitorizan tus constantes vitales, niveles de azúcar… —Me dolían las cuencas de los ojos de tan abiertos que debía tenerlos—. Eso para empezar.

—Wow. Sí que me he perdido cosas.

—En unas semanas estarás utilizándolas como si lo hubieses hecho toda la vida, te lo prometo. —Este hombre alucinaba. Si escogí el trabajo de fisioterapeuta es porque la mayor parte del trabajo lo realizan mis manos sobre un cuerpo. No había mucho más. Estaban las lámparas de calor, los electrodos TENS, pero poco más.

Estacionamos el vehículo en el aparcamiento subterráneo del edificio en el que Viktor decía que tenía mis oficinas. Subimos doce plantas y después salimos a un hall sencillo y bien iluminado, donde un recepcionista nos sonrió amablemente. Pero no fue su voz la que me llamó, sino que provenía de un hombre que estaba llegando por uno de los pasillos de la izquierda.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, jefa? Tenías que estar descansando. —Me estaba riñendo, pero con una sonrisa de bienvenida en la cara.

—Ah… —¿Qué iba decirle? Ni siquiera sabía su nombre.

—Era verdad. —El hombre no me lo estaba diciendo a mí, sino a Viktor.

—Sabes que yo no bromeo. —El hombre asintió al oírlo, antes de volver su atención de nuevo hacia mí.

—Bien, entonces vayamos paso a paso. —Extendió una de sus manos hacia mí para que la estrechara—. Me llamo Romeo y soy tu mano derecha aquí en el centro. Y antes de que algún entrometido diga algo en contra, nos adoramos. —Aquella broma me hizo sonreír. Vaya, había buen rollito jefa-subordinado, eso me gustaba.

—Williams... —La voz de Viktor tenía un indiscutible matiz de advertencia, que Romeo decidió pasar por alto.

—No le hagas caso a tu marido, me tiene envidia porque me mimas como si fuera tu hijo. —Con descaro me tomó del brazo y empezó a tirar de mí hacia el interior. Giré la cabeza y vi que Viktor ponía los ojos en blanco, pero aun así no se separó de nosotros más de dos pasos. Algo me decía que trabajar aquí sería divertido a la vez que gratificante, ¡y era la jefa! Cada vez esto me gustaba más.

Capítulo 15

Catalina

—Señora Vasiliev. —El hombre inclinó la cabeza en un saludo educado, esperando que le correspondiera de vuelta.

—Ah… Buenas tardes. —Giré la cabeza hacia mi espalda, buscando el apoyo de Viktor. ¿Le conocía? Algo me decía que debía hacerlo, pero no era así.

—Hola, Lewandowski, ¿verdad? —le preguntó Viktor de forma seria y formal.

—Sí, señor. —El hombre miró a Viktor de una forma extraña, algo parecido entre respeto y admiración. Casi me atrevería a decir que se alegraba de que mi marido supiese su nombre.

—Enseguida me pongo contigo, dame unos minutos para poner al día a la jefa. —Romeo señaló con su cabeza en mi dirección.

—Lo que necesites.

—Oh, no, de ninguna manera. Atiéndele, yo solo me quedaré a un lado observando. —Era una manera de cerciorarme de cómo hacía Romeo su trabajo. Quizás si le veía metido en faena, podía venirme a la memoria algún recuerdo suyo, o de alguno de mis pacientes.

—¿Estás segura? —me preguntó Romeo.

—Totalmente —le aseguré. Él se encogió de hombros, al tiempo que me soltaba para indicarle el camino a Lewo… Lo siento, imposible recordarlo bien. ¿Por qué la gente tenía apellidos tan largos y difíciles?

Caminamos hasta una cabina, donde la camilla esperaba lista para el paciente. Romeo caminó hasta la parte trasera para inclinar el respaldo, dejándolo casi vertical. Después manipuló la parte inferior para que esta… ¿cómo explicarlo? Había convertido la camilla en una especie de silla, pero dejando una parte alzada para que descansara una de las piernas del paciente. Estaba bien pensado si se iba a trabajar solo en pierna, y solo en la parte frontal. El terapeuta podía acceder con mucha más comodidad a la extremidad a tratar.

—Ya está listo. —Romeo giró la cabeza hacia un biombo a mi espalda, del que salió nuestro paciente. El hombre se había quitado la ropa, quedando solo con una camiseta de algodón y una toalla anudada a la cadera.

¿Qué demonios íbamos a tratarle? Tuve mi respuesta cuando estiró la pierna izquierda sobre la camilla. Su muslo tenía una cicatriz todavía sonrosada, lo que decía que era de una herida reciente. Descendía hasta su rodilla, y era larga y demasiado recta, por lo que era obvio que su origen era una intervención quirúrgica.

—Vamos allá. —Giré la cabeza para observar cómo Romeo posicionaba un pequeño aparato sobre la zona. Estaba sujeto por un cable a una máquina, cuyos controles Romeo estaba ajustando—. Sentirás calor, pero será bueno para aliviar el dolor. —Empezó a pasar el cabezal por encima del músculo, mientras yo observaba sin apartar la vista de sus movimientos.

—¿Hace mucho que tenemos esta máquina? —No la recordaba, aunque el nombre me sonaba vagamente. El calor sé que puede ser una analgesia para el dolor muscular, pero podía sustituirse con algo menos aparatoso como un saquito de semillas, o una manta eléctrica.

La mano de Romeo se había detenido bruscamente, por lo que levanté la vista para observar su rostro. Sus ojos me miraban muy abiertos.

—Es una Indiba, lleva más de 50 años en el mercado. —No había contestado a mi pregunta, pero le entendí. A estas alturas, no solo tenía que conocerla, sino estar cansada de usarla con nuestros pacientes.

—Oh, sí, disculpa. Yo… Yo voy a salir un momento. —Abrí la puerta sin ningún cuidado y escapé de allí. Me estaba asfixiando.

—¿Estás bien? —Los brazos abiertos de Viktor me impedían evitarlo, así que afronté su mirada preocupada para responder.

—Yo… —Sentí como mis lágrimas resbalaban calientes por mis mejillas—. No me acuerdo. No recuerdo cómo hacer mi trabajo.

—Ven aquí. —Me envolvió con cada parte de su cuerpo; sus brazos, su amplio y firme pecho. Al igual que esa Indiba transmitía calor al músculo para mitigar el dolor, el cuerpo caliente de Viktor aliviaba el sufrimiento de mi alma. No sabía cómo, pero lo hacía. Allí, entre sus brazos, me sentía protegida.

—No sé hacer mi trabajo —repetí entre sollozos sobre su pecho.

—Eso es fácil de arreglar. —Lo miré confundida.

—No es fácil de arreglar, lo he olvidado. —Él me sonrió.

—Si aprendiste una vez, puedes volver a hacerlo. —¿Me estaba diciendo…?

—¿Quieres decir que tengo que volver a estudiar?

—Digamos que solo refrescar la memoria. Ya verás, una vez que empieces a dar un masaje, tu cuerpo recordará como se hace. —Esa teoría era interesante.

—¿Te refieres a la memoria muscular?

—Llámalo como quieras, el caso es que dejes que sea tu cuerpo el que te guíe, no tu cabeza.

—Hay algunos cursos para principiantes a los que puedes apuntarte. —La voz de Romeo llegó a mi espalda, lo que me hizo girarme hacia él. Debía estar realmente preocupado por mí si había dejado a un paciente a mitad de sesión para seguirme.

—No sé —vacilé.

—Tu marido tiene razón, deja que tus manos sean tu guía. Seguro que con las prácticas sacas a flote toda la parte técnica. —Me tomé unos segundos para sopesarlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si no trabajaba, iba a tener mucho tiempo libre.

—Parece buena idea.

—Bien, haré un par de llamadas —dijo Romeo con una sonrisa—. Seguro que te consigo plaza en algún curso abierto en la ciudad.

—Te lo agradezco. —La voz de Viktor sonó firme, pero sin aquel matiz autoritario.

—Es lo menos que puedo hacer. —Romeo miró a Viktor con una expresión seria. No entendí muy bien lo que querían decirse sin palabras, pero ellos parecía que sí que hablaban el mismo idioma de silencio—. Ahora voy a por mi paciente, no quiero que se enfríe. —Romeo me guiñó un ojo antes de desaparecer tras la puerta de la cabina de masaje.

—¿Quieres ver tu despacho? —preguntó Viktor.

—Sí. —Él asintió y me guio hasta una habitación separada del resto por paredes transparentes.

Tenía una ventana con vistas a la ciudad, pero no se veía la zona de hoteles o las luces de neón brillando. ¡Qué tonta!, era de día, las luces no estarían brillando a estas horas. Aun así parecía que era una zona tranquila, alejada del bullicio de la zona turística, la de los grandes hoteles.

Me acomodé en la silla tras el escritorio. Era cómoda, pero no de esas en las que se está mucho tiempo, sino como mucho una o dos horas. Justo como yo la habría escogido. Le di una larga mirada a toda la habitación. Era funcional, sin demasiados adornos, salvo un cuadro que parecía cambiar de imagen cada minuto. Allí estaba mi hija con su pequeño, después mi hijo con su padre con ropa sudada después de hacer ejercicio…

—Alguien sugirió que pusieras un sofá aquí, pero te negaste en rotundo.

—Jamás pondría un mueble que me incitase a pasar más tiempo aquí del estrictamente necesario. —La frase salió sola, no tuve ni que pensarla.

—Si quieres descansar prefieres hacerlo…

—En casa —dijimos los dos a la vez. Viktor me sonrió complacido.

—¿Lo ves? Puede que no recuerdes algunas cosas, pero todo sigue aquí dentro. —Su índice se posó con delicadeza en mi sien.

Al parecer mis recuerdos no estaban tan escondidos como yo pensaba.

—Y ahora, ¿dónde quieres ir? —No es que Viktor se impacientase, seguramente se dio cuenta de que después de revisar por encima, me

había quedado quieta mirando un punto sobre la mesa.

—Eh… No sé. ¿Qué otros sitios solía visitar normalmente? —Viktor torció los labios mientras pensaba.

—Entre semana sueles quedar con Robin en el gimnasio. —Hacer deporte por la tarde no es que me motivase mucho, yo soy más de aprovechar la mañana. Pero claro, esta es mi apreciación, no la rutina que tiene la nueva Cat, Katia. ¡Uf!, no me acostumbraré nunca.

—¿A qué hora quedábamos? —Miré el reloj en mi muñeca.

—Depende, vosotras cuadrabais vuestras agendas dependiendo del trabajo. —Él se había encogido de hombros al decirlo.

—¿Mi agenda? —Instintivamente saqué mi teléfono del bolsillo.

Tasha me había explicado algo de una agenda en el teléfono. Estos aparatos tenían de todo. Busqué el icono de la agenda en la pequeña pantalla y lo abrí. Estaba vacío. Sacudí la cabeza, había olvidado que era un teléfono nuevo, el viejo se destrozó en el accidente.

—¿Me permites? —Viktor extendió su mano hacia mí para que le diese el aparato. Lo hice. Él lo manipuló con eficiencia ante mis ojos.

—Solo hay que descargar los datos de la nube. No pensé que los necesitarías tan pronto. —Me lo devolvió. ¿La nube? ¿Ahora las agendas se ponían en las nubes? Sacudí la cabeza, seguro que era una de esas cosas tecnológicas que no recordaba. Aunque si me conocía, seguramente ni habría entendido como funcionaba.

—Ah… Aquí pone que tenía reservada una hora con Robin dentro de 15 minutos. —Sí que era una coincidencia.

—Le llamaré para decirle que vamos, si quieres, claro. —Seguro que no tenía una cara muy convencida.

—Sí, claro. Si no hago ejercicio, quizás la convenza para charlar un rato. Seguro que puede hablarme de lo que solíamos hacer juntas antes de… Bueno, antes de que perdiese la memoria. ¿Puedo suponer que somos amigas? —Se suponía que era una mujer rica, ¿tendría una entrenadora personal? ¿O simplemente quedaba con una amiga para hacer deporte?

—No solo sois amigas, sino que ella es de la familia. Es la mujer de mi hermano. —Eso quería decir que la familia Vasiliev era muy importante para mí. Todos parecíamos estar muy unidos.

—Tendría que conocerle también, pero de momento vayamos uno a uno, ¿te parece? —Él asintió conforme.

—Tú marcas el ritmo.

Capítulo 16

Catalina

Hacía solo unos días desde que había empezado a descubrir a Viktor, otra vez, ya me entienden, pero no me parecía que fuese un hombre de los que es fácil de apartar si él no quiere que lo hagan. Y, sin embargo, Robin le había despachado con un desparpajo que no creía que tolerase en otra persona. Supongo que ser su cuñada le concedía ciertos privilegios.

—Bueno. Por fin estamos solas. —Aquella sonrisa traviesa debería haberme avisado.

—¿A dónde vamos? —Ella había empezado a caminar y me instaba a que la siguiera con un movimiento de su mano.

—A sacarnos de encima un poco de frustración. —La puerta que abrió dio a una especie de tatami que atravesó sin detenerse.

—¿Frustración? —Sin detener el paso, giró la cabeza para sonreírme otra vez de esa manera tan…

—No necesito estar en tu cabeza para saber que esta situación no te gusta. No solo has olvidado parte de tu vida, sino que te ves forzada a convertirte en esa persona que todos esperan que vuelvas a ser. Tu trabajo, tus amigos, tu familia. Has dejado un vacío en ellos que te sientes obligada a volver a llenar, pero no sabes si podrás hacerlo. Es más, creo que piensas que no puedes. —¿Cómo podía leer mi mente de esa manera? Ni siquiera yo había pensado en expresar esos sentimientos, pero estaban allí.

—He olvidado demasiado, no sé si… —Ella alzó la mano para detenerme.

—¡No!, deja de pensar. —Se detuvo junto a un enorme saco de boxeo, lo aferró con ambas manos y me miró fijamente—. Solo golpea. —Antes de que saliese de mi estupefacción, ella ya había colocado unos guantes protectores en mis puños. Regresó al saco y le dio un par de palmadas incitadoras—. Vamos.

No estaba segura de a dónde quería llegar, pero hice lo que me pidió, dejar de pensar y solo golpear. Al principio fueron unos tímidos golpes, calculando el impacto y el dolor que aquel acto podía producirme. Después de unos minutos no había contención dentro de mí. Puños, piernas, rodillas… Cualquier parte de mi cuerpo impactaba con fuerza contra aquella superficie. Golpear y gritar libera, pero sobre todo relaja. Y agota. Tuve que detenerme para recuperar el aire.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Robin.

—¡Dios! Genial, estoy… genial. —Era catártico. Ella asintió.

—Bien. Ahora si quieres, podemos charlar. —Me lanzó una botella

de agua y una pequeña toalla. La seguí a un banco de madera, donde dejé la toalla empapada con el sudor que me había limpiado y planté mi cansado trasero.

—Viktor me dijo que éramos amigas, pero ahora estoy segura de que somos mucho más. Me conoces de una manera… —Casi me asustaba.

—No te creas, lo que entiendo es la frustración y las maneras efectivas de soltarla. —Señaló con la cabeza el montón de aparatos que había en la sala. Sí, todos ellos estaban pensados para soltar mucha frustración.

—Y de ira. —Señalé un aparato especialmente castigado.

—Son cosas que desaparecen cuando castigas con rabia un objeto inanimado. A veces pienso que soy una terapeuta en gestión de emociones. —Se adjudicó muy satisfecha.

—¿Y yo necesito mucha terapia normalmente? —¿Mi vida era tan estresante que necesitaba desahogarme constantemente con estos remedios?

—Cuando necesitas golpear, golpeas, cuando necesitas relajarte nos vamos a un spa. Puedo decir que somos flexibles en cuanto a nuestras actividades, todo depende de nuestras necesidades en ese momento.

—Ah, eso está bien.

—Tenemos la bañera de hidromasaje al final del pasillo, por si te apetece un poco de terapia de relajación. —Sonaba tan bien.

—¿Tenemos tiempo? —Ella miró la hora en el reloj de la pared.

—Si nos damos prisa, estaríamos 20 minutos a remojo. —Me puse en pie como un resorte.

—Entonces vamos.

Tres minutos después, estaba flotando entre burbujas calientes, sin importarme estar desnuda delante de una mujer que acababa de conocer. ¡A la porra la vergüenza!

—Mmmm, esto es el paraíso —escapó de mis labios.

—No, el paraíso es cuando te traes a tu Romeo para darnos un masaje después de una sesión intensa. —Abrí un ojo y giré la cabeza para observarla. Ella seguía con los ojos cerrados y sonriendo feliz.

—¿Romeo?

—Oh, sí. Ese hombre sabe cómo usar esas manos. Suelta nudos como nadie. Si no estuviera pillada, lo secuestraría para llevármelo a casa.

—¿Y tu marido? —Uno de sus ojos me miró.

—Si Andrey descubre que otro hombre me toca de esa manera, estoy segura de que se las apañaría para deportarlo a algún país al otro extremo del planeta. —Solté una carcajada.

—¡Qué drástico! —Ella volvió a cerrar los párpados.

—Intenso, cariño. Andrey es intenso, como lo son todos los Vasiliev. Pero no lo cambiaría por nadie. Tiene sus defectos, como todo el mundo, pero incluso de ellos estoy enamorada. —Parecía feliz, e igual de intensa. ¿Loca? Ojalá estuviera el mundo lleno de gente tan loca y maravillosa como ella.

—Así que esto es lo que hacemos cuando estamos juntas —deduje.

—Oh, esto es algo que hacemos tú y yo algunas veces, cuando el cuerpo nos lo pide, y tenemos tiempo, por supuesto. Si no, nos encontramos un par de veces por semana para tus clases de pilates, pero están también el resto de las chicas. —Alcé la cabeza.

—¿Chicas?

—Desde la abuela hasta las más jóvenes de nuestra banda de renegadas. Tú haces que estemos en forma.

—¿La abuela? —Vi la sonrisa de Robin aparecer en su relajado rostro.

—Oh, sí. Mirna se las apaña muy bien para seguirnos el ritmo a todas, y eso que le quedan pocos para alcanzar los 80, pero nadie lo diría. —Mi cabeza cayó de nuevo al agua.

—Vaya.

—Somos una familia muy particular. —¡¿Familia?! Wow, entonces la abuela… Mirna… Había escuchado ese nombre… ¡La abuela de Tasha! ¡Era… era mi suegra!

Viktor

Encontrar un despacho donde pudiese tener intimidad no había sido complicado, a fin de cuentas, la empresa era mía. Cierto es que yo tengo mi oficina en la central de control en el Crystals, pero yo había creado la empresa de seguridad desde cero, siempre pensando en la seguridad de la familia y sus negocios. Nada de dejar que otros velasen por los nuestros.

—Creí que se encargaba personalmente de los clientes importantes como yo, Vasiliev. No me gusta tratar con subordinados. —Me mordí la lengua por no responderle de mala manera. Había enviado a Tasha a negociar con él, a mi modo de ver no era un desprecio, ya que era mi propia hija.

—Tasha ya le explicó que surgieron algunos contratiempos.

—Sí, lo escuché.

—¿Y bien? ¿Qué le parecen nuestras condiciones? —Ella le había explicado detalladamente el sistema de trabajo que teníamos. Blanquear el dinero de otras mafias se había convertido en uno de los platos fuertes de la familia Vasiliev, no por el dinero que obteníamos a cambio, sino por el control que teníamos sobre ellos. En la mafia, tener a tu posible enemigo pillado por las pelotas es una manera de evitar que se rebelen en tu contra.

—Su comisión me parece muy elevada. —Estaba acostumbrado a escucharlo, era el principio de toda negociación, pero eso no quería decir que al final acabaran claudicando. Yo fingía ceder un poco, ellos también, y al final todos conseguíamos lo que queríamos.

—Va acorde con la calidad de nuestro trabajo. Se puede hacer más barato, pero no tiene las garantías que le ofrezco.

—Comprendo. —Pareció meditarlo unos segundos—. Si decido cerrar el trato con usted, no quiero intermediarios. Nada de subalternos. —Normalmente era así, pero no podía asegurarlo en esta ocasión. Katia estaba primero, ella me necesitaba. Perder una cuenta de negocios como esta solo eran cifras, números que solo nos harían más ricos, solo eso. Katia me hacía feliz, era parte de la familia, no había suficiente dinero para sustituirla. Hacerle entender a un hombre de negocios que hay cosas más importantes que los beneficios es difícil. Pero yo no tenía que hacerlo, solo era una negociación, y él no tenía por qué saber qué era más importante para mí. Los negocios y la familia debían estar separados, si alguien se empeñaba en emparejarlos, el asunto seguramente acabaría mal.

—Cuando tome la decisión de trabajar con nosotros, solo contacte conmigo. —No le había garantizado nada, pero tampoco le había dicho que no lo haría.

Colgué la llamada y miré el reloj. Katia y Robin estarían a punto de terminar. Podía hacer una reserva para llevarla a cenar, pero prefería llevarla a casa, donde no solo se sentiría más resguardada, sino que podría relajarse y, lo más importante, ir acostumbrándose al hogar, a mí.

Capítulo 17

Catalina

Fui en busca de Viktor nada más dejar a Robin. Me extrañó no encontrarlo allí, esperando junto a la puerta. Y creo que me decepcionó de alguna manera. Lo sé, era un hombre con más responsabilidades, pero … Caminé por el pasillo hacia el lugar que un empleado me había indicado.

Alcancé el despacho y vi una silueta moviéndose al otro lado del cristal esmerilado, ya saben, de esos que dejan pasar la luz, pero no son trasparente. Como decía, era evidente que estaba hablando por teléfono, aunque a este lado no se escuchaba nada. Seguramente el lugar estaba insonorizado, aunque tampoco es que me preocupase el saber con quién y de qué estaba hablando. Solté un suspiro pesadamente. Era un hombre importante, un hombre de negocios, ¡un maldito CEO! No podía estar todo el día haciendo de canguro de una mujer enferma. No es que estuviese inválida ni nada parecido, podía apañármelas bastante bien por mi cuenta. Era yo la que debía volver a su vida, y lo que estaba haciendo era entorpecer la suya.

—¿Lista para irnos? —preguntó Viktor al salir de la sala. Él no era de preguntas estúpidas como «¿Ya has terminado?». Era evidente que lo había hecho.

—Sí.

No habíamos alcanzado el ascensor cuando él preguntó.

—¿Te preocupa algo? —Me giré hacia él para hablarle.

—No tienes que estar todo el tiempo conmigo. —Su expresión cambió, no sé si se volvió más fría, solo sé que no estaba igual que antes.

—Pero quiero hacerlo. —Era un hombre terco, tenía que reconocerlo.

—Debes tener más obligaciones que estar cuidando de una desmemoriada. Yo puedo apañarme con cualquier otra persona, pero la empresa te necesita a ti. —Su ceño se frunció levemente.

—No sé si aceptarlo como un cumplido, o pensar que quieres deshacerte de mí.

—Oh, no, no. No quiero, uf, esto es difícil de explicarlo. Antes de que yo perdiese la memoria, ¿estábamos juntos a todas horas? No, ¿verdad? Pues eso es lo que necesitamos los dos, volver a esa normalidad o rutina que había en nuestras vidas. —Una sonrisa traviesa apareció en su rostro.

—No creo que estés preparada para ello, pero si quieres probar… —Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento. Viktor entró

dejando la frase sin terminar intencionadamente.

—Yo no he… ¡Agh!, sabes a lo que me refiero, no juegues conmigo. —Le seguí al ascensor, nada contenta con lo que me hacía. Pero eso a él no le preocupaba, más bien parecía divertirle torturarme de aquella manera.

—Lo sé. —Su sonrisa desapareció—. Pero me cuesta separarme de ti en este momento. Me necesitas, y como marido hice votos de protegerte y cuidarte en la salud y la enfermedad, y es lo que estoy haciendo.

—No es realmente una enfermedad, puedo valerme por mí misma, tan solo hay algunas cosas que no recuerdo, eso es todo. —Sus labios temblaron casi de forma inapreciable.

—Yo soy una de esas cosas que olvidaste. —Era eso.

—Respirarme todo el día detrás de la oreja no va a cambiar eso. —Aparté la mirada al decirlo, no quería herirlo, pero debía forzarle a retomar las riendas de la empresa. No solo eran negocios, eran las vidas de muchas personas las que dependían de él. Tenía que dar sustento a muchas familias. Tenía que preguntarle cuantos empleados trabajaban en sus empresas, me picaba la curiosidad. Pero este no era el momento.

—Puede que no, o tal vez sí lo haga. Pero si no quieres que vaya contigo, puedo encontrar a otra persona. —Eso me hizo recordar a mi antiguo acompañante.

—¿Cómo está Ben? —Su nariz se arrugó ligeramente.

—No está al 100 %. Pero si te sientes cómoda con él, le diré que te acompañe. Aunque tendré que reforzar el equipo con un par de personas más.

—Si no está recuperado…

—Él dirá que sí —me interrumpió Viktor—, pero sé lo que duele una lesión como la suya. De todas formas, tampoco es que vayas a meterte en lugares peligrosos, ¿verdad? —Su mirada pareció atravesarme, buscando él mismo la respuesta en mis pensamientos.

—Estoy amnésica, no loca —le recordé. Eso pareció servirle.

—Está bien, hablaré con él.

El ascensor llegó en ese momento a la planta inferior. Caminamos por el aparcamiento subterráneo apenas unos metros, hasta el lugar donde estaba estacionado nuestro coche. La zona estaba muy bien iluminada, nada que ver con esos garajes que salen en las películas de espías o de miedo. No sé por qué, era una extraña sensación, pero sabía que con Viktor a mi lado no me importaría caminar por un estacionamiento como esos. Él emanaba un aura de… No hay una palabra para definirlo, solo sé que su presencia bastaba para hacer que el peligro se mantuviese lejos de nuestro camino.

No hay nada como llegar a casa para sentirse cómodo. Había estado tenso desde la conversación con Rahman, como si hablar con él hubiese envenenado mi ánimo. No tenía por qué caerme bien, a fin de cuentas era un delincuente que ganaba cantidades absurdas de dinero y necesitaba blanquearlo. Los negocios siempre eran negocios, pero… Quizás estaba demasiado sensible por culpa de la situación con Katia, el caso es que necesitaba una razón para librarme de tener que atenderlo personalmente. O se dejaba de tonterías y aceptaba nuestras condiciones de trabajo o directamente lo mandaba a la mierda.

La casa estaba vacía cuando llegamos. Adrik me había enviado un mensaje diciéndome que estaba en el rocódromo de sus primos soltando algo de adrenalina. Lo entendía, yo también necesitaba hacer ejercicio físico para soltar tensión. Nada como acabar resollando como un caballo después de una extenuante sesión para sacarte la frustración que todo esto nos provocaba. En el fondo no éramos tan distintos.

—Está muy silencioso. —El comentario de Katia me sacó de mis pensamientos.

—El servicio ya ha terminado su turno y Adrik está en el gimnasio. Tenemos la casa para nosotros solos. —Lo vi, esa manera de rehuir la mirada, ese leve sonrojo en sus mejillas.

—Solos —repitió casi en un susurro. No quería presionarla, ni intimidarla, así que desvié el tema hacia otra parte.

—Podemos preparar la cena si quieres. Conociendo a Lali, seguro que nos ha dejado algo medio hecho. Dame unos minutos para darme una ducha y nos ponemos con ello.

—Tranquilo, date esa ducha sin prisa. Yo iré preparando la cena. —Conocía a Katia, al menos a la que estaba escondida dentro de su cabeza.

—¿Estás segura? —Era mi forma de disimular, para que no supiera que esta maniobra había sido intencionada.

—Es solo abrir la nevera y calentar, no creo que sea complicado. Hasta una amnésica podría hacerlo. —Ese era el sentido del humor que recordaba.

—Perfecto. No quemes nada. —La señalé con el dedo antes de desaparecer por las escaleras que subían a la planta superior.

Mientras mis pies devoraban los escalones en dirección a mi cuarto fui marcando el teléfono de mi informático. Si había algo que necesitase descubrir, la mejor manera era rebuscando entre toda la basura digital que pululaba por la red.

—Hola, jefe. —De todos mis empleados, era al único que le permitía tratarme con aquella jovialidad. Bueno, y a Igor, pero eran empleados diferentes, Igor era mi amigo y Boby era mi friki

consentido.

—Necesito que escarbes un poco.

—Por supuesto. —Podía escuchar como sus dedos tecleaban algo rápidamente.

—Nurul Rahman. Es un traficante de armas malayo.

—¿Cuánto quiere que escarbe, jefe?

—Quiero saber cuántos pedos…

—Se tira antes de ir a cagar, entendido. —Daba gusto cuando tus empleados te conocían tan bien—. Dejaré los filtros trabajando toda la noche. Tendrá un informe completo mañana a primera hora.

—Bien. —Podía ser un hombre que tenía una vida nocturna muy activa, pero mis empleados estaban a primera hora dándolo todo. A veces, antes de ir a casa me pasaba por el despacho para comprobar cómo iba alguna que otra investigación como la que le había pedido y me sorprendía encontrando un dosier completo en mi ordenador. Para Boby, a primera hora de la mañana significaba cualquier momento en que yo me acercase al trabajo, aunque eso fuese las cuatro de la mañana.

Con el tema del malayo en marcha, lo único que tenía que hacer era darme esa ducha. Y después, cenaría cualquier cosa que mi mujer hubiese recalentado, aunque lo hubiese dejado más seco que una caja de cartón. Después fregaría todo y le pediría que nos quedásemos juntos a ver una película en el sofá. No sería como antes, ella no se recostaría sobre mi cuerpo y yo no podría acariciarle la mejilla con mi nariz, inspirando su particular olor. Pero me conformaría con tenerla cerca.

Capítulo 18

Catalina

No podía dormir, mis párpados seguían abriéndose una y otra vez para contemplar la oscuridad sobre mi cabeza. Nunca un techo me había atrapado tanto como ese. Tenía que haber aceptado, tenía que haberme quedado a ver esa película con Viktor como él había sugerido. Pero no lo hice. No podía normalizar nuestra situación, no al menos de aquella manera. Era atento, agradable, pero no podía fingir que éramos una pareja y hacer cosas de novios.

Le dolió, pude ver la decepción en su mirada unos segundos, pero rápidamente levantó ese escudo que ocultaba lo que realmente sentía. No había conocido a nadie que ocultase tan bien lo que pensaba, era… no sé, como una máscara fría y distante que lo alejaba de cualquier emoción. Pero sabía que no era así, podía verlo en aquellas décimas de segundo que él necesitaba para ocultarlo.

Solté el aire pesadamente y volví a cambiar de posición, quizás esta vez podría conciliar el sueño. Quería dormir, necesitaba dormir. Se suponía que la medicación me ayudaría a relajarme.

Peligro. Alguien ha venido a hacerme daño, están ahí afuera. Tengo que esconderme, no hacer ruido, no tienen que encontrarme. Se acercan, cada vez más. Están al otro lado de la puerta, van a…

Como un resorte me senté en la cama, buscando entre la oscuridad a quienes querían hacerme daño. Pero estaba sola, en una habitación que no conocía, en casa de los Vasiliev. Mi casa. Me sentí vulnerable, asustada, tenía miedo, pero no podía hacer nada. ¿Y si el peligro no lo había imaginado? ¿Y si había alguien ahí? Yo no podría defenderme, necesitaba…

—¡Viktor! —Su nombre salió de mi boca como un grito desesperado de ayuda. Sabía que él me protegería, sabía…

—¿Estás bien? —Su cuerpo apareció bajo el marco de la puerta, la escasa luz iluminaba su pecho bien trabajado, haciéndolo parecer peligroso. Pero lo que daba miedo era su rostro, aquellos ojos de hielo lo revisaban todo a mi alrededor como si esperase encontrar a alguien a quien destrozar. Lo sabía, él me protegería de cualquier cosa.

—Hay… hay alguien en la casa, alguien que… —tragué saliva de forma nerviosa—. Están armados, vienen a por nosotros. —Su rostro vaciló.

—Voy a revisar. —La voz de Adrik llegó desde detrás de él, pero no pude verle bien. Viktor miró por encima de su hombro y asintió.

—Bonnie está en el castillo.

—Abre la puerta.

—Está bien, vamos al refugio. —Me tendió su mano, que cogí como si fuera el único salvavidas en mitad del océano.

Nos arrastró en silencio hacia el vestidor, donde apretó la esquina de una pared, haciendo que esta se abriese de forma rápida y silenciosa, mostrando un hueco. Entramos, cerró la puerta y después encendió las luces.

—¿Qué has escuchado exactamente? —Mis ojos se abrieron desmesuradamente cuando me di cuenta de todo lo que nos rodeaba. ¿Habitación del pánico? Aquella habitación se parecía más a la cabina de pilotaje de un avión. Varias pantallas se estaban encendiendo mientras Viktor pulsaba teclas y botones. Imágenes de toda la casa fueron apareciendo.

—No lo sé, estaba durmiendo y sentí que había alguien fuera. —Él frunció el ceño.

—Control a puesto uno —dijo presionando un mecanismo.

—Aquí puesto uno —respondió una voz de hombre al otro lado.

—Alerta 2, hagan barrido de la zona.

—Recibido.

Casi me daba miedo preguntar, porque meterme en mitad de la conversación podría estropear la extraña coreografía que todos tenían. Me sentía extraña, inservible.

—La línea principal de energía no ha sido cortada, las comunicaciones siguen operativas y no hay señales térmicas fuera de ubicación. —Viktor se giró hacia mí—. ¿Estás segura de que oíste o viste a alguien? —Él me miraba como si dudase de lo que les había dicho y ante su seguridad, hasta yo misma empezaba a tener dudas.

—Yo… —Toqué mi sien buscando las imágenes que me habían golpeado la mente—. Los vi… Eran varios, llevaban pasamontañas y armas, y… nos buscaban, nos… —Apreté más fuerte, como tratando de fijar la imagen que… ¡Oh, rayos! Volví la mirada hacia Viktor—. Lo siento, yo… Ellos estaban ahí, nos buscaban, pero… los muebles… las ventanas… —¿Cómo le decía que la distribución de la casa no era la que recordaba? ¡Estúpida, estúpida! Había sido solo un sueño, una pesadilla.

—Tranquila. —Sentí los brazos de Viktor rodeándome de forma consoladora. Sentir el calor de su pecho bajo mi mejilla era todo lo que necesitaba para no derrumbarme.

—Creo… creo que ha sido una pesadilla. —Esperaba el momento en que él se tensase, que se enfadase por haber armado todo aquel alboroto. ¡Maldita sea!, había puesto a todos a buscar a esos falsos intrusos.

—Cuéntame más. —Alcé la mirada hacia él. De todas las palabras que esperaba escuchar de su boca, esas dos no estaban entre ellas.

Le describí lo que recordaba, las personas, los objetos incluso el

ángulo desde el que veía todo aquello. Y creo que fue esa la pista que Viktor reconoció.

—No era del todo una pesadilla, Katia, era un recuerdo —dijo convencido.

—¡¿Qué?! —¿Un recuerdo? ¿Cómo diablos había vivido eso?

—Un grupo de asaltantes entró en nuestra anterior casa. Nosotros nos resguardamos a tiempo en la habitación segura. Lo que recuerdas es todo lo que se vio por las cámaras de seguridad. —Podía ser un recuerdo del pasado, pero para mí acababa de suceder. Mi corazón todavía latía acelerado, como si pudiese verlos en las pantallas que tenía delante. Miedo, puro y simple miedo.

—¿Los detuvieron? —Necesitaba saber que esos tipos no estaban por ahí esperando a atacarnos de nuevo.

—A todos y cada uno de ellos, incluso a la mente que estuvo detrás del ataque. —Solté el aire que había estado conteniendo mientras esperaba su respuesta.

—Menos mal. —Me quedé un ratito ahí, arropada por su calor, hasta que recordé…— ¿No habría que decirles a todos que ha sido una falsa alarma? —Viktor sonrió de una manera canalla que hizo que mi estómago diese una voltereta.

—Déjalos que se diviertan. —Pero este hombre…

—Viktor. —Golpeé su hombro de forma teatral.

—Está bien. —Se acercó al terminal y pulsó algunos controles—. Puesto uno, aquí control, falsa alarma, repito, falsa alarma. Alerta en amarillo.

—Recibido, control. Permiso para terminar la revisión con C-2.

—Afirmativo, puesto uno. —Viktor pulsó otra tecla, supongo que cambiando la línea—. Benjamin, falsa alarma. —¿Benjamin? ¿Pero cuánta gente había movilizado? ¡Qué vergüenza!

—Demasiado tarde, ahora no hay quien la mande fuera. Ha olido a mamá. —¿Esa no era la voz de Adrik?

—¿Me explicas eso? —Necesitaba una aclaración o me volvería loca. Viktor se encogió de hombros mientras apagaba todos los terminales.

—El médico recomendó ir poco a poco, así que tuvimos que sacar el perro al exterior. —Una pieza encajó.

—¿Al castillo? —Viktor empezó a empujarme para salir del cuarto oculto.

—Es una zona de recreo fortificada para que no pueda escapar, porque créeme, lo hará si puede.

—Así que es una especie de corral canino antifugas —deduje.

—Más o menos.

Antes de que me diese cuenta, una gran mole peluda me tiró al suelo. Mis manos luchaban por apartar su lengua pringosa de toda mi

persona, sobre todo mi cara.

—Ya, ya, tranquila, Bonnie. Mamá necesita respirar. —Viktor tenía que ser tremendamente fuerte, porque aferró al perro por el collar y lo apartó de mí con eficiencia. ¡Me había derribado de un empujón! Era un tanque con patas. Unos sesenta kilos de perro, por lo menos.

—Te ayudaré a levantarte. —Adrik me tendió la mano y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba en calzoncillos. Y, ¡wow!, era dinamita. ¡Qué cuerpazo! Aparté la mirada de su cuerpo con rapidez. Se supone que una madre no puede mirar así a su hijo.

—Gracias. —El perro luchaba por liberarse, aunque enseguida se dio cuenta de que no podía, así que empezó a lloriquear.

—No va a parar hasta que le des algo —dijo Viktor con una pequeña sonrisa en la cara. ¿Me lo estaba diciendo a mí? Parecía que sí.

—¿Y qué le doy? —pregunté.

—Creo que una salchicha sería lo apropiado. —Cuando Adrik dijo eso, mis ojos fueron directos a su salch… ¡Agh!, Cat, deja de hacer eso.

—Dile: buena chica, vamos a la cocina a por tu premio. —El perro, o mejor dicho, perra, se removió en sus patas traseras en anticipación. Viktor la había soltado, pero se quedó quieta esperando a que yo hablase. Así que lo hice.

—Vale, preciosa, buena chica. Vamos a la cocina a por tu premio. —Le di más énfasis señalando con mi brazo la puerta de la habitación. Cuando dije la última palabra, salió disparada como un cohete.

—Problema resuelto. Pero será mejor que bajemos, porque si tardamos mucho es capaz de servirse ella misma. —Miré a mi marido sorprendida.

—¿Sabe abrir puertas?

—La de la nevera sí —dijo Adrik riendo. Tuve que apartar la vista de él otra vez.

—Vale, pues bajemos. Pero tú, ponte algo encima primero. —Pasé a su lado tapándome los ojos con una mano. Provocando una carcajada de Viktor.

—Haz caso a tu madre.

Capítulo 19

Catalina

No es que tenga miedo a los perros, pero he de reconocer que una mole de sesenta kilos, una cabeza como un balón de baloncesto y una boca enorme llena de dientes suelen ser buenos argumentos para mantenerse alejado de un animal como Bonnie. Lo quisiera o no, ella era capaz de tirarte al suelo con una sola «caricia». Pensar que podía destrozarme en cuestión de minutos no era descabellado, salvo por el hecho de que mi marido y mi hijo me aseguraban que eso sería lo último que la perra haría conmigo. Según ellos, ese pedazo de animal plantaría cara al mismísimo diablo para protegerme.

Mientras la observaba sentada sobre sus patas traseras, mi mente trataba de encontrarla adorable, aunque me estaba costando.

—No va a devorarte la mano. —Adrik estaba luchando por ocultar su risa, pero no lo estaba consiguiendo. Por eso se metió en la boca un bollo para disimular. Al menos ahora podía mirarlo, porque se había puesto unos pantalones. Ver sus definidos abdominales tampoco era algo fácil, pero al menos no me sentía tan mal por ello. ¿Cómo conseguía tener aquel cuerpo comiendo bollos?

—Tú palabra no es suficiente. —Le apunté con la salchicha que tenía en la mano y que Bonnie no dejaba de seguir con la mirada mientras babeaba. Tenía que dejar de hacer eso, o ella saltaría y se la zamparía de un bocado, llevándose mis dedos como guarnición.

—Sé que eres una mujer valiente, Katia. —Volví el rostro hacia Viktor, sus ojos me observaban sin perder detalle. En ellos había una fuerza diferente, era como si me estuviese ofreciendo esa seguridad que me faltaba para dar ese paso. Él estaba ahí, era lo que me estaba diciendo con aquella mirada.

Tomé aire profundamente y me preparé. Había superado un accidente de coche con solo un rasguño en la cabeza, no iba a perder unas cuantas falanges en la cocina de mi casa, ¿verdad? Mentalmente repasé las instrucciones que me habían dado cuando pusieron aquel trozo de carne procesada en mi mano.

—Buena chica —extendí mi mano hacia su boca—. Aquí tienes tu premio. —Mis párpados luchaba por cerrarse y dejarme a oscuras. No quería verlo, no quería…

Con una delicadeza que me sorprendió, Bonnie acercó la cabeza hasta mi mano, abrió la boca y cogió el trozo de carne entre sus dientes como si lo tomase con unas pinzas. Casi ni sentí su aliento sobre mi piel. Asombrada era una palabra que se quedaba corta para definir cómo me sentía, bueno, además de aliviada, claro.

—¿Crees que habría permitido que lo hicieras si hubieses corrido algún peligro? —me susurró Viktor al oído. Ni siquiera me había percatado de que estaba detrás de mí, pero para cuando me había girado para afrontarlo, él ya se había alejado más de un metro. ¡Wow!, sí que era rápido. Sus piernas tenían que ser realmente ágiles, además de tener unos pies muy silenciosos, claro.

—Eso sería tema de divorcio. —Mi observación le sacó una sonrisa.

—Entonces estoy cubierto. Nunca permitiré que te hagan daño. —Lo dijo con una expresión seria en su mirada, como si fuese mucho más que una promesa.

—Creo que me voy a dormir, mañana tengo un vuelo temprano. —Tanto su padre como yo nos giramos hacia Adrik.

—¿Te vas? —Estaba claro que yo no había sido la única sorprendida.

—Es evidente que estás bien, salvo por tu memoria, pero eso… Tengo trabajo que me espera en Chicago, no puedo dejar tanto tiempo el negocio desatendido. —Podía hacerme a la idea de lo que no se atrevió a decir en voz alta: «eso llevará mucho tiempo, o puede que no suceda». Entendía perfectamente que el resto del mundo no aplazase su vida para esperar que yo recuperase la mía, la rueda sigue girando para todos, no se detiene para nadie. Con que uno se retrase es suficiente.

—Ir a la cama es una idea excelente, yo también tengo trabajo que atender mañana.

Casi de manera unánime nos pusimos en marcha. Eso sí, no me pasó inadvertido cómo los chicos recogieron todo lo que habían utilizado. Tenía que reconocer que estaban bien aleccionados. Sentí orgullo por ello, porque de alguna manera esperaba que yo hubiese tenido algo que ver con ello, al menos con mi hijo. Ya se sabe que a los maridos es casi imposible enseñarles buenas maneras cuando ya vienen torcidos por sus madres.

—Si necesitas cualquier cosa, mi habitación está enfrente —señaló Viktor cuando alcanzamos mi puerta.

—A un grito. —No podía olvidar lo rápido que apareció en mi habitación. Él sonrió pícaramente.

—O menos. —Entré en el cuarto con la tranquilidad de quien se siente seguro.

Viktor

Esperé un par de latidos, mientras la veía alejarse, y después seguí los pasos de Adrik. Tenía que descubrir el porqué de aquella prisa por irse. Lo alcancé nada más atravesar la puerta de su cuarto. Él me esperaba, o quizás es que me había oído seguirle.

—¿Vas a decirme la auténtica razón o tendré que averiguarlo por

mi cuenta? —Adrik suspiró y me hizo pasar para cerrar la puerta. Sabía que ella no nos había oído, había tenido la previsión de susurrar bien cerca de él para que nadie más nos oyese. Pero estaba claro que Adrik quería ser más precavido si cabe.

—La hago sentir incómoda —dijo apenado.

—Es normal que no se sienta cómoda a nuestro lado, acaba de conocernos, tiene que cogernos confianza.

—No me refiero a eso. —Adrik desvió la mirada, también parecía incómodo al hablar sobre el tema—. Aparta la mirada cuando estoy cerca, mi presencia le incomoda.

—Era por tu desnudez, creí que te había quedado claro.

—Ya, ella no necesita por aquí a un hombre joven al que ha visto casi desnudo. Con que te tenga a ti es suficiente. —¡Mierda!, para ella Adrik se acercaba más en edad a los años con los que ella había despertado, podía encontrarlo atractivo, y… ¡Era eso!

—¿Crees que podrías desbancarme? Aunque te parezca increíble, todavía puedo levantarte cualquier conquista. —Su sonrisa prepotente se alzó orgullosa.

—Eso no te lo crees ni tú, viejo.

—Con cualquier otra mujer ni me molestaría, pero con tu madre… Si cualquier gallo se acerca a mi gallina me lo comeré antes de que le cante. —Nadie le arrebata lo que es suyo a un Vasiliev, no sin pagar las consecuencias.

—Como el zorro que eres —dijo con una sonrisa orgullosa.

—Lobo, si no te importa. Esta familia es una gran manada de lobos.

—Vale, pero este lobo se va a la cama.

—Mantenme al corriente de lo que ocurre por allí —le recordé.

—Lo haré, ya lo sabes.

—Y llama a tu madre, sé que le gustará charlar contigo. —Su sonrisa me pareció algo triste.

—Lo haré.

—Y si dejas a alguna chica embarazada, haz el favor de decírmelo antes de que su padre se entere. —Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Lárgate de aquí. Ya empiezas a desvariar como los viejos seniles. —Salí de la habitación, pero sonriendo porque sabía lo que él trataba de ocultarme, de ocultarnos a todos. No tenía que olvidar que yo fui igual que él a su edad.

De camino a mi cuarto ya estaba pensando en qué haría al día siguiente. Ir al despacho estaba descartado, pero no podía estar todo el día pegado a mi mujer como un tatuaje. Debía ir preparando un equipo de seguridad para que la escoltara. El SET-5 sería un buen sustituto al coche blindado, y compensaría las deficiencias de un Ben

convaleciente. Aun así, debía asignarle un nuevo equipo de refuerzo que los siguiera como apoyo. Ahora ella era más vulnerable que nunca y debía velar por su seguridad. Y me da igual que alguien piense que soy un enfermo controlador, por ella me convertiría en el acosador más devoto sobre la tierra. Como le dije, no permitiría que corriese ningún peligro.

Capítulo 20

Catalina

Abrí los ojos lentamente, dejando que mis ojos se adaptasen a la claridad que entraba por las enormes puertas francesas que daban al jardín. Podía oler la fragancia de las flores de allí abajo, tenían que ser rosas, me encantaban las rosas. Normal, si esta era mi casa seguro que me había encargado de tener algún que otro rosal bien cerca.

Respiré profundamente. Salvo por el altercado, todo culpa mía, el resto de la noche había dormido estupendamente. El colchón era una maravilla, aunque no había sido solo eso lo que me hizo descansar a gusto, sino saber que estaba a salvo en aquella casa. Pensar en que Viktor estaba al otro lado del pasillo me hizo girar la cabeza hacia la puerta. Para mi sorpresa, estaba cerrada, algo que me extrañó. Yo la había dejado abierta, ya saben, por si tenía que gritar pidiendo ayuda de nuevo.

Saqué las piernas de la cama, moviendo mis pies inconscientemente buscando mis zapatillas. Y ahí estaban, lo extraño es que no recordaba haberlas usado la noche anterior. Algo me decía que algún duende las había puesto ahí para mí, uno muy sigiloso.

Lo primero que hice fue responder a la llamada de la naturaleza, mi vejiga pedía urgentemente ser vaciada. En cuanto entré en el baño, la enorme ducha llamó poderosamente mi atención. ¿Podía convertirse en un vicio algo tan cotidiano como una ducha? Viendo aquella maravilla podía pensar que sí.

Cuando salí de la habitación, estaba limpia, vestida para ir a… Me detuve ante la puerta de la habitación donde dormía Viktor. La encontré abierta, por lo que pude ver que la cama estaba hecha y no había nadie en ella. Silencio. Sacudí la cabeza para apartar la decepción de no encontrarlo, él dijo que tenía trabajo, seguramente ya se había ido. Tomé mi teléfono para buscar el contacto de Romeo, quizás yo también podría hacer algo. Antes de llamarlo, me di cuenta de que tenía un mensaje suyo.

—*Te he apuntado a un curso. Han empezado hace unos días, así que no tendrás que tragarte toda la teoría de nuevo. Te envío un enlace con la dirección y la hora.*

—*Eres lo máximo* —tecleé con rapidez. No había alcanzado la última escalera de la planta baja cuando me llegó su respuesta.

—*Me encantaría llevarme todo el mérito, pero que te aceptaran fue gracias a tu marido. Él sí que es lo máximo.* —Eso me hizo sonreír.

—*Parece que sí.* —Viktor era realmente un pez gordo, no había terreno que se le resistiese.

—*Y además está muy bueno.* —Esa apreciación por parte de Romeo me escandalizó, pero solo un poco.

—*¡Tú no puedes decir eso!* —Añadí ese emoticono que se llevaba las manos a la cabeza.

—*Puedo. Él es el guapo y rico, pero no tiene una pizca de divertido. No es como yo, que tengo de todo menos riqueza, pero es porque mi jefa no me paga mucho.* —Qué listo, acababa de pedirme un aumento.

—*Hablaré con la jefa, pero me han dicho que está de vacaciones. Quizás cuando vuelva…* —Y pensando en Viktor, ¿cómo que no era divertido? Tan solo tenía un sentido del humor un poco negro, solo eso. A mí me gustaba.

—Buenos días, señora. —Lali me saludó desde detrás de la barra de desayuno.

—Buenos días.

—¿Zumo natural y cereales con yogur?

—Claro. —Antes de que me sentase en el taburete, ya tenía mi comida sobre la barra. Esto era rapidez. Una se puede acostumbrar a que la traten así. Mi estómago gruñó, totalmente de acuerdo.

Antes de tomar la primera cucharada, me di cuenta de que estaba yo sola. ¿Por qué no había pensado en mi marido?

—¿Viktor se fue? —Una cosa era suponerlo y otra saberlo. Una estupidez, lo sé, pero lo necesitaba.

—No, señora. Está trabajando en el despacho. —Tenía que haber supuesto que tendría algo así en casa. Era un hombre preparado para todo, como comprobé la noche anterior—. ¿Quiere que la acompañe hasta allí cuando termine? —Sopesé esa oferta.

—Estará ocupado, no quiero molestarlo.

—No se preocupe por eso, él siempre tiene tiempo para usted. —Aquella información me hizo sentir importante. Que un hombre de negocios como él interrumpiese su trabajo para ver a su esposa, decía mucho a favor de su relación. Sentí envidia, hasta que recordé que era de mí de quien la tenía. Era extraño, porque era yo, pero al mismo tiempo no lo era. Ni yo misma me entendía.

Desayuné todo lo que me pusieron delante. No me dejaron recoger mi servicio, así que les di las gracias y me dispuse a seguir las indicaciones que Lali me dio para llegar al despacho de mi marido. Al encontrar la puerta cerrada, llamé con los nudillos. No escuché un «adelante», pero sí que sonó un chasquido eléctrico, de esos que se escuchan cuando se quita el pestillo y puedes empujar la puerta para entrar, así que lo hice, pero con cuidado.

—En una hora me parece perfecto. —Sus ojos me observaban con atención mientras mantenía una conversación telefónica con otra persona. Tenía que ser con uno de esos auriculares porque yo no escuchaba a su interlocutor. Me hizo un gesto con los dedos para que

me acercara, y eso hice—. No te preocupes por eso, tengo lo que necesitas.

Me quedé allí de pie, frente a la mesa de su despacho. Llevaba ropa más formal, camisa blanca, pantalones diplomáticos… Solo le faltaba la corbata y la chaqueta para ser un completo hombre de negocios. Aunque no lo necesitaba. Viktor tenía ese porte de quien no necesita vestir como el jefe para sentirse como tal. Con él no servía eso de «como te ven te tratan», creo que incluso con ropa harapienta y sucia, Viktor emanaría ese dominio y control del líder del grupo. Exudaba de él.

—¿Descansaste? —No me di cuenta de que había terminado su conversación hasta que me hizo la pregunta.

—Como una marmota —confesé.

—Bien. ¿Cuáles son los planes para hoy? —Se retiró el auricular del oído, como si de esa manera me demostrase que tenía toda su atención.

—Romeo me ha apuntado a un curso. Tengo que ir esta tarde, pero antes me gustaría repasar el temario. ¿Hay algún ordenador con conexión a internet que pueda utilizar? —Mis ojos se posaron sobre el equipo que tenía sobre su escritorio.

—Si es solo para consultar, tienes una tablet en tu despacho.

—¿Mi despacho? —Viktor me señaló con el dedo pulgar uno de los costados de la habitación.

—La habitación de al lado. —En un parpadeo él estaba a mi lado, dispuesto a acompañarme. Podía ir yo sola, pero estaba descubriendo que me gustaba que me enseñara las cosas, no porque no me las apañase bien por mí misma, sino porque él me daba más información interesante.

Salimos de su despacho para entrar en el mío. Nada que ver. El mío era más pequeño, tenía algunas estanterías con libros de fisioterapia y más luz, no sé, debían ser los colores de los objetos, mucho más claros que los de Viktor.

—Tu tablet. —Viktor me tendió el dispositivo, que miré como una tonta.

—No recuerdo la contraseña. —Él me regaló una pequeña sonrisa.

—Con el dedo. —Tomó mi índice con delicadeza y lo colocó en un cuadradito del marco. Rápidamente la pantalla se iluminó.

—Vaya. —Me giré hacia el ordenador portátil sobre la mesa. ¿Se activaría igual?

—Ese tiene reconocimiento facial, como tu teléfono. —Ahora recordaba que no me había pedido ninguna clave.

—Muy moderno. —¿Qué le iba a decir? Puede que en esta época fuese lo más normal, pero en la que yo estaba hacía unos días eso era algo como lo que usaría James Bond, 007.

—¿Quieres hacerlo aquí? ¿O prefieres hacerlo en tu otro despacho?

—¿Quieres decir en mi oficina? —¿Me estaba diciendo que podía ir allí otra vez?

—Si quieres hacerlo no hay problema, pero me refería a tu rinconcito aquí en casa. —Mi ceño se frunció, confundido. ¿Tenía otro lugar aquí?

Viktor dio los tres pasos que le separaban de la puerta francesa que daba al jardín, la abrió y me descubrió una tumbona junto a una mesa baja. ¡Cielos! Ese sí que era un buen lugar para leer. La vista, la claridad, la suave y cálida brisa… La yo del futuro sí que sabía cómo mimarse.

—Esto es perfecto. —Me acomodé sobre la tumbona y probé como sería leer en aquel lugar. Solo me faltaba…

—Le diré a Lali que te prepare algo fresco para beber. —Este hombre parecía estar dentro de mi cabeza.

—Gracias. —Mientras observaba su espalda alejarse, aferré la tablet contra mi pecho. Me gustaba esto, el nido que había creado con mi familia aquí, pero algo me decía que también había una parte mala, siempre la había, nada podía ser tan perfecto.

Capítulo 21

Catalina

—¿Está segura? —Aparté la mirada del volante que sostenían mis manos para prestarle atención a mi guardaespaldas, sentado a mi derecha.

—Alguna vez tendrá que ser la primera, ¿no crees? Además, el hombro te tiene que doler como si te lo estuviese mordiendo una rata, un poco de descanso no le vendrá mal. —Supe que había tocado una tecla incorrecta en el momento en que su espalda se enderezó de manera exagerada.

—Puedo soportarlo. —Hombres, son tercos como mulas y jamás reconocerán que tienen una debilidad.

—Soy la jefa, así que te fastidias y haces lo que te digo. —Si algo aprendí de Rocky es que hay una manera rápida y fácil de conseguir lo que quieres, y esa es imponiéndote de forma violenta. Nada como un golpe directo para doblegar a tu oponente. No me gustaba, pero a veces hay que recurrir a ese tipo de cosas.

—Sí, señora. —Sus ojos dolidos me decían que no solía tratarle así.

—Entiéndeme, Ben. No quiero sentirme una inútil, y la única manera es probándome a mí misma que puedo. Viktor no me dejaría hacerlo. —Soy una blanda, lo sé. Justificarme de aquella manera era la forma que encontré de pedirle disculpas.

—No, el jefe seguramente no la dejaría. —Funcionó.

—Entonces déjame hacerlo. Es solo conducir unos kilómetros. Si algo ocurre te tengo a ti para ayudarme. —Su mirada se desvió hacia un punto alejado.

—Supongo que sí.

—Además, Viktor me ha dicho que los coches de hoy en día casi conducen solos. Esto tiene que estar chupado. —Acaricié el volante con deseo. Me moría por conducir aquel coche tan… tan… moderno.

—De acuerdo. Metamos la dirección en el navegador. —Busqué la pantalla táctil e introduje la dirección donde se impartía el curso.

—Destino fijado. Por favor, pónganse los cinturones de seguridad. —¡Wow!, mis ojos se abrieron como túneles de tren. Esto era alucinante, el coche hablaba.

—No enfademos al coche —le dije con una sonrisa a mi copiloto. Él sonrió y obedeció igual que yo. Aunque antes metió su brazo en el cabestrillo que tenía escondido en el bolsillo de su chaqueta. Si tuviese que meterme en su cabeza, seguro que pensó que podía ponérselo mientras yo estaba en el curso, para así aliviar el dolor que suponía dejarlo suelto.

Siguiendo las instrucciones del GPS llegamos al lugar al que debía presentarme para el curso. Definitivamente iba a quedarme con aquel coche. ¿Pues no había encontrado un sitio para aparcar sin pedírselo? Incluso realizó la maniobra de forma autónoma y a una velocidad que me dejó pasmada. Yo misma en mi mejor día habría tardado casi el doble.

Ben me acompañó hasta el lugar donde recibían a los alumnos. Me adelanté a él y me presenté.

—Buenas tardes, soy Catalina Steel, vengo al curso de fisioterapia. —Antes de que me diese por pensar en que tal vez me había equivocado al decir mi nombre, porque Romeo me conocía con el apellido Vasiliev, la mujer empezó a hablar.

—Ah, sí. Steel. Veo que ya se encuentra mejor. —Su mirada fue directa al pequeño apósito en mi sien. Fueron solo tres puntos, pero había que protegerlos.

—Eh, sí, mucho mejor. —No podía confesarle que el médico me había exigido calma y descanso. Si la doctora Costas se enteraba de que estaba aquí… Mejor no pensar en ello. Podía ser de la familia, pero me echaría la bronca igualmente.

—Bien, esta es su identificación. Deberá llevarla siempre encima y en un lugar visible mientras dure el curso. —Cogí el identificador por el cordón y me lo colgué del cuello. Me sentí como si estuviese en uno de esos congresos en los que nadie se conoce. Bueno, es que allí nadie se conocía, al menos al principio.

—Gracias.

—¿Y usted? —La mujer se había dirigido directamente a Ben—. ¿Viene como sujeto de pruebas? —Ben se tocó el hombro.

—Pues sí, pensé que podrían hacer algo. —Le dio a la mujer una sonrisa de esas melosas, y a ella le encantó. Ben estaba hecho todo un seductor.

—Supongo que los dos resultaron heridos en el mismo accidente. —¿Qué le habría contado Romeo a esta gente? Esperaba que no todo.

—Sí, fue muy aparatoso. —Ben puso cara de compungido. Vaya un actor estaba hecho.

—Está todo lleno a estas alturas, pero veré qué puedo hacer. —¿Le estaba sonriendo? ¿Y se estaba tocando el pelo? El seductor había triunfado.

—Gracias.

—Los estudiantes deben ir a la sala de la derecha. Las prácticas serán en la sala de la izquierda, pero empezarán dentro de una hora. ¿Va a esperar o volverá más tarde? —La mujer estaba perdida, no era normal pestañear tantas veces seguidas.

—Pues tenía pensado quedarme por aquí cerca. ¿Dónde puedo tomar un café? —Ben se acercó al mostrador de forma amable y

atenta. Sabía perfectamente cómo atrapar a una chica interesada.

—En cuanto todos los alumnos estén en el aula tenía pensado tomarme un café yo también. Si quiere puedo acompañarlo. —Otra ráfaga de pestañeos.

—Sería un detalle, gracias. —La mujer giró la cabeza hacia mí.

—No haga esperar al profesor. —La mujer señaló con la cabeza la puerta por la que debía entrar. Entendido, yo era la última y necesitaba que me largase para ir a tomar ese café con su nuevo ligue.

—Ya voy. ¿Nos vemos más tarde? —pregunté a Ben mientras me iba.

—Si no coincidimos ahí dentro, nos vemos aquí fuera cuando termines. —Eso no le gustó a la mujer, pero ese problema se lo dejaba a Ben, yo me largué deprisa hacia mi clase.

No era una sala muy grande. Habría unos veinticinco o treinta puestos, pero apenas se habían cubierto la mitad. Algunas personas estaban charlando en pequeños corrillos, y nadie estaba en la mesa del profesor. Me acerqué a un asiento libre y dejé sobre la mesa mi bolso para sacar el material para tomar notas.

—Eh, ese es mi sitio. —Levanté la vista y vi a una mujer de unos cincuenta y cinco o cincuenta y seis años. Miré a mi alrededor, buscando alguna señal de que el sitio estaba ocupado. Efectivamente, había un bolso colgado del respaldo de la silla, aunque parecía haberse deslizado, por eso no lo vi a primera vista.

—Oh, disculpa. —Cogí mis cosas y me dispuse a buscar otro lugar.

—Tú eres nueva.

—Pues sí. —Hora de hacer amigos o enemigos. Siempre odié el primer día de clase—. Soy Cat.

—Marge, como la de los Simpson, pero yo hace tiempo que envié a Homer de paseo. —Me iba a gustar esta mujer. ¿Todavía seguían echando esa serie en la televisión?

—Siempre me he preguntado por qué no se divorciaba. Homer era un caso perdido. —Ella puso los ojos en blanco.

—Fácil, se acaba la serie si eso ocurre. —No contestó ella, sino la mujer que estaba a su lado—. Soy Olivia, y todavía sigo buscando a mi Popeye. —Alzó la vista hacia la puerta, donde un chico que no alcanzaba los treinta, con una musculatura muy desarrollada, entraba en la sala. Por su forma de comérselo con la mirada estaba segura de que ese era el Popeye que buscaba. Ella tendría algunos pocos años más, por lo que no era una posibilidad demasiado remota. Olivia era una latina de pechos y caderas rotundos, a los que sacaba mucho partido, aunque le afeaba algo el gesto de mascar chicle de la forma que lo hacía. Como decía mi madre, si masticas, cierra la boca.

—Siéntense, por favor. —El chico hiper musculado resultó ser el profesor. Se detuvo frente a su escritorio con cara de pocos amigos.

Estaba claro que no le gustaba lo que hacía.

—Aquí. —Marge tiró de mi manga para que me sentase en el puesto libre junto a ella. Estaba claro, ya tenía a mis compañeras de clase. En cuanto a mi profesor… Siempre me dio pena la gente que se ve obligada a trabajar en algo que no le gusta. Tenía que dar gracias al cielo por ser una de esas pocas personas que había conseguido trabajar en algo que le apasionaba, o al menos lo haría.

Capítulo 22

Catalina

¿Han dicho alguna vez eso de «mi profesor me odia»? Pues en mi caso era cierto. Vale que llegase la última al grupo, que no fuese muy participativa cuando él preguntaba. Pero de ahí a castigarme con aquel pobre hombre gritón… Estaba claro que nadie quería tener al pobre hombrecillo como sujeto de pruebas, pero tampoco era para endosárselo a la nueva. Y si encima de gritón le poníamos el que parecía una ametralladora hablando, y que además lo hacía en… ¿De qué nacionalidad sería el hombre? Era asiático. Metro y medio de hombrecillo arrugado y encorvado.

Menos mal que había algo que hacía que el trago no fuese tan terrible. Le acompañaba la que debía de ser su hija, y esta hablaba inglés, no demasiado bueno, pero se la entendía. Además me habían puesto a un compañero como refuerzo. Trabajábamos por parejas, para compensar la falta de conocimiento de uno con la del otro. Y reitero, mi profesor me odiaba, porque de todos los alumnos, me puso con otro que tampoco hablaba muy bien nuestro idioma.

—Bien, vuestro paciente tiene un esguince de tobillo moderado. ¿Cuál es el procedimiento?

—Moviliza artículo, drena, tracto y Cyriax —dijo mi compañero. El profesor puso los ojos en blanco como si no pudiese con nosotros. No sé de qué se quejaba, a su manera, mi compañero había dicho todos los pasos en el orden correcto.

—De acuerdo, Bania, id haciendo lo que sepáis, luego pasaré a ver qué tal os va. —Hizo un extraño ademán con la mano y se largó.

—Vanja —corrigió mi compañero al aire. Miré su identificación, Vanja Dziuba. Normal que al profesor le costase decir su nombre, pero tampoco era tan difícil intentar pronunciarlo bien.

—¿Cómo quieres hacerlo? —Él me miró con gesto extraño—. ¿Yo pregunto al paciente y tú empiezas con la movilización articular? —Él asintió. Tenía que ponérselo fácil. Nada más complicado que poner a dos personas a comunicarse en un idioma que ninguno de los dos dominaba bien. Entenderse sería muy difícil.

—Pregunta. —Me giré hacia la chica que nos observaba curiosa, mientras todos tratábamos de no prestar demasiada atención a la verborrea del hombre sentado en la camilla. Este hombre no debía callar ni debajo del agua.

—¿Cómo se lo hizo? —La chica trasladó la pregunta a su familiar y después nos tradujo.

—Pisó mojado en el suelo y fum —dijo de la que deslizaba una

mano sobre la otra.

—Así que resbaló. —Ella asintió.

—Sí, resbaló en suelo cocina.

—¿Le duele al pisar?

—Sí.

—Dígame dónde le duele cuando lo toque. —Miré a Vanja y él asintió con la cabeza. Al parecer se le daba mejor entender que hablar inglés.

Los dedos de Vanja tocaron con cuidado los puntos correctos, sobre todo la zona que estaba hinchada.

—Aquí. —Me señaló el punto donde él pensaba que el tendón se había desgarrado.

Me tendió el pie sujetándolo por el talón, así que lo cogí y busqué el punto que me decía. Corroboré su diagnóstico, aunque extendí mi exploración por toda la zona. El paciente gritó exageradamente cuando le tocó Vanja, y volvió a hacerlo cuando lo hice yo. En la sala no se notó mucho, ya que apenas modificó el tono de su voz, tan solo las frases se llenaron de ahs y uhs.

—¿Empiezas tú con la movilización? —Vanja asintió mientras tomaba el pie de mis manos.

Con cada movimiento que hacíamos con la pierna del hombre, llegaba hasta mí un fuerte olor a comida asiática, sobre todo a repollo y ese tipo de cosas. ¿Habría venido directo hasta aquí nada más caerse? Si no tenía seguro médico, era normal que la gente recurriese a estos sitios para cubrir sus necesidades médicas. Eso quería decir que el accidente ocurrió en su casa, o que estaba trabajando de forma ilegal. O también que la empresa no cubriera este tipo de accidentes. Las opciones eran muchas, pero no pensaba preguntar.

Entre Vanja y yo nos repartimos el trabajo de acondicionar aquel tobillo.

—¿Venda, reposo y frío? —Era lo que le tocaba a ese tobillo para poder curarse, pero el paciente no estaba de acuerdo.

—Arregla, arregla. —Para ser la única palabra que dijo en inglés le entendimos muy bien.

Iba a decirle que no podíamos hacer milagros, que el pie necesitaba reposo y cuidados, pero Vanja se adelantó a darle la respuesta.

—Yo hago que andas, pero dolerá mucho hacerlo. —¿Estaba diciendo que podría recolocarle todo?

—Arregla, arregla. —Fue la respuesta del paciente cuando su familiar tradujo las palabras de mi compañero.

Vanja asintió, miró a ambos lados y después empezó a trabajar con firmeza sobre la articulación. Sus movimientos me parecieron hipnóticos, potentes, y por los gritos del paciente, estaba moviendo

mucho material allí dentro.

Cuando terminó, me dejó examinar el tobillo. Mis dedos buscaron los lugares donde sabía que estaba la lesión, encontrando todo en su sitio. Si le poníamos un vendaje fuerte, todo aguantaría sin salirse, y el hombre podría salir de allí caminando por su propio pie. No teníamos tiras de kinesia, así que tuve que improvisar una sujeción con esparadrapo normal y corriente.

—Pise, a ver que tal. —El hombre obedeció con cuidado. Dio un primer paso de prueba, al que después siguieron otros tres más. Su sonrisa decía que le gustaba el resultado, aunque todavía seguía apretando los dientes por el dolor.

Le despedimos entre gestos de agradecimiento por su parte, mientras la chica no paraba de repetir «gracias». El profesor no apareció en ningún momento, salvo en el instante en que se fue nuestro paciente.

—Parece que se va contento. —Lo dijo con una voz apáticamente sorprendida, ¿eso era posible?

—Será que algo hemos hecho bien. —¿Se había dado cuenta que le recriminé el no estar controlando nuestro trabajo? Por la tensión que vi en su mandíbula diría que sí. Sabía que eso me traería problemas, pero, no sé, quizás me sentí muy segura, como si lo que fuese a hacerme no me preocupase. ¿Darme un informe negativo? ¿Suspenderme? No tenía miedo. A fin de cuentas, ya tenía no solo un trabajo, sino un negocio que parecía ir estupendamente. La verdad, sentaba bien no tener miedo.

—Rellenad el informe del paciente y archivadlo —dijo mientras le lanzaba una mirada a Vanja. ¡Ja!, algo le había amilanado. Seguro que era de ese tipo de gente que se ceba con los más vulnerables, pero cuando alguien le planta cara… Cobarde.

—Yo lo haré. —Vanja me miró con agradecimiento. Apostaría lo que fuera a que su expresión escrita del inglés no era mucho mejor que la oral. Para mí no era un esfuerzo tan grande, y a él le quitaba un quebradero de cabeza.

Fui de las últimas en salir, pero no me importó. El profe me miró con superioridad, como diciendo «eres la última porque yo quise», pero le di mi mejor sonrisa, una que decía «eres tonto si te crees que me has perjudicado».

Cuando salía por la puerta casi estaba segura de que ese idiota haría todo lo posible por fastidiarme, pero no me importaba, como dice mi madre «los tipos así te joden porque tú les dejas, si no quieres, no podrán hacerlo». Eso me mantuvo firme mientras Rocky no hacía más que ponerme zancadillas, pero ahora tenía a Viktor para cubrirme las espaldas. Seguro que si se lo pedía podría ponerle alguna que otra piedra en su camino. ¡Vaya!, ¿de dónde había sacado yo esa

mentalidad tan malvada?

—Estás sonriendo. Eso significa que tu primer día ha ido bien. —Y como si mi mente lo hubiese conjurado, ahí estaba Viktor. Con las manos en los bolsillos de su pantalón, la camisa remangada hasta los codos y una sonrisa que hizo a las hormigas de mi estómago ponerse en marcha.

—Yo creo que sí. ¿Dónde está Ben? —Lo busqué a nuestro alrededor. Él era mi guardaespaldas, así que no tenía que estar lejos.

—Lo mandé a casa. No quiero que se exceda en su primer día de trabajo. —Se puso a caminar a mi lado, aunque noté que su postura parecía algo forzada.

—Eres un jefe muy considerado. —Sus labios se torcieron.

—Lo que soy es un hombre impaciente por estar con su mujer. —Eso tendría que haber convertido en gelatina las piernas de cualquier mujer. Las mías temblaron, hasta que recordé que esa mujer todavía no era yo. Todavía no.

Capítulo 23

Viktor

Romeo la había inscrito en el curso y, aunque para mí estaba bien, tuve que intervenir. Soy un controlador, lo sé, pero no metí la mano allí porque quisiera controlarla, sino porque debía protegerla. El apellido Vasiliev era demasiado conocido en Las Vegas, que ella se presentase con mi nombre en un evento cualquiera era un grito en la noche que ninguna persona en la ciudad pasaría por alto. Así que le ordené a Boby que cambiase la ficha de inscripción. Nadie relacionaría a una mujer llamada Steel con mi Katia.

Vale, sospecharían si me acercaba cada día a recogerla, pero… ¡Ahg! Tenía que controlarme con eso, no podía hacerles ver que el gran Viktor Vasiliev estaba sobrevolando a una mujer que no era la suya. Tarde o temprano acabarían averiguándolo, descubrirían que ella era mi mujer. Yo nunca he tonteado ni flirteado con ninguna otra, no desde que la conocí. Seguro que mi actitud levantaría sospechas. ¿El gran Viktor Vasiliev traicionando a su mujer con otra? Tendrían que verlo para creerlo. Con un poco de suerte, cuando quisieran investigarlo, el maldito curso ya habría terminado. Iba a ser una semana muy larga.

Nada más alcanzar su coche, hice una señal a Igor, que esperaba medio oculto para que Katia no se sintiese incómoda. Si sabía que tenía un equipo especial para ella, siguiéndola allí donde fuese, seguramente se sentiría incómoda. De momento con saber de Ben era suficiente.

—¿Quieres conducir de vuelta a casa? —le ofrecí.

—¿Puedo? —preguntó intrigada.

—Por supuesto. —Le señalé la puerta del conductor y ella rápidamente se dirigió a ella. Ya dentro del coche, ella quiso asegurarse.

—¿No te sentirás incómodo porque sea yo la que conduzca? —Estaba empezando a conocerme.

—Sí, pero haré una concesión por esta vez. —Ella me observó un par de segundos, no sabiendo si lo estaba diciendo en serio o si era una broma—. Arranca antes de que me arrepienta. —Ella sonrió y accionó el arranque.

—¿Por dónde…? —empezó a preguntar. ¿Cómo había denominado Drake a este coche? ¡Ah, sí! Estaba bien que se rigiera por reglas fáciles de seguir.

—TKV, traza rumbo a casa. —Transporte de Katia Vasiliev. Sencillo.

—Trazando rumbo. —Katia no esperaba que diese la orden verbal. Fue ver su expresión maravillada después de escuchar la voz de TKV la que me recordó alguno de esos momentos especiales del pasado que esperaba pudiese recordar, cualquiera de esos momentos que daría media vida por devolverle.

—¿Se puede hacer con la voz?

—Lo he hecho. —Extendí las manos con las palmas hacia arriba como señal de que para mí era evidente.

—¡Wow!, amo a este coche. ¿Cómo lo llamaste?

—TKV.

—Me gusta.

—Átense los cinturones, por favor. —Alcé la ceja hacia Katia, ella todavía seguía emocionada acariciando el volante, como si de alguna manera el coche pusiese sentirlo. Que hablase, y razonase, no lo convertía en un ser vivo, no podía sentir. Pero tenía que reconocer que podía convertirse en una buena mascota. El ser humano le viene poniendo nombre a las cosas desde tiempos inmemoriales, ponérselo a un coche como este no era algo descabellado.

Katia rápidamente estiró el cinturón de seguridad para anclarlo en su cajetín.

—Listos para irnos.

Catalina

No podía dormir, pero esta vez era algo diferente. Me sentía llena de vida, pletórica de energía. Era… era… Me sentía viva, me sentía útil. No sabía cómo explicarlo mejor. Tenía ganas de que llegase el día siguiente para ponerme a hacer cosas. Quería ir a mi despacho, ver cómo trabajaban mis compañeros, charlar con los pacientes… Y quería regresar al curso para volver a tocar pacientes sin tener miedo. Y sí, he dicho tocar, porque fue poner las manos sobre aquel pie, sentir los músculos y tendones, los huesos, todo lo que conformaba la estructura de un cuerpo, lo que despertó sensaciones olvidadas. Tenían razón, mi cuerpo recordaba. No todo, pero iba por buen camino.

¿Recordaría también mi vida con todos ellos? Viktor estaba en la habitación de enfrente, sabía que no era la suya, pero todavía no podía darle esa parte que no recordaba, él debía seguir allí. Necesitaba mi espacio, porque todavía no era nuestro espacio. No lo sentía.

Cuando me quise dar cuenta ya era por la mañana, y al igual que la mañana anterior, Viktor ya se había puesto en marcha cuando yo me levanté, y eso que esta vez me preocupé por despertar a una hora más acorde a la que era la habitual en mí. La habitual antes del accidente, al menos.

—¿Está en el despacho? —pregunté a Lali nada más entrar en la cocina.

—No, esta vez fue a la oficina. —Me decepcionó de alguna manera oírlo, pero no estaba sola como pensaba.

—¿Quiere ir a la oficina usted también, señora Vasiliev? —Allí estaba Ben, pero esta vez sin su cabestrillo.

—¿Te vino bien el masaje de ayer? —Él sonrió mientras se acariciaba el hombro.

—Siempre vienen bien. —Eso me dio una idea.

—Desayuno y nos vamos al trabajo, ¿te parece? —Él sonrió.

—Perfecto. —Creo que se debió pensar que volvía a la rutina, que empezaba a recordar. Lo primero era lo que más se acercaba, en cuanto a lo segundo… Solo había recordado algo, y casi mejor que no lo hubiese hecho.

Ya en la oficina, me fui directa a mi despacho, ante la sorpresa del recepcionista, aunque tampoco fue mucho. Era como si lo esperase, pero no tan pronto. Eso sí, me saludó alegremente. La noticia de mi vuelta debió de correr como el viento, porque diez minutos después Romeo me estaba pidiendo permiso para entrar en el despacho.

—Por tu cara diría que ayer fue productivo. —Se acercó para tomar asiento en una de las sillas frente a mí.

—Es curioso, algo parecido dijo Viktor. —Romeo sonrió de manera arrogante.

—Las grandes mentes pensamos igual. ¿Y bien?, ¿qué tal te fue?

—No sé cómo explicarlo… Mis manos sabían lo que tenían que hacer, aunque… Sé que hay cosas que todavía no he despertado.

—Eso es bueno. —Se puso en pie—. Espero que cuando termines puedas hacerte cargo de alguno de tus pacientes, te necesitamos. —Eso me preocupó.

—¿Han quedado pacientes sin atender?

—No, pero sí que hemos tenido que reorganizar la agenda de todo el personal, además de ampliar algunas jornadas de trabajo. Así que si me disculpas, he dejado a un paciente a medias.

—¡Espera! —le detuve antes de que saliera—. Quiero ir contigo. —Romeo sonrió.

—Entonces vamos, jefa.

A la hora del almuerzo recibí algunos mensajes en mi teléfono, eran de Robin y de Viktor. Les contesté a ambos, aunque tengo que reconocer que Viktor fue muy comedido, no como Robin, que no hacía más que escarbar para ver qué conseguía sacarme, eso sí, sin obligarme. Casi era como sufrir un interrogatorio del FBI, pero al mismo tiempo tener la tranquilidad de que no iban a encarcelarme.

—Sabes, jefa, echaba de menos esto, pero me cuesta dejar de mirar por la puerta esperando a que llegue. —Limpié mis labios con la servilleta antes de preguntar.

—¿A que llegue quién? —Romeo puso los ojos en blanco.

—El posesivo de tu marido. Normalmente soléis almorzar juntos más de la mitad de los días. Solo si estáis muy ocupados os saltáis esta costumbre. —Ese comentario me hizo sentir curiosidad. ¿Qué visión tenía Romeo de mi marido? De la familia y del servicio de casa estaba claro que no conseguiría una mala crítica de él, pero con Romeo…

—¿Posesivo?

—Él no dice nada, pero soy un hombre, sé lo que dicen sus ojos cuando nos mira.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué dicen?

—Es mía, como alguno se atreva a tocarla le corto las pelotas y después se las hago comer. —Menos mal que no estaba bebiendo, porque me habría ahogado.

—No seas bruto —le acusé.

—No bromeo. Por la forma en que te trata sé que jamás te haría daño, pero si a alguien se le ocurre sobrepasar la raya lo hace papilla con sus propias manos. Estoy convencido.

Esa idea estuvo dándome vueltas en la cabeza todo el resto del día, incluso afectó a mi trabajo.

—Steel. —La voz del profesor me hizo saltar en mi sitio.

—¿Sí? —Me giré para descubrir que no venía solo.

—Este será tu paciente hoy, trátalo bien.

—Por supuesto. —¿Pero qué mosca le había picado? Ni que hubiésemos torturado al anterior. Bueno, un poquito sí, pero salió contento.

—Sienta aquí —le indicó Vanja . El chico sonrió y se acomodó.

—Bania, tú vienes conmigo, tengo otro para ti. —Eso nos sorprendió a ambos, se suponía que éramos un equipo. Pero no discutió.

—Sí, señor.

Lo malo de trabajar en un gran salón habilitado para dar estos cursos es que la intimidad de los pacientes se guardaba con una fina cortina de hospital; mejor dicho, con tres cortinas, ya que uno de los lados de mi puesto de trabajo lo delimitaba una pared de verdad.

—Su nombre. —El hombre sonrió, haciendo que afloraran sendos hoyuelos en sus mejillas.

—Maxwell, pero puedes llamarme Max. —¿Estaba ligando conmigo? Aquella sonrisa era más que amable, era…

—El apellido, es para rellenar la ficha.

—Dawson. —Anoté en la ficha ese dato.

—¿Edad?

—34.

—¿Y qué es lo que le duele? —Su sonrisa pretendía ser inocente, pero sabía lo que ocultaban las miradas como esa, las había visto infinidad de veces cuando bailaba en la barra del club. Un

depredador. Entonces pensé: «si Viktor estuviese aquí, ¿le haría papilla?». Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, pero uno caliente, muy caliente. ¿Cómo podía excitarme pensar en que mi marido golpease a otro hombre? Pues sencillo, a cualquier mujer de sangre caliente le enciende que su hombre marque territorio.

Capítulo 24

Catalina

El tal Max tenía un cuerpo muy trabajado; abdominales marcados, bíceps voluminosos y un trasero redondito fruto de horas interminables de sentadillas. Vamos, que era un trozo de carne sobre el que cualquier mujer saltaría sin pensárselo dos veces. Además de que era guapo y sabía cómo sacarse partido. En definitiva, que estaba para comérselo, y él lo sabía.

Pero conmigo había topado con la horma de su zapato, porque ya había tenido suficiente con los tipos como él, Rocky sin ir más lejos. Ese tipo de hombres entraba por la vista como si fuese chocolate, pero cuando echabas un vistazo en su interior, la mayoría de las veces no estaba a la altura.

Viktor estaba muy bien para su edad, podría incluso competir con muchos chicos jóvenes, y guapo era un rato. Aunque Viktor no necesitaba medirse con ellos, él tenía ese brillo especial que tienen los hombres que saben lo que son y lo que quieren. Tenía seguridad, dominio de su entorno, era… Tenía poder, o al menos su presencia lo tenía. Y eso no se consigue en un gimnasio o con un cirujano plástico, lo de Viktor lo daba la experiencia, y puede que algo más. Se podría decir que Viktor tenía una actitud desafiante ante la vida, como si le retase constantemente para ver quién tenía el auténtico control.

Me estoy yendo por las ramas. En fin, lo que quería decir es que por muy bien que ese Max tejiese su tela de araña, yo no iba a caer en ella.

—Tienes unas manos prodigiosas. ¿Estás segura de que estás aprendiendo? —Elogios, aunque esta vez podrían ser verdad.

—Digamos que lo tenía muy olvidado y estoy volviendo a retomarlo. —Max sonrió y después comenzó a ponerse la camiseta. Por ese día habíamos terminado. No es que nuestros pacientes tuviesen la opción de repetir, precisamente se trataba de que valorásemos y tratásemos las lesiones según llegasen a nuestras manos por primera vez.

—Hay cosas que nunca se olvidan, está claro.

—Ponte calor cuando estés en casa, eso te ayudará con las molestias.

Me puse a recoger mi puesto para rellenar el informe y poder irme a casa. No sé por qué, pero echaba de menos a Viktor. ¿Habría venido a recogerme? Cuando vi a Ben en la puerta de salida supe que no era así, a menos que…

—¿Ha venido Viktor?

—No, hoy la acompañaré yo a casa. —Me contuve de preguntarle, pero quería una respuesta.

—¿Quiere conducir hoy también?

—Si tienes mejor el hombro me gustaría que lo hicieses tú. —El coche iba como la seda, podría manejarlo sin ningún esfuerzo.

—De acuerdo.

Mientras Ben conducía a casa, saqué mi teléfono y empecé a teclear un mensaje para mi marido.

—¿Estás muy ocupado? —Si no había venido a buscarme podría ser por varios motivos; tenía trabajo, una cena de negocios, ya estaba en casa… Aunque creo que esto último no sería lo que un marido devoto, como decía ser él, haría.

—Sí, tengo una reunión de trabajo. Llegaré muy tarde, no me esperes levantada. —Decepcionada, así me sentía, pero lo comprendía, gestionar una gran empresa exigía mucho tiempo y dedicación. Entendía que tenía que compartir a mi marido con el resto de sus obligaciones.

—¿Te veré por la mañana? —Lo sé, él estaba acostumbrado a ponerse a trabajar temprano, pero ya que iba a trasnochar podía levantarse tarde. Era el jefe, ¿verdad?

—Podemos almorzar juntos. —Era demasiado pedir, lo sabía.

—Perfecto. —Había que conformarse.

—¿Se encuentra bien? —Giré la cabeza para prestarle atención a Ben.

—Sí, solo un poco cansada. Ha sido un día muy largo.

Viktor

Rahman se estaba poniendo demasiado pesado, quería una entrevista cara a cara, como se hacían antes los negocios. La gente de este mundo suele ser así, desconfiada y un poco diva, o mucho, como este tipo. Me estaba cayendo bastante pesado. Pero eran negocios, mis clientes no tenían por qué caerme bien, casi nunca era así, entre criminales no solía abundar la gente agradable.

Así que concerté una cita con él para la noche. Nos veríamos en uno de los clubs de la familia, donde sabía que tendría un reservado VIP en el que nadie nos molestaría. Alcohol, chicas sexis bailando en las tarimas y, sobre todo, nada de gente curiosa pululando cerca.

No me apetecía ir, y menos aún después de recibir el mensaje de Katia. Creo que solté un bufido demasiado alto, porque Igor ya estaba a mi lado para preguntar por mi exasperación.

—¿Malas noticias? —El asunto de mi sobrino Grigor todavía nos traía de cabeza a todos. Eran demasiadas malas noticias una de tras de otra, y lo peor es que estábamos atados de pies y manos con todo el asunto. Nos la habían jugado bien, y eso me cabreaba.

—No. Katia quería saber si nos veríamos hoy. —La expresión de Igor cambió de preocupada a risueña.

—Te echa de menos. —Escuchar eso me animó bastante.

—Parece que sí.

—Todavía es pronto para ir al club, ¿nos dará tiempo a cenar algo antes? —Miró su reloj mientras controlaba la hora.

—Pide algo al restaurante de abajo, así podré ir revisando todo esto. —Señalé con la cabeza el documento que tenía abierto en mi ordenador. Boby se había esmerado con el informe de ese tipo. Lo que me llevaba a preguntarme, si mi informático había conseguido toda aquella información, ¿cómo no la habían conseguido las fuerzas de la ley? Vale, Boby no tenía que esperar permisos ni nada por el estilo, él actuaba, hackeaba y entraba en sitios que muchos ni imaginaban que existían, la red oscura la llamaba.

—Volveré enseguida.

—No me iré sin ti, no te preocupes. —Igor puso los ojos en blanco. No es que yo tratase de escaparme de su protección, pero le molestaba que me la jugase por mi cuenta. Se preocupaba por mí. Además, le gustaba esto de ir acompañando al jefe a todas partes.

Me acomodé en el sillón y me centré en el siguiente dosier. ¿Cuántos llevaba ya?, ¿cuatro? Y cada vez que averiguaba algo más de Rahman menos me gustaba. No era de extrañar que cuando lo tuve delante ni siquiera me molestara en sonreír.

—Buenas noches, Vasiliev. —Entró en el reservado con pasos arrogantes. ¿Yo había sido alguna vez un estúpido arrogante como lo es él? Arrogante sí, aunque no estúpido. Pero nunca había tratado así a alguien con el que quería trabajar, con esa forma de hacer de menos. A la gente se la trata con respeto, eso lo aprendí de mi padre.

—Rahman.

—Tienes un buen tinglado aquí montado. —Miró a su alrededor con avaricia. Ese hombre quería poseer algo como lo que yo tenía. O, mejor dicho, quería tener lo mismo.

—Vayamos al grano, Rahman. Mi tiempo es oro. —Él se sentó en el sofá y se recostó para ponerse cómodo, demasiado para mi gusto.

—¿Es esa la manera en la que tratas a tus clientes? Esperaba algo más de cortesía.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrecí.

—Me gusta el bourbon, sé que tienes uno muy bueno en tu bodega. —Alcé la vista para asentir hacia Igor, él se encargaría de que nos lo trajeran, pero no se apartaría de la puerta, él no era el chico de los recados.

—Mientras esperamos hablemos de negocios. ¿Qué cantidad tenías pensado invertir? —Para limpiar las cantidades que manejaba esta gente necesitábamos saber la cifra, así buscaríamos la manera de

transferirla a una cuenta segura desde la que operar. El procedimiento exacto solo lo conocía mi hermano Nick, él era el genio financiero de la familia, el auténtico artífice de que todo fluyese como debía.

—Alrededor de unos cincuenta millones de dólares. La cantidad exacta depende de cómo esté el dólar en el momento del cambio. —Ya sabía que trabajaba con distintas divisas.

—No es mucho. Solemos manejar volúmenes más grandes. —En vez de ofenderse se hizo el interesante.

—Antes de poner todo mi dinero en su banco, quiero ver si son tan efectivos como dicen.

—No estaría aquí si no lo creyese. —Nuestra reputación era nuestra mejor carta de presentación. Confianza y eficiencia, esos eran nuestros puntos fuertes.

Antes de que él respondiese, un par de golpes en la puerta anunciaron la llegada de la bebida. La camarera entró algo intimidada, seguro que por haber sido convocada al reservado del gran jefe. No es que el reservado fuese algo diferente a los otros del local, se podía ver la pista de baile desde allí, pero los que estaban fuera apenas podían distinguir a las personas que estaban dentro. Es asombroso lo que unas luces estroboscópicas podían hacer, sobre todo con las cámaras de aquellos que pretendían espiarnos.

—Gracias, preciosa. ¿Por qué no te quedas a hacerme compañía? —La mano de Rahman aferró la muñeca de la muchacha. Por la manera en que ese cerdo se lamía los labios, seguramente pensaba que ella era parte de esa «cortesía» que reclamaba. Pues se equivocaba.

—Eso es todo, puedes retirarte. —La expresión de Rahman era de auténtica contrariedad.

—No se trata así a un cliente. —Esperé a que la puerta se cerrase para contestarle.

—Primero, ella se gana la vida sirviendo copas, no acostándose con los clientes. Segundo, estamos aquí para tratar negocios, no para saciar sus apetitos. Y tercero, he cedido a sus pretensiones por el bien de esta relación comercial, pero no estoy dispuesto a tolerar ni un desaire más por su parte. —Eso le cabreó, y mucho.

—Estás hablando con un cliente que puede proporcionarte una buena cantidad con las comisiones que cobráis por vuestros servicios, Vasiliev. Exijo que se me trate con la cortesía y respeto que merezco. —¿Respeto? Este hombre no sabía con quién estaba hablando.

—La entrevista ha terminado. —Igor abrió la puerta para que pudiese salir.

—No puedes irte así, Vasiliev. Me debes respeto. —Otra vez con la palabrita.

—El respeto se gana, no se exige. Y antes de que se te ocurra cometer alguna estupidez, está bien que te recuerde con quién estás

hablando. Yo no necesito trabajar contigo, no necesito la comisión que nos pagarías por el trabajo. Si quieres trabajar conmigo, tendrá que ser con mis condiciones, y gracias a tu actitud, ahora han cambiado.

—¿Pero de qué hablas? —Me acerqué más hacia él para bajar mi tono de voz.

—Si quieres mantener algún tipo de relación comercial con la familia Vasiliev, tendrás que pedir una cita, acudir a la hora y fechas indicadas al despacho de nuestra oficina y aceptar el contrato que te pondrán delante de las narices. Y si no te gusta, puedes irte con la competencia, no me sentiré ofendido. —Es más, lo deseaba. No quería tener a un hombre como ese entre nuestros clientes, tarde o temprano traería problemas.

—Esto no acabará así, Vasiliev —dijo a mi espalda. Apenas giré la cabeza para responderle por encima de mi hombro.

—Ten cuidado con tus amenazas, Rahman. No olvides que estás hablando con el hijo del diablo. —Todos en este mundo sabían que no se puede atacar al diablo y salir impune, tampoco a su hijo. Más que nada porque éramos una gran familia, y con que uno de nosotros sobreviviese bastaba para desatar una guerra que no tendría fin hasta que perdiera o nos aniquilase a todos.

—Le has puesto en su sitio —susurró Igor a mi oído cuando estuvimos fuera de su alcance.

—Cada día aguanto menos a los imbéciles. Me estaré haciendo viejo.

—No. Yo creo que te has cansado de jugar a algunos juegos de niñatos.

—¿Es tu forma de decirme que he madurado?

—No sé dónde lo he escuchado, pero dicen que el diablo sabe más por viejo que por diablo. —Esa frase me sacó una carcajada.

—Llévame a casa, Igor. Quiero besar a mi mujer antes de dormirme. —Antes esa frase tenía un significado diferente, pero pronto, muy pronto, volvería a ser el mismo de siempre.

Capítulo 25

Viktor

Demasiado tarde. Ella hacía tiempo que estaba dormida. No quería despertarla. No era la primera vez que ocurría que llegaba a casa de una maldita reunión en el club y encontraba a Katia dormida en nuestra cama. Pero esta vez no podría acostarme a su lado, abrazarla, besarla y dejar que el sueño me acogiera. Esta vez no podía hacerlo.

Contuve el suspiro cansado dentro de mi pecho, porque no quería hacer ningún ruido. Podía ir hasta allí, robar un delicado beso de sus suaves labios y ella ni se enteraría. Pero no podía, porque sabía que un beso no sería suficiente, porque si empezaba con un pequeño beso

querría más, y no quería despertarla como un violador que entra en tu habitación para obligarte a tener sexo con él. La deseaba, pero no a ese precio.

Así que cogí mi anhelante cuerpo y me di la vuelta, directo a mi habitación. Recordar su olor, su sabor, tendría que ser suficiente. Pero cada vez estaba más desesperado. La necesitaba, más de lo que creía. Y tenerla tan cerca y tan lejos al mismo tiempo me estaba matando.

Mientras volvía a mi cuarto recapacité sobre lo ocurrido con Rahman. Me había hartado de su actitud, y saber que secuestraba niños y niñas para venderlos al mejor postor… Puede que lo que hicieran otros no me importase si no nos perjudicaba, pero había decido que por esta vez no le ayudaríamos a mantener a flote su negocio. Tendría que hablar con Nick sobre captar otro tipo de clientes. ¿Y si nos pasábamos a los políticos? Seguro que muchos querrían ocultar sus inmensas fortunas. Además, así tendríamos algunos aliados en posiciones con poder. Mmm, pensándolo bien, el cambio no estaría mal.

Pero lo más importante era la decisión que había tomado, iba a deshacerme de las reuniones a horas intempestivas. Si alguien quería hablar de negocios conmigo, que viniera a hacerlo a mi despacho en horario comercial. Salvo asuntos de la familia, no volvería a trabajar a horas en las que podía estar en la cama con mi mujer; era un mejor lugar en el que estar.

Catalina

Cuando bajé a desayunar tropecé con un Viktor sudoroso que salía de alguna parte del sótano.

—Buenos días.

—Hola, ¿vas a desayunar conmigo? —pregunté esperanzada. Me gustaba hacerlo en compañía, pero no charlaba con Lali porque ella estaba ocupada haciendo cosas, no quería distraerla. Además, prefería la compañía de Viktor.

—Claro, solo deja que me quite esta peste de encima. —Me encantó cómo me guiñó el ojo.

Vi que se alejaba en dirección al piso superior por las escaleras. Cuando su silueta desapareció de mi vista, giré la cabeza hacia el lugar por el que él había aparecido. Así que debíamos de tener un gimnasio por ahí abajo. No estaría de más que le echase un vistazo. ¿Qué tendría? ¿Una caminadora? ¿Una bicicleta? ¿Pesas? Seguro que tendría muchos aparatos, aquel cuerpo gritaba ejercicio intenso y variado.

—¿Lo de siempre, señora Vasiliev? —Regresé al mundo real para contestar a Lali.

—Sí, gracias. Pero esperemos al señor, ha dicho que desayunaría

conmigo. —Lali asintió con una gran sonrisa en los labios.

Viktor

Es difícil tener al objeto de tus mayores deseos al alcance de tu mano y no poder tocarlo. El mío dormía en la habitación de enfrente, pero no podía permitirme atravesar aquella puerta. Lo deseaba, pero no podía. Aunque eso era difícil hacérselo entender al traidor de mi cuerpo. Me desperté antes del amanecer, o casi podría decir que no conseguí cerrar los ojos por mucho tiempo. Y la culpable de eso no era Katia, sino la calentura que ella me provocaba. Estaba duro y listo para el ataque como no recordaba desde… Desde que la conocí, bueno, siempre estoy preparado para ella, pero no tan desesperado por hacerla mía como cuando ella acababa de entrar en mi vida.

Tenía que deshacerme de toda aquella frustración, soltar toda la energía que saturaba mi cuerpo, y la única manera que conocía era machacándome en el gimnasio, dándole una auténtica paliza al saco de boxeo. A medida que la manilla del reloj avanzaba, más fuerte le golpeaba, porque se acercaba la hora en que ella se levantaría para quitarse su pijama, ducharse… ¡Agh!, golpeé más fuerte y más rápido. Tenía que sacármela de la cabeza o acabaría loco.

La última vez que alcé la vista hacia el reloj, me di cuenta de que ya era la hora. Ben pronto llegaría para llevarla al trabajo, lo que significaba que se iría, y sería mi última oportunidad para estar un rato con ella, al menos hasta la hora del almuerzo. Demasiado tiempo, no podría estar tanto tiempo sin verla, sin escuchar su voz.

Como si la hubiese convocado, ella apareció ante mis ojos mientras subía hacia las habitaciones. ¿Y quería que desayunase con ella? Nada me lo impediría. Me duché como un rayo, aunque me tomé más tiempo del habitual en escoger la ropa que iba a ponerme. Desde que había vuelto del hospital me había centrado en reconquistarla, así que procuraba estar lo más guapo posible para ella. Siempre le habían gustado las camisas blancas, así que, aunque pecase de poco original, procuraba ponérmelas siempre que podía. Luego me peinaba y me perfumaba con el aroma que a ella le gustaba, el que utilizaba cada vez que salíamos a cenar fuera. Ella decía que olía a hombre de anuncio, y no sé por qué eso le parecía bueno. Nunca me importó el resultarle sexy a una chica, parecía que las mujeres ya encontraban atractiva mi apariencia. Pero esta vez, con Katia, quería convertirme en un imán irresistible.

Pensándolo fríamente, toda esta situación me había convertido en un adolescente inseguro. Nunca antes me había preocupado el que una chica me rechazase, pero con Katia… Necesitaba conseguirla a toda costa, y no hacerlo me asustaba. No podía permitirme fracasar. Quién lo iba a decir, el gran Viktor Vasiliev, terror de hombres y mujeres en

esta ciudad, asustado.

Me di un último vistazo en el espejo, solté el aire y apreté el culo. Los retos nunca me habían asustado, y este no debía hacerlo; si la conquisté una vez, volvería a hacerlo, daba igual el precio que tuviese que pagar. Estaba listo para el combate y el primer asalto estaba a punto de empezar. ¿Creían que me había movido antes? Pues no, solo había dejado que ella se acostumbrase a mí. Ahora que esa parte ya estaba conseguida, había llegado el momento de dar el siguiente paso.

Asomé la cabeza por la cocina. Lali estaba ocupada preparando algo mientras Katia la observaba, ambas de espaldas a mí. Si no hacía ruido, las sorprendería a ambas. Lo importante no solo era ser silencioso, sino rápido, así que antes de que se diesen cuenta, estaba junto a Katia.

—Buenos días. —Deposité un beso rápido sobre su mejilla.

—Bu… buenos días. —Sus ojos no hacían más que recalcar la sorpresa que transmitía su voz. Pero no se había asustado.

—¿Tenemos bizcocho? —pregunté a Lali, desviando intencionadamente mi atención de Katia. Si le hacía ver que era algo casual, ella no descubriría la intencionalidad de mi acto.

—Sí, señor. Lo hice ayer. —Lali me tendió un platillo para que me sirviera la cantidad que quisiera, y después me sirvió una buena taza de café.

—Estupendo. —Corté un trozo de bizcocho con los dedos y me lo metí en la boca. Un pequeño vicio adquirido de mi hermano, lo del bizcocho quiero decir.

—La lavadora. Si necesitan algo más estaré en el cuarto de lavado —se excusó Lali.

—No te preocupes, sabremos apañarnos —le dije. Cuando giré la cabeza de nuevo a mi taza, tropecé con la mirada interrogante de Katia— ¿Ocurre algo? —pregunté inocente.

—Me… me has besado. —Se llevó la mano a la mejilla para remarcar el lugar.

—Oh, la costumbre. Disculpa si te ha molestado. —Pero no me arrepentía.

—Eh, no… Es solo… que me ha sorprendido. —Ella volvió la vista a su plato, seguramente analizando en su cabeza los sentimientos que había provocado mi beso. Por mi parte, tuve que sorber el café de mi taza para disimilar la enorme sonrisa que tenía en los labios. Sí, esto iba bien, muy bien. Pronto, muy pronto, pasaríamos a algo más… divertido.

Capítulo 26

Catalina

Todavía tenía la cabeza en las nubes, era imposible que me concentrase, y eso no solo era evidente para mí, sino para Romeo.

—¿Vas a decirme lo que te ha pasado? —Alcé la mirada de mi segundo café del día para encontrar su mirada escrutadora.

—Estoy algo desubicada todavía, eso es todo. —Todavía no tenía la suficiente confianza con él para contarle mis pensamientos. Puede que la vieja Katia sí lo hiciera, pero Cat, o sea, la de ahora, no era de las que abrían su corazón a alguien que acababa de conocer, por muy simpático que fuese. Romeo dejó escapar un suspiro, como si se rindiese, y cambió de tema.

—¿Qué tal con las clases? —De eso sí que podía hablar con confianza.

—Creo que bien, he conocido gente muy agradable, otros no tanto. —Romeo sonrió encantado con eso, acomodó mejor su trasero y acercó su taza para dar un trago, pero antes de hacerlo…

—Quiero saberlo todo.

—Bueno, he conocido a dos chicas muy agradables, aunque no sé si son buenas. El que sí me ha sorprendido es mi compañero de prácticas, es extranjero, no habla mucho, pero está claro que tiene mucha práctica. —Romeo entrecerró los ojos.

—Apostaría a que está en el curso para conseguir un título que le permita trabajar en el país. —Romeo tenía buena intuición.

—Y luego está el estirado del profesor. ¿Te puedes creer que todavía no sé ni su nombre? El tipo quiere que nos dirijamos a él como profesor. —Los labios de Romeo se fruncieron.

—A mi modo de verlo hay dos tipos de profesores: los que disfrutan con su trabajo y los que no. A los primeros no les importa el dinero, a los segundos solo les importa eso.

—Así que piensas que no tiene un trabajo de fisioterapeuta y por eso enseña a otros el oficio. —Romeo ladeó la cabeza.

—Lo que yo creo es que estos cursos es lo único que tiene para llegar a fin de mes, además de ser lo único que le relaciona con sus estudios. Aunque estos cursos son de apenas una semana, no sacará mucho con ello. Apostaría a que tiene otro trabajo que no tiene nada que ver con su profesión. —Eso me hizo sentir curiosidad.

—Me encantaría averiguarlo —dije en voz baja.

—¿Y por qué no lo haces? —Aquella pregunta me desconcertó.

—¿Yo? —Romeo hizo un gesto divertidamente extraño con sus músculos faciales.

—No tú. Podrías pedírselo a tu marido. —Viktor era un importante hombre de negocios, ¿podría conseguir ese tipo de información? Pues claro, tonta. Seguro que tiene a alguien que se encargue de investigar los currículums de los nuevos empleados, para saber si no mienten, quiero decir.

—¿Crees que lo haría? —Lo mío no era un asunto de negocios, era simple curiosidad. No desperdiciaría el tiempo y recursos de su empresa en satisfacer un capricho estúpido de su mujer.

—Ese hombre cruzaría El Valle del Fuego descalzo si tú se lo pidieras. —Y lo dijo muy serio. Esa seguridad incluso me hizo sopesar la idea de hacerlo.

Y como si mi mente lo hubiese convocado, un par de golpes en el marco de la puerta nos avisaron de que él estaba allí.

—¿Conozco a ese hombre? —Allí estaba él, con una mirada curiosa sobre su sonrisa y una bolsa de comida de algún restaurante en una mano. ¿Cómo hacía para parecer igual de fresco que esta mañana cuando salió de casa? Yo ya tenía la ropa arrugada antes de salir del coche.

—No me habías dicho que tu marido venía a almorzar

—¿No? —preguntó Viktor mirando a Romeo. Este se puso en pie y me quitó la taza de la mano.

—No, de lo contrario no le habría dejado tomarse este café. No se engaña al estómago cuando está a punto de llegar una deliciosa comida. —Escuchar eso hizo sonreír a Viktor.

—Una comida deliciosa *y* caliente.

—Mmmm, huele demasiado bien —dijo Romeo de la que fisgoneaba el contenido de la bolsa—. Ve a comértela antes de que asalte a tu marido y se la robe.

—He dejado un envase sobre tu mesa —le dijo Viktor, y Romeo gimió cuando pasó a su lado.

—Átalo bien corto, jefa. Si fuera gay haría de todo para robártelo.

—¿No eres gay? —La pregunta salió de mi boca antes de que mi cerebro le impidiera a mi garganta expulsarla. ¡Pero qué bocazas era!

—¡Pues claro que no! —dijo ofendido—. Estoy casado con una mujer estupenda y tengo dos hijos, un poco demonios, pero los quiero.

—Usted disculpe, señor. —Intenté darle un poco de humor a mi metedura de pata. Pero es que tenía unos ademanes demasiado amanerados para ser hetero, las cosas como eran.

—Porque eres mi jefa, si no te haría pagar por esta ofensa —dijo apuntándome con su índice mientras entrecerraba los ojos de forma amenazadora.

—Y porque te arrancaría las uñas si tan si quiera lo intentas —añadió Viktor con una sonrisa. Podía decirlo de broma, pero tuve la extraña sensación de que hablaba en serio.

—Me voy a por mi soborno. —Se giró hacia Viktor—. Porque sé que esto es para que os deje a solas, tortolitos. —Viktor sonrió mientras lo observaba alejarse. Romeo seguramente había acertado.

—¿Comemos? —Viktor alzó la bolsa.

—Por favor. —Señalé el trozo de mesa que había despejado para que pusiera la comida. Esperaba que trajese cubiertos y servilletas porque…

—Cajón inferior de la estantería. —Viktor señaló con la mirada el susodicho cajón. Con algo de duda me acerqué, lo abrí y encontré precisamente lo que necesitaba, un rollo de servilletas de papel. Daba miedo. Definitivamente sabía lo que había en mi cabeza, se le daba muy bien leerme. ¿Si le mentía se daría cuenta? ¿Podría guardarle algún secreto? No seas exagerada, Cat, quizás tan solo era algo que hacíamos cuando él venía a almorzar a mi oficina, era solo una rutina que él quiso recordarme, solo eso.

Colocamos todo, distribuimos los envases de comida, los cubiertos de bambú, las servilletas, la bebida y nos pusimos a comer.

—¿Puedo preguntar de quién estabais hablando cuando llegué? Porque quiero saber a quién tengo que destripar si va detrás de mi chica. —Lo dijo como si nada, antes de meterse un trozo de brócoli en la boca.

—Pues estábamos hablando de ti. —A ver qué decía.

—Ah. Entonces es una apreciación acertada. —Cruzaría el desierto por mí. Eso me hinchó el ego.

—Verás, es que… Estábamos charlando sobre el curso y nos preguntábamos sobre el profesor que lo imparte. —El tenedor de Viktor se quedó quieto durante un segundo, aunque fingió estar decidiendo qué pinchar.

—¿Y qué tiene que ver ese profesor conmigo y mi paseo por el desierto? —Me mordí el labio, indecisa, ¿debía pedírselo?

—Es una tontería, pero… Romeo y yo sentíamos curiosidad por saber en qué trabajaba, además de dar clases, quiero decir. —Me atreví a mirar a Viktor y vi que tenía la ceja derecha arqueada.

—¿Habéis hecho una apuesta o algo así? —Se metió otro trozo de comida en la boca mientras esperaba mi respuesta.

—Romeo tiene una teoría sobre por qué un tipo tan estirado y gilipollas da clases. —La otra ceja de Viktor se levantó para acompañar a la primera. Lo sé, esto de no tener filtro también era algo nuevo para mí—. Cree que tiene un trabajo que no tiene nada que ver con lo que ha estudiado, y que está amargado por ello. Lo de dar clase es solo un extra de dinero. —Viktor asintió lentamente.

—Y tú sientes curiosidad.

—Sí. —Volví a morderme el labio inferior—. Romeo me dijo que te pediría a ti que lo averiguaras, que tú podías… Va, déjalo, es una

tontería. —Aparté la idea con la mano. Escucharme decirla en voz alta solo la hacía parecer aún peor de lo que era.

—Puedo hacerlo. —Alcé la mirada de nuevo hacia él.

—¿De verdad? —pregunté esperanzada. Viktor dejó su envase sobre la mesa y con calma se limpió la boca con una servilleta. Estaba demorando responderme intencionadamente. Este hombre sí que sabía darle dramatismo a una conversación.

—Puedo pedir a alguien que lo averigüe, pero desviar recursos de la empresa para un asunto personal… —Porras, ya sabía yo que eso no estaba bien, no era ético, no era…—. Eso te supondrá un coste. —¡¿Qué?!, ¿me estaba pidiendo algo a cambio? Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Cuánto? —pregunté antes de pensar si era bueno caer en esa trampa. ¡Oh, mierda!, aquella sonrisa ladeada que apareció en su boca me puso sobre aviso. Iba a ser un precio alto…

—Esa información te costará una cena. —¡¿Qué?!

—¿Quieres que te invite a cenar? ¿Que cocine? ¿Qué? —Viktor volvió a recostarse en su silla, como si fuese el rey y aquel su trono.

—Tú eliges, pero será algo que te apetezca hacer y quieras compartir conmigo. —Aquello me estaba empezando a sonar como…

—¿Una cita?

—Estamos casados, pero no recuerdas cómo llegamos a este punto, así que podemos empezar de nuevo desde el principio, ¿no crees? —¡Una cita!

—Una cita —repetí en voz alta.

—Te daré la información esta noche, así que quiero mi cita entonces.

Capítulo 27

Catalina

—Te noto algo distraída, preciosa. —La voz de Marge llegó dese mi izquierda, lo que me obligó a girar la cabeza hacia ella.

—Lo siento, estaba pensando en una cosa. —O más bien en una persona, Viktor. Mi marido y nuestra cita. Entonces eran dos cosas, o bueno, podía hacer un único paquete con ambas.

—Esa cara solo se pone cuando se piensa en un hombre. —Pillada.

—Puede. —Tampoco tenía que contárselo todo. Miré hacia la puerta de la sala, no quería que el profesor estirado nos pillara hablando de hombres. Lo que me faltaba, encima que pensara que era una adolescente atrapada en el cuerpo de una cincuentona.

—No será cierto profesor musculoso, ¿verdad? —¡¿Qué?!

—¡Por Dios! ¡No! —Solo con pensar en nosotros dos juntos de alguna forma me daban ganas de vomitar, ese tipo era todo lo opuesto a lo que yo buscaría en un hombre.

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo te mira? —Mis ojos se abrieron como bocas de metro.

—¿Qué? ¿A mí? —Marge se recostó en su silla como si fuese una vidente a punto de echar las cartas sobre la mesa.

—Se fija en cada detalle. Tus manos, tu cuello, tus pechos, tu trasero… No se le escapa nada. —Decir que estaba asombrada era poco.

—Vaya, pues no me había dado ni cuenta.

—Su amigo y él no paran de cuchichear entre ellos y mirarte.

—¿Y cómo sabes que es su amigo? —Ella sonrió ladina.

—Porque solo a un amigo le consigues una plaza de última hora para… —Súbitamente se calló.

—¿Qué? —la insté a seguir.

—Pues que ahora que lo pienso, puede que sea su amigo el que esté interesado en ti.

—Si ni siquiera le conozco, ¿cómo puede estar interesado? —Pero ¿tan ciega estaba que no me había dado cuenta de esos detalles? Seguramente era porque Marge era de ese tipo de mujeres que fisgonean todo a su alrededor. Como para hablarle de mis cosas, era bastante chismosa.

—Claro que lo conoces. —Espera, ¿qué me había perdido?

—Atentos todos, voy a asignar los boxes. —El profesor empezó a repartir los lugares de trabajo, y con ellos a nuestros pacientes. Se suponía que era nuestro anteúltimo día, así que esta vez estaríamos solos con nuestro paciente. Vanja y yo ya habíamos trabajado solos el

día anterior, pero el resto de los compañeros, no. Pensé que lo hizo para acomodar un paciente de más, quizás porque falló algún compañero. No le di más importancia—. Steel. Tienes el box 6. Vanja, box 7.

—Pues sí que va a ser su amigo. —Marge me clavó el codo en las costillas para señalarme la puerta de mi box, o la cortina abierta, para ser más exactos. Allí, sonriendo con su cara de niño bueno estaba Max, mi paciente del día anterior.

Ahora empezaban a encajar las palabras de Marge. Así que este era el amiguito del profe. El que me lo asignara el día anterior había sido un acto deliberado y, por lo que parecía, no iba a tardar en descubrir qué era lo que quería. ¿Por qué lo sabía? Pues porque solo le quedaban dos días para congeniar conmigo.

Su hubiese sido alguien más joven, con menos experiencia, seguramente me habría ruborizado por tener la atención de alguien como él. Pero ya era una mujer madura, de 49 para ser exactos, y un hombre de treinta y pocos con aquel aspecto tenía mejores peces que pescar. ¿Qué podía querer de mí? Sentía mucha curiosidad.

Max

—Me la estoy jugando por ti, Max. Si la organización se entera de lo que estamos haciendo…

—Fuiste tú el que me dijo que había una gallina vieja a la que podía echar el lazo. No puedes hacerte el mojigato precisamente ahora —le respondí a Curtis sin dejar de controlar a mi presa por el rabillo del ojo. Curtis le dio una rápida mirada a Cat y volvió de nuevo a mí.

Sabía lo que veía, lo mismo que yo. Una mujer madura con dinero, mucho dinero, que se aburría. La presa perfecta para alguien como nosotros, como yo. No le pasó desapercibido su reloj Montblanc, sus deportivas Nike, su teléfono de última generación y sobre todo su aparición a mitad de curso. No solo había llegado a petición de uno de los centros de fisioterapia con más renombre de la ciudad, sino que alguien se encargó de pagar la inscripción con un sustancioso extra. Esta gallina no solo tenía dinero, sino contactos, y pensaba aprovecharme de ambos.

Otros pueden pensar que soy un aprovechado, una sanguijuela oportunista. Yo solo digo que hace tiempo que ser un mantenido ya no es algo exclusivo de mujeres jóvenes que atrapan a un viejo ricachón. Hay muchas mujeres bien situadas que están solas en el mundo esperando las atenciones de alguien como yo. A cambio solo pido que me traten bien; ropa cara, un coche de alta gama, ese tipo de cosas que alguien como yo sabe lucir.

Lo mejor de todo era que esta gallina no solo tenía una buena bolsa de maíz, sino que estaba muy bien. Saltaba a la vista que se

cuidaba. Podía incluso gustarme el acostarme con ella, ya había jugado en peores ligas que esta, subir de categoría no era algo que dejase pasar.

—Ve con cuidado, Max. No quiero perder mi trabajo. —Levanté una ceja hacia él. ¿De verdad me decía eso?

—Yo te avalé cuando te presentaste en el gimnasio. —Él apartó la mirada, sabía que el puesto de entrenador personal no se lo habrían dado de no ser por mí. Yo tenía una estupenda reputación allí. Mi esfuerzo me costaba ser encantador con todas aquellas viejas golosas que se relamían los labios cada vez que me veían levantar pesas. Era el monitor más solicitado por las mujeres.

—Y te lo agradezco, pero… —Sus ojos me miraron suplicantes—. Ten cuidado. —No le gustaba que hiciese mi juego en su lugar de trabajo. Él no entendía que el gimnasio ya era un terreno muy esquilmado, no podía exprimirlo más sin provocar una pelea de leonas allí dentro. Pero fuera… Este era territorio inexplorado. Solo necesitaba una gallinita de los huevos de oro.

—Tú solo ponme cerca de ella de nuevo, Curtis. Del resto me encargo yo. —Y eso hizo, me puso otra vez en manos de mi gallinita. ¿Qué lesión fingiría esta vez? Mmmm, una que le hiciese sobarme uno de esos músculos que el resto se muere por tocar.

Sus manos trabajaron mi carne con eficiencia, apretando de una manera que no se esperaba de alguien tan delicado como parecía ella.

—No parece que tengas ningún punto sobrecargado —me indicó mientras masajeaba la zona que le había indicado.

—Es que tienes unas buenas manos. Ayer me dejaste casi como nuevo —la adulé.

—¿Por qué has vuelto entonces?

—He dicho casi. —Le sonreí, pero ella parecía evitar mirarme, ya que no apartaba la vista del trabajo de sus manos. Y además tímida, iba a estar chupado—. Me preguntaba… Me gustaría invitarte a cenar para agradecerte tus atenciones, ¿aceptarías? —Su cabeza se alzó hacia mí.

—No tienes que hacerlo.

—Pero quiero. ¿Qué dices? Cuando salgas de aquí podríamos ir a algún lugar que no quede muy lejos, así podríamos ir paseando. —Y me aseguraba de que el lugar no era muy caro, la zona no es que fuese de las más exclusivas de la ciudad.

—Lo siento, estoy ocupada esta noche. —No quise insistir más. Mi segundo ataque llegaría cuando saliese por la puerta. Una vez que la atrapase, no podría rechazarme. Soy muy insistente. No paro hasta que consigo mi objetivo.

Capítulo 28

Viktor

Escuché un par de golpes en la pared de cristal que separaba mi despacho de la sala de control. En el umbral de la puerta, Boby esperaba a que le prestase atención.

—Dime —le apremié.

—Acabo de enviarle el informe sobre el tipo ese que me pidió, jefe. —Trataba de ocultarlo, pero en su cara luchaba por salir una de esas sonrisas de «sé que estás espiando al profe de tu mujer porque estás celoso». Es lo malo de tener un solo informático, que se enteraba de todo. Pero esta vez se equivocaba, no era por celos, era para ganar puntos con mi chica, por conseguir una cita con ella. ¿Sonaba desesperadamente adolescente? Es posible.

—Bien, se lo imprimiré. —Noté la sorpresa en su cara—. Era ella la que tenía curiosidad. —Sus cejas se unieron de forma interrogativa. Yo solo me encogí de hombros en respuesta. Que él se hiciese una idea de por qué, seguro que estaría entretenido un buen rato buscando la respuesta. Nada como darle un reto a alguien como Boby.

Revisé la información y encontré más o menos lo que sospechaba Katia. La teoría de Romeo podía perfectamente encajar con la información que tenía delante. Los tipos que trabajaban de esa manera su cuerpo no vivían nada más que para su físico, por la apariencia. Y además, subsistía con un sueldo ridículo como entrenador personal en un gimnasio de tercera. Las fotos de las redes sociales decían mucho sobre su forma de vida, de sus relaciones, y todas estaban centradas en ese gimnasio. Tenía amigos, pero todos eran como él; tipos demasiado musculados a base de machacarse en las máquinas. ¿De verdad se creía que iba a engañar a alguien con esos dientes tan blancos? Había que ponerse gafas de sol para mirarlo de frente.

En fin, no merecía la pena escarbar más, era una persona sin mucho interés. Aunque estaba bien eso de conocer a las personas que estaban acercándose demasiado a mi Katia. Escogí unas cuantas páginas y envié la orden de impresión. Mientras esperaba a que salieran pensé en Katia y el lugar que escogería para nuestra cita. Ella no era de grandes lujos. Le gustaba lo bueno, como a todos, pero prefería las cosas sencillas.

Observé mi reflejo en la pared de cristal de mi despacho, mi aspecto era impecable, pero demasiado refinado para una cita sencilla. Si no quería coaccionarla para que me llevase a un lugar más lujoso del que hubiera pensado en un primer momento, mejor se lo ponía fácil. Ella hoy se había vestido con unos pantalones vaqueros,

camiseta, deportivas y una chaqueta de punto. Si no quería desentonar a su lado, debía vestirme de forma similar. Allí en lo oficina no tenía nada apropiado, pero tenía un centro comercial a mi entera disposición, sí, de lujo, pero encontraría lo que necesitaba. Tomé el teléfono y marqué la extensión de una de las tiendas de ropa, era hora de cambiar de imagen. El hombre de negocios tenía que desaparecer.

Catalina

—Cat, ¿puedes ayudar con informe? —Vanja apareció en mi box con expresión afligida, y sabía por qué; el idiota del profesor le había echado la bronca porque su informe era incomprensible, al menos según él. Solo había que hacer un pequeño esfuerzo y ponerse en la situación de Vanja para entender lo que había escrito. Para todos estaba claro que necesitaba algunas clases para mejorar su inglés, tanto oral como escrito, pero tampoco era motivo para hacerle pasar tan mal rato.

—Claro. —Tomé su informe, lo apoyé en la camilla y empecé a curiosearlo. Sí, había que esforzarse un poco en entenderlo.

—¿Tú entiende? —Su expresión seguía preocupada.

—Hagamos una cosa, tú me vas explicando la valoración que has hecho del paciente, y el proceso que has seguido, y yo lo voy apuntando. ¿Qué te parece? —Vanja sonrió contento.

—Bueno.

En menos de seis minutos terminamos el informe. Lo metí en su carpeta y se lo entregué para que se lo llevase al profesor. La única pega que podría encontrarle es que tuviese mi caligrafía. Nadie dijo que eso no se pudiese hacer, pero a este imbécil le bastaba cualquier pequeña excusa para meterse con Vanja. Al igual que hay un favorito del profe, también hay uno al que le tiene ojeriza.

Me estaba poniendo la chaqueta mientras salía del box, cuando una voz conocida me hizo detenerme.

—Al menos dejarás que te acompañe afuera. —Max y su empalagosa sonrisa.

—No es necesario. —Empecé a caminar hacia la salida, como para dejarle claro que tenía prisa por deshacerme de él. Lo peor no es que no se diese cuenta, sino que parecía no importarle. ¿De verdad pensaba que siendo un pesado acabaría claudicando? Lo siento, esta mujer no.

—Insisto. —Aquella maldita sonrisa edulcorada estaba empezando a hartarme.

—Voy a decírtelo de forma clara para que no haya mal entendidos, NO quiero nada contigo, ¿entendido? —Mi respuesta contundente pareció golpearlo, lo suficiente como para que sus pies se detuviesen, pero no para apartarlo de su empeño, porque no tardó en alcanzarme

con una carrera. Soy una persona que tiene un paso rápido cuando se lo propone, pero este idiota tenía las piernas largas.

—Cat, espera. —No lo hice, solo giré la cabeza mientras caminaba deprisa.

—¿Qué parte es la que no has entendido? Porque te lo he dejado bastante claro. Déjame en paz. —La última frase casi la escupí como si tuviese veneno, a ver si lo alcanzaba y terminaba matándolo. Pero nada, el tipo seguía a mi lado.

—Pero no puedes… —No podía más.

—La chica ha dicho que la dejes tranquila. —La voz de Viktor resonó en mi interior como un tambor de guerra. Era un claro aviso de que los refuerzos no solo habían llegado, sino que tenían intención de acabar con esta pelea. Su tono había sido frío, cortante, y a todas luces amenazador.

—Viktor. —De todas las personas que habría deseado que estuviesen allí para defenderme, él era la primera. No detuve mi paso hasta colocarme a su lado buscando su ayuda. Su mano tomó mi brazo para colocarme detrás de él, para protegerme con su cuerpo de la amenaza que suponía Max.

—¿Estás bien? —preguntó sin apartar la mirada del idiota.

—Ahora sí. —Me aferré a su chaqueta, para que el calor que desprendía su cuerpo me envolviese. Segura, así me sentía a su lado.

—¿Otro guardaespaldas? —preguntó casi cómico Max.

—Su marido —decretó con dureza Viktor.

—No he visto que lleven un anillo. —Maldije para mis adentros. No, no llevaba ningún anillo que dejase claro que estaba casada, pero es que no me sentía como tal. Viktor y yo…

—Ella no tiene que darte ninguna explicación, idiota. Cuando una mujer dice que te alejes de ella, tú solo tienes que hacerlo. No es no. —Oírlo de boca de un hombre sonaba totalmente diferente, como más rotundo.

—Discúlpame entonces, solo vi una chica guapa a la que quería pedir una cita. Siento si fui demasiado insistente. —Chico listo, nada como tener a Viktor delante para recular. Aunque me sentó mal el que ese idiota no se diese por vencido hasta que otro hombre le diese el alto. Los hombres son así de gilipollas.

Max comenzó a alejarse, eso sí, sin quitarle la vista de encima a Viktor, como si esperase que saltara sobre él para partirle la cara. No soy una persona violenta, pero casi que habría deseado que eso ocurriese, porque sabía que Viktor iba a machacarlo. Físicamente Max era más imponente, pero Viktor era de ese tipo de hombres que parecía ser determinante en una pelea.

Ninguno de los dos nos movimos, como si esperásemos que Max cambiase de idea a última hora y decidiese plantarle cara a Viktor.

Pero cuando desapareció, me giré rápidamente para abrazar a mi salvador. Soy una mujer autosuficiente, siempre he pensado que lo soy, he peleado sola mis propias batallas, pero no voy a ser una hipócrita y no reconocer que sin la aparición de Viktor en ese momento la situación podría haber sido otra muy desagradable. ¿Violación? No quería pensar en ello, pero la opción estaba allí.

—Estás temblando. —Su voz sonó suave sobre mi sien.

—Estoy bien —le aseguré. Sus dedos acariciaron mi espalda con calma, como si intentase tranquilizarme con esa caricia. No eran sus manos las que lo estaban consiguiendo, sino toda su presencia. Viktor me daba seguridad. No soy débil, pero me encantaba que él estuviese ahí.

Alcé el rostro hacia él para sonreírle, sintiendo sus dedos acariciar mi mejilla con reverencia. Cualquier mujer se derretiría por una caricia así, tierna, delicada. Y sobre todo por aquellos extraordinarios ojos del color del mar profundo, mirándome con una devoción y un anhelo casi eterno.

Antes de darme cuenta, o al menos fue demasiado tarde para decir nada, sus labios descendieron rápidamente para besar los míos. Un estremecimiento, un terremoto sacudió mi cuerpo, haciendo que mi corazón galopara como un potro desbocado. Me sentí absorbida, subyugada. Viktor no suplicaba, Viktor conquistaba y no hacía prisioneros. Estaba perdida.

Capítulo 29

Viktor

Sentí la mano de Katia empujando mi abdomen, pidiendo tímidamente un espacio que yo había tomado. Podía notar el temblor en ella, el cruce de sensaciones en su interior. Estaba asustada, pero no de mí, sino de la velocidad que estaba tomado todo esto. Sé que lo había disfrutado, tanto como yo, pero había algo en su cabeza que la frenaba, que le advertía que este camino tenía que tomárselo con calma. Tenía miedo a saltar a esta piscina y ahogarse. Y era culpa mía, lo sé, no pude tomar solo un poco. Cuando probé sus labios, cuando no me rechazó, avancé rápidamente hasta el lugar que me pertenecía. Tomé con urgencia aquello que llevaba tanto tiempo siéndome negado. ¿Arrepentirme? No, pero tenía miedo de haberla asustado.

Este era un baile de dos, pero siempre he sido de los que toman el control y guían al otro bailarín. Esta vez no podía hacerlo, debía ser ella quien marcase el ritmo, y eso me estaba matando de desesperación. Todo iba tan lento…

Mi cuerpo obedeció con mansedumbre, dejando que ella se alejara de mí. Nunca sería capaz de obligarla a nada, ella tenía que recordarlo.

—Ah… ¿Podemos irnos a casa? —Sus ojos, su voz, parecían tan frágiles. No pude recordarle que teníamos una cita pendiente.

—Por supuesto. —No estaba dispuesto a retroceder todo el camino, tenía que llevarme algo, así que tomé su mano para acompañarla de camino al coche.

Antes de girarnos, busqué a Igor escondido en la oscuridad. Estaba allí, vigilando. Si hubiese surgido cualquier problema con aquel idiota, le habría saltado encima en un latido, y seguramente no lo haría solo. Lo que me recordó… Señalé con la cabeza el lugar por el que el cretino se había largado. Él asintió. Llevó el índice al auricular de su oído y susurró la orden. ¿Qué iba a hacer con él? De momento seguirle, descubrir quién era y, en la primera oportunidad que tuviese, hacerle una visita. Esto era personal, había intentado quitarme a mi chica y además no la había respetado, lo cual era mucho más grave.

Abrí la puerta del coche para que subiera, anticipándome a ella. Fue entonces cuando vio el dosier de Curtis, su profesor.

—¿Esto es…?

—Curtis Smith, tu profesor. —Señalé con el pulgar hacia el edificio que habíamos dejado atrás, donde ella tomaba sus clases.

—Vaya. —Se mordió los labios, debatiéndose entre mirar o no.

—Échale un vistazo. —Cerré la puerta y rodeé el coche para tomar

mi puesto tras el volante. Cuando abrí la puerta del lado del conductor, ella ya estaba curioseando entre las páginas con avidez. Así era ella, se debatía entre si algo estaba bien o mal, pero cuando decidía dar el paso, lo hacía sin mirar atrás. Sonreí y arranqué. A casa, eso también sonaba bien.

—¡Ajá! —dijo de manera triunfal cuando encontró una parte interesante—. Romeo acertó. —Su rostro se giró hacia mí con una enorme sonrisa en la boca.

—Vivo para hacerle feliz. —Mentira, pero ella pilló la broma.

—Oh, la cita. —De pronto cayó en la cuenta—. Se me olvidó, lo siento. Podemos…

—Tranquila, no tengo problema en aplazarla. Buscaremos otro momento en el que estemos más animados.

—Pues creo que necesito un momento divertido ahora. Así me quito de la cabeza ese mal recuerdo. —Por su forma de perder la mirada al otro lado del cristal sabía que no se refería a mi beso, sino a ese cretino.

—Entonces… —Dejé en el aire la frase para que ella decidiera.

—Iremos a esa cita, aunque… No sé a dónde llevarte. —No tenía que olvidar que para ella era alguien casi desconocido. No sabía lo que me gustaba y lo que no.

—Lo que escojas estará bien. —Si estaba con ella, todo lo demás no me importaba.

—No es eso. Es que… —Se mordió los labios mientras pensaba la manera de decirlo—. No conozco la ciudad. No sé qué restaurantes hay, ni dónde están, ni si son buenos o malos, o…

—Lo entiendo.

—¿Sí? —preguntó sorprendida.

—Sí. ¿Puedo hacerte una sugerencia?

—Pues claro. —Giró su cuerpo hacia mí, parecía muy interesada.

—¿Qué te parece si pedimos algo para llevar? Conozco un lugar con unas vistas espectaculares.

—¿Vas a llevarme a uno de esos sitios a los que los jóvenes van a meterse mano? —Su sonrisa traviesa me dijo que sospechaba lo que había en mi cabeza, pero se equivocaba. Oh, bueno, no mucho. Una cosa es que me muriese por continuar donde lo habíamos dejado en la salida de aquel edifico hacía un momento, y otra muy distinta era que lo hiciese.

—Te prometo que ningún jovenzuelo calenturiento ha rondado ese lugar. —O al menos eso creía, las medidas de seguridad del edificio habrían puesto en alerta a todo el equipo de vigilancia.

—¿Estás seguro? —preguntó incrédula.

—Totalmente. —Ella lo sopesó un par de largos segundos.

—Me has picado la curiosidad. Acepto.

—TKV, accede a la web de Vincenzo, en la segunda con el Strip. Quiero que pidas una pizza familiar con queso de cabra, tomates cherry, espárragos trigueros y masa fina.

—Accediendo. —Los ojos de Katia se abrieron sorprendidos.

—¿También puede pedir pizzas? —Casi que ni era una pregunta—. Creo que me he enamorado. —Sus manos acariciaron el salpicadero con reverencia.

—¡Eh!, que el que ha pedido la pizza he sido yo —me quejé con una sonrisa en los labios.

—Ya te diré si te quiero a ti también cuando la pruebe. —«Te quiero», me quedé con esa parte de la frase. No era de la manera que deseaba escucharlo de su boca, pero de momento tendría que servirme. «Te quiero».

Catalina

Si las moscas volasen tan alto seguro que ya me hubiera tragado por lo menos media docena. No podía cerrar la boca, literal; creo se me desencajó la mandíbula de tan abierta que la tenía.

—Esto es… Wow. —Mi cuerpo no hacía más que girar para poder abarcar toda la espectacular vista que tenía ante mí. Viktor tenía razón, era impresionante.

Estábamos en lo alto del hotel de la familia, como me explicó mientras pasábamos control tras control de seguridad con el beneplácito de cada tipo uniformado que nos encontramos hasta llegar hasta aquí. Y cuando digo en lo alto no me estoy refiriendo a la última planta, sino a la azotea. Sí, donde están las antenas y esas cosas que nadie ve, los aparatos del aire acondicionado y trastos de esos.

Solo tenía que girar para tener la mejor panorámica de toda la ciudad. Y no sé cómo será en otras ciudades, pero esto es Las Vegas, aquí todos los edificios son un espectáculo de luz.

—Te dije que eran unas vistas espectaculares —me recordó.

—Y lo son.

—La pizza se enfría. —Me giré hacia Viktor y lo vi colocando una cerveza fría junto a la caja de la pizza. Había escogido un lugar alto desde el que podíamos sentarnos sin perder visión.

—Voy. —Me acerqué deprisa hasta él y me acomodé en el puesto que había preparado para mí. Allí sentada, parecía como si volásemos en la alfombra mágica de Aladino. La brisa movía ligeramente mi cabello, simulando un auténtico viaje sobre el *skyline* de la ciudad.

—Y ahora prueba. —Me tendió un trozo de pizza con una servilleta de papel. Le di un buen mordisco, no solo porque tuviese más hambre que un perro vagabundo, sino porque olía a pecado gastronómico. Tendría que llamar a Robin por la mañana para concertar una de nuestras sesiones de boxeo, había que bajar como fuese todas estas

calorías. Pero eso ya lo haría mañana.

—Mmmmm. —Mis papilas gustativas sufrieron un orgasmo de sabor.

—¿Ahora me quieres? —preguntó Viktor antes de meter un trozo de aquella delicia en su boca.

—Te amo. —La mirada de Viktor se fijó en mí. Parecía congelado por fuera, aunque podía ver el fuego en sus ojos. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había dicho. «Te amo».

Capítulo 30

Catalina

Podía sentir la mirada de Viktor sobre mí mientras comía, porque no me atrevía mirarle a la cara después de lo que dije, no quería darle esperanzas, simplemente no había recordado nuestro pasado juntos. No necesitaba girar el rostro para saber que sus intensos ojos seguían ahí, observándome como si… No sabía lo que realmente esperaba.

Afortunadamente se instaló entre nosotros un bienvenido silencio mientras comíamos. Pero tarde o temprano la pizza se acabaría y no podría escudarme en mi buena educación. Ya saben, con la boca llena no se habla.

—No has de tenerme miedo, Katia. —Escuchar esas palabras me hizo mirarlo a los ojos.

—No… no te tengo miedo, ¿por qué debería tenértelo? Al contrario, contigo me siento más segura.

—Estoy seguro de que tú sola podrías haberle parado los pies a ese idiota. —Viktor no había constatado la dureza de aquellos bíceps como lo hice yo. Max podía partir nueces con aquellos brazos.

—No estoy tan segura. —No quería mostrarme vulnerable, pero tenía que reconocer que una mujer de mi tamaño tenía que ser una especialista en peleas para ganar en una con tanta diferencia entre sus contrincantes.

—Entonces no tendré más remedio que evitar que tengas que comprobarlo. —Sabía lo que quería decir.

—Tú tienes cosas más importantes que hacer que estar pegado a mi culo a todas horas. —Aquella expresión le hizo soltar una carcajada.

—Créeme, nada me gustaría más que eso. Pero, aunque me desagrade, no sería yo el que estuviese pegado a ti a todas horas. —Escoltas, y me refiero a más de uno.

—¿No es suficiente con Ben?

—Si hacemos algunos cambios, puede.

—¿Qué tipo de cambios? —Viktor dejó a un lado la botella de cerveza y soltó un pesado suspiro.

—Todos nos sentiríamos más tranquilos si alguien más estuviese a tu lado cuando no estás en un lugar seguro.

—¿Y qué es para ti un lugar seguro?, ¿nuestra casa?

—Cualquier lugar de cuya seguridad se encargue mi empresa.

—Tendrías que hacerme una lista. —Genial, ahora tendría restricciones. Aquí sí, aquí no.

—No es necesario que te la aprendas, Katia. Basta con que siempre

estés acompañada fuera de los edificios. Dentro de ellos siempre habrá alguien cerca. Deja que Ben y yo nos encarguemos de eso. —Lo sopesé un segundo.

—Supongo que tendré que dejar que los profesionales se encarguen de ello. —Viktor asintió complacido.

—Siempre has dicho que hay que ser autosuficiente, pero no hay que tener miedo a delegar. —Eso sonaba a una yo que todavía no conocía. La yo de ahora no estaba acostumbrada a que nadie le hiciera las cosas, me habitué a apañármelas por mí misma. Aunque tengo que reconocer que lo que hace un profesional siempre será mejor que lo que pueda hacer yo, como las tartas. Puedo hacer algo parecido, pero nunca será de la misma calidad que la de alguien que ha dedicado su vida a hacerlas.

—De acuerdo. Tú ganas —cedí finalmente.

—No es cuestión de ganar, Katia, sino de tu seguridad. Nada es más importante para mí. —Aquella última frase envió un escalofrío por mi espalda. Sonaban tan bien aquellas palabras…

—Supongo que me acostumbraré a ello. —Y me refería a todo; a los guardaespaldas, a Viktor…

Empecé a recoger las servilletas que había utilizado y las metí en la bolsa en que llegaron las bebidas. Puede que ahora tuviese gente a mi servicio que se encargaba de esas cosas, pero no esperaba que vinieran detrás de mí limpiando lo que manchaba. Mi basura era asunto mío, porque el que no es capaz de dejar los lugares tal y como los encuentra es una persona que no piensa en el daño que hace. No ya con los residuos que acaban ensuciando nuestro entorno, sino en el tiempo y dinero que hay que gastar después para arreglarlo. Para mí era un esfuerzo pequeño.

—Yo lo haré. —Las manos de Viktor me detuvieron cuando fui a recoger su botella. Parecía que mi fiebre limpiadora había atacado su zona como si fuese mi responsabilidad.

—Eh, sí, claro. —Aparté la mirada de su rostro con rapidez, porque acababa de darme cuenta de que me estaba escudando en hacer cualquier cosa con tal de no mirarlo.

Sus ojos me observaban con demasiada intensidad, como si tratase de buscar dentro de mí, como si tratase de alcanzar algo de mi interior, ¿pero qué?, ¿un recuerdo? ¿Acaso esta cita, este lugar, significaba algo para mí, para nosotros?

—Katia. —Su voz fue un suave susurro, una súplica, un ruego que yo no podía satisfacer.

Dejé todo lo que tenía en las manos y me alejé todo lo que pude, hasta estar cerca del borde de la azotea. No tenía miedo a caerme, el muro que me separaba del precipicio era más alto que mi cintura. Pero no fue eso en lo que fijé mi atención, sino en las vistas de allí

abajo, las luces de la ciudad, la gente que caminaba por las calles cercanas.

—Katia. —La voz de Viktor sonó muy cerca de mi oído. No necesitaba girarme para saber que estaba allí, a mi espalda, lo suficientemente cerca como para sentir su presencia, lo suficiente lejos para no tocarme. Era su manera de decirme que estaba allí, tan cerca como podía, pero no lo suficiente como quería.

Si aquella escena hubiese sido dibujada por un artista de manga, seguramente habría plasmado algunos pequeños rayos entre nosotros, como muestra de la energía que crepitaba entre nuestros cuerpos. Había algo ahí que no me atrevía a explorar, algo que gritaba con fuerza, pero que no estaba lista para escuchar porque… porque…

—Katia. —Cerré los ojos con fuerza, tratando de darme fuerzas.

—¿Qué quieres de mí? —Era imposible esquivarlo y él lo sabía.

—Volver a besarte. —Tragué saliva mientras recordaba su sabor en mi boca.

—Fue solo un malentendido, yo… yo… —No podía dejarme llevar, no sin estar segura hacia dónde iba y, lo más importante, si quería ir allí.

—Tus labios me recuerdan, no puedes negarlo. Puede que tu mente me haya escondido en algún lugar recóndito e inalcanzable de tus recuerdos, pero tu cuerpo no me ha olvidado. Todos estos años he marcado cada centímetro de tu piel, y por eso no pudiste resistirte a ese beso. Tu cuerpo lo deseaba, lo necesitaba.

—Puede, pero yo todavía no estoy preparada. —Viktor suspiró.

—Estás empeñada en luchar contra ti misma, en vez de dejar que lo que llevas dentro simplemente fluya. No te contengas, Katia, yo estaré dispuesto y feliz cuando quieras liberarte de esa presión. —De eso no tenía duda. Pero el problema no era Viktor, era yo.

—No es justo que juegue contigo. ¿Y si no recuerdo nunca? ¿Y si la persona que te amó nunca regresa? No puedo hacer que te ilusiones cuando no es más que un tanteo para tratar de recordar. —Porque era lo que había sido, un arrebato que dejé que me arrastrase porque no solo era agradable, sino también de alguna manera familiar, aunque al mismo tiempo fuese desconocido, nuevo. No podía hacerlo, no si tenía dudas.

—No me importa. Estoy aquí para que me utilices si lo necesitas. Siempre he sido tuyo, y eso significa que te daré todo lo que necesites, aunque luego sea malo para mí. —Aquellas palabras formaron un nudo en mi garganta. ¿Podría tratarlo así?, ¿utilizarlo? Viktor no parecía ser ese tipo de personas que dejan que otros lo usen.

Su mano se estiró para acariciar los dedos que tenía apoyados sobre el muro que me separaba de caer al abismo. Su piel estaba caliente y por el frío que aún podía sentir a mi alrededor sabía que él

no me estaba tocando en otro lugar. Con solo ese contacto sentía que no era suficiente y al mismo tiempo que era demasiado. Cuando él estaba tan cerca provocaba en mí sensaciones tan contradictorias que me sumían en un vértigo emocional que no podía asumir.

—Viktor —supliqué para que terminase con aquella tortura.

—Cuando quieras, lo que quieras. —Podía sentir el sufrimiento y la desesperación en su voz, al mismo tiempo que algo intenso y fuerte luchaba por salir a la superficie, como un animal enjaulado que solo espera una pequeña oportunidad para escapar, algo que me asustaba y emocionaba al mismo tiempo. Tomé aire profundamente, llenado los pulmones hasta sentirlos reventar.

—Quiero ir a casa. Estoy cansada. — Giré mi cuerpo para afrontarlo, para encontrar aquel frío azul penetrándome con intensidad. Su única respuesta fue un asentimiento de cabeza.

La lucha que estaba librando en mi interior era agotadora, pero la que parecía ocultar Viktor dentro de sí debía de ser salvaje.

Capítulo 31

Catalina

Puede que fuesen los remordimientos los que no me dejaron dormir esa noche, o puede que fuese el maldito calor que me envolvía. Podía pensar que era la temperatura del ambiente a mi alrededor, las noches en Las Vegas eran muy cálidas, pero yo sabía que no era así, porque el maldito calor no estaba fuera, sino dentro de mí.

Las palabras de Viktor no hacían más que dar vueltas en mi cabeza: «Estoy aquí para que me utilices si lo necesitas».

Después de mi petición de venir a casa él se mostró dócil y conforme. No me preguntó, no trató de convencerme para que siguiéramos con aquella conversación. Él entendió que yo no quería y me dio lo que pedía. Dudo que Viktor fuese así de complaciente con otras personas, parecía ser de los que siempre consiguen lo que quieren, aunque el resto no esté de acuerdo. ¿Por qué tenía aquella doble imagen de él? Pues porque por alguna razón podía leer lo que había en su interior, ver más allá de aquella especie de escudo que parecía levantar para que nadie viese lo que realmente había en su cabeza. Y dudo que la mayoría de la gente pudiese verlo, salvo yo. Viktor era mucho más de lo que parecía a simple vista, era más complicado, había partes que no dejaba que nadie viese.

Estaba pesarosa de haberle enviado de nuevo a su habitación sin ni siquiera darle algo que lo animase. Un «tal vez pronto» le habría bastado para sentirse mejor. Pero no, había sido una desagradecida asustada y lo había despedido con un «hasta mañana» y la puerta en las narices. Hui como una cobarde, pero aunque no quisiera ver el dolor en sus ojos sabía que estaba allí.

Viktor me estaba volviendo loca. Tenía ganas de abrazarlo, de acariciar su frente y decirle «todo va a ir bien», pero sabía que si lo hacía, su contacto acabaría por abrasarme otra vez y dejaría que me arrastrase a ese mundo de pasión y lujuria que su mirada prometía.

No estaba preparada para esta lucha, ya tenía suficiente con la lucha que tenía conmigo misma por tratar de recordar pequeños fragmentos de mi vida perdida como para encima lidiar con todas las emociones que Viktor me provocaba y hacerlas encajar en esa imagen que tenía de él escondida en mi cabeza.

Solté el aire pesadamente y me rendí. No podía luchar con mi cuerpo y mi cabeza al mismo tiempo, así que decidí librar solo una guerra por esa noche. ¿Mi cuerpo estaba caliente? Pues lo enfriaría. Sopesé darme una ducha fresquita, pero lo descarté. Secarme el pelo ya me llevaría un buen rato, y además provocaría que el sueño se

alejase aún más. Así que, si no podía enfriarme por fuera, al menos lo haría por dentro.

Bajé las escaleras, directa a la cocina. Si no recordaba mal, siempre había una botella llena de agua en la nevera. Estaba a punto de pisar el último escalón, cuando escuché un lejano ruido. Me quedé quieta, escuchando. A esas horas de la noche no había nadie más que nosotros en la casa, y esta se sumía en un silencio que a veces parecía sobrecogedor. O eso pensaba antes. Escuchar aquel ruido estaba provocando que mi tensión empezase a subir por momentos. ¿Qué era lo que estaba escuchando? ¿De dónde venía? Y lo más importante ¿quién estaba de tras de él?

Estaba por subir a toda velocidad las escaleras, directa a la habitación de Viktor para avisarle, cunado noté que un bulto oscuro se acercaba desde la cocina hacia mí. Tenía el grito a punto de salir de mi garganta, cuando me di cuenta de que no estaba en peligro. Gracias a la luz de la luna que iluminaba la entrada pude distinguir con claridad la figura que tenía ante mí.

—Buf. —Y esa especie de bufido mitad ladrido, me confirmó su identidad: era Bonnie.

—Hola, pequeña. —Acaricié su enorme cabeza con cuidado. El ruido seguía escuchándose desde allí, ¿lo oiría ella?— ¿Oyes eso? —Señalé con la cabeza en la dirección de la que parecía venir. Su cabeza giró hacia donde señalaba y luego volvió su atención hacia mí. Una de dos: o no lo oía o no le preocupaba—. Genial. Pues vamos a investigar.

No me atrevía a ir a la habitación de Viktor y despertarlo por una tontería, ya había bastante humillación con el fiasco de la vez anterior. Así que en esta ocasión iba a asegurarme antes de que necesitaba pedir ayuda. No es que sea una persona excesivamente valiente, tampoco soy una estúpida, pero al estar acompañada de Bonnie sentía una seguridad que me daba el valor para investigar. Si había allí algo que pudiera lastimarme, ella seguramente saldría en mi auxilio, o al menos era lo que me aseguraba Viktor, y por su manera de utilizarla cuando creyeron que nos habían asaltado, estaba inclinada a pensar que era verdad. Adrik salió en busca de la amenaza con un arma en las manos y Bonnie a su lado.

—Ssshhhh —susurré con un dedo en los labios para que ella entendiese. No necesitaba que empezase a ladrar y descubriera nuestra posición. Y ella lo entendió. Es más, creo que se puso en plan misión secreta, porque agachó la cabeza y se puso a seguir el invisible rastro que dejaba aquel ruido en el aire.

Llegamos al hueco de las escaleras que comunicaban con la parte inferior de la casa, hacia el sótano. Genial, teníamos que bajar. Mientras mis pies descalzos se deslizaban lentamente por cada

escalón, mi mente no hacía más que decirme: «¿En serio? ¿No te ha enseñado nada Hollywood?», En las películas de terror siempre se cargan a los curiosos que entran en sitios oscuros. ¿En qué me escudé para seguir? Pues en que la gente que corría para escapar del malo siempre subía las escaleras, nunca las bajaba. Pero mi propia lógica tenía un fallo, si hacia arriba no había salida, hacia abajo mucho menos. Estaba entrando en un callejón sin salida, allí ni siquiera tendría una ventana por la que tirarme.

Estaba temblando como un flan en pleno terremoto cuando torcí hacia la izquierda, justo hacia la habitación de la que provenía aquel ruido. No podía decir que fuese rítmico, como el que hace una máquina, porque parecía seguir una extraña pauta. Eran como dos golpes con un sonido que cambiaba en el tercero. No sé, era…

Me asomé a la entrada a la habitación, que afortunadamente no tenía una puerta que chirriase al abrirlo, más que nada porque no había eso, puerta. Como decía, asomé con sigilo mi cabeza para ver qué provocaba aquel ruido. Lo peor de todo es que también se oía una especie de jadeo. Ya saben, como cuando se está haciendo un gran esfuerzo y se suelta todo el aire para darle más fuerza a su... ¡Oh, mierda! Reconocía ese ruido, estaba cansada de oírlo. Ya decía yo que me era familiar, era alguien que golpeaba con saña un saco de boxeo, como hacía Rocky cuando entrenaba en su gimnasio.

Y eso fue lo que encontré, a un boxeador vestido con pantalones deportivos largos, con el pecho y los brazos brillantes por el sudor. Algunos mechones se habían pegado a su piel, dándole un aspecto salvaje. Pero lo que me dejó congelada en el umbral de la entrada no fue solo darme cuenta de que había sido descubierta, porque él había dejado de golpear el maltratado saco de arena, sino además tropezar con aquellos ojos de hielo fijos en mí. Eran como los de un lobo hambriento que observa su presa, listo para saltar sobre ella en cualquier momento.

Sentí el cambio en mi cuerpo, justo en ese momento en que el temblor pasó de ser de miedo a convertirse en algo totalmente diferente. Llamas de fuego recorrieron mi piel desde la punta de mis pies hasta mi sien, incendiándome como un trapo empapado en gasolina al acercarse a una cerilla.

Una parte escondida en lo más profundo de mi ser tomó el control, una parte que sabía perfectamente lo que deseaba, una parte que no tenía dudas.

—Lo quiero. —No necesité decir más, él me entendió.

Capítulo 32

Viktor

Otra noche más cada uno por su lado. Creía que había avanzado, es más, lo sabía, pero no iba a ver los resultados esa misma noche. Pero saberlo y asumirlo no es lo mismo. Mi cuerpo no estaba conforme con aquel acuerdo, la necesitaba desesperadamente. No era ya una cuestión de haberme acostumbrado a tenerla cerca, a asaltar sus labios cuando lo deseo, sino que todo mi ser lloraba por tener un poco más de su contacto. Soy un maldito yonqui que necesita su dosis y ella es la droga a la que estoy enganchado.

Si seguía golpeando el saco así para poder caer en la cama exhausto y dormir, por el día acabaría dejando caer mi culo en cualquier superficie que lo acogiera. Pero eso no era lo peligroso, a fin de cuentas, tenía a mi lado a alguien que cuidaría de mis espaldas, sino el hecho de que mi cabeza no estaría lo suficientemente descansada como para mantenerse alerta, rindiendo como debía.

Un hormigueo extraño ascendió por mi espalda, haciendo que los pelos de mi nuca se erizaran. Conocía muy bien esa sensación, era la que me avisaba de que alguien me vigilaba. Las alarmas de seguridad no habían saltado, pero eso no quería decir que no estuviese en peligro. Nada en esta vida es fiable al 100 %.

Me giré hacia la entrada del gimnasio, listo para saltar sobre aquel que osaba entrar en mi casa a buscarme. Acabaría con él, con todos los que vinieran aquí, porque no solo protegía mi vida, sino la que significaba para mí más que el aire.

Mi respiración se volvió pesada cuando la vi. Sus ojos bebían de mí como hacía tiempo que deseaba que ocurriese. Allí estaba lo que me había mantenido despierto todas estas noches, su deseo, o mejor dicho, una puerta que ella abría para satisfacer el mío.

No podía moverme hasta que ella me diese una señal clara de que era lo que deseaba, no quería confundirme y asustarla, no quería presionarla y que saliese huyendo. Yo sabía lo que quería, pero necesitaba que estuviese segura de lo que quería ella.

—Lo quiero. —Como si hubiese estado escuchando las súplicas de mi corazón, ella me dio lo que necesitaba para ir en busca de su calor.

En un latido la alcancé y sostuve entre mis manos su rostro, dejando que mis deseos saltaran en un acto de fe desde mis ojos hasta sus pupilas. Su piel seguía siendo tan suave y cálida como recordaba, y su sabor… Mis labios buscaron los suyos para tomarlos con cuidado, saboreando tanto como podía, sin prisa, con deleite. No quería precipitarme porque necesitaba grabar este momento en mi memoria,

cada minúsculo detalle, por si algún día tenía que volver a sobrevivir solo a base de recuerdos.

No pude abandonar sus labios mientras inspiraba profundamente, llenando mis pulmones con su esencia, llenándome con su subyugante aroma. La había echado tanto de menos que ahora necesitaba llenar todos los huecos que ella había dejado vacíos desde aquel maldito día en que la perdí.

Pero no era suficiente, lo necesitaba todo. Mis manos viajaron hasta su trasero para alzarla y animar a sus piernas a que rodearan mi cintura. Ellas obedecieron con rapidez, como si recordaran el viejo baile que su dueña y yo compartíamos con regularidad, bueno, quizás no con tanta pasión como en este momento. Puede que nos hubiésemos vuelto algo cómodos, que encontrásemos más agradable realizar estos encuentros carnales en la comodidad de nuestra habitación, con una cama a mano.

Quizás fuese la necesidad, tal vez hubiese despertado una sed olvidada de cuando éramos más jóvenes, el caso es que mi apetito estaba fuera de control. Deseaba poseerla en aquel momento y necesitaba que fuese de forma total y completa. ¿Si poseía su cuerpo, alcanzaría los escurridizos recuerdos de su mente? Era posible, pero en ese momento no tenía mi cabeza centrada en ese detalle. Solo existía ella, solo existía este momento.

Rápidamente busqué un lugar apropiado en el que poder poseerla con la intensidad que mi cuerpo exigía. Vi un destello de la barra de pole dance que ella instaló aquí cuando estaba embarazada; una astuta maniobra para seducirme durante esos meses en los que la trataba con demasiada delicadeza según sus palabras. No, esta vez no podría sostenerla allí, mi cuerpo estaba escaso de energía después de la intensa sesión de entrenamiento al que le había sometido. Opciones, Viktor, piensa.

—Agárrate. —Aferré mejor su cuerpo y me lancé hacia las escaleras. Tendría que recurrir a nuestra habitación, allí tendría una superficie donde depositarla y saciar mi hambre de ella.

Noté como un jadeo nos seguía mientras ascendíamos y al comprobar lo que sospechaba me encontré con el rostro ilusionado de Bonnie. Aquella perra pensaba que mamá y papá iban a jugar, y no se equivocaba, pero esta vez no sería con ella. Piensa, Viktor, piensa.

Mis piernas rugieron por el esfuerzo extra de cargar con el peso de Katia mientras subía cada escalón. Me paré un segundo a respirar en el rellano, notando como el morro de Bonnie se pegaba a mi muslo. Ella quería jugar. Tenía que deshacerme de ella.

—Somos demasiados.

—¿Qué? —La voz aturdida de Katia me decía que había hecho un buen trabajo con mis besos, lo que me hizo gemir por dentro,

deseando volver a ese placentero trabajo.

—Tengo que deshacerme de Bonnie. —La susodicha dio un salto al reconocer su nombre, lo que hizo que Katia mirase por encima de su hombro.

—Ah, vaya. —Deposité el trasero de mi mujer sobre la isleta de la cocina, el lugar donde solíamos desayunar por las mañanas. El granito no era la mejor opción para un trasero caliente, pero estaba a mano.

—Bonnie, aquí. —Señalé su cama a un lado de la cocina, el lugar donde ella dormía.

Rebusqué en la despensa, tratando de localizar aquel hueso de tendón de vaca que le habíamos comprado hacía tiempo. Era mi soborno por tenerla castigada en el castillo de afuera, pero esta vez también podía convertirse en una buena manera de mantenerla ocupada.

—Que aproveche. —Le lancé su jugoso juguete. Ella lo atrapó en el aire y creo que después se lo llevó a su cama para darle un buen repaso.

Y digo creo, porque mi atención ya no estaba en ella, sino en otra hembra mucho más apetecible. Había alimentado a una, pero a Katia me la pensaba comer. ¿Y hablando de comer? Ver a Katia sentada sobre la isleta me dio una mala idea, que secundaron mis temblorosas piernas. No necesitaba subir a Katia a la planta de arriba, podía saborearla a placer allí mismo.

—Ven aquí. —Tiré de ella para pegar mi ingle contra su pubis. Sí, definitivamente tenía la altura perfecta para lo que tenía pensado.

Había un rastro de curiosidad en el rostro de Katia, pero antes de que pudiese llegar a preguntar la besé con ganas. Llevaba tanto tiempo privándome de ello, que ahora que había vuelto a tener mi oportunidad no podía dejar de hacerlo. Quería degustar su sabor, paladearlo, grabarlo en mis papilas gustativas, diseccionar cada matiz, estudiarlo y recrearme con cada detalle.

No tardé en recuperar su pasión, en convertirla en una mujer deseosa de más atenciones. Su respiración se volvió errática, sus caricias ansiosas y sus piernas trataban de aferrarme en un grillete del que no pudiese soltarme. ¿Acaso pensaba que quería huir?

Mi boca comenzó a descender por su cuello mientras mis manos iban levantando su camiseta de dormir. Cuando sus pechos estuvieron a la vista, mi boca dio el salto hacia abajo para atrapar uno de sus pezones. Ella aspiró súbitamente ante mi contacto, para después gemir ante mi cuidadosa caricia. Mi lengua recordaba perfectamente cómo debía proceder.

Después de atender aquel pequeño y pecaminoso botón de carne, normalmente me tomaba mi tiempo para dedicarle la misma dedicación a su hermano, pero esta vez no tenía tanta paciencia, esta

vez estaba demasiado desesperado por conseguir el gran premio.

Besé poco a poco cada palmo de su piel mientras descendía hacia su pubis. Al mismo tiempo que mis dedos iban retirando con delicadeza sus bragas, mis labios y mi lengua jugaban con su carne hasta alcanzar lo que buscaba. Cuando mi boca llegó a su botón de placer, lo succioné con avaricia arrancándole un buen jadeo. Sí, ya era mía. No recuerdo cuantas veces repetí aquella caricia, pero cada vez era más intensa, más demandante. Alcé la vista hacia su cuerpo tendido sobre la blanca superficie, para regodearme en su pecho jadeante. Estaba dónde y cómo la quería.

Me puse en pie, me bajé el elástico del pantalón y saqué mi pene para guiarlo dentro de aquella húmeda abertura que me atraía como el agua a un sediento. De una decidida embestida me adentré en su interior. Me quedé quieto, asimilando dónde acababa de llegar. Estaba dentro de Katia, estaba dentro de mi mujer. Me sentía en el paraíso, me sentía de nuevo en casa.

Eché un último vistazo a su pálido cuerpo antes de trepar sobre uno de los taburetes y colocarme encima de ella. Tenía que sentir su cuerpo debajo del mío, lo necesitaba. Quería su calor envolviéndome en cada embestida, quería alcanzar el orgasmo después de sentir como ella se deshacía en mil pedazos cuando yo la llevara a conseguir el suyo. Katia era de nuevo mía, y nada ni nadie podría arrebatármela de nuevo.

Capítulo 33

Catalina

Colapsé. Mi cuerpo experimentó una intensa sacudida en cada una de sus células, como una convulsión de un único e intenso latido que me arrastró a un estado que no recordaba haber experimentado antes, pero a la vez, era muy familiar. ¿Qué había hecho conmigo este hombre? Vale, la pregunta es estúpida, había sido muy consciente de todo lo que ese diablo había hecho con cada parte de mi cuerpo. Me había derretido con sus besos, me había encendido con aquellas pecaminosas caricias de su experta boca y después me había poseído como si fuese un potro salvaje tomando posesión de una yegua en celo. Si no quedaba embarazada de esta no sabía… ¡oh, mierda! ¿Podía quedarme embarazada? Porque no usó ningún preservativo, y que yo recuerde no he tomado pastilla anticonceptiva alguna. Vaya un momento para pensar en eso.

—Yo… —Lo empujé para poder liberar mi cuerpo y tomar aire, necesitaba…

—Lo siento, te estoy aplastando. —Se deslizó como agua caliente sobre mi piel, dejando que una ola de frío barriese mi cuerpo, como si llorase su pérdida.

Mientras se alejaba, se dedicó a besar todo el camino a su paso, dejando un escalofriante hormigueo tras de sí. Pero no escalofriante de turbador o tétrico, sino por la sensación de súbito frío que experimenté. Tomó mi mano para ayudarme a incorporarme, algo que necesitaba, porque mis brazos no tenían fuerza suficiente para sostenerme. Después aferró mis muslos y me bajó de la encimera como si yo no pesase como un cadáver, y lo digo porque me sentía así, un peso muerto que no colaboraba en absoluto.

Como decía, mi cuerpo no estaba por la labor de moverse mucho, así que el que él me subiera las bragas me pareció no solo un gesto íntimo, sino que lo agradecí por no tener que hacerlo yo.

Una vez con los pies firmes sobre el suelo, me atreví a hacer una pregunta que esperaba que él pudiese responder. ¿No era él el que presumía de averiguar cualquier cosa? Pues esta era una prueba que me diría cuánto de nuestra vida compartíamos. Ya sabía que no todo, Robin me lo dejó claro, pero… ¿hasta dónde llegaba nuestro nivel de intimidad?

—¿Solemos hacer esto muy a menudo? —Cada uno lo ataca por donde puede. Viktor esbozó una pícara sonrisa.

—¿En la cocina? Se podría decir que últimamente nos habíamos vuelto un poco… monótonos. —¿Eso quería decir que el sexo no era

como éste?— Sé lo que estás pensando, y no, el sexo siempre ha sido así, tenemos química, cariño. Lo que pasa es que nos hemos vuelto cómodos y nos gusta tener un colchón en el que retozar cómodamente. —Tomó mi mano para guiarme fuera de la cocina.

—Bueno, es normal, el culo se me ha quedado frío. —Me acaricié la zona para darle más énfasis. ¿El escalofrío vendría de ahí? No creo, tenía mucho más que el trasero sobre el granito cuando estaba debajo de Viktor, y el frío ni lo sentí.

—Lo siento. —Su mano rozó la piel de mi trasero de una forma suave y delicada, pero el calor que sentí no fue precisamente el que transmitía su extremidad, sino más bien por la forma de acariciarme.

—Emmm, ¿sabes si suelo tomar algo para, ya sabes, evitar el embarazo? —Sus ojos se abrieron sorprendidos, pero no esquivó la pregunta.

—Implante subdérmico. —Acarició con su dedo un punto de mi brazo.

—Ah, así que estamos cubiertos. —Eso me tranquilizaba.

—Nuestra actividad es alta, así que preferimos tener cuidado con esas cosas. Decidiste que con dos hijos teníamos más que suficiente. —Su forma de decirlo…

—¿Tu querías más?

—El relevo generacional está cumplido, no necesito más. —Eso me hizo sentir como una yegua de cría—. Tener más hijos o no tener ninguno, me habría dado igual, lo único que he necesitado siempre es que tú estés a mi lado. —Antes de darme cuenta estaba besándome con ternura, un pequeño beso, pero que no interrumpió nuestro paseo hacia la planta superior.

Nos detuvimos y al mirar alrededor me di cuenta de que estábamos frente a la puerta de mi habitación. Viktor me giró hacia él, como si mirarme fijamente en la penumbra fuese parte de su mensaje.

—Si la situación se repite no lo preguntaré, pero como es la primera voy a pedírtelo. —Alzó su mano para tomar mi cabeza en ella, con delicadeza—. Quiero dormir esta noche a tu lado, abrazarme a tu cuerpo hasta que nos atrape el sueño y despertar en la misma posición. —Mis rodillas temblaron ante la imagen que él evocaba. ¿Quería hacerlo?

—De acuerdo. —Me sorprendí a mí misma por la ausencia de deliberación. Viktor me besó de nuevo brevemente en los labios, volvió a tomar mi mano y nos llevó hasta la cama.

No es que las sábanas estuviesen frías, no más de lo normal, pero tener a Viktor a mi lado hacía que mi cuerpo buscara su calorcito. Irónico, ¿verdad? El calor había sido precisamente la causa que me había impedido dormir antes, pero ahora fue precisamente el motivo por el que mis párpados cayeron con rapidez. La mano de Viktor se

apoyó posesiva sobre mi vientre, pero su brazo no era pesado, es más, era perfecto. Todo su cuerpo me acogió con cuidado, como si fuese un huevo que se acomodaba en su nido.

—Te he echado de menos —confesó con un susurro a mi espalda, lo que me hizo sonreír complacida. Puede que no lo recordase, pero me gustaba tener ese dominio sobre él, me hacía sentir poderosa, como el domador que mantiene a raya al león con solo una pequeña vara, obligándole a hacer estúpidos trucos para demostrar que ha domesticado a la fiera.

Viktor

Hacía demasiado tiempo que no me sentía así, completo, en paz, satisfecho. El sueño me atrapó como hacía muchos años que no lo hacía. Sin preocupaciones por lo que ocurrirá mañana, sin pensar en los problemas que seguían acechando fuera. Las cosas estaban mejorando. Podía seguir siendo un recuerdo esquivo en la memoria de Katia, pero su cuerpo me había reconocido y necesitado, y eso para mí era la mitad de todo. Ahora solo necesitaba conquistar su corazón para que el equilibrio en mi mundo volviese a restablecerse.

Odio caminar por el borde del precipicio, y sin ella a mi lado era como si constantemente me empujasen a la orilla para mostrarme lo que hay abajo: una larga y vacía caída hasta la muerte.

Pero ahí estaba ella, podía sentirla bajo mi mano, encajando su cuerpo contra el mío como si fuésemos las dos únicas piezas de nuestro complicado puzle. Ella era la roca sobre la que apoyar mi palanca y mover el mundo, ella me traía el equilibrio que mi posición se empeñaba constantemente en desnivelar.

Con ella todo se compensaba, con ella tenía la fuerza para sonreír cada día. Ella era vida, mi vida. No permitiría jamás que me la arrebatasen, y hablando de eso… Tenía una visita pendiente que hacer. Volver a empezar con Katia me hacía regresar a aquellos primeros tiempos en que necesitaba afianzar mi posición, en demostrar que ella no le pertenecía a ningún otro, sino a mí. Ella había escogido, pero era mi obligación y mi placer afianzar esa decisión.

Puede que sea una decisión adolescente, pero es que ella hace que mi sangre hierva como la de un niñato con demasiadas hormonas. ¿Qué pensaría Igor sobre lo que tenía pensado hacer? Conociéndole como lo hago, seguramente se pondrá a desempolvar esa ropa que guardamos hace tiempo en el fondo del armario. Soy un hombre de negocios, un ejecutivo más o menos agresivo, pero no he olvidado mis orígenes, lo que soy, y no está de más refrescarle la memoria a los demás. Nadie juega con un Vasiliev, y ya es hora de que se lo recuerde a alguno.

Capítulo 34

Viktor

No era un sueño. El calor del cuerpo que abrazaba era real, su tacto, su olor… Todo en ella era inconfundible y no necesitaba abrir los ojos para saber que era Katia la que estaba a mi lado, mi Katia. Todavía tenía su sabor en mi boca, las mieles de su lujuria aún impregnaban mis labios. Pero no había sido suficiente, todavía necesitaba más, tenía muchas noches vacías que recuperar.

Pero no podía pedirle más, no todavía, primero tenía que recuperar su amor y confianza en mí, atraparla poco a poco en mi red hasta que ya no pudiese escapar o, mejor, que no desease hacerlo. Esa era la Katia que quería, la que necesitaba, la que amo, da igual que no me recuerde como antes. Estoy creando nuevas vivencias, nuevos recuerdos que anidarán en su cabeza.

He hecho un buen trabajo todos estos años, porque su cuerpo no tardó en rendirse a mis caricias. Su cuerpo me recordaba, cada parte de ella, incluso su alma, tenían mi impronta. Nada podría borrar lo que habíamos compartido durante todo este tiempo, y eso me tranquilizaba, porque temí que no fuese así. Sí, miedo, tenía miedo a que no pudiese conquistarla de nuevo, a que todo lo que le había entregado se hubiese esfumado. Pero ahora… Tenía fe. Más que eso, sabía que iba a recuperarla completamente. Ella sabía que me pertenecía, de la misma manera que yo soy suyo. Para mí nunca podría existir otra. Podría fingirlo, sí, pero no sería real.

Su cuerpo se movió ligeramente, enviando una señal de alerta al mío. Como esperaba, respondió con rapidez. Estaba listo para otra batalla, listo para llevarla al límite. Pero por esta vez me contendría, porque no quería asustarla. Como dice mi padre, «es mejor afianzar lo que ya has conseguido». Tenía tiempo para extender mi conquista.

Catalina

Inspiré profundamente, como si tratase de llenar mis pulmones con el fresco aire de la mañana. Pero al hacerlo, mi nariz detectó un olor que no estaba allí los días anteriores, y sabía a quién pertenecía, a Viktor. Su aroma era inconfundible, como todo él. No sé a qué olería un guerrero nórdico allá por la época de las conquistas vikingas, pero tenía que ser muy parecido al que inundaba mis fosas nasales en aquel momento. No es que lo identificase con algún olor que conociese, puede que algo parecido a madera o tierra, pero había más, era una extraña mezcla que no podía definirse con algo tangible. Si tuviera que recrearlo usaría seguridad, poder, intensidad, ¡ah!, y un buen

puñado de *sexappeal.* No había querido reconocerlo hasta ahora, pero Viktor era un imán sexual, aunque tuviese la cincuentena. Poseía un aura oscura e indomablemente que prometía pasión y buen sexo, y devoción. ¡Mierda!, estaba perdida. ¿Me estaba enamorando? Ya lo hice una vez, ¿qué había de extraño en que volviese a hacerlo?

Me estiré en la cama para desperezar mi adormecido cuerpo, tratando de no molestar a mi ¿cómo debía llamarlo? Bueno, legalmente seguía siendo mi marido, aunque yo todavía no pudiese asumirlo como tal. ¿Sería mejor llamarlo amante? A fin de cuentas habíamos tenido sexo la noche anterior.

Mis piernas y mi espalda dibujaron sobre el colchón una perfecta línea recta mientras estiraba los brazos al frente. Mis músculos protestaron, pero al mismo tiempo agradecieron la maniobra. No pude contener el pequeño gemido que escapó de mi garganta, lo que provocó la pequeña risa del hombre a mi espalda.

—Buenos días. —Despacio, giré la cabeza a mi espalda, aunque no demasiado.

—¿Te he despertado? —Su nariz ascendió por mi cuello haciéndome cosquillas.

—Cualquier cosa que hagas me pone alerta —bromeó. Al girarme para verlo mejor noté cierto bulto desafiante en su ingle. ¿Esa era la alerta de la que hablaba? ¿Estaba pensando en repetir lo de la noche anterior? Su boca ya estaba descendiendo hacia la mía para reclamar un beso.

—No —le detuve. Sus ojos mostraron un súbito dolor en ellos que necesité erradicar—. Mi aliento es horrible por la mañana. —Nada más asqueroso que el olor mañanero que desprende una boca.

—No me importa. Aunque tampoco voy a obligarte a soportar el mío. —Su cabeza descendió para besar el hombro que escapaba por el cuello de mi camiseta.

No sabía qué hechizo me había lanzado este hombre, pero fue sentir sus labios sobre mi piel y los pezones se me endurecieron, volviéndolos tremendamente sensibles al contacto de la tela sobre ellos. Mis manos picaban por tomar mis pechos y apretarlos para calmar su necesidad de ser atendidos.

—Déjame darte lo que necesitas. —Sus dilatadas pupilas estaban clavadas en las pequeñas protuberancias que sobresalían de mi camiseta. ¿Desearlo? Todas las células de mi ser gritaban por ello, pero…

—No sé si es buena idea. —Alzó su mirada para enfrentar la mía.

—Katia. —Su forma de decir mi nombre era una mezcla entre súplica y promesa, era su manera de decirme que sabía lo que mi cuerpo pedía, que necesitaba tomarme en aquel mismo instante, pero que no lo haría hasta que le diese permiso. Podía notar lo que la

pasión le estaba haciendo a su cuerpo, ese ligero temblor que me dejaba intuir el terrible esfuerzo que estaba haciendo por contenerse. Ese dominio, ese control, me seducían mucho más que las palabras más dulces y acarameladas que pudiese decirme en un momento como este. De los dos, la que estaba perdiendo la batalla era yo.

Podía sentir la tensión de su cuerpo a mi costado, reprimiendo las ganas de tomar una posición más dominante sobre mí, de colocarse entre mis piernas e inmovilizarme hasta que claudicase. Yo nunca he sido de ese tipo de chicas a las que les gusta que un hombre les domine, que hagan lo que quieran con mi cuerpo, de las que no se resisten. Pero maldita fuese la gana que tenía en ese momento de que así fuera, porque sabía que no se trataba de la necesidad de Viktor de saciar sus instintos más básicos, sino de arrancarme la razón a fuerza de despertar cada fibra de mi cuerpo, y así llevarme a un estado de éxtasis demoledor. Viktor no hacía las cosas a medias, con él no eran simples orgasmos, eran experiencias absolutas, intensas, extenuantes a la vez que revitalizantes. Solo había sido una vez, pero sabía que con él nunca me quedaría a medias, lo tendría todo. No había ni una pizca de egoísmo en lo que hizo conmigo. Sí, sació su deseo, pero al mismo tiempo me satisfacía a mí, provocándome un colapso en mis terminaciones nerviosas para llevarme más allá de lo que recordaba haber experimentado nunca.

—Apenas tengo fuerzas. —Acaricié el pelo que se enroscaba detrás de su oreja, tratando de evitar decir más, porque no sabía si era mi fuerza física de la que estaba hablando, o si se trataba de lo que sentía esa parte de mi interior que todavía no había asimilado todo lo que había ocurrido.

Solo una noche, una maldita noche en sus brazos, y ya no podía resistirme a él, a su deseo. Esto no podía ser real, tenía que haber algo malo en todo esto, un hombre nunca debía tener ese tipo de control sobre mí.

—Te prometo que será algo más sosegado que lo de anoche, solo deja que yo me encargue de todo. —Su mano recorrió mi muslo de forma ascendente, para después regresar a mi rodilla y pegarla a su cadera como si ese fuese su sitio.

Podía sentir la humedad en mi entrepierna mientras el calor de mi vagina suplicaba por esa atención que él prometía.

—Eres un diablo —le acusé mientras veía aparecer su sonrisa arrogante.

—Así es, pequeña. Y prometo hacerte arder. —Su intensa mirada prometía mucho más que eso.

—Ya estoy ardiendo. —Mi parte intima se sacudió para darme la razón.

—Esto es solo el principio, pequeña. —Su cuerpo se movió con

rapidez, pero no de forma brusca. Sentí su peso en ese punto entre mis piernas que lo estaba llamando hacía tiempo. Viktor se balanceó sensualmente sobre mí, haciendo que el peso se centrase en aquellos puntos que lo reclamaban.

Y caí. Me rendí a ese hombre, dejé que tomase el control e hiciese conmigo lo que quisiera, porque sabía que no me arrepentiría.

Capítulo 35

Catalina

—Deja de hacer eso. —Dejé de mirar mi taza de café para prestarle toda mi atención a Robin.

—¿El qué? —pregunté inocente.

—Sonreír como una tonta enamorada. —Ella puso los ojos en blanco antes de contestar.

—¿En serio hago eso? —No podía negarlo, tenía esa sonrisa en la cara desde antes de salir de casa. Y era culpa de Viktor.

—Te conozco lo suficiente como para saber a qué se debe. —Su mirada suspicaz no dejaba de acusarme—. Pero no voy a ser yo la que lo diga, porque se supone que ese plato no está en el menú. —Se acercó más—. ¿O sí?

—Pues… —Me mordí el labio inferior indecisa. Se suponía que era mi mejor amiga, y parecía conocerme bien, así que confesé—. Viktor y yo nos hemos duchado juntos esta mañana. —A buen entendedor, pocas palabras bastan, y ella sí que me entendió, me lo confirmó su sonrisa maquiavélica.

—Así que no has podido resistirte a probar a ese ruso.

—¿Qué puedo decir? Seguro que ya contabas con ello. —Le di un sorbo a mi café para que fuese ella la que continuase hablando.

—Está hecho en el mismo horno que mi Andrey, tiene que ser un bocado muy apetecible. —Lo era. Lo sospechaba antes, pero ahora que lo había probado… Uf, era una auténtica *delicatessen*.

—Vale, tú siempre has sabido que acabaríamos enrollados. ¿Tengo que darte un premio o algo así? —Ella sonrió como si hubiese tocado el punto exacto.

—NOS merecemos un premio, aunque tú ya has tenido el tuyo, picarona. —Se puso en pie, como si nuestro café hubiese terminado. Así que apuré lo que quedaba en la taza y la seguí.

—¿Vamos a por ese premio? —Ella miró por encima de su hombro sin perder el paso.

—Ya que has entrado por la puerta grande en la familia, lo que toca ahora es celebrarlo, ¿no crees? —No le seguía el ritmo a esta mujer.

—No entiendo. —En vez de contestarme se llevó el teléfono a la oreja.

—Madame Kikuchi, hoy seremos una más.

No conseguí sonsacarle gran cosa a Robin hasta que llegamos al lugar, algo que me extrañó, porque estábamos tomando el café en el Crystals, donde Viktor tenía su oficina. ¿Qué voy a decir? Cuando

Robin me llamó aún estaba vistiéndome, así que salimos de casa con el tiempo muy ajustado y este era el sitio más práctico para tomar el café. Gracias al que inventó el teléfono, y a que soy la jefa, solo tuve que llamar a Romeo para decirle que esta mañana no iba a ir a trabajar. No tuve que explicar más, si estoy enferma o si el motivo de mi ausencia era otro, no era asunto suyo. Aunque algo me decía que tendría un exhaustivo interrogatorio cuando me encontrase con él.

—Estoy intrigada —confesé. Robin sonrió y acomodó su paso al mío para tomarme del brazo como si fuésemos dos amigas contándose un secreto en voz baja.

—Verás, estamos en la peor zona para aparcar, por eso, el astuto de tu marido, llegó a un trato con Madame Kikuchi. Lo hizo por ti, por su madre y por su hermana, aunque nos aprovechamos todos los demás. —No quise interrumpirla, porque sabía que llegaría a alguna parte—. A cambio de cederle cinco aparcamientos en el estacionamiento del Crystals, ella prestaría sus servicios a la familia.

—¿Qué tipo de servicios? —La verdad, Madame Kikuchi sonaba a proxeneta asiática, ya saben.

—De ese tipo. —Robin señaló con su dedo un local en los bajos del edificio al que nos dirigíamos. Realmente no quedaba muy lejos del centro comercial, solo había que cruzar la calle por la parte de atrás. ¡Porras! Era uno de esos centros asiáticos de masaje. ¿No lo dije? Seguro que era uno de esos sitios en los que te dan un final feliz. Aunque debía de ser de lujo, porque la zona era de las más caras de la ciudad. ¿Cómo sé eso? Pues porque el Crystals sí que lo era, y no daríamos un salto tan grande solo cruzando la calle.

—Ay, madre. —Solté en voz alta sin pensar.

—Te estás confundiendo —dijo Robin con una sonrisa.

La sorpresa que me esperaba allí dentro realmente fue eso, una sorpresa, no solo porque el centro de masaje oriental no estuviese encaminado hacia lo que yo creía, sino que había algunos clientes esperando a entrar que no esperaba encontrarme.

—Vaya, ¿mira a quién tenemos aquí? —La mujer que lo dijo me miraba con unos perspicaces ojos azules, de un color… ¡Oh, mierda! Era familia de Viktor, no podía negarlo.

—¿Puedo preguntar? ¿O mejor todavía no? —La mujer mayor que asomó detrás de la primera, me observaba esperando una respuesta, aunque la pregunta no iba dirigida a mí.

—No ha recordado, Mirna. Pero no creo que ahora quiera irse lejos. —Las cejas de Robin se alzaron sugestivamente un par de veces, incluso yo sabía lo que significaba, por eso me puse roja como un tomate. No conocía a la gente que acababa de decirle el grado de intimidad que Viktor y yo habíamos alcanzado.

—Mi hermano no ha perdido el tiempo —dijo la mujer más joven.

—He pensado, que ya que ha metido un pie en la familia de nuevo, no estaría mal que metiese el otro.

—Y te has asegurado de que la experiencia sea agradable, muy lista, cuñada. —La mujer joven le guiñó un ojo a Robin y, girándose hacia mí, añadió—: Soy Lena, la hermana mayor de Viktor, por lo tanto, tu cuñada. —Me estrujó en un abrazo sorprendentemente fuerte —. Y esta adorable mujer es mi madre, tu suegra, Mirna. —Me sentí liberada unos instantes, para luego ser engullida por el acogedor abrazo de la mujer mayor, mi suegra.

—Bienvenida a la familia. —Sentí que sus palabras eran auténticas. ¡Claro!, es que lo eran, soy su nuera. Pero, no sé, era como si realmente se alegrase de tenerme de vuelta.

—Madame Vasiliev, la cabina está preparada. —Nos interrumpió una diminuta mujer ataviada con un sencillo quimono.

—Estupendo, hora de lo bueno —dijo Lena antes de aferrarme del brazo y llevarme por el pasillo hacia las cabinas—. Tú te vienes conmigo. —Noté en su voz una necesidad imperiosa de llevarme a su terreno, a un lugar donde pudiese interrogarme a gusto. ¡Porras! Era la hermana de Viktor y le habían dicho que me había acostado con él, seguro que venía un interrogatorio en plan hermana mayor. ¿Ocurriría eso la primera vez que sucedió? Seguramente—. Tranquila, no voy a torturarte. —¿Me había leído la mente? ¡Mierda!, ¿todos en esta familia eran capaces de leer lo que tenía en la cabeza? Eso daba miedo. Sacudí la cabeza intentando alejar esa idea, seguro que simplemente era porque me conocía de antes y podía intuir lo que pensaba, solo eso. Era como yo con mamá, sabía lo que pensaba sin necesidad de que me lo dijese en voz alta, podía intuirlo por sus expresiones faciales.

Quince minutos después estábamos ambas en una habitación con dos futones, vestidas con una fina camisola y un pantalón bastante cómodo.

—Shiatsu —dijo Lena. Aquello explicaba mucho.

—Ah.

—Ve tumbándote, no tardará. —Obedecí mansamente. Desde que entramos en la sala no me había acosado con ninguna pregunta, y la estaba esperando.

—¿No vas a preguntarme nada? —Lena se había tumbado a mi lado y cerrado los ojos, que ni siquiera abrió para contestarme.

—Puedo imaginarme todo lo que ha ocurrido entre vosotros, y sé que tienes buenas intenciones con mi hermano. Como también sé que no le harías daño y que eres buena para él. Todo este tiempo le has hecho muy feliz, nos has demostrado a todos que eres la mujer perfecta para estar a su lado. —Me chocaban aquellas palabras, normalmente serían las que un hermano le diría al chico que pretende

a su hermana, no al revés.

—Supongo que tienes razón. —Cerré los ojos y me acomodé mejor en el futón.

—Aunque lo veas fuerte y duro por fuera, Viktor tiene un corazón más vulnerable de lo que imaginas. Saber que está en tus manos nos tranquiliza a todos. Lo ha estado pasando realmente mal desde que tuviste el accidente. Si llega a perderte… —No dijo nada durante unos largos segundos, creo que incluso escuché un leve suspiro—. Pero ahora que has regresado con él todo va a ir bien, lo sé.

—No voy a hacerle daño. —No podría, porque ahora sabía que había alcanzado esa parte de él que podría destruirle.

—No, no lo harás. Porque si eso ocurre desmembraré tu cuerpo y lo arrojaré a los coyotes para que lo devoren, y no esperaré a que estés muerta para hacerlo. —No tenía que haber mirado, pero lo hice. Sus ojos de hielo me observaban con intensidad, como si afianzaran cada una de las palabras de esa amenaza. Debería de haber sentido miedo, pero no lo hice, porque sabía que eso jamás ocurriría.

Capítulo 36

Viktor

Las cámaras de seguridad me mostraban a Katia y Robin dirigiéndose al centro de masaje de Madame Kikuchi. Nunca un trato me había proporcionado tanta satisfacción. No es que yo hubiese probado en persona los beneficios del Shiatsu, pero saber que varios miembros de la familia, entre ellos mi Katia, lo encontraban agradable, era suficiente recompensa.

—Todo listo, jefe. —Igor estaba en el umbral de la puerta esperando. Ya estaba vestido para nuestra representación, era la hora de entrar en escena.

—¿El equipo de Katia está desplegado? —Aunque ella no pudiese verlos, tenía un grupo de seguridad siguiendo cada uno de sus pasos. Para que ella disfrutase de su experiencia, yo necesitaba estar tranquilo también.

—Tienes a media plantilla en ese edificio, está más segura que el presidente del país. —Eso significaba que había más de una mujer de la familia allí. Eso era bueno, había llegado el momento de ampliar su círculo de familiares.

—Entonces vámonos. —La sonrisa de Igor se ensanchó.

—Rock and roll. —No era el único que se sentía rejuvenecido con todo esto.

—¿Lo echabas de menos? —pregunté mientras pasaba a su lado.

—¿A quién no le gusta jugar de vez en cuando? —Comparado con nuestro día a día, sí que era un juego, aunque para mí era un tema muy serio. Se trataba de Katia, y yo no bromeo cuando el asunto le implica a ella.

Media hora más tarde estaba entrando en aquel gimnasio con Igor a mi lado. Busqué con la mirada al gilipollas que era mi objetivo, y me lo encontré babeando encima de una chica con ropa muy ajustada a la que le hacía falta un poco de carne para igualar la cantidad de silicona que rellenaba su escote. Lo siento, no puedo ser imparcial, una vez que has probado lo auténtico, no se puede hacer otra cosa que despreciar lo artificial. Casi podía imaginármela cuando tuviese la edad de mi Katia, y no, la comparación no le beneficiaba.

Me regodeé por dentro cuando vi la cara del cretino al darse cuenta de quién era yo. Advertí como daba una mirada a su alrededor buscando refuerzos y los encontró en otro de los monitores. Astutamente se dirigieron hacia uno de los laterales, donde no solo estaríamos un poco aislados del resto, sino que tendrían a mano algún que otro objeto para utilizar si la cosa se ponía fea. ¿Se creían que una

mancuerna me amedrantaría? He peleado con tipos más duros y armados con cosas mucho más peligrosas.

—No sé qué has venido a buscar aquí, pero no quiero problemas. —Sonreí, al menos el tipo no era tonto.

—Solo he venido a dejarte un par de cosas claras —le dije.

—Que no me acerque a tu chica, eso ya me quedó claro.

—Bien. Porque no me apetecía nada repetirlo. —Empecé a girarme hacia la salida, sabedor de que él no dejaría esto así. Estaba en su terreno, tenía apoyos, y nosotros solo éramos dos viejos a su lado. El gallo de este corral no dejaría pasar esta oportunidad.

—¿Por eso has venido hasta aquí, viejo? ¿Porque tienes miedo de que te levante a tu mujer? —Encaré de nuevo hacia él.

—No tienes ninguna oportunidad, niñato. Ella jamás me cambiaría por un mequetrefe inmaduro y hormonado como tú.

—Te sientes amenazado, eso es lo que pasa. —Se cruzó de brazos al tiempo que sonreía.

—¿Eso crees? —Metí las manos en los bolsillos para dejarle claro que no me estaba intimidado con su pose de gallito prepotente.

—Mírate, tu momento pasó hace 20 años. Esa ricachona es tu última oportunidad. Si ella pasa de ti tendrás que volver a buscarte la vida, dejarás de ser un marido florero, un mantenido. Yo en tu caso haría todo lo posible para que otro perro más joven no me robe la chuleta. Y lo entiendo, pero eso no quiere decir que me des lástima. —Este tipo era tonto, pero de remate.

—Te estás equivocando, niñato.

—No creo. Estás tan desesperado que incluso te has traído a un colega para pararme los pies, porque me tienes miedo. ¿Cuánto te paga? —le preguntó a Igor a mi izquierda.

—¿Por partirte la cara? —Igor se estaba divirtiendo con todo esto, le estaba siguiendo la corriente a ese idiota.

—Yo puedo darte el doble. —Dudo que este idiota, con su mierda de sueldo, pudiese pagar una mensualidad a Igor, ni siquiera la mitad.

—Ahora que te conozco lo haré gratis. —Eso hizo que el idiota cambiase de expresión. Aunque no se amilanó—. ¿Puedo? —me preguntó mi amigo.

—No, estás aquí para lo contrario, ¿recuerdas? —Igor puso cara de niño triste. Estaba disfrutando como un cachorro con una pelota nueva.

—Así que te has traído un guardaespaldas. Tienes miedo de que la paliza te la dé yo. —Este tipo se cayó de las manos de la comadrona cuando nació y se golpeó la cabeza, no había otra explicación para que fuese tan tonto. Bueno, sí, toda esa porquería que se había metido para ganar músculo se le había subido al cerebro.

—¿Me ganarías en una pelea? —Recé para que cayese en la trampa

que acababa de tenderle. Este no era el plan, pero me adapto con rapidez.

—Si es limpia, no te quepa duda, viejo. —Mis puños se cerraron en anticipación, ¿marcarle esa cara de niño bonito? Oh, sí, por favor.

—¿Qué entiendes por limpia? —El idiota miró a su alrededor, buscando lo que necesitaba.

—Ahí tenemos equipo y un espacio privado. Un asalto, sin tiempo, hasta que uno de los dos se rinda. —Esperé a que dijese eso de «a primera sangre», pero no lo hizo. El que no fuese muy listo iba a venirme bien después de todo—. ¿Conoces la señal? —Se llevó la palma al brazo y golpeó tres veces. Asentí hacia él. —Entonces sígueme.

Hice un calentamiento rápido, algo que le dio risa al niñato. Ya, él podía llevar un buen rato subiendo y bajando pesas, pero yo acababa de llegar. Puedo machacarlo y ser más rápido, pero ya tengo una edad en que los músculos se ponen tontos y protestar si no se les prepara con cuidado. La edad no perdona, y tampoco soy un tonto, un tirón o un calambre puede cambiar el resultado de una pelea.

Me descalcé, me quité la chaqueta y me preparé para destrozarle la cara a ese cretino. El muy imbécil me observaba divertido. Él y su ropa y zapatillas deportivas de diseño; como si las marcas fuesen decisivas en una pelea.

Sabía que se iba a reunir un grupo de gente del gimnasio para ver la pelea, que algún teléfono lo grabaría y si Boby no estaba rápido, ese vídeo estaría en la red en menos de un parpadeo. Pero sería efímero. No quería darles a las autoridades una excusa para interrogarme.

Como es habitual en cualquier pelea, nos tanteamos durante un par de minutos antes de atacar. Mi cabeza estaba centrada en él, en sus movimientos, en su ritmo, pero sobre todo en sus ojos. Muchas veces se puede ver el movimiento de un púgil en su expresión. Ese momento en que aprieta los dientes para tomar fuerza antes de lanzar un gancho, la forma en que su pie se retrasa para afianzarse mejor… Este idiota era un libro abierto y antes de llegar al final del primer párrafo estaría tumbado en el suelo pidiendo clemencia. ¿He dicho que me siento orgulloso de haber aprendido todo esto en las calles? Hay cosas que no se aprenden en un cuadrilátero.

La acción fue rápida, directa y para ese idiota bastante dolorosa. No quiso rendirse la primera vez que lo tumbé al suelo con un derechazo directo a su cara bonita. Supongo que su orgullo le impidió ver que tenía todas las de perder. Pero la tercera vez, cuando pensó que arrastrándome al suelo podría mejorar su resultado, lo aprisioné con una llave decisiva. Los tres golpes llegaron, pero quizás me demoré un poco en soltarlo. Solo un poco.

Ver el morado en su pómulo y el hilillo de sangre brotando de su

nariz no fue lo suficientemente placentero como verle la expresión cuando le dije mi nombre.

—Si piensas que puedes demandarme por esto he de advertirte que es mejor que no lo hagas. Primero porque hay suficientes testigos de que esto fue algo consentido por ambas partes. Y segundo, disfrutaré mucho más cuando mi abogado te destroce. Aunque pensándolo bien, sí, por favor, hazlo. Mi hermano está últimamente un poco aburrido. —Saqué una tarjeta de mi cartera y se la lancé, pero fue su amigo el que la atrapó. Normal, ese idiota ya no tenía fuerzas para mucho, y puede que su ojo derecho no estuviese en perfectas condiciones para ver el objeto que le lancé al regazo.

—Voy a… —Trató de levantarse, pero su amigo estuvo rápido asiéndole por el hombro.

—Déjalo, es un Vasiliev. —Ese golpe me supo dulce, el momento en que entendió que se había equivocado conmigo y que podía hacerle mucho más daño del que había recibido hasta el momento. Hay ocasiones como esta en que ser yo sienta jodidamente bien.

Capítulo 37

Catalina

En una vida anterior debí ser gato, porque no era normal que llevase casi toda la sesión de Shiatsu ronroneando como una boba. Esto era el paraíso, al menos a nivel de articulaciones y músculos. Amo los masajes, sean del tipo que sean, y este podía convertirse en mi favorito, al menos para recibirlo. Una puede volverse adicta a estas cosas con demasiada facilidad, aunque tenga que compartir habitación con la hermana homicida de su marido. ¿Qué esperaba? Esta mujer era igual de intensa que su hermano, aunque tampoco me desagradaba del todo. Digamos que tenía su puntito sádico, y me gustaba. Pensándolo bien, si yo tuviese un hermano y alguien tratase de hacerle daño yo haría lo mismo.

—No quiero irme. —Fue lo primero que dije cuando mi masajista se retiró.

—Hasta el mes que viene no nos toca la siguiente, así que tendrás que aprender a vivir con eso. —¿Lena se estaba riendo de mí? Totalmente.

—No es justo. —Me bajé de la camilla haciendo pucheros como una niña pequeña.

—No puedes tenerlo todo. —Lena estaba a punto de soltar una carcajada.

—¿Por qué no? —Lena puso cara de estar pensándoselo.

—Pues, ¿sabes que tienes razón? Si nos apetece, ¿por qué no hacerlo? Nos lo podemos permitir y nos gusta, ¿cuál es el problema? Ah, sí —chascó los dedos—, tú tienes un negocio que atender. Pero da la casualidad de que yo sí que tengo tiempo, así que… Madame Kikuchi —salió al pasillo llamando a la mujer en voz alta—, ¿podría reservarme una sesión para la semana que viene? Voy a comprar un bono. —Escucharla me hizo reír. Cuando tuviese su edad me gustaría ser como ella, decidida, arrolladora y… ¡Porras!, no estaba demasiado lejos de tener sus años. ¿Por qué no hacía lo mismo? Tendría que repasar con Romeo cómo estaban mis cuentas, porque una sesión de Shiatsu cada quince días era invertir en mi salud.

No sé si fue algún tipo de conexión mística, pero el caso es que mientras me estaba cambiando de ropa recibí una llamada suya. ¿Se le habrían puesto las orejas rojas?

—Hola, Romeo —saludé jovial.

—Tenemos un problema, jefa. Tiene que venir al centro. —¿Al centro de fisioterapia?

—¿Qué ha ocurrido? —mi voz salió más seria y preocupada esta

vez.

—La Indiba ha hecho una especie de cortocircuito y ha herido a Rowling. Le estoy llevando hacia el hospital en este momento, pero el centro se queda sin dos fisioterapeutas. Le he dicho a García que anule las citas de ambos para hoy, pero algo tendremos que hacer con los pacientes que están allí. —Mientras escuchaba con el aparato sujeto entre mi oído y mi hombro, iba recogiendo mi bolso y depositando la ropa sucia en el cesto.

—No te preocupes, yo me encargo. Estaré allí en unos minutos.

—Gracias, jefa. —Era mi negocio, mi responsabilidad, no tenía que agradecerme nada.

—Tu mantenme informada de cómo va la lesión.

—Lo haré, jefa.

Colgué con la resolución de salir como un cohete hacia mi centro de fisioterapia y tomar las riendas de ese caballo desbocado antes de que saliese perjudicado algún paciente. No era cuestión de imagen, sino de atender a las personas que habían ido para que las ayudásemos con su recuperación.

—¿Ocurre algo? —preguntó Robin nada más verme.

—Uno de los aparatos del centro ha herido a uno de mis empleados, tengo que ir para allá rápidamente.

—Koppel —llamó la abuela Mirna a su espalda.

—Sí, señora —respondió un hombre que no sé de dónde salió.

—Que un coche espere abajo a Katia para llevarla al Physical Recovery Center KV. —Casi me sonó extraño escuchar el nombre comercial de mi negocio, pero es que era ese. Lo sé, no le di muchas vueltas, centro de recuperación física de Katia Vasiliev. Según Viktor abrevié mi nombre para que la gente no asociara mi apellido con el negocio. Quería prosperar por mí misma, por mi trabajo, no por estar a la sombra de su familia. Y estoy segura de que fue así, porque eso es muy «yo».

—Gracias. —Mirna asintió con severidad.

—La obligación está primero. Ocúpate de que el herido sea bien atendido. —Aferré su arrugada mano para agradecerle.

—Ya están en ello. —Besé su mejilla y me lancé hacia la salida, seguida por el tal Koppel.

Nada más pisar la calle encontré a Ben esperando junto a mi coche. Esto sí que era eficiencia. Abrí mi puerta, me senté y me até el cinturón antes de que la vocecilla del coche me recordase que tenía que hacerlo. Las ruedas no tardaron en girar, dejando a Koppel parado en la acera hablando con alguien que no podía ver. Seguramente estaría comunicando que el paquete estaba en marcha. He visto demasiadas películas de espías y esas cosas.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —Ben sonrió por mi pregunta.

—Mi trabajo es estar cerca por si me necesita.
—Ya, pero… —Di un rápido vistazo al coche.
—El suyo también. —Vale, no necesitaba preguntar más, los dos eran mi equipo particular.
No sé si sería el masaje que acababa de recibir, o la adrenalina que habría inundado mi torrente sanguíneo, el caso es que entré en el centro como un torbellino, dispuesta a no dejar nada sin darle la vuelta.

Viktor

Una alerta naranja empezó a brillar en mi teléfono. Sabía que era uno de esos avisos que la inteligencia artificial de nuestro sistema de rastreo había enviado. Nada más abrirlo vi el nombre del centro de Katia, lo que me puso nervioso. Al seguir el enlace del aviso encontré un pequeño informe detallando lo que había sucedido: uno de sus empleados acababa de ser admitido en las urgencias del hospital Altare.
Mi primera reacción fue llamar a Katia. Con todo el asunto de la Reina Roja tan reciente me había vuelto un poco paranoico, o puede que el miedo a que volviese a ocurrirle algo a Katia me tenía con los nervios a flor de piel.
—Ahora estoy un poco liada. —Escuchar su voz me tranquilizó, ella estaba bien.
—Me he enterado de que uno de tus empleados está en urgencias. —En otra ocasión habría tenido más cuidado con la información que disponía, pero me preocupaba más cómo se encontraba Katia y si me necesitaba.
—Uno de los equipos sufrió un cortocircuito y le quemó. Estoy reorganizando las citas y haciéndome cargo de algunas terapias que no se pueden aplazar. Ahora no tengo tiempo de charlar. —¡Diablos!, esta era la Katia temperamental y autoritaria que echaba de menos. Cuando se ponía en plan «soy la que manda» me daban ganas de encerrarnos en algún lugar privado. Aunque sabía que eso ella no lo permitiría, y eso me encendía todavía más.
—Entonces no te molesto. Llámame si necesitas algo.
—Nos vemos. Un beso. —Y colgó. ¿Se habría dado cuenta de que esa era su forma de despedirse de mí antes del accidente? La Katia que no me recordaba estaba allí, agazapada, lista para salir cuando era necesario. La estaba recuperando, pedazo a pedazo.
—Igor, nos vamos al Celebrity. Quiero pasarme por las cocinas. —Él se volvió para mostrarme su sonrisa.
—¿A celebrar la victoria? —El muy pillín sabía que todo el asunto del pretendiente de Katia me había vigorizado. No había tenido

suficiente con haberlo humillado, necesitaba algo más para liberar toda la energía que me quedaba dentro, y un encuentro con mi mujer podía ser lo que necesitaba para rematar mi perfecto día. ¿Sexo con Katia en su oficina? Sí, como en los viejos tiempos. Pero quizás fuese mejor llegar con un delicioso tentempié para cuando ella tuviese un pequeño respiro, ganando así unos cuantos puntos por ser el perfecto marido, considerado y servicial. Y luego, cuando regresase a casa con el buen sabor de boca de haber cumplido con todas sus obligaciones, ahí estaría yo, listo para rematar el día con una buena noche de sexo. Amo mi vida, amo ser yo, amo todo lo que tengo con ella. Mi Katia.

Capítulo 38

Catalina

Al principio fui con un poco de miedo, pero no sé quién dijo que a situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Así que me encargué de tratar a los clientes que quedaron desatendidos y reorganicé las citas de ese día con los empleados que me quedaban, consiguiendo que apenas fuésemos con media hora de retraso.

El problema vendría después, cuando tuviésemos que afrontar las citas pospuestas. Ya había sopesado la idea de contratar a alguien más, no solo porque mi ausencia después del accidente habría creado una sobrecarga para los demás, sino porque quería tomarme más tiempo libre para disfrutar de la vida. No todo tenía que ser trabajar.

Vale, se veía que me gustaba mi trabajo, que disfrutaba con él, pero no tenía que dejar de lado las otras cosas que al parecer también me hacían feliz. Tengo un negocio que va bien, el accidente me demostró que podía funcionar sin mi constante presencia y supervisión. ¿Por qué no aprender de eso? Podía tenerlo todo. Más tiempo para relajarme, más tiempo para conocer a la familia, más tiempo para mi matrimonio. El tiempo que pasaba con Viktor era como un segundo noviazgo, no solo lo estaba conociendo, sino que estaba descubriendo que me gustaba lo que había entre nosotros.

Había sido un detalle que apareciese por el centro con comida para todos nosotros, preguntando si podía ayudar, conformándose con un besito rápido como premio. Con lo demandante que debía de ser su trabajo como CEO de la compañía, él siempre encontraba tiempo para mí, para preocuparse de todo lo que exigía mi atención.

—No me habéis dejado nada. —La voz de Romeo llegó lastimosa desde la puerta de mi despacho y mirando hacia la papelera, donde quedaban los restos de los envases de la comida.

—¿Qué tal está Rowling? —le pregunté.

—Lo he dejado en su casa, con analgésicos, pomadas para la quemadura y con unos días libres para que se recupere.

—Perfecto. —Puse sobre la mesa un recipiente de comida que había guardado pensando en él. Que ya estuviese frío seguro que no le importaba a Romeo.

—Fideos con ternera. ¿Te he dicho que te quiero? —Se sentó en la silla frente a mí para atacar el contenido del paquete.

—Será porque hay comida de por medio —le recordé.

—He visto que tienes todo controlado por aquí. —Hizo un círculo en el aire con los palillos de bambú que tenía en la mano derecha.

—Ha costado, pero hemos conseguido mantener a flote el barco.

—Esa es mi Katia —dijo antes de sorber un fideo con ruido. Aquella frase me sonaba tanto…

—Tenemos que contratar a alguien más. Hay que hacer frente a la falta de Rowling, la sobrecarga por mi ausencia…

—Puede que te lo haya escuchado antes —me aseguró. ¿Había comentado ese asunto con él antes del accidente?

—Ya, pero ahora voy a hacerlo, y creo que he encontrado a la persona perfecta. —Ver como se detenían los fideos de camino a su boca me dijo que lo había sorprendido.

—¿Sí? —dijo mientras devolvía los fideos al paquete. Estaba claro que iba a prestarme toda su atención.

—Uno de los alumnos de mi curso. —Romeo dejó el recipiente sobre la mesa.

—Un principiante no es precisamente lo que necesitamos. El centro tiene un alto nivel de profesionalidad, no puedo ponerle un tutor para supervisar su trabajo. —Le entendía.

—No es un principiante, Romeo. Es el que tú pensabas que trataba de sacarse el título para poder trabajar en el país de fisioterapeuta. Hay algo en su forma de trabajar que me recuerda a los fisios deportivos. —¿Cómo explicarle que había visto que arreglaba el tobillo de uno de sus pacientes? Había repasado yo misma esa articulación y no podía sino admirar su buen hacer.

—Aquí todos nos especializamos en lesiones deportivas, es de donde vienen nuestros mayores ingresos. —Pero lo de este hombre me parecía mucho más agresivo, más…

—Ya, por eso creo que encajaría muy bien aquí. Quiero hacerle una prueba el sábado, y si todo va como espero, que empiece a trabajar el lunes. —Romeo enderezó su postura.

—Vaya, sí que vas rápido.

—Lo necesitamos. —Romeo sopesó todo mientras asentía con la cabeza.

—Me parece bien. Pero quiero comprobarlo por mí mismo. —Alcé una ceja inquisitiva hacia él.

—¿No te fías del criterio de tu jefa? —Tenía que recordarle que este era MI negocio y que era YO quien decidía.

—De Katia no me atrevería, pero de ti… Todavía no estás al 100 %. —Eso me cabreó.

—De acuerdo, entonces prepararé una cita con él para mañana por la mañana. Vas a valorar su trabajo tú mismo, y después espero tus disculpas. —No había en mi tono una sola pizca de broma, dejándole claro que se había pasado con su trato. Podemos ser amigos, colegas, pero seguía siendo su jefa, y eso exige un respeto.

—Jefa, yo…

—Tienes un paciente en diez minutos —dije mirando el reloj—. Yo

voy a concertar esa cita. —Me puse en pie y caminé hacia la puerta de mi despacho—. Será mejor que comas rápido. —dije señalando el envase de comida.

Era tarde, por la emergencia en el centro, tuve que saltarme parte de mi clase de fisioterapia, pero todavía podía llegar a tiempo para alcanzar a Vanja antes de que se fuera y hacerle la oferta.

Ben estaba sentado en la sala de espera a la entrada del centro. En cuanto me vio aparecer se puso en pie. No preguntó nada, ni siquiera comentó que llegábamos tarde para mi última clase. En ese momento apreciaba su prudencia. Ya en el coche le indiqué el lugar al que íbamos. Tampoco entonces comentó algo sobre mi tardanza. Él sí que sabía cómo tratarme, que era lo suficiente consciente de la hora y que pese a todo tomaba mis propias decisiones.

Entró detrás de mí a la sala, aunque manteniéndose a un par de pasos detrás de mí. Mientras avanzaba rápido pude ver mi reflejo en la brillante superficie de una puerta de cristal. ¡Porras!, seguramente no me había dicho nada porque tenía cara de matar al primero que me llevase la contraria. Intenté tranquilizarme y recordar que la persona que me había irritado estaba lejos y ya había recibido su reprimenda.

—Lo siento, pero no puede entrar. —Un hombre me cortó el paso.

—Soy alumna del curso.

—¿Su identificación? —Me quedé congelada. Había salido tan rápido y de tan mal humor, que me había dejado el bolso en mi oficina y en él estaba mi identificación.

—Eh… me la he dejado. Podría mirar mi nombre en la lista, o preguntar al profesor. —Aunque no me tragase al menos me dejaría entrar.

—La encargada de los alumnos ahora no está aquí y no se puede interrumpir la clase cuando están en las prácticas. —Conocía las reglas, pero eso no quería decir que me gustasen.

—Seguro que puede hacer una excepción, la señora Va… —No dejé continuar a Ben, no quería utilizar mi apellido para saltarme las normas. No me gustaba cuando lo hacían otras personas, así que no sería una hipócrita.

—No pasa nada. ¿Podría dejar un recado para uno de los alumnos? —El hombre lo meditó.

—Supongo que sí. —Busqué a mi alrededor, hasta que localicé una mesa con algunos trípticos y panfletos publicitarios. Cogí uno y por la parte en blanco anoté con un bolígrafo que me tendió Ben: «Para Vanja Dziuba. Pásate mañana a las 10 AM por Physical Recovery Center KV, tienen una vacante para masajista que te puede interesar. Cat».

—Es para Vanja, un hombre de unos cuarenta y pico con marcado acento extranjero. —Le tendí la nota.

—Vale. —No lo dijo muy convencido, así que saqué esa nueva faceta mía de jefa mandona y dura y le di un pequeño empujoncito mental.

—Espero que la nota llegue a su destinatario, porque si no es así ya sé a quién culpar y volveré a pedirte explicaciones. —Puede que no se me diese tan bien la intimidación como a Viktor, pero traté de decirle con la mirada que no le iba a gustar la manera en que le haría pagar por ese fallo. Ver cómo le cambió la cara fue suficiente para mí, el pobre no sabía dónde mirar. O quizás… Miré hacia atrás para ver a Ben a mi lado. Oh, sí, esa mirada era mucho mejor que la mía, esa mirada prometía dolor. En fin, no me importaba delegar ese tipo de cosas si conseguía mi propósito.

Capítulo 39

Catalina

Definitivamente necesitaba trabajar menos. Y no lo digo porque me molestase ir al centro un sábado por la mañana, sino porque me estaba costando mantener la boca cerrada, no dejaba de bostezar.

—¿Mala noche? —preguntó Ben a mi lado mientras subíamos en el ascensor.

—Más o menos. —No iba a decirle que mi falta de horas de sueño era por culpa de las demandas de mi marido, porque… Vale, la que empezó todo había sido yo. Pero en mi defensa diré que me sentía egoísta, lo quería todo y ya había empezado el día siendo una jefa mala, luego una estudiante mala, tenía que acabar siendo una esposa mala, muy mala. Viktor no se quejó, todo lo contrario, parecía encantado de que yo tomase el control esa noche. Pero el motivo por el que arrastraba sueño esta mañana era porque mi marido es de ese tipo de hombres a los que les gusta tener la última palabra, ser quienes cierran el trato. En otras palabras, que nos pasamos parte de la noche y parte de la mañana retozando en la cama. Dormir, lo que se dice dormir, dormimos poco.

Lo que me tenía asombrada era la resistencia de mi marido, maratoniana. Echaos a un lado Giacomo Casanova y Luis XIV, hay un nuevo número uno. No es que haya tenido muchos amantes, pero… ¿Cuántas mujeres pueden decir que sus parejas las dejan agotadas, satisfechas y con una sonrisa estúpida en la cara con tanta frecuencia? Pues eso.

—Buenos días, jefa. —Romeo saludó nada más verme. No estaba tan jovial como otras veces y eso me dolió. Tenía que arreglar eso de alguna manera.

—Hola, Romeo. Siento si fui demasiado brusca contigo ayer. —Él pareció pensarlo en silencio, aunque finalmente soltó un suspiro y bajó la cabeza.

—Perdóname tú a mí, la empresa es tuya, no debí cuestionar tus decisiones. —Al final entendió.

—¿Qué te parece si pasamos página y te invito a un café mientras esperamos? —Los sábados no teníamos pacientes, salvo alguna excepción. Por eso cité a Vanja este día.

—Tu nuevo fichaje hace rato que ha venido. —Miré mi reloj para comprobar la hora, faltaban quince minutos para la hora a la que le había convocado.

—Vaya, sí que tiene ganas de trabajar. —Uno no sabe lo desesperada que está la gente por conseguir un puesto de trabajo—.

Tendremos que dejar ese café para después.

—Lo pasé a la sala de reuniones. —No es que la utilizáramos mucho, pero todas las empresas tenían una.

—De acuerdo, pues vamos allá, a ver qué te parece. Yo ya sé cómo trabaja, ahora solo falta convencerte a ti. ¿Te atreves a hacerle la entrevista? —Romeo abrió los ojos, sorprendido.

—¿Yo?

—Pues claro que tú. —Tardó muy poco en recuperar su habitual sonrisa traviesa.

—Voy a destriparle. —Puse los ojos en blanco al oír ese comentario.

—No seas malo, es un pobre inmigrante que busca una oportunidad. —La expresión de Romeo cambió.

—No me pareció extranjero. —Con ese comentario la confundida era yo.

—Pues tiene una particular forma de expresarse que denota la poca costumbre de hablar nuestro idioma.

—No he notado nada. —Nos detuvimos antes de entrar a la sala.

—¿Y su acento? ¿Y su forma de conjugar los verbos? —Romeo alzó su índice para detenerme.

—Espera, me parece que estamos hablando de personas distintas. —Eso me hizo sentir curiosidad.

¿Quién demonios se había presentado a la entrevista? Porque no parecía Vanja. ¿Sería que me nos había tomado el pelo todo este tiempo? Tenía que salir de dudas. Estiré el cuello para poder echar un vistazo al interior de la sala, sin perder la protección que me daba el cristal esmerilado que nos separaba. Cuando lo vi, decir que estaba sorprendida no era suficiente para explicar cómo me sentía.

—Ese no es Vanja —susurré a Romeo.

—¿No? Pues se presentó esta mañana con su currículo diciendo que sabía que buscábamos personal. —Romeo reculó un paso cuando me vio la cara, pues eso no era nada comparado con la tensión de mis manos, las tenía en un puño por las ganas que tenía de estrangular a alguien.

Había muchas maneras por las que ese idiota podía haberse enterado de que íbamos a contratar a un fisioterapeuta, pero solo se me ocurría una, y es que hubiese metido las narices y curioseado la nota que deje a Vanja. Eso podía no sorprenderme, pero tener la desfachatez de presentarse aquí antes que él para quitarle el puesto, eso era ruin. Jamás contrataría a una persona con tan poca ética. Si hubiera tenido la decencia de presentarse con él le habría exculpado un poco, pero esto… Y sí, estoy hablando de mi profesor del cursillo. Podría estar desesperado por trabajar, y mucho más aquí, pero eso no le daba permiso para pisar a otra persona.

—¿Quieres que me deshaga de él? —A veces estaba bien esto de ser tan transparente. Pero no quería eso, prefería mil veces hacerle pagar por todo su desdén, por su mal trato conmigo y con Vanja. Así que respiré profundamente y me serené.

—No antes de que le destroce. —Romeo frunció las cejas.

—¿Lo conoces?

—¿Te acuerdas de lo que te comenté sobre mi profesor? —Romeo asintió—. Pues es él. —Poco a poco apareció una expresión diabólica en su rostro.

—Esto va a ser divertido. ¿Puedo hacerlo yo? Quiero jugar un poquito con él. —Es lo que tenemos quienes hemos sido humillados por alguien prepotente en algún momento de nuestras vidas, que no despreciábamos la oportunidad de tomarnos la revancha. Venganza, qué bien suena.

—Sé malo —le pedí mientras imitaba su sonrisa infernal. Romeo fingió sentir un escalofrío por todo su cuerpo.

Seguí a Romeo a la sala. No me pasó inadvertida la mirada que me lanzó mi exprofesor. ¿Confundido?, ¿o quizás contrariado?

—Bien, ahora que estamos todos, podemos empezar. —Romeo señaló con la mano una silla libre a su izquierda, así quedaba él en medio de los dos. Nunca estuve más contenta que en esa ocasión de haber comprado una mesa redonda. —Así que, señor Smith, está interesado en trabajar con nosotros.

—Así es. Verá en mi currículum que estoy capacitado para la vacante que necesitan cubrir en este momento. —Romeo no se dignó a echar un vistazo a la hoja que Curtis deslizó sobre la mesa.

—No creo que se presentase aquí si no tuviese los conocimientos y la experiencia que necesitamos. —A Curtis no le gustó oírlo, más que nada porque le estaba diciendo que sería un tonto si se presentaba aquí sin tener lo que pedíamos—. Nadie lo haría. —Romeo me miró al decirlo, a lo que yo asentí en silencio.

Tenía que reconocer que estaba siendo inteligentemente retorcido, porque parecía que yo era el otro candidato al puesto si lo mirábamos desde el punto de vista de Curtis.

—Por supuesto —le confirmé mientras miraba a Curtis. Le estaba retando con la mirada a que dijese que yo no había terminado el curso, que no tenía mi título. Pero el muy zorro se cayó, esperando a que yo me ahorcase solita. Pobre iluso.

—En este centro valoramos el compañerismo y el compromiso con la empresa, ya que somos como una gran familia. Nos apoyamos y cuidamos los unos de los otros.

—La familia y los amigos son lo más importante, hay que cuidarlos —dije mirando a Romeo.

—Totalmente de acuerdo. —Curtis sabía que tenía que subirse

también a ese carro.

—Y por último, pero no menos importante, en este centro cuidamos y respetamos a nuestros pacientes, porque un cliente contento y satisfecho no solo regresará si lo necesita, sino que nos recomendará a sus familiares, amigos o conocidos.

—Concuerdo con ello —se apresuró a decir Curtis. Era un hipócrita, porque a mí, su cliente, me había tratado de una manera que me hizo sentir incómoda, y ni de broma lo recomendaría.

—Y por eso, señor Smith, nunca trabajará en esta empresa —me apresuré a decir. Lo siento por Romeo, pero el golpe final quería darlo yo.

—¿Pero qué…? Tú no… no puedes… —su expresión confundida pasaba de Romeo a mí, como pidiéndole que me recriminase, sin entender por qué no lo hacía, o quizás preguntándose cómo había sido tan descarada de decir algo así.

—Oh, sí que puede, por algo es la jefa. —Desconcierto, reconocimiento y finalmente ira. El tono rojo de su cara evidenciaba la fuerte contención que estaba haciendo para no responder de forma violenta a nuestro juego, o no soltar a gritos la sarta de insultos que se estaría agolpando en su cabeza. Me odiaba, y eso me hizo sentir en la gloria.

—Señora Vasiliev, su visita ha llegado. —Ben apareció en la puerta de la sala con Vanja a su lado. Evidentemente Vanja no llevaba el tiempo suficiente en la ciudad para saber que mi apellido era importante. Pero Curtis sí que lo conocía, y la ira y el odio aumentaron, pero había algo más en su mirada: miedo. Sí, pequeña rata, mi marido podría hacerte la vida imposible en esta ciudad.

—Ah, Vanja, te estaba esperando. —Me puse en pie para saludarlo con un apretón de manos.

—Cat. —Vanja apenas podía apartar la mirada de Curtis, incapaz de entender lo que estaba ocurriendo allí.

—Me gustaría que trabajases con nosotros. ¿Te importaría si mi encargado valora tus aptitudes? Por mí empezarías a trabajar este mismo lunes, pero Romeo quiere asegurarse de que he escogido bien.

—Sí. —El pobre no sabía qué más contestar, pero, a diferencia de Curtis, la emoción se podía ver en su cara.

—¿Qué hace todavía aquí, señor Smith? —le dijo Romeo para pincharle. Sí que era malo mi Romeo.

—Esto no va…

—Sí va a quedar así —le corté, dejándole claro con mi mirada que era yo la que tenía todas las que ganar. ¡Dios!, qué bien sentaba pagar a esta gente con su propia moneda.

Capítulo 40

Catalina

¿Puede uno tragarse un hormiguero? Porque me sentía así, como si miles de hormigas corrieran por mis venas. Pero no unas hormigas cualesquiera, sino unas que se habían dado un banquete de chiles picantes. Wow, estaba superemocionada, excitada, y todo lo *ada* que me pasase por la cabeza y que implicase acción, mucha acción. Me sentía como si pudiese comerme el mundo con las manos, como si nada ni nadie pudiese detenerme. Me sentía viva de una manera que era difícil de describir. ¿Se sintió así Viktor cuando se enfrentó a Maxwell el día que me lo quitó de encima?

El que Romeo reconociera que Vanja realmente era bueno y que teníamos que contratarlo sin dilación, me hizo crecer como cinco centímetros. Ver su rostro al salir del centro, ¡uf! Creo que yo estaba tan feliz como él porque le diésemos el trabajo. No tenía edad para ir dando saltitos de alegría, pero creo que algún bote sí que dio cuando se cerraron las puertas del ascensor.

—¿Ves?, te dije que era bueno. —Me volví hacia Romeo cuando las puertas del ascensor se cerraron.

—Ya, ¿cuántas veces vas a decírmelo? Porque después de la tercera vez ya ha perdido toda la gracia. —Puso los ojos en blanco mientras se daba la media vuelta y regresaba al despacho.

—Oh, lo usaré cada vez que tenga ocasión, no te quepa duda —le recordé mientras lo seguía.

—Eres un grano en el culo, jefa —me acusó.

—Lo sé, pero me quieres —le recordé.

—Echaba esto de menos —dijo casi en un susurro, pero sabía que le había oído.

—¿Que te ganase?

—No, esto. —Señaló el espacio que había entre nosotros, como si allí existiese una especie de cuerda que nos atara—. Esta complicidad.

—Hace tiempo que la tenemos. —Al menos eso creía, no se critica a la gente si no es delante de una persona que consideras tu amiga.

—Me refiero a decir lo que pensamos sin miedo, a no temer que al otro no le guste, a darle la vuelta a todo. Somos más que compañeros de trabajo, más que jefa y empleado, somos…

—Amigos —terminé por él.

—A cualquiera que se lo comentes dirá que acabaremos enrollándonos o algo así, porque dos personas de distinto sexo, y heterosexuales, no pueden ser solo amigos —le entendía perfectamente.

—No vivo mi vida para contentar al resto del mundo. Si me salgo de los estereotipos no es algo que me preocupe. Qué manía tiene la gente con estropear las cosas bonitas.

—Ya te digo. A mí no hacen más que encasillarme como gay, simplemente porque tengo una personalidad que no encaja con el estereotipo de macho. Pues que se jodan, porque me gustan las mujeres, y mucho.

—Eso no lo digas delante de tu esposa, porque se puede mosquear. —Romeo hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Solo estoy loco perdido por una. Ella es la única con la que me acuesto, pero contigo me iría a tomar unas cervezas cuando quieras. En plan colegas, ya sabes.

—Ya sé.

—Quiero aclarar esto por si nos está escuchando tu marido. —Romeó miró el techo como si buscase cámaras de vigilancia. Un gesto un poco paranoico, pero que tratándose de Viktor no me sorprendería.

—Eres un exagerado. —Traté de tranquilizarlo.

—Se ha hecho tarde. Le prometí a mi preciosa y adorada esposa que la llevaría a ella y a los terremotos a las atracciones del Stratosphere.

—¿Esas donde parece que te vas a caer desde lo alto de la torre?

—Sí, ¿te vienes? —Lo medité solo un segundo.

—Perdería la imagen de tipa dura en cuanto vaciase el estómago encima de tus zapatillas. —Miré directamente hacia sus viejas Converse rojas.

—Tú te lo pierdes. Voy a apagar las luces. —Yo fui a recoger el bolso que me dejé el día anterior. Como esperaba, mi teléfono no tenía batería, pero eso no me detendría. Tenía una idea en la cabeza y haría lo que fuera por ponerla en marcha.

—Ben, ¿puedes llamar a Viktor? —El aludido alzó una ceja hacia mí, pero no dijo nada, solo sacó el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y marcó un número.

—Señor Vasiliev, su esposa quiere hablar con usted —dijo antes de pasarme el teléfono.

—¿Viktor?

—¿Ocurre algo? —Me mordí el labio antes de lanzarme a preguntar.

—¿Estás ocupado hoy?

—Tengo entre manos un par de asuntos, pero puedo aparcarlos si el plan que propones te incluye a ti con poca ropa. —Él sí que sabía cómo encender el motor de una mujer.

—Verás, es que acabo de darme cuenta de que no conozco la ciudad. He visto fotos, he oído a los demás contarme que he estado en tal o cual sitio, pero no tengo recuerdos de haber ido a ninguno de

ellos. Así que he pensado que ¿quién mejor que mi marido para descubrirme la ciudad? Seguro que tú sabes lo que se puede visitar por aquí. —Esperé su respuesta con los dedos cruzados.

—Así que quieres que este sábado sea nuestra segunda cita.

—Sé que es un poco tonto, ya hemos… Bueno, ya no somos dos personas que tienen que conocerse, pero…

—Nada de lo que pidas me parecerá tonto, cariño. Si quieres descubrir la parte divertida de esta ciudad, yo soy tu hombre. —No pude evitar saltar sobre las puntas de mis pies.

—Estupendo. ¿Y cómo hacemos?, ¿te voy a buscar?, ¿me recoges tu?

—Estoy en mi oficina. Ven a recogerme, así me da tiempo a ponerme algo de ropa más cómoda. ¿De acuerdo?

—Perfecto. Vamos para allá. Un beso. —Le devolví el teléfono a Ben—. Tengo una cita. Me van a enseñar Las Vegas.

Viktor

Poco tiempo, muy poco tiempo. Pero soy un hombre al que los retos no le detienen.

—Igor —grité mientras salía por la puerta de mi despacho.

—¿Sí, jefe? —Se levantó y empezó a caminar hacia mí.

—Tenemos que preparar un dispositivo de seguimiento de incógnito. Personal mixto.

—¿Cuál es el objetivo?

—Katia y yo. —Su ceja se alzó inquisitiva esperando más información—. Tenemos una cita. Quiere que le enseñe la ciudad. —Entré a mi despacho seguido por él. Rebusqué en el armario algo de ropa más apropiada para pasar desapercibido, como un turista más. Unos pantalones vaqueros, un polo y unas deportivas.

—¿En plan novios? —¿Se estaba riendo?

—Puedes jurarlo. —Aunque se riera, asintió mientras se llevaba el teléfono a la oreja.

—Va a ser épica. El viejo Viktor está en la ciudad. —Sabía lo que trataba de insinuar.

—Nunca llevé a una chica a una cita de estas, no sé de qué hablas.

—Me refiero a que ya es hora de que salgas a divertirte como cuando éramos unos chavales locos. —Alzó un dedo para silenciar mi réplica—. ¿Laika? Necesito un efectivo para… —Dejé de escuchar porque me puse de lleno a la tarea de cambiarme.

No estaba nervioso porque tuviese el tiempo justo para conseguir algo decente, sabía que se irían agregando efectivos sin que lo notásemos, éramos especialistas en hacer cosas como esas. Mis manos temblaban por algo muy distinto. Como bien había indicado mi guardaespaldas y amigo de adolescencia, esta iba a ser una cita como

la que se suponía que debían tener una pareja de enamorados, algo que para ella y para mí nunca fue posible. Por mi trabajo, por lo que era mi familia y porque cuando fue seguro hacerlo ya nos conocíamos demasiado para descubrir esos pequeños detalles que con el tiempo hemos ido conociendo el uno del otro. Lo quisiera o no, para ella todavía era un medio desconocido, y yo estaba empezando a darme cuenta de que ella no era la misma de antes. Esta era otra Katia. Pero si de la anterior estaba enamorado, de esta no lo estaba menos. Me encantaba todo lo nuevo que había en ella.

Capítulo 41

Viktor

Igor tenía razón, el gran Viktor Vasiliev necesitaba por un día sentirse libre de todo lo que significaba ser el hijo del diablo. Disfruté como un adolescente de todo aquello que ni siquiera pensé que podría hacer en la ciudad. Y sí, me refiero a tirarme al vacío tan solo sujeto por un arnés y una cuerda. Pero no lo hice solo. Katia y yo saltamos en pareja. No la solté ni un solo momento. Fue una bonita metáfora de lo que era mi vida, si la tenía a ella no me importaba jugarme la vida. Morir escuchando su risa…

Ella no era consciente del auténtico peligro que corríamos. Era tan simple como que un oportunista que albergase mucho odio hacia mí soltase esa cuerda para dejarnos aplastados contra el asfalto. Odio no tener el control de todo, dejar en manos de otro mi seguridad, pero tener a Katia entre mis brazos me hizo olvidar todo ello.

—Si quieres saltar, hazlo, pero yo no voy a hacerlo —insistí, tajante. ¿Y qué hizo ella? Sonreírme zalamera y pegar su cuerpo tentador al mío.

—No me digas que tienes miedo, grandullón. Y yo que creía que eras un tipo duro. —Su índice dibujó un abrasador círculo sobre mi pecho.

—Nunca he dicho que lo fuera. —No soy de los que dejan de lado el cerebro cuando entra en la ecuación una promesa como aquella.

—¿Te sentirías mejor si salto contigo?, ¿qué dices? Tú y yo colgando de la misma cuerda. —Su entusiasmo era difícil de esquivar. Eché un vistazo a lo que había más allá del borde por el que había que saltar. Metros y metros de caída con la única certeza de que podíamos morir si aquella sencilla cuerda decidía no resistir más. Mi vida y la de Katia en las manos de aquel tipo que me observaba como si fuese un falso héroe que se iba a rajar como muchos antes que yo. Pero se equivocaba, yo no tenía miedo a una muerte como aquella, mis miedos no eran los mismos que los de la mayoría.

—Solo si prometes no gritar muy alto.

—No puedo hacer promesas que no sé si podré cumplir. —Sus labios se fruncieron en un adorable puchero infantil. El tipo del arnés estaba deseoso de apretarle las ataduras a mi chica, y creo que fue eso lo que acabó por decidirme.

—Átanos fuerte, no quiero perderla por el camino. —El tipo sonrió.

—Claro.

Quince minutos después caímos al vacío con la única sujeción de un cable a mi espalda, que según el patán aguantaba hasta 200 kilos.

Mi arnés y el de Katia estaban anclados como los de esos paracaidistas que se tiran desde una avioneta. Mis brazos la sostenían por la cintura, mientras los suyos estaban extendidos como si fueran unas alas enormes con las que planease en el aire. El aire me traía su carcajada mientras volábamos juntos. Ella no tenía miedo a morir, yo no tenía miedo a perderla. Esa debía ser nuestra vida, ambos libres, solo disfrutando, sin que el miedo nos coaccionase.

El día fue intenso, divertido, sin reglas, sin prisa. ¿Cómo negarle entonces el deseo de ir a bailar? No podía.

La llevé a uno de los clubs de la familia, donde sabía que estaríamos arropados por una docena de efectivos que velarían por nuestra seguridad, mientras ella se divertía y yo disfrutaba observándola mientras lo hacía.

Pero calculé mal el embrujo que aquella sirena podía ejercer sobre todos los depravados cazadores que esa noche estaban en la pista de baile. Podía haber perdido la frescura y lozanía de sus 25 años, pero había ganado más seguridad de la que ya tenía por aquel entonces, cuando seducía desde lo alto de una tarima girando alrededor de una barra de metal. Entonces ella era la reina del pole dance, con su peluca azul eléctrico y aquellas botas de tacón infinito. Ahora, sin aquellos llamativos accesorios, era evidente que el veneno que nos hacía enfermar a todos estaba en sus caderas, en la cadencia de sus sensuales movimientos, en su forma de sentir la música, de dejar que cada acorde vibrase a través de su cuerpo. Ella era pecado.

Antes de que cualquier otro se atreviese a romper la magia de aquel espectáculo, de que irrumpiera en el cuadro de perfecta coreografía con su patético intento de seducir a mi reina, me adentré en la pista de baile para tomar posesión de mi lugar. Yo era el único que podía decir que aquella diva de la seducción le pertenecía. Tenía que delimitar mi territorio, marcarla como mi propiedad delante de todos, que supieran que ella tenía dueño y que si alguno se atrevía incluso a respirar cerca de ella, estaba en mi derecho de arrancarle las entrañas y comerme su hígado. ¿Era muy troglodita? Es que ella saca a la bestia primitiva que vive dentro de mí.

Dejé que sus caderas guiaran mis manos y que su respiración quemara la piel de mi cuello mientras mis labios ardían por la necesidad de besarla. Ella podía ser la perdición de cualquier hombre, pero me había escogido a mí, y no iba a ser tan tonto de renunciar a ese privilegio.

—Katia. —Su nombre salió de mi boca como una súplica, porque lo era. Con aquella sola palabra le estaba pidiendo que dejase de torturarme, que me tomara en sus manos y me liberase de todo el sufrimiento que estaba padeciendo por su culpa. Solo ella podía clamar mi necesidad, solo ella podía llevarme al cielo o hundirme en

el agujero más profundo. Solo ella.

—Dime lo que quieres de mí, Viktor. —Su aliento me abrasó, penetrando hasta ese rincón oscuro de mi corazón que solo ella puede alcanzar.

—Que no me abandones, nunca —supliqué. Sus ojos se alzaron para mirarme, derramando su luz sobre las oscuras sombras que intentan devorar mi alma cada noche y alejando la presión que no me deja respirar, el miedo a fallarles a todos, a no ser suficiente.

—No podría. Ya no podría. —Sus palabras hicieron volar mi alma, convirtiéndome en el ser poderoso e invencible que ella ve en mí.

Mis dedos apretaron su carne, atrayéndola más cerca de mí, como si tratase de engullirla con cada célula de mi cuerpo, convertirnos en un solo ser indivisible. La besé con ansia, como si hubiese estado demasiado tiempo bajo el agua y necesitase su aliento para no morir. Ella era la bocanada de aire fresco que me rescataba de la asfixia con cada respiración.

Necesitaba hacerla mía, llevarla a mi infierno y seducirla de tal manera que ya no desease alejarse de mí. Pero no podía hacerlo allí, en mitad de la pista de baile, rodeados de desconocidos que beberían de cada gemido que escapase de su boca. Todo de ella me pertenece y soy un maldito egoísta que no quiere compartirla con nadie. Puedo ceder a la madre, a la hija, a la amiga, pero no al resto de ella.

La habría alzado y obligado a rodear mis caderas con sus torneadas piernas, pero no pude evitar pensar en que la falda de su vestido se levantaría, mostrando la lencería que solamente yo puedo ver, la que solamente yo puedo soñar con arrancar, la que solamente yo puedo tocar.

—Ven conmigo. —Mi voz sonó demasiado exigente, pero ella no me rechazó. Dejó que tomase su mano y que la sacase de allí, arrastrándola entre la gente para llevarla a un lugar más privado. Un lugar donde pudiese disfrutar yo solo de ella, de su pasión y de su rendición. Ella claudicaría de nuevo a mis demandas, y al hacerlo, yo me esclavizaría un poco más. Katia me posee de una manera que jamás pensé que pudiese hacerse. Katia es mi dueña.

Capítulo 42

Catalina

Viktor nos arrastró al almacén de las botellas de licor, ya saben, donde están todas muy ordenaditas en sus estanterías. Apenas me di cuenta de si eran de vino, champán, whisky, porque nada más cerrar la puerta mi cuerpo fue aplastado contra la pared.

—Va a ser rápido, cariño. —Su advertencia sonó ronca, como si le costase pronunciar aquellas palabras. Su boca estaba tan cerca de la mía, que podía notar su aliento caliente sobre mis labios. Y sus ojos… No entiendo cómo podía verlos en aquel cuarto mal iluminado, pero lo hacía. Tenían un brillo demoníacamente sexy.

—Calla y bésame. —Estaba tan desesperada como él. Necesitaba sentirlo tan dentro y profundo de mí que no podía conformarme con un poco, lo quería todo y lo quería ¡ya!

¿Qué hacía este hombre conmigo? Con solo mirarme de esa manera tan suya entraba en combustión espontánea. Era muy frustrante no poder hacer nada para evitarlo. Yo, la mujer autosuficiente, la jefa de mi propio negocio, la que no tenía reparos en poner a uno de sus empleados en su sitio, la que gobernaba su propio mundo, estaba sujeta a los caprichos de un hombre. Bueno, caprichos… No sé cómo lo hacía, pero Viktor no es de ese tipo de hombre que necesita jugar con una mujer, someterla, para sentirse realizado, poderoso. Él tenía el control en todo momento y además era como si sus deseos se supeditasen a los míos, como si mis necesidades estuviesen por encima de las suyas, y eso me ponía a cien. Saber que tenía ese poder sobre él… Es extraño, él me domina y yo lo domino a él.

Sus manos ascendieron por mis muslos hasta alcanzar mi ropa interior y sus dedos aferraron el elástico para bajarlo con rapidez. Pero no llegó muy lejos, antes de llegar a la rodilla, me alzó para que su ingle encajara entre mis piernas como si fuera una silla de montar hecha para mí. Su boca asaltó la mía para tomarla con dureza, aunque en ningún momento me hizo daño.

Una fuerte sacudida me alzó, para después dejarme caer sobre su miembro. Sabía perfectamente cual era el camino. Mi cuerpo lo recibió como el familiar invitado que era, sin miedo, sin reticencias, con amabilidad, con ganas.

Enseguida Viktor nos llevó a un rítmico trote, en el que no sabía si era él el que dirigía o yo. Éramos una pareja de baile bien sincronizada que conocía los pasos de una coreografía íntima y primitiva que nos llevaría a alcanzar el éxtasis.

Mi corazón latía desenfrenado, mi cuerpo vibraba como la cuerda de un piano, sacando una exquisita nota que me llevaría al cielo. Necesitaba más aire, pero en vez de tomarlo de lo que me rodeaba, necesitaba robárselo a Viktor. Tenía que besarlo, fundirme con él de todas las maneras posibles.

¿Amarlo? Solo pensar en separarme de él, en perderlo, me dolía. Eso me asustaba. ¿Habría sentido eso mismo cuando creyó que me había perdido? Por un momento entendí su dolor.

El ritmo se intensificó hasta arrancarme un agónico orgasmo que atravesó mi cuerpo como un rayo. Todos mis músculos se tensaron de tal manera que mi garganta no pudo articular el grito de liberación que retenía.

No sé el tiempo que tardó Viktor en alcanzar su propio éxtasis, mi mente estaba en otro lugar. Lánguidamente fue despertando cuando los delicados besos de Viktor ascendieron por mi cuello con tierna calma.

—Katia —susurró mi nombre de aquella manera que me hacía derretir. Era más que una palabra, era una promesa de entrega incondicional. Aferré su cabeza para que nuestras miradas se encontraran en la penumbra. Necesitaba una garantía, necesitaba un pacto entre ambos.

—Prométeme que siempre será así. —Podía notar bajo las yemas de mis dedos la tensión en su rostro, él se tomaba su respuesta de forma muy seria.

—Una vez prometí amarte y respetarte hasta fin de mis días, y esa promesa es hoy aún más fuerte de lo que fue ese día. Ni siquiera la muerte hará que deje de amarte como lo hago. —Sus dedos apartaron un mechón de mi rostro, como si le entorpeciera para apreciar la belleza que lo tenía hipnotizado—. Te amo, ahora y siempre.

—Pero yo no soy la mujer con la que te casaste entonces. —Ese era mi miedo, que me amara por ser quién fui, esa persona que he olvidado, esa persona que ya no existe.

—Lo que hay aquí dentro es lo mismo —Posó su mano sobre mi acelerado corazón—. Eres dulce, noble, apasionada y luchadora. Me enamoré de tu esencia, de tu alma, y eso no ha cambiado, sigues siendo tú. —No sabía si el temblor que sentía en mi pecho era consecuencia de la reciente actividad sexual o por las palabras que estaba escuchando en ese momento.

Sus ojos me observaban con intensidad, quizás esperando una respuesta a aquella declaración. ¿Qué podía decirle? ¿Sentía lo mismo? Yo no recordaba al Viktor de mi pasado, no tenía con qué comparar. Pero sí sabía que estaba atrapada por el hombre que ahora conocía. Me seducía su pasión, me atraía la intensidad de su carácter, me subyugaba su forma de tratarme, pero ¿lo amaba? Quizás la

pregunta era ¿quería pasar el resto de mi vida con él? Estaba a punto de hablar, cuando un par de goles en la puerta nos interrumpieron.

—Jefe, tenemos un problema. —Viktor suspiró pesadamente, como si no quisiera moverse de mi lado. Pero era un hombre con responsabilidades.

—No te muevas de aquí. —Besó fugazmente mis labios y después depositó mis pies en el suelo con cuidado. Cuando se apartó de mi cuerpo sentí un frío incómodo—. Volveré pronto. —Viktor se arregló los pantalones y camisa con celeridad, me dio otro beso y salió por la puerta, cerrándola a su espalda con rapidez. Al menos nadie había visto el aspecto de recién follada que debía tener en ese momento.

Acomodé mi falda y busqué una superficie reflectante en la que comprobar mi aspecto. Mi pelo y mi maquillaje estaban hechos un asco. Estaba borrando el carmín que se había salido de mis labios, cuando la puerta se abrió de nuevo. Me giré hacia Viktor con una sonrisa en el rostro, que menguó cuando me di cuenta de que no era él.

No, no era un camarero, era un cliente, lo gritaba a los cuatro vientos el traje caro que llevaba puesto. Pero lo que me alertó sobre sus intenciones era su forma de mirarme y aquella sonrisa lasciva y predadora que tenía en la cara. Ya sabía lo que quería sin necesidad de que lo dijera. Yo era su presa y él sabía que me había acorralado.

Viktor

Nada más salir del almacén de bebidas encontré la cara preocupada de Igor. Él mejor que nadie sabía lo que estaba haciendo allí dentro con mi mujer, si me había interrumpido era porque algo grave estaba ocurriendo.

—Cuéntame. —Me señaló con la mano la dirección que debíamos tomar, así que empezamos a caminar con rapidez a medida que hablaba. Di un último vistazo hacia la puerta para asegurarme de que uno de los nuestros quedaba de guardia junto a ella. Katia tenía que estar a salvo en todo momento.

—Hemos encontrado a uno de nuestros hombres en el baño con un golpe en la cabeza. Le han quitado el arma.

En un club con un control de acceso para detectar armas en los clientes, que uno de ellos se hiciera con una dentro del local era una mala noticia. Si quería llevársela al exterior tendría que pasar por el túnel de acceso, donde sería detectado y reducido a la salida por los dos gorilas de seguridad de la entrada. Pero si la quería usar aquí dentro nos traería muchos problemas. Primero porque estaba claro que sabía dónde conseguir un arma. Segundo porque fuese lo que quisiera hacer, lo haría precisamente con un arma registrada a nombre de uno de nuestros activos, sería vinculada rápidamente con las

empresas Vasiliev, con nuestra familia. Siendo quienes somos eso era algo que teníamos que evitar a toda costa, nada de policía que metiese sus narices en nuestros asuntos. Y tercero, porque la posible victima con la que se iba a usar esa arma era uno de nuestros clientes, y allí se encontraban personajes de todo tipo, no solo gente rica, sino importante.

En el cuarto de baño me encontré una imagen que hablaba por sí misma. Nuestro hombre estaba en el suelo todavía aturdido, tratando de recuperar la consciencia. Sangre resbalaba por su rostro y tenía marcado uno de los pómulos. Por el estado de las instalaciones había sido una buena pelea, pero él la había perdido. Se suponía que mis hombres estaban entrenados para vencer en situaciones como estas, lo que llevaba a pensar que había sido una emboscada bastante bien planificada, seguramente dos personas habituadas a este tipo de acción.

Un mal presentimiento recorrió mi espalda. El club era una zona peligrosa, tenía que poner a salvo a Katia lo antes posible.

Capítulo 43

Viktor

Aquella mala sensación fue creciendo, pero cuando enfilé el pasillo del almacén y me encontré a un tipo que no conocía frente a la puerta, aquella sospecha se convirtió en certeza. No conozco personalmente a todos los hombres y mujeres que trabajan para mí, solo al círculo más cercano, pero ese hombre no era el mismo que había quedado de guardia cuando me alejé. Ese detalle me dijo que algo estaba ocurriendo allí dentro, algo que no me iba a gustar. Sus ojos parecían rasgados, su piel olivácea, había demasiadas pistas para adivinar quién estaba detrás de todo esto.

Ya que iba a tener que jugar, íbamos a hacerlo con mis reglas. Nadie se mete con el hijo del diablo sin asumir las consecuencias.

—A jugar. —Era nuestra clave de seguridad para convocar al resto del equipo, así que se la susurré a Igor sin apartar la mirada de mi objetivo.

Por el rabillo del ojo vi como Igor sacaba el teléfono de su bolsillo y marcaba lo que suponía eran los botones de llamada y alerta roja. Todos los efectivos a nuestro alrededor sabrían que los estaba convocando para que viniesen a la batalla, y tendrían nuestra ubicación. No tenían excusa para perderse, porque su teléfono les marcaría el camino más corto. Con los refuerzos en marcha, no era momento para perder el tiempo.

—Tu jefe me espera. —Fui directo hacia la puerta, con la confianza de alguien que está en el lugar que le corresponde. El tipo vaciló un segundo antes de sacar el arma que tenía escondida a la espalda, justo el tiempo que necesité para estar lo suficientemente cerca y hacer mi jugada.

¿Saben cómo arrebatarle el arma a un matón? Yo sí, y todavía soy rápido. Antes de que se diese cuenta mi dedo estaba obstruyendo el percutor para evitar que disparase, mientras mi otra mano volaba letal hacia su oído. Dos movimientos sencillos pero efectivos. Con el primero evitaba que él fuese dañino, con el segundo no solo le producía dolor, sino que interfería en su equilibrio y le dejaría algo aturdido. En una pelea lo importante es incapacitar al adversario, después sería más fácil derrotarlo. Cualquier idiota sabe golpear, lo decisivo es saber dónde, cómo y cuándo. He participado en demasiadas peleas como para haber aprendido a analizar a mi oponente y aplicar esas tres directrices con eficiencia. Como dice mi padre, «la experiencia es tu mejor arma». Aunque he de reconocer que contar con el apoyo de otro hombre que también sabe lo que hace es

la mejor manera de hacer que una pelea termine rápido. Y si esa persona ha peleado contigo en otras ocasiones, lo más seguro es que estéis lo suficientemente bien compenetrados como para ser un equipo letal. Igor y yo lo éramos. Puede que esos tiempos hubiesen quedado muy lejos, pero ya conocen el dicho: «el que tuvo, retuvo», esas cosas no se olvidan.

Antes de que pudiese disparar o dar la voz de alarma, el tipo acabó en el suelo, donde Igor lo tenía inmovilizado. Yo aproveché el momento para meterle en la boca algo que tenía en un bolsillo, creo que fue lo que utilicé para limpiarme los fluidos que quedaron en mi pene después del sexo con Katia. Había de alguna manera algo poético en ello.

Cuando alcé la cabeza descubrí que otro hombre de rasgos asiáticos corría hacia nosotros. Mi puño se cerró instintivamente, listo para defenderme. Una rápida mirada a Igor para comprobar que había terminado y que estábamos preparados para derribar al nuevo y a todos los que llegasen después. Me fijé en que este llevaba un pequeño cuchillo en la mano, los dos lo vimos, pero desarmar a un tipo con un cuchillo era más fácil que uno armado con una pistola.

—Ve. —La cabeza de Igor señaló la puerta. Sabía lo que me estaba diciendo, que yo entrase a por mi mujer mientras él se encargaba de la nueva amenaza.

En otras circunstancias me habría quedado con él, porque entre dos podíamos acabar con la amenaza mucho más rápido, aumentando nuestras posibilidades de victoria. Pero la que estaba allí dentro era Katia, mi Katia, y si podía evitarle un segundo de sufrimiento sería suficiente. Y pensar en que podía perderla…

En un latido estaba girando el pomo de aquella puerta y abriéndola. Pero mi corazón no estaba preparado para la escena que vi. Rahman era hombre muerto.

Catalina

—Mira qué tenemos aquí. —El baboso se acercó hacia mí con paso arrogante.

—No se acerque —le advertí mientras reculaba.

—Un poco crecidita para mi gusto, pero si eres buena para él, lo serás para mí. —La forma en que se chupó el labio inferior hizo que mi estómago se revolviese.

—Viktor te matará. —No sé qué me hizo decir eso, pero algo en mi interior sabía que mi marido era el tipo de hombre que haría pagar con sangre lo que este desgraciado estaba pensado hacerme. Con mucha, mucha sangre.

—¿Por tirarme a una puta en su local? No lo creo. Solo es cuestión

de dinero. Se cabreará, no lo dudo, pero añadiré un cero a la suma que tengo pensado ofrecerle y él tragará. —¿Su negocio?

Antes de darme cuenta el tipo atacó. Me resistí, luché, pero él era demasiado fuerte, sabía cómo contrarrestar cada uno de mis movimientos. Cuando se dio cuenta de que no sería una presa fácil, me puso un cuchillo en la cara. Antes de darme cuenta, me aplastó contra una estantería, aferrándome el cuello con demasiada fuerza. Intenté liberarme, pero era demasiado fuerte.

Estaba a punto de darle una buena patada en su espinilla cuando la puerta se abrió. No quería pensar en que viniera otro más, no podría soportar algo así.

—Suéltala, Rahman. —Viktor. Y conocía a este hombre.

—No, Vasiliev. Esta vez yo también me quiero divertir. —El cuchillo se movió en dirección a Viktor, amenazándolo. Si golpeaba en ese momento…

—Lo diré una última vez, Rahman. Suelta a mi esposa o pagarás las consecuencias. —El tal Rahman sonrió diabólicamente mientras me miraba.

—¿Tu esposa? No, amigo. Lo que he visto en la pista de baile no lo hace una esposa. Esta putilla te ha seducido, como a todos, y decidiste traerla aquí para darle lo que pedía a gritos, un buen revolcón. Y ahora es mi turno. —La mano a mi espalda buscaba a tientas algo que poder arrojarle a ese degenerado antes de que cumpliese con su amenaza. Encontré una botella gruesa, que aferré con fuerza. Pero debía tener cuidado, porque este animal podía predecir mis movimientos.

—Te he dicho que es mi esposa, y a ella no se la toca. —El tipo se relamió de nuevo mientras me observaba con atención.

—He oído que llevas más de veinte años casado con la misma, después de ese tiempo ya no queda pasión como la que he visto hace un momento. Esta vez voy a tomar lo que quiero, tus mentiras y tus amenazas no van a servir. —Era mi ocasión. El hombre había vuelto la cabeza hacia Viktor para poder amenazarlo con el cuchillo para que no se acercase a nosotros.

Con un movimiento ágil saqué la botella de mi espalda y la golpeé con fuerza contra su cara. Supe que había funcionado cuando la mano que me dificultaba respirar se aflojó. Aproveché la ventaja para aferrar la estantería a mi espalda y lanzar una pierna contra sus genitales. En cuanto me sentí libre de su tenaza salí de allí. Pero no fui muy lejos, porque sabía que Viktor se había lanzado contra él. Seguramente necesitaría ayuda, porque el tal Rahman estaba armado. Así que aferré otra botella para lanzársela en cuanto pudiese acertar.

Pero no pude moverme. Viktor luchaba con aquel hombre con una fiereza que me dejó asombrada. Sabía que mi marido era peligroso,



pero nunca sospeché que fuese ese tipo de demonio.

Capítulo 44

Viktor

La estaba tocando, y no solo eso, la tenía aferrada por el cuello, amenazándola con un cuchillo. Mis puños se apretaron con fuerza, deseosos de golpear la cara de ese hombre con violencia. Cuando terminase con él, no sería más que un montón de carne picada.

—Suéltala, Rahman. —Mi voz sonó tan fría y cortante como el cuchillo que necesitaba clavarle en el costado.

—No, Vasiliev. Esta vez yo también me quiero divertir. —Todavía estaba resentido porque no dejé que se aprovechase de la pobre camarera la otra vez que nos vimos. Era un enfermo degenerado. Los hombres como él me hacían renegar de los de mi sexo. ¿Por qué la naturaleza permitía que seres como él existiesen? El ser humano es una especie civilizada.

—Lo diré una última vez, Rahman. Suelta a mi esposa o pagarás las consecuencias. —Era la última oportunidad que le daba, si no desistía, dejaría que el animal que luchaba por escapar de mi interior hiciese con él lo que quisiera.

—¿Tu esposa? No, amigo. Lo que he visto en la pista de baile no lo hace una esposa. Esta putilla te ha seducido, como a todos, y decidiste traerla aquí para darle lo que pedía a gritos, un buen revolcón. Y ahora es mi turno. —Matarlo sería algo demasiado rápido, Rahman merecía sufrir antes de exhalar el último suspiro.

—Te he dicho que es mi esposa, y a ella no se la toca. —Su expresión corporal me decía que se sentía demasiado confiado. De verdad creía que Katia no era mi mujer, que no era nada más que una clienta con ganas de fiesta. Pero aun así, no tenía derecho a utilizar a las mujeres de esa manera. Si lo hacía desaparecer de la faz de la tierra le haría un favor al planeta.

—He oído que llevas más de veinte años casado con la misma, después de ese tiempo ya no queda pasión como la que he visto hace un momento. Esta vez voy a tomar lo que quiero, tus mentiras y tus amenazas no van a servir. —Le observaba fijamente, buscando el momento oportuno para saltar sobre él y aniquilarlo. Pero debía hacerlo bien, tenía que evitar a toda costa que lastimara a Katia. Una cuchillada en mi cuerpo era un precio que estaba dispuesto a pagar por ella, pero si la hería a ella abriría las puertas del infierno solo para él.

Un movimiento del brazo de Katia me advirtió de que el momento que esperaba se acercaba. Solo necesitaba una pequeña distracción y sería mío. Mi chica le dio un buen golpe en la cara con una botella.

Rahman se tambaleó por el impacto. Pero ella no había terminado con él, le dio una buena patada en sus genitales. Mi guerrera había sacado sus garras. Podía atraparme más, estaba claro que siempre descubriría algo más en ella que me enloquecería sin remedio. Pero lo primero, antes de lanzarme a besarla, era acabar con ese desgraciado.

Golpeé su maltratada cara con fuerza, lo suficiente para aturdirlo un poco más. Luego pasé al brazo en el que tenía el cuchillo, lo aferré por la muñeca y golpeé su articulación en sentido contrario para desencajarla. Gritó como un cerdo, pero a mí me pareció más hermoso que el canto de Pavarotti en su mejor noche. Luego le llegó el turno a una de sus rodillas: un golpe lateral y ya no podría salir corriendo, ni evitar mis golpes. Desarmado y a mi merced, ya podía dejarme llevar y destrozar su cara como había fantaseado desde que entré en aquella habitación.

Quejidos, gritos, maldiciones… Todo se fundía con el sonido de los huesos rompiéndose, del golpeteo de mis nudillos contra su carne. Todo aquello no era más que música de fondo para mi baile mortal.

—Viktor. —La voz de Katia me hizo volver a la realidad, sacándome de ese estado enfebrecido y demente que me había consumido por completo.

Detuve mi puño en el aire y miré mi obra por un segundo. Rahman no se movía, aunque su pecho seguía levantándose con la respiración. Giré la cabeza hacia Katia y vi su rostro preocupado y asustado. En ese momento me di cuenta de que había cometido un gran error. Ahora ella me tenía miedo.

—Yo me encargaré de él. —La voz de Igor llegó a mi espalda. Me puse en pie mientras trataba de recuperar la respiración.

—Que se lo lleve la ambulancia. —Habíamos pedido una para que se llevase al herido que dejaron en el baño, bien podíamos aprovechar el viaje. Miré fijamente a Igor, no necesitaba más, él me entendió. Quería que lo llevaran al Altare, nuestro hospital, y que lo metieran en una habitación custodiada. Alguien estaría con él en todo momento, no podría comunicarse con nadie y tampoco sabrían en el exterior que él estaba allí. No era la primera vez que le aplicaban el tratamiento VIP a un paciente como él.

—Será mejor que se ponga esto encima, jefe. —Igor se estaba quitando la chaqueta para pasármela. Miré mi ropa salpicada de sangre. El pantalón era oscuro y podría pasar desapercibido con las luces del local, pero la camisa era blanca, sería una señal de alarma para todo aquel que me viese, y no queríamos eso.

—Gracias. —Me cubrí con ella. No es que me quedase del todo bien, pero bastaría para subir al despacho y requisarle al gerente una de las camisas limpias que tendría en su armario. ¿Por qué no esperar a que alguien me la trajese? Pues porque tenía que alejar a Katia de

aquel lugar lo antes posible.

Ella estaba abrazándose a sí misma, seguramente sintiendo el frío posterior a una intensa descarga de adrenalina. Yo rezaba para que no se sumase el miedo y repugnancia que le había provocado la visión del animal enfurecido en el que me había convertido.

—Vámonos de aquí. —Pasé mi brazo sobre sus hombros para obligarla a acompañarme. Sentí el pequeño temblor en su cuerpo. Me maldije en silencio por ser yo el culpable. Tenía que cubrirla, pero mi chaqueta estaría manchada de sangre y no quería que la tocase—. Tu chaqueta. —Miré directamente a uno de los hombres que habían llegado como apoyo a mi llamada. El hombre vaciló apenas un segundo, pero obedeció con celeridad. Sacó sus cosas de los bolsillos y me la entregó. Cubrí con ella los hombros de Katia y después nos encaminamos hacia el despacho del gerente escoltados por un par de hombres.

Una vez dentro del despacho, la obligué a sentarse en el sofá y después me dirigí al baño privado para lavarme. La sangre costaba sacarla de la piel, pero con quitarme la mayoría me serviría de momento. Me quité la camisa, la hice una pelota y rebusqué en el armarito de limpieza una bolsa de basura en la que meterla. Cuando terminé con todo resto de sangre en mi cuerpo, me miré en el espejo para tratar de ver lo que había asustado a Katia. Afortunadamente ya no quedaba nada del monstruo desbordado de ira y descontrolado de entonces. Aun así, ella no olvidaría lo que había presenciado, y eso me enfurecía. No quería que viese al monstruo, no hasta que fuese irremediablemente mía. El monstruo ahora estaba asustado, porque podía perderla.

Saqué el teléfono de mi bolsillo para pedir refuerzos. Yo no podía quedarme con ella, debía alejarme, darle espacio para analizar lo que había ocurrido y por qué, pero tampoco podía dejarla sola. Solo había una persona que podía entender la urgencia de la situación, que vendría rápidamente sin hacer preguntas y con la que Katia se sentiría cómoda, así que marqué su número. Ella contestó al tercer tono.

—Dime. —La familiar voz de mi hija sonó al otro lado, calmándome.

—Necesito que vengas urgentemente a La gruta. Tienes que quedarte con tu madre. —No podía explicarle lo que realmente había sucedido, ya lo haría cuando llegase.

—Estoy allí en veinte minutos.

Respiré profundamente y salí en busca de una camisa limpia que ponerme encima. Pero lo hice sin mirarla, porque tenía miedo de ver en sus ojos lo que sentía en aquel momento hacia mí.

Capítulo 45

Viktor

Ver a Tasha aproximándose por el pasillo me quitó un peso de encima. Necesitaba que calmase a su madre, que la hiciese entrar en razón, que la explicara que lo que había visto no era la mayor parte de mí. Tenía que entender que yo era el perro guardián de la familia, cariñoso, dócil, salvo con aquellos que quieren lastimarnos, entonces me convierto en una bestia que no duda a la hora de sacar los dientes y repartir dentelladas a diestro y siniestro.

—Cuéntame. —Fue la primera palabra que me dijo nada más alcanzarme. Era de agradecer que la gente fuese directa en casos como este, supongo que es algo que compartimos casi todos los miembros de nuestra familia.

—Rahman ha intentado… forzar a tu madre. —No me atreví a decir la palabra «violar» porque no quería pensar en ello en ese momento. Tasha conoce todos los asuntos en los que estoy trabajando, no solo es mi hija, es mi aprendiz. Conocía a Rahman, ya se había reunido con él, así que sabía muy bien a qué se dedicaba y cómo era. Aunque dudo que ella supiera lo que yo descubrí esa noche en el club, que le gusta tomar por la fuerza algunas cosas que no están en el menú.

—Vas a matarlo. —No era una pregunta. Si Katia recordase, seguramente pensaría lo mismo que su hija.

—Casi lo hago delante de ella. —Miré uno de mis puños, despellejado y enrojecido. Tasha no necesitó más explicación, solo asintió.

—¿Quieres darle espacio? ¿O es porque tienes que encargarte de Rahman en este momento? —Tasha entendía perfectamente la situación en la que me encontraba.

—Las dos cosas.

—Bien, entonces iré con ella. —Señalé la puerta a mi espalda, daba al despacho en el que quince minutos antes había dejado a Katia con un «enseguida vuelvo». Era la primera vez que la mentía desde… ya ni lo recuerdo. No pensaba volver.

—Estaré localizable para lo que necesites. —Alcé mi teléfono para darle más énfasis. Ella asintió otra vez antes de enfilar hacia la puerta, aunque pareció pensárselo mejor y se volvió de nuevo hacia mí.

—Que sufra. —Esta vez el que asintió fui yo.

¿Sufrir? Iba a dedicarle un tratamiento especial a ese desgraciado. Nadie juega con un Vasiliev, y mucho menos le pone una mano encima a una de nuestras mujeres. No sin pagar un alto precio por

ello.

Catalina

La chaqueta no era suficiente para darme calor, no en aquel cuarto que se había vuelto más frío desde que Viktor salió. Esperaba ansiosa a que regresara, no quería estar sola precisamente en este momento. Lo necesitaba aquí, aunque al mismo tiempo necesitaba que me diera mi espacio.

Tenía que procesar todo lo que había ocurrido en el almacén y no quería estar sola mientras lo hacía. Como si el destino hubiese escuchado mis súplicas, la puerta del despacho se abrió en ese momento. No, no era Viktor, pero el rostro que se acercaba también podía servirme.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tasha mientras se acercaba a mí.

—Solo un poco de molestia en la garganta, pero estoy bien. —Se puso a mirar mi cuello como si fuese un médico que examina a su paciente.

—Lo tienes un poco rojo. —Recordar a ese tal Rahman apretándome la garganta me hizo sentir un escalofrío.

—Él acabó peor. —Intenté sonreírle como para darle un toque de broma. Como respuesta me sentí envuelta en un agradable abrazo.

—Ahora todo está bien. —Ella no había estado allí, no podía saberlo.

—Él… —Si no llego a detener a Viktor… podría estar muerto.

—Esa alimaña no merece vivir. —Estaba de acuerdo con ella. Pero si Viktor llega a matarlo, le destrozaría la vida, iría a prisión por asesinato. Él no soportaría vivir enjaulado el resto de su vida, y yo no podría verlo así, me destrozaría, lo sabía.

—¿Dónde está Viktor? —Necesitaba verlo.

—Encargándose de Rahman. —Sentí un escalofrío al escuchar su nombre.

—No puede morir.

—No te preocupes, en el hospital se encargarán de su recuperación, aunque no se lo merece.

—Hay que llamar a un abogado para tu padre, no puede ir a la cárcel por defenderme de ese degenerado. —Aferré su brazo con fuerza, como si así pudiese obligarla a ayudarme con esa tarea.

—Papá no es tonto, ya está movilizando a todo el mundo. —Sus ojos me observaban directamente como diciéndome «Eh, por él yo estoy aquí».

—Necesitará que dé mi testimonio. —Me puse en pie, decidida a rememorar aquella noche si con ello podía salvar a Viktor.

—Paso a paso, mamá. Dejemos que los que saben de esto vayan

marcando el camino. Si necesitan tu testimonio, te llamarán.

—Está bien —le concedí, pero no volví a sentarme, no estaba tranquila. Tenía que ver a Viktor, asegurarme de que se encontraba bien. Golpear a ese hombre hasta casi la muerte le había cambiado, lo notaba.

—Será mejor que te lleve a casa, necesitas descansar. —La observé mientras se levantaba del sofá. Tenía que concederle eso, ella sabía que el día siguiente podía ser un día duro. Declaraciones, abogados, policía…

—Toma antes algunas fotos de mis lesiones, servirán como pruebas para la defensa. —Tasha hizo leve gesto con sus labios, aunque no dijo nada. Seguramente no habría caído en que las necesitaríamos, o puede que no sirvieran de mucho.

Sacó su teléfono y empezó a sacarme fotos desde varios ángulos y distancias. No puedo decir que no se lo tomase en serio.

—Listo. Ahora te llevaré a casa, seguro que quieres darte una ducha. —Me arrebujé un poco más dentro de la chaqueta. Sí, quería quitarme de encima todo lo que me recordase a lo que había pasado. ¿Se enfadaría Viktor si quemaba el vestido? Mejor lo metía en una bolsa por si lo necesitaban como prueba.

—De acuerdo.

No hablamos mucho durante el viaje, yo estaba algo abstraída en mis pensamientos y Tasha parecía entender que necesitaba esa privacidad.

Cuando atravesé la verja principal de la finca, tuve una sensación como si el aire a mi alrededor cambiara, como si llegar al hogar me diese esa seguridad y esa calma que llevaba necesitando desde que Viktor se fue. Él siempre había cuidado de mí, dentro y fuera de casa. Mi primer destino no fue mi habitación, sino la cocina, algo que extrañó a mi hija.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —dijo a mi espalda mientras yo rebuscaba en los armarios.

—No, solo necesito una bolsa para meter mi ropa. Otra prueba. —Ella asintió y se dirigió a la despensa, de donde regresó con un rollo de bolsas para la basura.

—Lo tengo. Ahora vamos a por esa ducha. —Me acompañó a mi cuarto y de allí al baño. La enorme bañera del fondo llamó poderosa mi atención. Estaba claro que era un *jacuzzi*, lo digo por los orificios de los laterales. Aunque no me apetecían las burbujas, sí que me moría por sentir el agua muy caliente envolverme. Mis pies me llevaron hasta ella de forma automática—. Tienes razón, mucho mejor un largo baño —dijo detrás de mí.

—Muy caliente —añadí.

Abrí el grifo mientras ella ponía el tapón. Para mi sorpresa, el agua

salió enseguida a la temperatura perfecta. Aunque en aquella ocasión yo necesitaba más calor, quería quemar todo lo que aquel hombre había dejado sobre mi piel.

—Ve quitándote la ropa, yo traeré las toallas.

Obedecí mansamente. Metí la ropa y los zapatos en dos bolsas.

Con cuidado me metí en el agua, sintiendo como mi cuerpo protestaba por la temperatura, pero al mismo tiempo como mi alma se calmaba.

—Aquí te dejo las toallas. Me llevo la ropa. Si necesitas cualquier cosa estaré por aquí cerca. —Se fue, dejándome de nuevo sola, pero esta vez era lo que quería. El calor se llevaría la tensión de mi cuerpo, me relajaría.

Capítulo 46

Viktor

Enfoqué una vez más la cámara del teléfono y accioné el obturador para sacar otra foto. Ya tenía un buen juego de ellas. ¿Serían suficientes? Tenía de demostrarle a Katia que Rahman seguía vivo, que no me lo había cargado. Llenarle de vendas y rodearle de aparatos médicos podía servir para fabricar una buena recreación, pero yo necesitaba que se viera tan real como era. Aquella cara llena de abrasiones y moretones no podía fingirse.

—Es menos de lo que parece —dijo una voz a mi espalda. Era Pamina, la médica de traumatología y mi sobrina política.

—Con que esté vivo es más que suficiente. —Apreté los puños para contenerme, ambos queríamos terminar el trabajo, pero no podíamos.

—Normalmente no preguntaría pero… ¿qué hizo para que lo odies tanto y al mismo tiempo quieras salvarlo?

—Intentó violar a Katia. —Escuché su súbita inspiración a mi lado.

—He hecho un juramento hipocrático, pero puedo mirar a otro lado si decides terminar lo que empezaste. —Me gustaba su forma de pensar, pero había algo que me lo impedía.

—No puedo dejar que muera, Katia estaba presente cuando lo dejé así. —Dejaría que ella misma sacara sus propias conclusiones, aunque seguramente no entendería mis argumentos. Ella no estaba allí, ella no vio el monstruo en que me convertí, Katia sí.

—Entonces cuidaremos de él hasta que se recupere. —Le agradecí con un movimiento de cabeza y después me retiré.

Mientras salía por la puerta le envié un mensaje a Tasha, quería tener noticias de Katia, de su estado. Lo sé, soy un idiota, podía llamar directamente, pero todavía era demasiado pronto para eso, aún no estaría preparada. Además, este tipo de asuntos había que tratarlos en persona. Estaban en nuestra casa y Katia se estaba dando un largo baño caliente. Lo necesitaba.

Igor estaba parado al final del pasillo. Sin su chaqueta, la cartuchera y su arma destacaban sobre su camisa como un avión amarillo fosforito en mitad del JFK.

—Nos vamos a casa. —Él asintió conforme.

—He dejado un par de equipos, nadie entrará solo en esa habitación, habrá un vigilante dentro las 24 horas. —De momento sería suficiente.

—Bien.

La tensión no me abandonó en ningún momento, ni siquiera

cuando llegué a casa, entré en nuestro dormitorio y escuché el chapoteo del agua al otro lado de la puerta del baño. Tasha me había dado el relevo en silencio. No preguntó, solo señaló con la cabeza hacia el baño y yo comprendí. Era el momento de ocupar mi sitio.

Me senté sobre el colchón, frente a la puerta por la que tenía que salir Katia, enfrentándola sin esconderme. Era el momento de hablar sobre lo ocurrido, o quizás no, ella sería la que decidiera.

Los ruidos que se oían me decían que ella estaba saliendo de la bañera. Pronto vendría a la habitación. Apreté el teléfono en mis manos, aferrándome a las pruebas que tenía. No había estado tan nervioso desde mi primer examen en la universidad. No porque fuese difícil, sino porque por aquel entonces era muy consciente de la responsabilidad que suponía una buena nota. No era suficiente con un aprobado, tenía que conseguir un sobresaliente.

Pero ahora tenía entre manos una prueba aún más difícil, un examen con solo dos resultados posibles: o pasaba o caía. Lo primero me daba una nueva oportunidad, lo segundo me sacaba del juego para siempre. ¿Me habría perdonado Katia?

—Viktor. —Mi nombre escapó de su boca como un lastimero susurro, lo que me puso aún más alerta. ¿Asustado? Como nunca.

—Tengo algo para ti. —Le tendí mi teléfono, donde se veía la cara de ese desgraciado. Tenía mejor aspecto que cuando se lo llevaron del almacén, o al menos me lo parecía a mí. Supongo que era porque tenía menos sangre encima.

Ella lo observó unos segundos. Escuché un suspiro, pero no me atreví a mirarla. Al menos ella se sentía aliviada.

—¿Cómo te sientes? —Alcé la cabeza para afrontar su mirada, era un Vasiliev, esconderme no estaba en mi ADN.

—Tendría que decir que avergonzado por lo que viste, pero no puedo. Él te estaba lastimando, y quería… —tragué saliva— quería abusar de ti delante mis ojos. No podía permitirlo.

—Casi lo matas. —Sus ojos me miraban con dolor. Sabía que yo era el causante de ello.

—Lo siento. Nunca he perdido el control de esa manera. Pero algo se apoderó de mí cuando lo tuve a mi alcance, algo salvaje y primitivo. No podía dejar escapar a ese desgraciado. —Esperé a que ella dijese algo, pero no lo hizo, así que continué con mis disculpas—. Lamento que vieras esa parte de mí, me duele que me tengas miedo por ello.

—Oh, no. —Sus brazos me aferraron con cuidado—. No tengo miedo de ti, Viktor, sino de las consecuencias de lo que hiciste. Si llegas a matarlo… Si él hubiese muerto te habrías enfrentado a una acusación por asesinato. Irías a la cárcel, Viktor. ¿Y si te condenan a muerte? —¿Estaba preocupada por lo que podría pasarme a mí? ¿Su

miedo era por mi destino?

—No va a ocurrir. —Tiré de ella y la senté sobre mis rodillas, sus brazos seguían rodeando mi cuello con delicadeza.—. Para que exista una condena primero tiene que haber un juicio, y para que haya un juicio tiene que haber una acusación o demanda. Rahman no presentará denuncia, es una víbora que trataría de sacar beneficio de otra forma. Él siempre ha querido que trabajásemos juntos, ese es el motivo por el que está en Las Vegas, está muy interesado en que una de nuestras compañías gestionase sus activos.

—¿Quieres decir que no irás a juicio? Pero eres un hombre importante, cualquier fiscal querría hacerse famoso a tu costa. —Ella sabía más de lo que pensaba, aunque no todo.

—Nado entre tiburones a diario, Katia. Sé cómo salir victorioso de cualquier negociación. Y si se pone complicado, siempre tengo a mi hermano para los temas legales. Rahman no será un problema. —Ella soltó un pesado suspiro que liberó la tensión de su cuerpo. Ahora sí, ella alejó su miedo. Sentir su cabeza apoyada sobre la mía me dio fuerza. Descubrir lo que pensaba me había liberado.

—Guardé la ropa en una bolsa por si necesitabas pruebas de la agresión. Ya sabes, para la defensa. —La estrujé un poco más contra mi cuerpo. Al igual que aquella primera vez, ella trataba de protegerme de la manera que podía.

—La pondré a buen recaudo, por si se pone tonto durante la negociación. —Tenía que darle eso, creer que realmente ese gesto podía ayudarme. ¿Necesitarlo? Para lo que estaba maquinando mi mente diabólica no lo sería.

—Ha sido una noche muy larga, ¿nos vamos a dormir? —Se puso en pie y me tendió la mano.

—He estado esperando escuchar eso todo el día. —Tomé su mano para levantarme.

Hay algo mejor que el sexo con la persona que amas, mucho mejor que saber que ese amor es correspondido, y es sentir en tu propia piel que esa persona está a tu lado, que su calor te envuelve, que está sonriendo porque es feliz contigo y que dejará al margen todo para cuidar de ti, para protegerte. Un niño puede entenderme, el amor de una madre te da todo eso. Yo lo había conseguido de nuevo y me lo estaba dando Katia.

El sueño pronto llegaría, con Katia en mis brazos. ¿Por qué sonreía? Porque ya sabía cómo iba a terminar mi venganza. Oh, sí, iba a negociar con Rahman, pero no como Katia supondría. Un par de días, eso le iba a dar para su recuperación, y después lo trasladaría hasta el crematorio donde se incineraban los residuos del hospital. Lo sentaría dentro del horno, maniatado, junto al vestido que Katia había guardado y un bisturí para que se soltase las ataduras.

Dejaría la puerta medio abierta mientras le explicaba lo que iba a suceder, para que fuese consciente de que iba a morir allí. Se había metido con el hijo del diablo, tenía un pasaje directo al infierno.

Iba a quedarme allí, observando por el pequeño ventanal cómo ese desgraciado gritaba de pánico, golpeaba las paredes tratando inútilmente de salir. Vería las llamas que lo abrasaban mientras sus gritos de dolor se ahogaban en el vacío de la cámara. Espera, si le dejaba un arma cortante podría suicidarse antes de que empezase todo el martirio. Cambio de plan, le ataría las muñecas con una lazada para que pudiese liberarse tirando del cordón con los dientes. Sí, mucho mejor. Estaría sedado durante el trayecto y esperaría pacientemente a que despertase una vez dentro del horno. Sí, el plan cada vez me gustaba más.

No soy precisamente un sádico, no disfruto con el sufrimiento ajeno, pero hay ocasiones en que devolver el dolor que he padecido me libera de alguna manera de ese sufrimiento. Y, ¡qué demonios!, soy el jefe de la mafia rusa en Las Vegas, tengo una reputación que mantener.

Y en cuanto a sus hombres… Bueno, ellos solo cumplieron con las órdenes, sería benévolo con ellos. ¿Qué tal entregarlos a sus enemigos? El karma al final te devuelve todo lo que has hecho, era mi momento de echarle una mano.

Capítulo 47

Catalina

Tenía que ir al baño a responder a la llamada de la naturaleza, pero es que no podía apartar la mirada de este hombre. Incluso dormido parecía magnífico. Emanaba poder por cada fibra de su ser; control, dominio, lo tenía todo. Casi podía imaginármelo llegando al despacho oval y que el mismísimo presidente de los EE. UU. le cediese el puesto. Y Viktor podría dirigir este país, vaya que sí.

—Como sigas mirándome así tendré que hacer algo al respecto. —No había movido más que sus labios, seguía con los ojos cerrados y el rostro relajado, pero así era él, alerta incluso dormido. ¿Podría sorprender a un hombre como él? Estaba claro que sí podía sacarle de sus casillas, pero no era lo que buscaba. Yo quería…

—Cásate conmigo. —Sus ojos se abrieron súbitamente, mostrándome esos ojos color azul hielo cuya intensidad cada día me subyugaba más.

—Pero si ya estamos casados —me recordó.

—No, con quien estás casado es con la vieja Katia. Y es la Cat de ahora la que te está pidiendo matrimonio. Somos mujeres distintas, o la misma, pero con vivencias diferentes, que es como decir que no somos la misma. —Viktor fingió meditarlo

—¿Quieres convertirme en un polígamo? —Mi mano salió disparada contra su pecho antes de darme cuenta. En menudo momento se ponía a bromear.

—Lo digo en serio, idiota. —Su cuerpo se sacudía por las carcajadas, pero finalmente dejó de hacerlo.

—Así que quieres volver a casarte conmigo.

—Para ti puede ser la segunda vez, pero para mí será la primera. —Su expresión cambió, como si de repente se hubiese dado cuenta de que aquella experiencia no solo era nueva para mí, sino muy importante.

—De acuerdo, me casaré contigo. Pero tienes que saber una cosa.

—¿El qué?

—La tú de ahora no es muy diferente a la tú del pasado. Ella también fue la que me propuso matrimonio. —Abrí la boca, sorprendida.

—¿En serio? —Viktor saló de la cama con rapidez.

—No, pero sí que adelantaste la fecha de la boda porque no querías esperar. —El muy ladino estaba huyendo para que no volviese a golpearlo por tomarme el pelo.

—Vuelve aquí, cobarde —le acusé.

—No puedo, tengo que hablar con la organizadora de bodas. —Desapareció por la puerta del baño, pero sabía que podía oírme, solo tenía que alzar un poco más la voz.

—Eso se supone que lo hacemos las chicas —grité.

—Y los chicos los que hacen la proposición de matrimonio, pero eso parece que ha cambiado, ¿verdad? —Pues tenía razón.

—Tenemos tiempo para preparar la boda —grité, pero el ruido de la ducha me dijo que no podía escucharme.

Sí, le había pedido matrimonio a mi marido, una locura, pero ya que no me acordaba de nuestra primera boda, al menos me gustaría tener algo que ver en la segunda. Era un nuevo recuerdo, y quería atesorarlo toda la vida. Entré en el baño, dispuesta a decirle que yo también quería hablar con esa organizadora, cuando topé con su cuerpo desnudo bajo el agua. No acabaría de saciarme de una vista como aquella. No era un jovenzuelo, ni siquiera un hombre de 30, pero su cuerpo todavía era tentador y muy apetecible. Hay que ser mujer para entenderme.

Abrí la puerta de vidrio para entrar en aquella ducha. El agua salpicó mi cuerpo, pero apenas noté mucha diferencia de temperatura, porque mi piel ya estaba caliente. Él no se había percatado de mi presencia, por lo que observarlo mientras se frotaba con el jabón era un deleite al que no quería renunciar.

—¿Vas a hacer algo o lo tengo que hacer yo? —El muy canalla sí que sabía que estaba allí. ¿Enfadarme? Desear a un hombre y que este esté dispuesto no es algo por lo que enfadarse.

Sonreí como el gato que se iba a comer al ratón, aunque más bien, era el gato que iba a comerse al león. Oh, sí, eso sentaba mucho mejor.

Viktor

Tenía a Katia sentada en mi regazo mientras observábamos la cara estupefacta de Lena en el monitor frente a nosotros. Adoraba la tecnología que me permitía mantener una charla con mi hermana mientras tenía el trasero desnudo de mi mujer sobre mi ingle. La conversación iba a ser realmente corta.

—¿En serio? —preguntó incrédula mi hermana.

—Totalmente —le confirmé.

—¿Y habéis pensado en mí como la primera vez? —Sus ojillos comenzaron a brillar ilusionados. Oh, mierda, ya sabía que acababa de abrir la caja de Pandora.

—¿La primera vez? —repitió Katia mientras me miraba.

—Ah, sí. ¿No te comenté? Ella se encargó de todo en nuestra boda. Es más, diría que es la organizadora oficial de las bodas de todos los

miembros de la familia. —Katia alzó una ceja interrogativa.

—Se me dan bien las bodas exprés. —Aunque no me gustase inflar el ego de mi hermana, tenía que concederle que efectivamente era así.

—¿Cuánto tardarías en tenerlo todo preparado?

—Todo depende de la disponibilidad de los novios —se dio unos golpecitos en los labios con el índice mientras hacía mentalmente el cálculo—,, pero supongo que para esta misma tarde. ¿Cómo estáis de agendas? —A Katia se le cortó la respiración de la sorpresa.

—¿Hoy?

—Es domingo, tú no tienes que ir a trabajar —le recordé. Su ceño se frunció al mirarme.

—Ya, pero las tiendas cierran. ¿Cómo vamos a…? —Su pregunta quedó a medias, porque Lena no le dejó continuar.

—Olvidas que nuestra familia tiene contactos, muchos contactos.

—¿Y podrás conseguir un vestido de novia? —Pude ver una de las cejas de Katia alzadas mientras preguntaba, esta listilla no se hacía idea.

—¿No entras en el de la primera vez? Seguro que lo tenemos guardado en algún sitio. —Hice ademán de levantarla para ponerme en pie, ella no me dejó.

—Normalmente no le hago ascos a reutilizar, pero entiende que esta vez no va a ser posible. —Lo dijo con los dientes apretados y de forma amenazadora. Traté de hacerme el despistado.

—¿Por qué? Te quedaba genial.

—Precisamente por eso —respondió dándome un golpe en el hombro. Iba a romperse los dientes si seguía apretando.

—Tu esposa tiene razón, Viktor. Va a tener un vestido de novia nuevo. —Katia asintió satisfecha sin dejar de clavarme su mirada amenazadora.

—Está bien, lo que mi tesoro quiera, lo tendrá. —Besé su mejilla como un chico bueno.

—Perfecto, iré haciendo algunas llamadas. Tú ve desempolvando el esmoquin. Estaré allí en media hora para recoger a la novia. Tenemos mucho que hacer. —Lena colgó la llamada sin decir adiós. Si tuviera que apostar, diría que ya tenía el menú pensado, los adornos y el lugar. Con los invitados no habría problema.

—Tendrás que llamar a tu madre —dije mirando a Katia. La vi dudar durante un par de segundos.

—Y tendré que invitar a…

—Sam —terminé por ella—. Si no quieres hacerlo... Supongo que lo entenderá.

—Claro que voy a invitarle, es el marido de mi madre. Es que… —Sus dientes atraparon su labio inferior antes de continuar—. Es que no he tratado con él, ni con la mayoría de tu familia. Me siento mal por

no haberlo hecho, y ahora voy y les invito a mi boda. Se supone que esto es una celebración para compartir con aquellos a los que quieres, pero yo apenas los conozco. —Ahora entendía.

—Pero ellos sí que te conocen a ti. Y no te preocupes, nada como un poco de alcohol para hacer que una persona te cuente su vida. Cuando termine la fiesta los conocerás muy bien a todos, quizás demasiado. —Nada como un poco de alcohol para desterrar la vergüenza.

—Vale —dijo no muy convencida. Tenía que sacarle esa idea de la cabeza, y la mejor forma era hacerla enfadar o hacerla reír, preferiblemente ambas cosas.

—¿Estás segura de que no quieres probarte tu viejo vestido de novia? —Empecé a tirar de ella hacia las escaleras—. Seguro que está guardado en alguna parte.

—¡Viktor! —Dio un fuerte tirón a mi mano para detenerme, algo que permití—. En veinticinco años el cuerpo de una mujer cambia, no entraré en ese vestido. —Su mirada mostró inseguridad, demasiada para una mujer fuerte como ella.

—Tienes razón, ahora tienes más carne que agarrar en los lugares perfectos. —Aferré sus caderas para acercarla a mi cuerpo. Una de mis manos se deslizó hasta el trasero para aferrarlo con fuerza. Si no entendía esa insinuación es que estaba haciendo mal mi trabajo.

—Eres un chico malo. —Sus brazos rodearon mi cuello, al tiempo que aparecía una sonrisa traviesa. Sí, me había entendido.

—Por eso me quieres.

Capítulo 48

Catalina

Definitivamente, todos los que llevan el apellido Vasiliev eran iguales. Esta familia era, es, tan intensa… Ver a Lena organizando desde un teléfono a media ciudad, uf, era como ver una mezcla de general militar organizando las tropas para la próxima batalla con el *glamour* de la directora de Vogue. ¡Ah!, eso sí, con el toque personal de los Vasiliev. No sé cómo explicarlo, hay que vivirlo para entenderlo.

—¡Auch! —Sentí un pinchazo en el costado.

—No se mueva, señora Vasiliev. —Gloria, la joven que estaba ajustando mi vestido, me recriminó con más energía de la que sería educada tener con un cliente. La comprendía, la estaban haciendo trabajar un domingo por mi culpa. Normal que me odiase.

—No seas dura con mi madre, Gloria. —Le recriminó con una sonrisa mi hija Tasha.

—Es que no se queda quieta —dijo exasperada la modista—. Así no puedo conseguir que quede perfecto, saldrán arrugas, y yo no puedo presentar un trabajo en esas condiciones. —Así que era eso, si no quedaba bien afectaría a su reputación.

—Intentaré no moverme. —Era todo lo que podía prometerle, pero es que era tan difícil no dejarme arrastrar por el ajetreo que me rodeaba…

—Gloria, cada día te superas. —La voz de Lena mostraba veneración absoluta. Sus ojos admiraban cada detalle de mi vestido mientras nos observaba desde el otro lado de la pequeña habitación—. Es perfecto.

—El mérito no es mío, sino del diseño. —Trató de quitarle importancia a su trabajo. La mujer llevaba veinte minutos retocando las distintas piezas aquí y allí, ajustando costuras, bajos, detalles en los que yo no me habría fijado, pero que al cambiarlos hacían que la prenda realzase mi figura un poquito más, o que desapareciese algún pliegue desfavorecedor. Poco a poco estaba transformando la pieza, o mejor dicho, puliéndola, porque al principio ya era perfecta.

—No te quites medallas, Gloria. El patronaje y el corte ha sido cosa tuya. —Nika, mi sobrina, hija de mi amiga Robin y diseñadora de la empresa que dirigía junto con mi hija y otro de mis sobrinos (sí, todo queda en familia), estaba tomándose un merecido café mientras supervisaba el trabajo de Gloria.

—Todavía estoy alucinando con la velocidad que lleva. Porque lo estoy viendo, si no, no me lo creería —le alabó Tasha.

—Rápida e impecable, esa soy yo. ¿Merezco una subida de sueldo? —Mi cabeza giró hacia Tasha, las dos esperábamos su respuesta.

—No te pases, confórmate con una prima por este trabajo extra. —Dicen que los hijos tienen la mitad genética de cada progenitor, pues en aquel momento estaba viendo la parte de su padre. Ella sí que sabía intimidar con una sola mirada.

—Tenía que intentarlo. —Gloria alzó los hombros en señal de rendición. Tenía que reconocer que la chica tenía agallas.

—Siento interrumpir, pero este pequeño necesita a su madre. —Drake, el marido de mi hija, traía en brazos a un lloroso Valentín. ¿Alguna vez han visto a un pequeño hipando después de un berrinche? Es como una secuela que deja un llanto desconsolado y prolongado.

—Ven con mami, cariño. —El pequeño estiró los brazos hacia su madre como si fuese el último salvavidas del Titanic—. Siento haberte dejado solo. —Esa frase no era para su pequeño, sino para el receptor de su beso: Drake.

—Nos hemos apañado bastante bien sin mami, al menos hasta ahora. Hay cosas que un hombre no puede hacer. —Sus ojos se desviaron ligeramente hacia los pechos de Tasha. ¿No había oído hablar de los biberones?

—Donde esté lo natural que se quiten los biberones, ¿verdad que sí, mi amor? —Vaya, acababa de obtener mi respuesta. ¿Quién lo diría? Una mujer moderna que prioriza la buena alimentación de su bebé por encima de un poco de libertad. Aunque…

—¿No congelas leche para estas ocasiones? —La tecnología estaba para servir al hombre, solo había que saber utilizarla correctamente.

—Esta tripita tiene problemas de gases, el biberón no ayuda precisamente a aliviarlos. —Tasha se había sentado para amamantar a Valentín. No se sentía incómoda por mostrar su pecho, y sabía por qué, todas éramos mujeres, que alguna la observase con cara de boba no quería decir que la estuviésemos criticando por sacarse un pecho. Bueno, también estaba Drake, pero era su marido, él ya estaría acostumbrado a ver esa parte de su cuerpo. Aunque por su forma de mirarle una no estaba segura si estaba embobado viendo como amamantaba a su hijo, o si echaba en falta el contacto con esa parte de ella.

Inconscientemente acaricié mi vientre. Hubo un tiempo en que yo estuve en aquella misma situación. Fui madre. Olvidar esa parte de mi vida era duro. Vale, seguramente habría tenido unas ojeras terribles como las suyas, señal inequívoca de que dormía poco y mal, pero pasaría otra vez por ello si el resultado fuese tener una pequeña criatura como esa en mis brazos.

—Bueno, creo que ya está. ¿Qué os parece? —Todos giraron la

cabeza para mirarme, o mejor dicho, para mirar mi vestido.

—No quiero parecer una envidiosa, pero yo también quiero volver a casarme —dijo Lena con una sonrisa en los labios.

—Renovación de votos —aclaró alguien.

—Lo que sea. —Lena dio un manotazo al aire para quitarle importancia.

—Para el próximo espero que me deis un poco más de tiempo. —Gloria no se aventuró a mirar directamente a Lena, sino a Nika. Podía entender por qué, y no porque Nika fuese su jefa, sino porque Lena era mucha Lena, imponía, aunque pareciese ser una persona afable y cercana en aquel momento.

—No prometo nada —dijo Nika como si supiese que no podría satisfacer la petición de su empleada. Si algo había aprendido de esta familia era que no dejaban las cosas posarse. Actuaban rápidamente, casi sin darte tiempo a acostumbrarte a cada cambio. Al menos Viktor era así. ¿Quejarme? De momento no, me estaba acostumbrando a este ritmo.

—¿Cuánto tardarás en tenerlo terminado? —preguntó Lena.

—Son pocos cambios, así que supongo que una hora —calculó Gloria.

—Bien, pues ve quitándoselo, tenemos que ir al hotel. Nos queda peluquería, maquillaje… —enumeró Lena.

—¿Podemos hacer un hueco para comer? Estoy muerta de hambre —interrumpí. Mis tripas gruñeron con aprobación.

—Comida y ducha cuando llegues a la habitación. —Ahí estaba el coronel.

—Entonces démonos prisa, no quisiera desmayarme por el camino. —Miré a Gloria pidiéndole perdón, pero el hambre es lo que tiene.

—No te hagas muchas ilusiones, será un tentempié ligero, lo justo para que llegues hasta el altar y digas sí quiero. —Mis piernas temblaron al pensar en ello. No lo de comer poco, sino el estar frente a Viktor y decir mis votos.

—Ya estoy salivando por la tarta —dijo Drake en un susurro un poco alto.

—Entonces sal de aquí, el tiempo apremia. —Lena empezó a empujar al único hombre fuera de la habitación, lo que me hizo soltar una gran carcajada. Con cada minuto que pasaba con todos ellos, más me alegraba de pertenecer a esta familia. Todos sabían cómo disfrutar de la vida.

Con una rapidez fruto de la práctica, Gloria retiró el vestido de mi cuerpo y se lo llevó con cuidado. Mi ropa cayó de nuevo en mis manos, seguramente arrojada por Lena.

—Vamos, vamos —me apremió. Solté un bufido exasperado.

—Me estás estresando —le acusé.

—Encima de que te estoy ahorrando semanas de nervios. Qué desagradecida —dijo con fingida afectación.

—Ya, pero lo estás concentrando todo en unas pocas horas. No sé si abandonaré por el camino. —Lena me miró con una diabólica sonrisa traviesa.

—Oh, no lo harás. Porque solo tendré que recordarte que después vendrá la noche de bodas. —Sus cejas se alzaron sugestivamente un par de veces.

Solo pensar en Viktor y lo que implicaba esa noche de bodas, hizo que mi cuerpo explotara en llamas. Esta mujer sí que sabía cómo motivar.

Capítulo 49

Viktor

Llegaba tarde, pero se lo perdonaría, porque la espera merecía la pena. Bajé de nuevo el brazo para dejar que la manga de mi esmoquin se asentara nuevamente.

—No se va a echar atrás, tranquilo. —Giré la cabeza hacia mi derecha, donde la sonrisa pícara de mi hermano me decía que le encantaba provocarme. Roté los hombros, en parte para aliviar la tensión y en parte para enderezar mi espalda.

No me entusiasma vestirme de pingüino, pero por ver a Katia devorándome con la mirada merecía la pena. No sé lo que tiene el esmoquin para las mujeres, pero si les excita, bienvenido sea.

—No estoy preocupado por Katia, es por Adrik. —Andrey alzó una ceja interrogativa.

—¿Adrik? —Era mi momento de devolvérsela.

—Trae la tarta desde Chicago. —Ser un maniático controlador, obsesionado con saberlo todo, es lo que tiene. Lena podría organizar la boda, pero yo estaba pendiente de cada detalle, necesitaba saberlo todo.

—Esa tarta merece un avión privado. —Eso hice, traer a mi hijo y a esa tarta en un avión privado. Lo sé, es un derroche gastar ese dineral en una tarta que puedo encontrar muy similar aquí, en Las Vegas, pero es que era la favorita de mi mujer, y yo vivo para darle placer a mi Katia, y ya de paso, traer a nuestro hijo a la boda de sus padres. El dinero es para estas cosas, para gastarlo no en fruslerías, sino en hacer feliz a los tuyos. Con Katia descubrí hace tiempo que los regalos caros le eran prácticamente indiferentes, pero los que tenían un significado especial la enamoraban.

—Lo sé. —Vi a alguien entrar en la sala con paso acelerado. No necesitaba distinguir su cara para saber de quién se trataba. Su manera de andar ya me advirtió de que era mi hijo. Venía enderezándose la pajarita, como si se hubiese estado peleando con ella todo el camino.

—Lo tuyo sí que es llegar con el tiempo justo —le recriminó en broma mi sobrino Dimitri.

—Lo importante no es llegar, sino hacer una buena entrada —le dijo mientras pasaba por delante de él. Cuando me alcanzó, alcé las manos para ayudarle con aquel engendro del demonio que la moda nos obliga a atarnos al cuello. Adrik dejó mansamente que le ayudase con la tarea. Nos parecíamos demasiado, sobre todo en este tipo de cosas; los dos odiábamos las corbatas, o en este caso, pajaritas; para el

caso, es el mismo objeto de tortura, aunque con un diseño diferente.

—¿Todo bien por Chicago? —No le estaba preguntando si había tenido problemas para conseguir la tarta, sabía que de eso se había encargado mi buen amigo Alex. Lo que le preguntaba era qué tal su vida allí, si se estaba adaptando al cambio. No solo era una ciudad nueva, era el clima, eran los compañeros de trabajo y era… Mejor dejaba que él me contase.

Nuestras miradas se cruzaron, dejándome ver lo que ya sospechaba. Había algo más en Chicago, algo que lo habría alejado de nosotros tarde o temprano, o mejor dicho, alguien. Sospechaba quién era, pero no diría nada. Nada más hermético que un Vasiliev y su corazón.

Teníamos una extraña maldición en la familia, y era pelear con uñas y dientes para mantener nuestro corazón a salvo. Pero cuando alguien lo atrapaba, alguien extraordinario, no cambiábamos a esa persona por ninguna otra. No tenía que ser valiente, inteligente o fuerte. Hay algo especial en el corazón de esa otra persona. Como decía, cuando atrapan el nuestro es imposible escapar. Como ocurre con Katia, no podría ser feliz si no es con ella a mi lado, y lucharé con todas mis fuerzas para conservarla. Lo más difícil fue darme cuenta de que ya estaba perdido. Mi cabeza se negaba a ceder, pero mi corazón ganó la batalla.

En esta familia lo que nos hace diferentes es el corazón, porque peleamos hasta conseguir lo que queremos, no nos rendimos, y no es nuestra fuerza lo que nos mantiene en pie, sino la determinación. Como escuché una vez, no se trata de poder, sino de querer.

—Con algo de frío, pero bien. —No nos dijimos más, él no quería hablar y yo lo respetaba—. Ella recuerda… —No terminó la frase.

—Desde aquella noche en casa no ha vuelto a evocar imágenes del pasado. O al menos eso creo, no me ha comentado nada al respecto. —Adrik asintió mientras procesaba la información que acababa de darle.

—Así que la boda…

—Me pidió matrimonio, no podía negarme. —Sonreí feliz, recordando ese momento.

—Eso significa que la volviste a enamorar. —Mi pecho se infló como el de una fragata en época de apareamiento. ¿No la conocen? Es esa ave que infla una enorme bolsa roja bajo el pico que cubre casi todo su pecho, casi diría que el pajarraco duplica su tamaño con ese saco de piel. Pues así me sentía yo, el animal más grande de toda la habitación.

—Todavía conservo mi seductor encanto. —Esas fueron mis palabras, pero en mi cabeza estaban las largas sesiones de buen sexo con las que sabía que la había seducido.

—Solo espero tener la misma energía que tú a tu edad, viejo. —A mi hijo le gustaba provocarme.

—No, lo que deseas es que sea genético para poder cumplir como todavía sigue haciendo el abuelo. —No conocía a muchas parejas de más de 75 que siguieran manteniendo ese tipo de actividad de la misma manera que mis padres.

—Prefiero esa herencia a una cuenta con algunos ceros. —Su sonrisa diabólicamente traviesa me decía que podría decirlo en broma, pero era muy cierto.

El Cannon de Pachelbel empezó a sonar a nuestro alrededor, era la señal que llevaba todo el día esperando.

Catalina

—¿Estás lista? —Mamá apretaba mis manos con demasiada fuerza, pero no iba a quejarme.

—Lo estoy —le aseguré.

—Estás preciosa. —Me sentía preciosa.

—Será mejor que vayáis a sentaros con los demás invitados. —Miré a Sam, que esperaba un paso detrás de mamá.

—Vamos, Candy. —Tomó la mano de mamá y se la llevó a la sala de ceremonias. Miré a mi espalda, donde el guardaespaldas de mi marido vigilaba en silencio. Podía ver como sus labios dibujaban una pequeña sonrisa. A él también le emocionaba esta boda, no podía negarlo.

La música empezó a sonar. Era mi señal para entrar en aquella sala. Sola. Una idea loca golpeó mi cabeza, ¿por qué tenía que entrar sola? Rebusqué el nombre de mi custodio en mis recuerdos.

—¿Igor? —Él se acercó rápidamente hacia mí, dispuesto a cumplir con aquello que le pidiera.

—Señora Vasiliev.

—¿Podrías conseguir que mi hijo venga? Necesito que alguien de mi familia me entregue. —Le sorprendió la petición, pero enseguida su sonrisa creció un poco más.

—Por supuesto, señora Vasiliev. —Sacó su teléfono, marcó y…—Adrik, tu madre necesita que vengas enseguida, quiere que la lleves al altar. —La sonrisa de Igor se ensanchó aún más si es que fuese posible —. Estará aquí en un suspiro. —Casi antes de terminar la frase, las puertas que comunicaban con la sala de ceremonias se abrieron con brusquedad y entró un jadeante Adrik.

—Ya estoy aquí. —Se acercó para tenderme su brazo—. ¿Lista?

—Ahora sí. —Me apoyé en él y juntos comenzamos a avanzar. Había llegado el momento de que esta Katia del presente se uniera a la Katia del pasado. Las dos amábamos al mismo hombre, la primera había creado una familia, yo había aprendido a amarla.

Mientras caminábamos por el pasillo decorado con flores, no podía dejar de mirar a Viktor. Era un faro que me marcaba el camino, una guía que me llevaría a puerto seguro.

Capítulo 50

Viktor

No fue la belleza deslumbrante de Katia la que me había cortado la respiración, aunque era hermosa. Tampoco fueron las súbitas ganas de desabrochar lentamente cada botón de aquel espectacular vestido para descubrir el tesoro que escondía. No, lo que casi me lleva al éxtasis fue ver aquella sonrisa en su rostro. Estaba feliz por convertirse en mi esposa, una vez más. Pocos hombres podrían decir que se habían casado con la mujer de su vida por primera vez, dos veces. Quizás fuese el único.

Mi pecho estaba lleno de orgullo por ella, por el pedazo de mujer que había conseguido atrapar. Solo ella le hubiera pedido a Adrik que la trajese hasta el altar, entregándola como el principal hombre de la familia que podría hacerlo. Su familia. De esta manera nos había aceptado, había asumido que tanto Tasha como Adrik no solo eran sus hijos, sino que los incluía en su vida, nuestra vida. Estaba volviendo a unir cada pieza de nuestro puzle, aunque no recordase la imagen que debían formar.

Katia no solo me aceptaba a mí, sino a nuestra familia. Con el tiempo, iría aceptando a cada miembro de la mía.

Cuando nuestro hijo depositó la mano de su madre sobre la mía, no pude resistirme a besarla. Era ese sueño que necesitaba probar antes de despertar.

—Eh, eso va al final de la ceremonia —protestó mi hermano. No me detuve hasta que estuve satisfecho, y tratándose de Katia, un poco no era suficiente. Creo que fue el carraspeo de mi padre el que me hizo recordar que estábamos allí para algo importante.

—Nadie ha dicho que no podamos hacerlo también antes —me defendí cuando me giré hacia él.

—Demasiado tarde para decir que estabas probando la mercancía. —Robin nos hizo girarnos hacia ella con aquel comentario.

—Si habéis terminado con las interrupciones, será mejor que nos centremos en lo que hemos venido a hacer. —Andrey lanzó una mirada asesina a la concurrencia, aunque todos sabíamos que era una amenaza vacía—. Bien, nos hemos reunido aquí para celebrar el matrimonio de Catalina y Viktor. —Había mantenido una larga conversación con mi hermano para que oficiase la boda como si se tratase la primera vez, haciéndole hincapié que para ella, que era la persona más importante en todo este asunto, era su primera boda.

Dejé de prestar atención a mi hermano para centrarme en disfrutar de Katia, de lo que todo aquello le hacía sentir. Sus ojos brillaban

como los de una niña que abre su primer regalo la mañana de Navidad. Podía sentir el ligero temblor que la excitación le provocaba. No estaba asustada ni nerviosa, era expectación y emoción a partes iguales.

—Viktor. —Giré la cabeza para prestarle atención a mi hermano—. Tus votos. —Estupendo, casi quedo como un adolescente demasiado cegado por las tetas de la chica con la que tiene su primera cita.

—Te perdí, pero te he recuperado. Y ha sido gracias a ese hilo de oro que une nuestros corazones. Estamos atados el uno al otro de una manera que transciende el plano material. Estoy convencido de que volveremos a encontrarnos en todas las vidas que vengan después de esta, porque somos las dos piezas de un puzle que están destinadas a reunirse. No puedo encontrar otra explicación al motivo por el que estamos otra vez aquí, y tampoco quiero. Más allá de quienes seamos, de las vidas que hayamos tenido, nuestras almas siempre se reconocerán. —Ya estaba, había vaciado todo lo que llevaba dentro. Desnudé mi alma delante de todos, pero sobre todo, delante de ella, porque sabía que entregársela nunca sería un error. Y si me equivocaba… Bueno, quien no se arriesga no gana, y el premio merecía la pena.

Observé sus ojos fijos en mí, esperando su turno para decir sus votos matrimoniales, pero parecía que se había quedado petrificada. Lo sé, soy bueno con las palabras. Finalmente inspiró y se lanzó a recitar las palabras que mi alma bebería con ansia.

—Creo que la vez anterior no me equivoqué, pero en esta ocasión estoy segura de ello. Contigo la vida es más intensa, más brillante. Me siento como una adolescente que vive cada momento con una intensidad desbordante, pero al mismo tiempo siento que mis pies pisan firmemente el suelo sobre el que caminamos. Puede que en otro momento de mi vida soñase con tener una vida tranquila, segura y apacible. Quería un agradable y sosegado paseo en un carrusel de feria, pero ahora que he probado lo que es la montaña rusa, con sus caídas y subidas, no podría conformarme con dar vueltas y vueltas mientras veo moverse el paisaje a mi alrededor. —Escuché un conato de risa contenida cuando dijo «montaña rusa». Mi apellido es ruso, el gag era evidente—. Así que aquí estoy, comprando un abono para toda la temporada. —Escuché una risa generalizada a mi alrededor. Solo Katia era capaz de sacar una sonrisa en todos nosotros de esta manera—. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, porque ya no puedo concebir el vivir sin ti, mi corazón no lo soportaría. —Cerró su puño sobre su pecho. Lo sabía, nuestros corazones estaban unidos en un mismo latido.

—Por el poder que me otorga una iglesia cuyo nombre ni me molesto en recordar, yo os declaro marido y mujer. Otra vez. —

Andrey se inclinó hacia nosotros para decir esa última frase un poco más bajito—. Puedes… —No esperé a que me diese permiso. Tiré de ella para estrujarla entre mis brazos mientras tomaba sus labios con urgencia.

Catalina

—Por la familia. —El vodka con miel quemó mi garganta como si me hubiese tragado una bola de fuego al más puro estilo faquir, y eso que solo me había tomado la mitad. Se suponía que el segundo entraría más suave, pero no había mejorado mucho.

Ver a estos hombres volcando el quinto vaso en su garganta me hacía sufrir, aunque a ellos no parecía afectarles. Ahí estaban, más frescos que una lechuga, mientras mi cabeza ya mostraba síntomas de embriaguez. No estoy acostumbrada a esto, es evidente.

—Trae aquí. —Viktor tomó mi vaso y lo apuró de un solo trago. Después depositó un beso rápido sobre mis labios. Eso estuvo bien, Viktor y el sabor de la miel conjugaban a la perfección, y la quemazón del alcohol que me dejaba un ligero hormigueo en la boca, uf, era pecado. Por eso intenté que nuestras bocas no se distanciaran. ¿Borracha? Totalmente, pero sabía lo que quería.

—Eres un gañán —le acusé por robarme la bebida.

—Es un cambio. —Su plato de tarta se acercó peligrosamente a mí. Solo había tomado la mitad de su ración.

—¿Me das tu tarta? —Era evidente, pero mi «yo» alcohólica quería una confirmación—. ¿No te ha gustado? —Para mí estaba para lamer hasta el plato, cosa que haría si me tomaba otro chupito de esos.

—Sé que a ti te gusta más. Además, ver cómo te chupas los dedos me pone a cien. —Sus ojos se oscurecieron, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo. Eso es lo único que tenía que hacer este hombre para hacerme olvidar todo lo demás. Aferré su rostro y lo besé como había deseado hacer desde que probé la miel y el vodka de sus labios. Iba a rebañar cada partícula que quedase en su boca. ¿Sería demasiado pronto para que los novios abandonasen la fiesta?

Su aliento quemó mi piel cuando terminamos aquel beso, haciéndome desear volver a hacerlo.

—Creo que ha llegado la hora de empezar con la noche de bodas. —No se movió, ni yo tampoco. Su penetrante mirada me mantenía inmóvil.

—¿Podrás cumplir después de beber tanto alcohol? —¿Lo dije en voz alta? Por su sonrisa diabólicamente traviesa diría que sí.

—Vamos a comprobarlo. Pero te diré que tengo intención de cumplir tal y como se espera de mí. —Mis piernas flaquearon cuando Viktor nos puso en pie.

—Soy una mujer muy exigente. —Me mordí el labio inferior

esperando su respuesta a mi provocación.

—Cuento con ello.

Capítulo 51

Catalina

Resaca, tenía una buena resaca. Menos mal que Viktor me obligó a tomar una pastilla con un poco de agua antes de quedarnos dormidos, porque si no habría tenido que ir al baño gateando. Menos mal que mi equilibrio y coordinación eran lo suficientemente aceptables como para salir de la cama, hacer mis cosas y regresar sin sufrir ningún percance.

Me metí bajo las sábanas, buscando el calorcito de Viktor. Como si supiera que lo necesitaba, levantó el brazo para dejarme entrar en la protección de su cuerpo y abrazarme con delicadeza. Todavía no entendía cómo podía hacerlo con aquellos brazos, eran pura roca.

—¿Cumplí con tus expectativas o tengo que rematar la faena con un revolcón mañanero? —Alcé la cabeza para buscar sus ojos, pero seguía ocultos tras sus párpados. Si no fuese por su media sonrisa, parecería aún dormido.

—Soy una depravada porque quiero más, pero mi cuerpo me pide a gritos que lo deje descansar. Necesito dormir. —Cerré los ojos mientras lo decía, rezando porque mi deseo se cumpliese.

—Duerme entonces. Tenemos todo el tiempo del mundo para satisfacer a la diablesa lujuriosa que llevas dentro. —Sentí un tierno beso sobre mi sien.

Sonreí feliz. Daba gusto ser la consentida de este hombre. Nada de salir de la cama, nada de ir a… ¡Mierda! Pegué un bote nada más darme cuenta, lo que repercutió en mi estómago, enviándome una extraña sensación a mi garganta.

—Tengo que ir a trabajar —dije mientras trataba de sacar los pies de la cama. ¿Por qué no había tenido eso en cuenta? Soy una mujer organizada. Pero es que todo había sido tan rápido y absorbente que no había tenido tiempo ni de pensar en que hoy era lunes y la rutina se reiniciaba de nuevo.

—No tienes que ir si no quieres. Solo haz una llamada y tómate el día libre. Eres la jefa, ¿recuerdas? —Medité su sugerencia unos segundos. Me apetecía hacerlo, mi cuerpo pedía a gritos que lo hiciera, pero esa vocecilla de mi conciencia me decía que no podía desentenderme así como así. Era el primer día de trabajo de Vanja, tenía que estar ahí.

—Es que… —Mi fuerza de voluntad se fue de paseo cuando Viktor se estiró para alcanzar mi cadera. Sus labios besaron aquella zona tan sensible con una cadencia que… Uf.

—Acabas de casarte. [beso] Tu marido te necesita. [beso]. Quiero

desayunarte. —Un lastimero gemido escapó de mi garganta cuando consiguió mi rendición.

Con un rápido movimiento me tumbó de nuevo sobre el colchón, se posicionó entre mis piernas y empezó a torturarme con sus labios. Tendría que hablar con el Vaticano, lo que hacía mi marido con su boca tenían que catalogarlo como pecado.

Viktor

De refilón vi mi reflejo en la cristalera frente a mí, tenía la cabeza ladeada y una estúpida sonrisa en la cara. Pero es que ver a Katia alejándose de mí con aquel bamboleo de caderas sacaba a relucir mi parte depredadora. Ese trasero pronto volvería a caer en mis manos, era una promesa que me hacía a mí mismo.

—¿A la oficina, jefe? —La voz de Igor no llegó desde muy lejos, aunque sabía que se mantenía a cierta distancia.

—Sí. —Tenía que adelantar tanto trabajo como pudiese porque necesitaba recuperar el que no había podido atender el domingo y esa misma mañana, además de quitarme de en medio todo lo que pudiese del día siguiente.

Lo sé, alguien como yo no puede dejar de lado su trabajo, toda la familia dependía de mí, pero necesitaba recompensarme a mí mismo de alguna manera. No me había dado cuenta de todo el equilibrio que me aportaba Katia hasta que casi la pierdo. Ella era la piedra sobre la que apoyaba la palanca con la que mover el mundo. Arquímedes no tenía idea qué significaba eso en la vida de una persona como yo cuando dijo esa frase por primera vez.

Me merezco ser feliz y la única que puede darme lo que deseo es ella. Solo una sonrisa y hacía que mi día pasase de repetitivamente anodino a brillantemente interesante.

Ahora que mi mente estaba relajada, llegó el momento de retomar los problemas complicados que tenía por delante. Dicen que a veces hay que dejar las cosas difíciles a un lado para retomarlas después de un breve esparcimiento. Yo me había distraído mucho este fin de semana, ahora podía atacar lo complicado con nuevas energías.

Cuando entré en mi oficina encontré a un ojerosa Sara tratando de mantener la cabeza en alto, aunque fracasaba considerablemente.

—¿Resaca? —pregunté con maldad.

—Os odio, a todos. —Su cabeza cayó pesadamente sobre la mesa de trabajo. Al menos tuvo la deferencia de no hacerlo sobre el teclado de su terminal. No podía culparla, era difícil seguirle el ritmo a un Vasiliev con el vodka.

—¿Tienes los datos del fin de semana? —Levantó una de sus manos y giró el índice en el aire. Esa fue toda su respuesta, pero entendí. Entré en mi despacho y empecé a revisar las cifras, las

incidencias y los informes. Nada como volver a la rutina para entrar de lleno en la normalidad, si es que se puede llamar normal a mi vida.

Después de revisar la parte fácil, tomé aire y me dispuse a darle otra vuelta a la parte difícil. Todo el asunto de mi sobrino Grigor seguía siendo un rompecabezas para todos. Tenía que encontrar una manera, una pieza que no encajase dentro de aquel enorme puzle para hacer que este acabase rompiéndose poco a poco. Tenía que sacarle de la cárcel, tenía que conseguir su libertad.

Catalina

Vanja se estaba adaptando bien. Salvo por el idioma, casi podría dejar que se ocupase de nuestros clientes sin ninguna ayuda por nuestra parte. Cuando realizas un trabajo manual como el nuestro, lo que menos importa la mayoría de las veces son las palabras. Uno puede guiarse por lo que nota con sus manos, por los quejidos o gemidos del paciente. Da igual la lengua que utilicemos los fisioterapeutas, el lenguaje del cuerpo humano es universal.

Repasé la lista de clientes. Tenía una cita programada para hoy, una tendinitis en un hombro. No era algo complicado, así que me preparé para el trabajo. Fui a la sala de espera y llamé a mi cliente.

—¿Señor Gundela? —Alcé la vista para mirar a las dos personas que estaban en la sala de espera. Uno de los dos hombres se puso en pie, sorprendiéndome. Con aquel apellido había supuesto que era el hombre de color, alguien con marcados orígenes africanos. Pero el que estaba caminando hacia mí era un hombre de unos 50 años, con ojos grises y tez muy blanca—. Acompáñeme por favor. —Le señalé el camino hacia mi cabina y una vez dentro añadí—: Retírese la ropa de la parte superior, vendré enseguida.

Como es norma, dejé al paciente para que se preparase mientras yo registraba mi sesión en la hoja de trabajo: número de cabina, nombre del paciente y persona que se hacía cargo del tratamiento. Repasé la hoja de tratamiento registrada a nombre de aquel paciente, donde se especificaba la lesión y el tratamiento que habíamos seguido hasta el momento. Varón de 45 años con tendinitis aguda, 12 sesiones de tratamiento. Vaya, le hubiera echado más años, supongo que hay gente que envejece peor que otra.

Como no recordaba haberle tratado, necesitaba hacer una nueva evaluación de su estado. Así que le indiqué que se sentara mientras palpaba los músculos y articulaciones de su hombro mientras con la otra mano guiaba su brazo en varias posiciones. Lo que me llamó la atención fue el teléfono que no dejaba de mirar. Supongo que algunos no pueden despegarse de su trabajo. Le di un rápido vistazo para

descubrir que se trataba de un vídeo. Tal vez esto era algo rutinario y quería distraerse mientras trabajaba con él.

Mientras palpaba su articulación, escuché su voz.

—¿Sabe lo violento que puede ser su marido? —Su pregunta me extrañó, pero no pude evitar mirar hacia el vídeo que me mostraba. ¿Estaría hablándome de la paliza que Viktor le dio a ese desgraciado que intentó forzarme? Mi sorpresa llegó cuando vi las imágenes, ese no era Rahman, pero sí que era Viktor, y estaba golpeando a un hombre que ya conocía.

Capítulo 52

Catalina

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —Me aparté de él como si quemase.

—Había rumores de que habías perdido la memoria en un accidente, pero no estuve seguro de ello hasta hace un momento en la sala de espera de ahí afuera. No me reconociste.

—No le entiendo. —Este hombre me miraba de una manera que no me transmitía confianza, pero la familiaridad con la que me trataba, la forma de dirigirse a mí, me decía que realmente me conocía. ¿Formaba parte de ese pasado que no recordaba? Parecía que sí.

—Aún estás a tiempo de escapar de él, de su control. Puedo ayudarte. —Su mano se estiró como si tratase de cogerme, pero yo me aparté.

—No voy a ir a ninguna parte con usted. —Pero ¿qué se creía este hombre? Acababa de conocerle ¿y me estaba pidiendo que me fuese con él? Estaba loco.

—Ha vuelto a seducirte. —No había lástima en su mirada, pero sí que había algo extraño en sus ojos—. Sé que es muy difícil escapar de su carisma. Cuando Viktor quiere algo lo atrapa de una manera que hace que sus presas no quieran liberarse, lo he visto demasiadas veces. Pero estás a tiempo de ver quién es realmente, lo que toda la familia es en realidad.

—¿Y qué se suponen que son? —pregunté desafiante. No había nada que me ocultaran, se habían mostrado tal cuales eran ante mí. Puede que fuesen muy intensos, pero eso no era algo malo, no ahora que lo había experimentado en mi propia carne.

—A Viktor no le llaman el hijo del diablo por ser un buen samaritano, su corazón está negro, al igual que sus manos están manchadas de sangre. —¿Estaba diciendo que era un asesino?

A mi mente regresaron las imágenes de Viktor golpeando a Rahman con furia descontrolada. Si no le hubiese interrumpido podría… ¿podría haberlo matado? Sabía que sí. ¿Y si no fue fruto de una ira ciega por lo que había intentado hacerme aquel hombre? ¿Y si era algo más común de lo que pensaba? Pero sabía que Viktor no era de ese tipo de hombre, no podía serlo. Él era demasiado…

—Mi marido no es un asesino —le defendí con ímpetu.

—Todos ellos lo son, lo llevan en la sangre, del primero al último. ¿No me crees? Hay un joven Vasiliev al que sí hemos podido encerrar por sus crímenes. Por fortuna, su sed de sangre fue mayor que su sentido de autoprotección. Mató a una mujer delante de las cámaras.

Esta vez la familia no pudo esconder su crimen a la justicia. Ni el abogado, ni el retorcido de tu marido pudieron esconder las pruebas a tiempo. —Mi cuerpo empezó a temblar ante aquella revelación.

—Eso no… —El hombre se inclinó hacia mí con aquella mirada penetrante. No era como la de Viktor, pero sí que me hizo temerlo.

—Eres una mujer inteligente, Catalina, solo tienes que buscar en internet. Aunque la gente de tu marido haya tratado de silenciarlo, la prensa se encargó de darle mucha publicidad al asunto. Ha sido difícil encarcelar a un Vasiliev, pero cuando se ha hecho, todo el mundo lo ha celebrado. —Sacó una tarjeta de su pantalón y me la entregó—. Cuando te des cuenta de lo que son, solo tienes que llamarme. —Miré la tarjeta, en ella estaba impreso el anagrama del FBI junto con el nombre y el teléfono del tipo.

—¿Quiere que testifique en contra de mi marido? Que yo sepa eso no está permitido por la ley. —Eso era lo que quería de mí, que traicionara a Viktor.

—Acabarás llamándome, solo necesitas un poco de tiempo para darte cuenta de que eres una prisionera. —El hombre empezó a vestirse.

—Nadie me retiene.

—Ahora estás en ese período de oscuridad en el que todavía no te has dado cuenta de lo que ocurre a tu alrededor. Pero eres lista, te darás cuenta de que controlan cada uno de tus movimientos, no tienes amigos fuera de la familia y, lo más importante, te ocultan cosas.

—Suena como si me hubiese abducido una secta. —El tipo, T. Carver, esbozó una sonrisa triste.

—Son más que una secta fanática, estamos hablando de la mafia rusa, Catalina. No solo se quedan con tu dinero, no solo controlan tu vida, ellos matan cuando eres un estorbo. —¿Estaba insinuando que acabarían matándome?

—Está loco. —Carver terminó de asentar la chaqueta sobre sus hombros.

—Grigor Vasiliev, busca ese nombre. —Abandonó la cabina de masaje dejándome confundida, pero sobre todo, hambrienta de respuestas.

Salí de la cabina detrás de él. Lo seguí con la mirada mientras se alejaba. No sabía exactamente lo que pretendía provocar con aquella visita, porque estaba claro que sabía que no iría con él así sin más, que no traicionaría a Viktor, a la familia. Pero algo sí que había conseguido y era despertar mi curiosidad. ¿Sería eso lo que buscaba?

—¿Se encuentra bien, señora Vasiliev? —Ben estaba frente a mí, observándome. ¿Esta era la vigilancia de la que hablaba Carver, el constante control de Viktor?

—Sí.

Tenía el resto de la sesión libre, así que fui a mi despacho para hacer precisamente lo que aquel tipo quería que hiciese, averiguar qué ocurría con ese tal Grigor Vasiliev.

Como predijo Carver, me costó encontrar imágenes sobre el chico, apenas fueron algunas instantáneas distantes y de mala calidad. La prensa se había hecho eco de la noticia, aunque habían sido más bien del tipo sensacionalista. Leí dos o tres artículos, con lo que pude hacerme un buen resumen de lo que había sucedido. Grigor Vasiliev, un chico de 17 años, había matado a una mujer de un disparo.

Los artículos se centraron más en destripar la vida de la familia Vasiliev que en los hechos que lo condenaron, pero como dije, era prensa sensacionalista, viven de diseccionar la vida de los ricos y famosos, de sacar todos sus trapos sucios.

—¿Estás bien? —Escuchar la voz de Viktor en la puerta de mi despacho me hizo botar en mi propia silla. Controlador, atrapada… Esas dos palabras se repitieron en mi cabeza, provocando que mi ya acelerado corazón se pusiese a correr como un potro desbocado.

La cuestión importante era, ¿confiaría en él?, ¿o me dejaría seducir por la envenenada información de Carver? No era estúpida, las intenciones de Carver estaban claras, iba a por Viktor, yo no era más que el medio para conseguirlo. Tomar esa decisión era complicado, pero soy una persona que siempre ha confiado en sus sentimientos, y para bien o para mal, esta vez no iba a ser diferente. Estaba enamorada de Viktor, y para él era alguien muy importante. Con lo poderoso e influyente que era, además de lo atractivo, podría tener a cualquier mujer que se le antojase, más joven, más hermosa, lo que quisiera, pero me había escogido a mí. Así que solo por eso, le daría mi voto de confianza.

Saqué la tarjeta de Carver de mi bolsillo y la deslicé sobre la mesa hacia él. Él observó mi gesto algo confuso, pero enseguida la curiosidad le hizo dar un par de pasos para alcanzarla y tomarla entre sus dedos.

—Este tipo me ha hecho una visita. —Viktor alzó una ceja interrogativa hacia mí—. Me mostró un video de ti golpeando a Max, el tipo que me perseguía el día que viniste a buscarme a clase.

—Le hice una visita para sugerirle que te dejase en paz. Pero el idiota quiso probarse conmigo. —Viktor siempre tenía una respuesta convincente para todo, pero esta vez necesitaba algo más, no sé.

—Te manejas muy bien con los puños. —Lo miré directamente, dejando en el aire el resto de la frase: «para ser un tipo que tiene a otros para que hagan ese tipo de trabajo». Viktor dejó escapar el aire pesadamente mientras se sentaba frente a mí. Con la mesa entre ambos me estaba dando la distancia que necesitaba, mi espacio.

—No hubo nada sucio ahí. ¿Acaso no viste que teníamos protecciones? Estábamos en un gimnasio rodeados de mucha gente. Si hubiese querido darle una paliza, te aseguro que nadie se hubiese enterado. —Tenía razón, podría haberlo machacado, como a Rahman, y nadie lo sabría. Si esa información hubiese llegado a manos de Carver, seguro que habría ido directo a por él.

—Carver te llamó el hijo del diablo. —Viktor asintió al escuchar eso.

—Mafia. —Tragué saliva, él sabía perfectamente de lo que estaba hablando—. No niego los orígenes de mi familia aquí en Las Vegas, pero hace demasiado tiempo de eso. ¿Crees que mis empleados andan por ahí extorsionando a la gente o pidiendo pagos por protección? —Viktor esperó un par de segundos, esperando que yo dijese algo, pero no lo hice, así que continuó—. Todo el mundo conoce los orígenes de Las Vegas, de su vinculación con la mafia, es imposible decir que no formamos parte de todo ello, pero es que nadie que lleve mucho tiempo asentado en esta ciudad puede decir que su árbol genealógico está limpio. Aunque supongo que lo que te preocupa es saber si la familia sigue metida en ello, ¿me equivoco?

Volví a tragar saliva. Viktor me leía como si fuese un libro abierto, no necesitaba decir las palabras en voz alta para que supiese lo que había en mi cabeza. Pero no tenía que sorprenderme, siempre parecía que fuese así. Esperaba que con lo próximo que le dijese me diese todas las respuestas que necesitaba.

—Grigor Vasiliev. —Al decir aquel nombre algo cambió en Viktor. Sus ojos se tornaron aún más fríos, más intensos. En ese momento entendí que había partes de Viktor que no conocía. Partes que no sabía si quería conocer.

Capítulo 53

Catalina

—¿Qué quieres saber de él? —Su voz había perdido la candidez de otras veces. Era fría, distante.

—Carver dijo que asesinó a una mujer. —Esperé su reacción, pero su rostro era una máscara impenetrable, imposible de leer.

—Mató a una mujer, pero yo no diría que fue asesinato. —No esperó mi respuesta, se puso en pie con el teléfono en la mano. Pero en vez de irse, como habría esperado de alguien que no quiere hablar más del tema, empezó a rodear mi escritorio para ponerse a mi lado —. Pero eso puedes valorarlo por ti misma… Boby, necesito que habilites un acceso desde el terminal de Katia al informe de Grigor. —Viktor dejó el teléfono en manos libres sobre la mesa, al tiempo que manipulaba el ratón para clicar algunas carpetas de mi escritorio. Una pequeña ventana se abrió mostrando una secuencia de esas que indican que hay una conexión en proceso. Cuando esta finalizó, alguien, desde algún punto lejano, tomó el control de mi ordenador.

—¿Todo el expediente o algo en concreto, jefe? —Escuché decir a alguien desde el teléfono de Viktor. Él me miraba directamente al tiempo que respondía.

—Creo que el vídeo de la gasolinera será suficiente. Si necesito algo más te lo pediré más tarde.

Una imagen a pantalla completa se abrió en mi monitor. Era como las de una cámara de vigilancia, con sus divisiones en cuatro partes, donde se mostraban varios ángulos de una estación de servicio. Antes de darme cuenta, Viktor estaba colocando unos auriculares en mis oídos. Nuestra mirada se cruzó en ese momento, lo que me permitió entender que lo que iba a escuchar era solo para mí, nadie debía saber lo que estaba mostrándome. Asentí conforme. Él dio al botón de reproducir y yo me centré en toda la secuencia.

Una chica estaba repostando su coche, luego subió en él para salir, pero otro vehículo llegó rápidamente para interceptarla. Dos jóvenes salieron de él. Uno de ellos empezó a increparla mientras el otro se mantenía al marguen. Ella parecía más enfadada que asustada. Parecía una riña más que una agresión o algo por el estilo.

Pero el ambiente cambió cuando entró en escena un tercer vehículo, del que descendieron un hombre y una mujer. La conversación se volvió tensa, al menos entre las dos mujeres, y súbitamente la mujer mayor disparó a la chica. El joven que había permanecido un poco al margen apuntó a los recién llegados, pero no disparó, sino que parecía mantenerlos a raya con la amenaza de

disparar. El otro chico había soltado un angustioso grito de dolor, mientras trataba de asimilar que habían disparado a la chica junto a la que se había arrodillado. Podía sentir su dolor, su impotencia. Así que no me sorprendió totalmente cuando él tomó el arma de las manos de la chica inmóvil y disparase a quien la había matado.

Mis ojos estaban llenos de lágrimas cuando terminé de ver aquel vídeo. Busqué a mi alrededor a Viktor, encontrándolo de espaldas a mí, mirando al otro lado de la ventana, como si allí estuviese desarrollándose algo muy interesante, aunque yo sabía que no estaba mirando nada en concreto. A Viktor le dolía terriblemente todo este asunto, y aunque estoy segura de que él no lloraría como yo, sí que estaba sufriendo por el chico. En ese momento entendí lo que quiso decir, no había sido un asesinato, eso implicaría planificación, un objetivo. Pero lo que acababa de presenciar había sido una reacción visceral y desgarradora de un joven que veía como mataban a una chica ante sus ojos, una chica que era muy importante para él. La amaba, y acababa de perderla a manos de aquella mujer sin alma.

Ante una situación así, yo habría deseado hacer lo mismo. La diferencia entre aquel muchacho y yo, es que él tuvo la valentía de dar el paso, yo habría sido una cobarde y me habría quedado allí, esperando mi turno para morir.

Me puse en pie mientras me limpiaba las lágrimas, para buscar el consuelo en brazos de Viktor. O mejor dicho, para dárselo a él. Yo estaba sobrecogida por lo que le había ocurrido a aquel muchacho, y eso que no sabía quién era, o al menos no le recordaba. Pero para Viktor era diferente, era alguien de su familia, alguien al que seguramente quería.

—Lo siento. —Aferré su cuerpo para darle fuerza, para dárnosla a ambos. Pero fue el confort de sentir sus brazos rodeándome lo que me dio la clave de todo aquello. Sabía que ese tal Carver me había manipulado, ahora estaba convencida de que estaba en el lado correcto, había acertado al confiar en Viktor.

Había visto esa parte oscura en la que escondía todo lo que le hacía sufrir, esa parte que no dejaba ver a nadie. Y tomé una decisión, protegerle tanto como pudiese de Carver y de gente como él. Viktor era duro, pero no era invencible.

No sé el tiempo que estuvimos allí, abrazados junto a la ventana, pero me pareció demasiado poco cuando Viktor alzó mi rostro para que nuestros ojos conectasen. No dijo nada, solo deslizó la yema de su pulgar bajo mis párpados para retirar los restos de lágrimas. Había preocupación en su mirada, no por lo que yo había descubierto de él, su vulnerabilidad, sino por mí, por lo que aquellas imágenes habían provocado en mi interior.

—Estoy bien —le aseguré.

—No, no es así —me aseguró—. Pero sí que estás mucho más tranquila que cuando te encontré.

—No puedo engañarte. —Y ambos sonreímos suavemente.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Lo pensé un par de segundos.

—No, tengo un negocio que atender. —Es lo que decía mamá, el mundo sigue moviéndose, aunque a ti no te apetezca. Si no quieres quedarte atrás, debes seguir adelante con él.

—Para lo que necesites, estoy a una llamada. —Depositó un lento beso sobre mi frente antes de separarse de mí.

—Lo mismo digo. —Tenía que entender que esto iba en ambos sentidos.

Viktor

Mientras salía del centro de fisioterapia reparé en la presencia de Ben en su puesto de vigilancia. Asentí en silencio hacia él. Había hecho bien en avisarme. Aunque ella no lo entendiese así, aquel tipo le había dado un buen golpe.

Igor esperaba cerca del ascensor, dándome mi espacio. Saqué la tarjeta del bolsillo, la que me había dado Katia, y volví a leer el nombre grabado en ella: T. Carver. Cuando acabase el día ese tipo estaría haciendo las maletas. ¿Amenazar a un agente de la ley? Existen métodos más efectivos para deshacerse de un incordio como ese, y solo necesitaba la ayuda de un abogado puntillosos y motivado para conseguirlo. Es reconfortante saber que podemos servirnos de la ley para librarnos de algunos problemas. Con Grigor no pudimos, pero seguíamos peleando por conseguir algo mejor.

—Boby, necesito que prepares un informe completo de T. Carver, agente especial del FBI. —Antes de golpear necesitaba asegurarme de que lo hacía contra la persona correcta—. Repasa las imágenes de seguridad del centro de fisioterapia, tenía sesión con Katia esta mañana. Comunícate con Ben para confirmación del sujeto.

—Sí, jefe.

—¿Otro que vas a enviar a Alaska? —preguntó Igor. Ese asunto era del pasado, pero sí, un tocapelotas del FBI consiguió ese destino por sobrepasar unos cuantos límites con nuestra familia.

—Me gusta tu sugerencia.

Cuando llegué a mi oficina, el informe de Boby ya me estaba esperando. Efectivamente ese T. Carver era el tipo que se presentó ante Katia en su lugar de trabajo, pero además era un viejo conocido para la familia. Había estado en el juicio de mi sobrino Grigor, el cabrón no se había perdido ninguna vista, aunque más que estar pendiente del juicio en sí, parecía más interesado en los asistentes, concretamente en los miembros de la familia Vasiliev.

Carver era un peligro en ciernes. Ya había tropezado con un agente

obsesionado con nosotros, no necesitaba tropezar con otro, y mucho menos en estos momentos en que la familia lo estaba pasando mal.

—Andrey, necesito que te pases por mi oficina. Tenemos un zorro olisqueando el gallinero. —Antes de colgar la llamada ya me imaginaba cuánto iba a disfrutar mi hermano con esta nueva misión. Él también estaba frustrado con el asunto de Grigor, así que se ensañaría a conciencia con este Carver. Casi que me daba lástima el tipo, casi.

Capítulo 54

Catalina

Algunas preguntas me rondaban la cabeza, pero no sabía cómo encontrar la respuesta, o más bien si debía pedírsela a Viktor. Sopesé mis opciones, hasta que di con algo que podría servirme. Cogí el teléfono y le envié un mensaje al único agente del FBI que conocía, o mejor dicho, uno que lo fue. ¿Dónde lo había escuchado? ¿Salió en alguna de nuestras conversaciones? Sacudí la cabeza para apartar esas preguntas. Daba igual cómo llegase esa información hasta mí, el caso es lo que iba a hacer con ella.

—*¿Tienes un ratito libre hoy para dar algunos golpes al saco?* —Me parecía que esta conversación era mejor tenerla en persona, aunque solo fuese una pregunta la que necesitaba hacerle. Además, podía dejarla caer entre golpe y golpe, como si fuese algo no muy importante.

—*¿Mal día?* —Me mordí el labio inferior sopesando cuanto decirle.

—*Extraño, intenso.* —Al menos sentía que había sido así.

—*Si cambias saco por café, estoy ahí en 15 minutos.* —¿Quién dijo que Robin era lenta? A mí nunca se me ocurriría.

—*Trato hecho.*

Justo un cuarto de hora después Robin entró en mi despacho con una pequeña bolsa de papel en la mano.

—Estaba en la zona —se justificó—. Hay una cruasantería a dos manzanas que me tiene loca.

—Así que te pillé en tu rato libre.

—La hora del tentempié —aclaró.

—Creo que todavía quema un poco. —Había preparado los cafés hacía unos minutos, calculando el tiempo que me había dicho que tardaría. Robin tomó un sorbo para tantear la temperatura.

—Perfecto. —Sacó un pequeño cruasán de la bolsa y me lo tendió. Mientras sacaba otro para ella preguntó—: ¿Y bien? —Tomé aire antes de contestar.

—¿Crees que yo quería abandonar a Viktor antes del accidente? —Lo sé, no es la pregunta que esperaban.

—Rotundamente no —respondió con rapidez.

—¿Estás segura?

—A ver, tenéis algunos puntos de roce, como ocurre con todas las parejas, pero de ahí a querer divorciarte o estar a disgusto… Creo que ya conoces a Viktor lo suficiente como para saber que notaría cuando algo no funciona.

—Así que trataría de corregir lo que fuese mal —deduje.

—Ese hombre te adora, Katia. Se convertiría al hinduismo y vestiría unos calzoncillos largos toda su vida si es la única manera de que permanezcas a su lado. Normalmente son los demás los que tienen que adaptarse a él y sus exigencias, pero contigo… Además, encajáis demasiado bien, estáis hechos el uno para el otro.

—Es que… Hoy he tenido la visita de un hombre, un agente del FBI, que ha asegurado que yo soy una prisionera de esta familia. —La taza de Robin se detuvo a medio camino de su boca.

—¿Qué? —Hora de explicar.

—Ha dicho que me vigilan, que no soy libre de hacer lo que quiera, que me han sorbido el cerebro. Que son mala gente, asesinos. —Los ojos de Robin no podían abrirse más, y estaban casi a la par con su boca.

—Wow. Si que dispara con artillería pesada. ¿Y quién es esa mente privilegiada que ha descubierto todo eso? No, espera. Si yo pertenezco a la secta Vasiliev esta pregunta podría interpretarse como una manera de sonsacarte información sobre el tipo para eliminar el problema. Reformulo, ¿tenía los ojos brumosos? Ya sabes, como si se hubiese fumado algo o esnifado una raya de cocaína.

—¿Crees que estaba drogado? —Robin hizo un extraño movimiento de balanceo con su cabeza.

—En mi opinión personal, como exagente del FBI, sin entrar a valorar su perfil psicológico, me atrevería a decir que ese tipo o está algo desequilibrado o está desesperado por conseguir algo que le acerque a la familia.

—No creo que estuviese drogado.

—Entonces es evidente. Seguro que se enteró de tu amnesia y ha tratado de sembrar la duda en ti para tratar de pescar algo. Ya sabes lo que dicen: «a río revuelto, ganancia de pescadores». En tu estado de confusión podría haber conseguido manipularte el tiempo suficiente hasta conseguir alguna pista de la que tirar.

—¿Crees que lo habría conseguido? —Los ojos de Robin se entrecerraron ligeramente.

—Todo el mundo tiene trapos sucios, incluso el FBI. No existen los buenos totalmente buenos, ni los malos del todo malos. Viktor no es como Supermán, el chico de principios moralmente perfectos que nunca se desvía del buen camino, incluso cuando lucha contra los malvados. Viktor es más como Batman, que reparte golpes a diestro y siniestro contra los malos, sin miedo a romper una pierna o algo parecido, con el fin de encerrarlos. Muchas veces hacer lo correcto implica mancharse las manos, y con eso no solo me refiero a repartir golpes, sino a salirse del camino trazado por la ley.

—¿Apruebas que se salten la ley? —Viniendo de un exagente era algo sorprenderte.

—Lo siento, pero hay leyes que creo que son excesivas y otras insuficientes. Como la separación de padres e hijos cuando llegan a la frontera, para encerrarlos en espera de su extradición. Eso para mí es pasarse. En cambio, un tipo que viola niños cumple una condena y sale de nuevo. Puede haber violado una docena de críos, ser más que evidente que es un monstruo, pero tiene derecho a su libertad. Pues mi punto de vista es que ese tipo de gente no puede volver a la sociedad, no puede merodear libremente cuando nuestros hijos viajan en el tren. ¿Dónde se ha visto que un león camine entre gacelas? Tarde o temprano tendrán hambre de nuevo y volverán a atacar, es más que evidente, la única diferencia es que serán más cuidadosos para que no les atrapen de nuevo. Por mí los encerraba en una celda y tiraba la llave en mitad del océano Pacífico.

—Así que no crees en la reinserción de los presos en la sociedad. —Entendía sus razonamientos, pero se suponía que las cárceles estaban para algo, y que había gente que conseguía cambiar.

—Hay delitos y motivaciones. No es lo mismo robar porque necesitas alimentarte a ti o tu familia, que hacerlo por el subidón de adrenalina que te provoca. Quien delinque por necesidad no comete el mismo delito que el que lo hace por placer, aunque el robo sea exactamente el mismo. El castigo tendría que ser algo subjetivo. Ese es mi punto de vista. Puedo estar equivocada, puede que la mayoría de la gente piense diferente, pero es lo que pienso. Ojalá pudiese vivir en un país con leyes, a mi parecer, más justas, pero como no es así, me amoldo a lo que hay. Soy demasiado permisiva en algunos temas y demasiado estricta con otros, pero al menos así mi conciencia parece estar más tranquila.

—Puede que esté de acuerdo contigo —respondí, aunque una parte de mi mente se había puesto en pie y estaba aplaudiendo ante ese discurso. Si se presentaba a un cargo electo la votaría, aunque reconocer que no estaba de acuerdo con la ley no le permitiría hacerlo.

—No voy a matarte por ello, en este país se permite la libertad de expresión. ¿Ves? Hay leyes que sí que están bien. —Se estiró para coger otro cruasán de la bolsa—. Y ahora que hemos arreglado el mundo, nos merecemos otro bollito. Y si no te das prisa, te robaré el tuyo.

—Los has traído tú. Técnicamente son tuyos, no hay robo. —Los ojillos de Robin se entrecerraron de nuevo al mirarme.

—Esa es una respuesta que habría dicho mi Andrey. Le encanta eso del «técnicamente». Pero sirve como ejemplo de lo que trataba de explicarte. La ley dice que al comprarlos yo, si te los quito, no es robo. Pero los he traído para compartirlos contigo, así que el dártelos para después quitártelos, moralmente está mal. Y vamos a dejarlo aquí,

porque si no estaré encontrando similitudes en todas partes. Cómete el bollo. —Después dio un mordisco al suyo.

Me gustaba conversar con Robin, era una mujer clara y directa, sin miedo a decir lo que pensaba, y eso que su manera de hacerlo parecía estar lejos de lo convencional. Ahora entendía perfectamente porqué éramos amigas, muy buenas amigas.

Capítulo 55

Catalina

—Mami, te necesito. —La voz de Tasha sonó lastimera al otro lado de la línea.

—¿En qué puedo ayudarte?

—¿Podrías echarle un vistazo a mi cuello? Lo tengo tan rígido que empieza a dolerme la cabeza.

—Por supuesto. —Ni siquiera miré si tenía algún paciente que atender esa tarde. Aunque no recordarse haberla parido, el instinto maternal estaba ahí.

—Entonces voy para allá. —Mucho mejor tratar ese cuello aquí, en el centro, que en casa. Aquí tenía todo el material que podía necesitar. Linimentos, barro caliente, tiras adhesivas, Indiba, electroestimulación…

Romeo pasó en ese momento frente a mi puerta, por lo que aproveché para llamarle.

—Dime.

—Tasha viene para acá, si tengo algún paciente, ¿podrías encargarte de él mientras la reviso?

—Pues precisamente tengo mi descanso en quince minutos, lo que tardo en ponerle este barro caliente al de la cabina siete. Pero me parece que no tienes ningún cliente esta tarde, Vanja se está encargando de asumir la mayor parte de tu agenda. —Romeo sí que controlaba las citas de todo el personal, sobre todo hoy. ¿Por qué estaba yo tan despistada?

—Estupendo. —Pero Romeo no se fue.

—¿Dejarás que le meta mano a tu hija? Di que sí. —Tenía una expresión traviesa en el rostro mientras suplicaba.

—¿Por qué querrías hacerlo? —No quise entretenerle, así que salí del despacho para hablar mientras caminábamos hacia donde el cliente esperaba su barro. ¿De qué sirve poner un barro caliente sobre un músculo recién trabajado si ya no está tan caliente?

—¿Bromeas? ¿Sabes lo que puedo presumir diciendo que le he metido mano a la hija de Viktor Vasiliev? —Eso me hizo pensar.

—¿A mí no me has dado ningún masaje? Porque sería brutal que dijeras eso mismo pero de su mujer. —Yo también sabía seguirle la broma a Romeo.

—Todo el mundo sabe que eres mi jefa. Llevamos años trabajando juntos, es algo que se esperan. —Abrí la boca sorprendida, él sí que sabía subir el listón de las bromas.

—Serás…

—Pero tu hija no pasa mucho por aquí, y cuando lo hace siempre te encargas tú.

—Eres un bicho —le acusé con una sonrisa.

—Pero me adoras. —Abrió la puerta de la cabina para desaparecer dentro.

Veinte minutos más tarde, recibí a mi hija en la puerta del ascensor. Traía en sus brazos al pequeño Valentín, que parecía haber estado llorando no hacía mucho tiempo, pues una lágrima permanecía aún en su párpado.

—¿Qué le pasa a mi pequeñín? —Estiré los brazos para tomarlo, gesto que rápidamente Tasha agradeció. Incluso diría que estaba deseosa a librarse de él como si fuese una patata caliente.

—Escoge lo que quieras. Tiene gases, está estreñido y se ha empeñado en torturar a su madre privándola del sueño durante toda una semana. No puedo más. —Soltó el aire junto con su hijo. La pobre parecía realmente estresada.

—Parece que necesitas dormir más que un masaje.

—Necesito las dos cosas, pero con un poco de suerte, echaré una cabezadita mientras tú me sueltas este nudo. —Señaló su cuello con el índice. ¿Tener un ojo sobre mi nieto mientras atendía a su madre? Tenía una idea mejor.

—Acompáñame, tengo justo lo que necesitas.

Abrí camino hacia la zona de descanso, donde sabía que encontraría a mi refuerzo. Me asomé por la puerta y, como esperaba, Romeo estaba allí, saboreando su café con un bollo a medio terminar. No sé si me saldría igual que como con Viktor, pero le ofrecí mi sonrisa más ladina.

—Si vienes conmigo satisfaré tus deseos. —Romeo casi se atraganta con lo que tenía en la boca. Solo por eso mereció la pena ir a buscarle.

No necesité mirar para saber que Romeo venía detrás de mí a toda prisa.

—No juegues conmigo, jefa.

—Tasha, Romeo se encargará de soltarte el bloqueo del cuello. —Alcé la voz con la última palabra y vocalicé más despacio mientras le clavaba la mirada a mi empleado. Era necesario advertirle de la zona de la que no debía salirse. Él era un profesional, pero no estaba de más recordarle con quién no debía tomarse libertades, aunque fuese algo inocente o se tratase de una pequeña broma.

—Mmmm, Romeo. He oído cosas muy buenas de esas manos. —Tasha le sonrió de forma juguetona. Ella podía provocarlo, pero un empleado nunca debe sobrepasar la delgada línea del respeto hacia el cliente.

—Yo me llevaré a este bichito, así podrás relajarte.

Al girarme, el pequeño hizo un intento de puchero, pero no arrancó a llorar. Tenía que entender que los bebes prefieren a su mamá cuando no se encuentran bien. A diferencia de mí, estaba segura de que él si se acordaba de su abuela. ¿Cómo no pasar todo el tiempo posible achuchando y besuqueando a ese precioso peluche? Ojos grandes y azules, pelo rubio y mofletes sonrosados y regordetes. No es solo porque soy su abuela, pero tenía un bebé de anuncio.

Sin embargo, de camino a mi despacho, Valentín sí empezó a sollozar. De la forma en que lo transportaba su tripita quedaba apretada contra mí, por lo que seguramente estaba haciendo presión en algún punto que tuviese dolorido. No podía verle sufrir, seguro que había alguna manera de aliviarlo. Gases, estreñimiento… Un recuerdo llegó a mi mente, algo sobre estimular el tracto intestinal para facilitar el tránsito. Sí, podía ayudarle.

—Vamos a solucionar tu problema, tesoro.

Giré hacia una de las cabinas que sabía que estaban libres y empecé a recoger el material que iba a necesitar: toallas, crema, un empapador y papel, muchos trozos de papel para limpiar. Deposité a Valentín sobre la camilla y empecé a colocar las toallas a su alrededor y bajo él, no solo para que estuviese cómodo, sino seguro. Después le desnudé de pecho hacia abajo. La temperatura solía ser agradable en las cabinas, para evitar que los pacientes tengan frío o se resfríen cuando se desnudan para recibir el tratamiento.

Me aseguré de que la camilla estaba protegida de todo lo que podía salir de aquellas tripitas. Para aquel que no lo sepa o recuerde, la caca de bebé huele fatal. Después me unté las manos con crema de masaje y las froté bien no solo para esparcirla por toda la superficie, sino para calentarlas y que él no las notase frías.

Mentalmente repasé el procedimiento, había que estimular el intestino grueso con masajes, empezando por la zona más cercana al recto. Después hay que ascender al segundo tramo y masajear hasta estimular de igual manera el primer tramo. Así se fomenta el que el contenido del intestino se vaya desplazando hacia abajo, encontrando el espacio libre a medida que avanza. El procedimiento se repetía de igual manera en el último tramo, ya que el intestino grueso tiene forma de U invertida. Durante todo el proceso hay que estimular la zona perianal para que el bebé identifique que esa parte y la que se está masajeando están vinculadas.

El sistema digestivo de un bebé suele estar inmaduro, por eso tiene que aprender a usarlo bien. Lo que para nosotros es sencillo, como empujar cuando tenemos ganas de defecar, para ellos es más complicado, porque su cerebro todavía no vincula todas las partes implicadas en el proceso.

Tras recordar bien todos los pasos, tomé aire y me dispuse a hacer

la primera palpación de valoración. Así sabría en qué zona se acumulaba el problema, aquella que más atención requeriría. Mis dedos presionaron su tripita en el recorrido, provocando que su llanto se disparase como un coche de bomberos.

—Lo sé, cariño, duele un poquito, pero es para hacer que te sientas mejor después.

A medida que mis dedos se iban deslizando por su cuerpecito, sentí más seguridad en el procedimiento, sabía que lo estaba haciendo bien, sabía que pronto lo aliviaría. Sus llantos me estrujaban el corazón, pero era por su bien, y sabía que esa molestia intensa pronto desaparecería.

—Estás siendo muy valiente, mi amor. Pronto todo pasará. Mami está aquí.

Escucharme decir aquello abrió una compuerta en mi cabeza, haciendo que mis recuerdos salieran atropelladamente. Otro bebé, al que estaba dando el mismo masaje, pero con el pelo oscuro, esos increíbles ojos Vasiliev y a todas luces una niña. «Mami está aquí», dije en aquel momento. Cientos de imágenes, sensaciones, sonidos… todo ello golpeó mi mente con fuerza, trayendo a la vieja Katia al presente. Mi yo anterior se desbordó por todo mi ser, hasta engullir a Catalina. No, no la borró, más bien era como si la abrazase, como si completase los huecos que estaban vacíos. Katia había vuelto.

Un pedo seguido por un olor nauseabundo me devolvió al presente. Allí abajo, mi pequeño acababa de soltar un tapón de heces seguido por un chorro de porquería que apestaba como una cloaca.

—Comerás gloria, pero esto apesta. —No podía entretenerme.

El llanto de Valentín se convirtió en sollozos, con pequeñas subidas a llantos cada vez que notaba una molestia más grande. Pero poco a poco conseguimos vaciar esa tripita, y con ella aliviar a mi pequeño.

Quién lo iba a decir, solo necesitaba recordar que su madre sufría aquellos mismos dolores que yo solucionaba exactamente igual. «Mami está aquí», esa había sido la llave para liberar a Katia. Mi «yo» perdido estaba de vuelta.

Capítulo 56

Viktor

Seguía intranquilo tras la visita al centro de Katia. Es lo que tiene el que te recuerden que has fracasado, que alguien ha alcanzado a los tuyos, que no has sabido protegerlos. Por suerte mi teléfono vibró avisando de una llamada entrante, lo que me sacó de mi pozo de autoflagelación. Era del hospital Altare.

—Dime, Anker. —Desde aquella extensión solo podían ser él o su esposa, y dudaba mucho que ella me llamase de no ser una emergencia.

—Tu amigo está listo para recibir el alta. —Al menos eran buenas noticias.

—Entonces será mejor que avise a los amigos para prepararle una fiesta. —Rahman no era precisamente mi amigo, pero sí que iba a montarle una buena despedida. ¿Por qué habíamos tardado tanto? Llámenme retorcido, pero quería que se hiciese ilusiones de que iba a salir de allí. Nada peor que dar esperanzas a una persona y después destruirlas con crudeza. Él merecía recibir de vuelta todo el mal que había causado en este mundo, y yo iba a ser el encargado de hacerle entrega del paquete. Justicia poética. Mi mujer había estado en su punto de mira, así que estaba en mi derecho de ser su verdugo.

—Siento perdérmela. —No podíamos arriesgarnos a que alguien se diese cuenta de que Anker estaba implicado en la desaparición de Rahman. Siendo el director del hospital, cualquier empleado podría reconocerlo. Quién sabe, su voz, su forma de andar… Pero este movimiento tenía que quedar dentro de la familia, y sabía perfectamente a quién recurrir.

—El trabajo está antes que el placer —le recordé.

—Lo sé —dijo resignado.

Nada más colgar la llamada de Anker, llegó el momento de mandar mensajes e instrucciones a los invitados. En quince minutos tenía la confirmación de todos los asistentes. Cada uno se encargaría de su parte, para que entre todos le diésemos a Rahman la experiencia más inolvidable de su vida. Aunque no disfrutaría de ese recuerdo. ¡Qué demonios!, esto no era para él, sino para nosotros.

Nick

Cuando Viktor te dice que te prepares para actuar, no solo tienes que estar dispuesto, sino que la tensión se instala de forma permanente en tu cuerpo hasta que todo el asunto termina. Pero en ocasiones como esta, la tensión se sustituye por una buena dosis de

entusiasmo juvenil. Mi hermano mayor sabe cómo levantarle el ánimo a alguien como yo.

Con mi pequeño en prisión, últimamente no abundan las buenas noticias. Tengo una constante presión en el pecho mientras sufro por él. Allí donde está no puedo hacer nada por protegerlo. Y aunque sé que es fuerte, que le he enseñado bien, no puedo dejar de pensar que todavía es demasiado joven para enfrentarse a los peligros que habrá allí dentro. Es un Vasiliev, todas las hienas querrán atacarlo para arrancarle un trozo de su jugosa carne.

Cualquier distracción es bienvenida, pero si te la proporciona Viktor, está asegurado que será buena e intensa, justo lo que necesitaba, algo que me hiciera sonreír durante una temporada.

Así que ahí estaba, vestido como un auxiliar de clínica, con una peluca de pelo más claro y largo que el mío, con una mascarilla cubriéndome la mitad del rostro y un buen número de llamativos tatuajes pintados en los brazos. Cualquiera diría que eran auténticos.

Cuando llegué al control de enfermería encontré a varias enfermeras ansiosas por que llegara su relevo, pero la única mujer que me interesaba estaba sentada detrás del teclado.

—Hola, vengo a por el de la 26 para llevarle a rayos. —Les ofrecí mi mejor sonrisa de niño bueno, aunque dudo de que a Pamina le engañase. Sus ojos se alzaron hacia mí, pero no dijo nada, tan solo noté una risa mal disimulada en sus labios. Lo sé, verme disfrazado era algo divertido para ella.

—Diles que quiero una completa de torso y otra de maxilar. De torso solo necesito frontal, pero de maxilar quiero frontal y de perfil —recitó Pamina sin apenas mirarme, justo lo que un médico haría con un auxiliar, ni siquiera prestarle atención.

—Sí, doctora.

Llegué hasta la habitación, acompañado por una enfermera. Se suponía que ella debía desconectar algunos aparatos del paciente para que yo pudiese llevármelo. El pulsímetro del dedo, los electrodos de su pecho, cosas de esas… Todo ello bajo la atenta supervisión de uno de los hombres de seguridad de Viktor, que estaba en la habitación vigilando al paciente y todo aquel que accedía a él. Estaba allí para controlar que el tipo no escapaba y que nadie del exterior lo ayudaba a hacerlo. ¿Esposarle a la cama? A veces eso no era suficiente, conmigo al menos no lo sería.

—Bueno, todo tuyo. —Le sonreí y empecé a retirar las fijaciones de las ruedas que evitaban que la cama se moviese.

—Te lo devolveré en un rato. —Aunque sabía que no era así.

—Dudo mucho que esté aquí cuando vuelvas. —Miró su reloj con esperanza.

Todo había sido calculado al segundo. El cambio de turno sería en

diez minutos, por lo que ninguna enfermera del turno siguiente sabría que se habían llevado al paciente para una prueba, sobre todo cuando en su expediente y en el control de planta figuraría que había sido trasladado de habitación. De anotar eso se encargaría Pamina. Que alguien como ella estuviese allí no era algo extraño, a veces los médicos hacían turnos de doce horas, y si la situación lo exigía, ella se quedaba alguna hora más. Menos mal que Dimitri, su marido, la obligaba a tomarse los días libres de descanso que le correspondían.

Miré el rostro relajado del paciente mientras lo sacaba por la puerta de la habitación. El pobre hombre no podría hacer gran cosa, Pamina se había encargado de suministrarle un sedante para que durmiese la mayor parte del traslado. Si ella supiera lo que íbamos a hacer con él, que lo trasladábamos a su última morada, seguramente nos lo impediría. Pero con decirle que necesitábamos trasladarlo a otro lugar con la mayor discreción posible, había sido casi suficiente. Casi, porque ella ya sabía el tipo de animal que teníamos entre manos.

Mientras avanzaba con la cama por el pasillo camino de los ascensores, comprobé que el vigilante me seguía. Ver a Igor con el uniforme de seguridad del hospital era algo nuevo, pensaba utilizarlo para pincharles a él y a Viktor durante algún tiempo; algo como «¿Tan poco pagas a tu hombre que tiene que recurrir al pluriempleo?»

Entramos en el ascensor y, como era de prever con una cama que ocupaba casi todo el espacio, íbamos solo nosotros tres en aquel viaje. Las puertas estaban casi cerradas cuando Igor pulsó la planta de destino, y no, no era la zona de pruebas médicas, era el segundo subsuelo, donde estaba la morgue. Rápidamente cubrí la cara del paciente, tal y como se hace con quienes han fallecido.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, Igor salió primero y yo lo hice después empujando la cama. Avanzamos por el pasillo, llegamos a las puertas de la morgue y entramos dentro. Ya en el interior, entre los dos cambiamos a Rahman a una camilla con una bonita bolsa negra para cadáveres. Convenientemente la morgue estaba vacía en aquel momento, como dije, era el cambio de turno de personal.

Mientras yo dejaba aparcada la cama en uno de los laterales, siguiendo el procedimiento habitual, Igor terminaba de cerrar la bolsa con Rahman dentro. Con rapidez inscribí la entrada y salida del cadáver de Rahman. No había que dejar ningún cabo suelto.

Igor dio la vuelta a su chaqueta, para que desaparecieran los distintivos del hospital. Ahora pasaría por un empleado de funeraria cualquiera. Empujamos la camilla hasta el muelle donde se cargan los cadáveres en las furgonetas. Del asiento del conductor salió Viktor. Podría llevar peluca, gorra y un uniforme que le quedaba grande, podría usar barba postiza y gafas, pero aquella sonrisa suya era inconfundible, sobre todo para alguien que ha crecido con él.

—Buenas noches —saludó con educación. Contuve la risa mientras respondía a su saludo.

—Sí que son buenas.

Ellos dos se encargaron de meter el cuerpo de Rahman en la furgoneta, mientras yo observaba. En el fondo me daba un poco de lástima del tipo. Atacar a alguien de la familia no era una buena idea, y eso alguien como él lo sabía. ¿Por qué la lástima? Porque el idiota podría creerse inalcanzable y poderoso, pero nadie podía competir con Viktor. Si se la jugabas a la familia, él te haría pagar, siempre.

Observé como se alejaban por el estacionamiento, después cogí la camilla y regresé al interior del edificio. Solo tenía que dejar la camilla en la sala con el resto, ir hasta el lugar donde me cambiaría de ropa, salir del edificio, coger mi coche y regresar a casa como si no hubiese pasado nada. ¿Pasarme por el lugar donde Viktor se encargaría de él? Podría, pero esto era algo personal entre Viktor y el tipo, dejaría que él se divirtiese con libertad. Era su momento.

Capítulo 57

Viktor

Observé el rostro de Rahman con atención. La medicación empezaría a hacer efecto de un momento a otro. Podría meterlo en el crematorio sin más miramientos, pero quería que estuviese despierto, quería que sufriera, quería que luchara, y sobre todo quería que se diese cuenta de que iba a morir de una manera horrible y que nada podría hacer para impedirlo. Quería que se sintiese impotente, desesperado, igual que todas aquellas mujeres a las que había secuestrado, violado y después tirado como si fuesen basura.

Había tratado de hacer eso mismo con Katia, y delante de mis narices. Ojalá todas las víctimas y sus familiares pudiesen estar aquí para ver el final de su agresor. No aliviaría su dolor, su sufrimiento, no curaría sus heridas, pero cuando no has podido salvar lo que otros han destruido, al menos te queda la venganza.

Sus párpados comenzaron a temblar, pero no querían abrirse. Le di algunas palmadas en la cara para espabilarlo. Tampoco quería que se despejase del todo, solo lo suficiente para que fuese consciente de lo que estaba pasando a su alrededor y, a ser posible, que pudiese sentir todo lo que iba a ocurrir con su cuerpo.

—Vamos, Rahman, despierta. —Golpeé otra vez sus mejillas un par de veces.

Sus ojos se abrieron, reconociéndome. Vi la furia en su mirada, las ganas de saltar sobre mí y golpear hasta matarme, justo lo mismo que hice yo la última vez que estuvimos el uno frente al otro.

—Voy a matarte. —Su voz sonó algo estropajosa, pero fue bastante clara.

—Puede que en otra vida. —Me alejé para que pudiese apreciar el lugar donde estaba.

Sus ojos empezaron a estudiar el entorno. Sabía lo que veía: una pequeña nave industrial, con iluminación artificial, alguna ventana a lo alto que mostraba la oscuridad en el exterior. Noté el momento en que su nariz se movió, tratando de tomar una muestra olfativa más grande. Olía a gas, plástico quemado, cenizas, algo de químicos, pero lo que tenía que darle miedo era ese pegajoso olor a sangre.

—¿Dónde me has traído? —Trató de soltarse las manos, pero estaban bien sujetas a la tumbona de playa sobre la que estaba recostado. Si no estuviese todavía medio sedado, probablemente podría haber partido alguna pieza de plástico con su forcejeo y se hubiese liberado. Pero no lo haría en su situación actual, todavía estaba demasiado débil.

La verdad, verlo pelear en aquella tumbona con aquel camisón hospitalario ya era de por sí una imagen ridículamente cómica. Un hombre como él, al que le gustaba vestir de forma impecable y cara, denigrado de aquella manera. Seguro que las lamas de plástico se le estaban clavando en el culo desnudo. Tuve que contenerme para no reírme por culpa de esa imagen.

—Creo que es más importante el por qué, pero el dónde te dará una pista. Lo que tienes detrás es el incinerador de desechos médicos C1500; puede procesar 100 kg por hora, alcanza temperaturas de entre 700 y 1000 °C, dejando solo un 5 % de cenizas al finalizar. Todo ello sin emitir nada de humo al exterior, sin contaminar el aire. ¿No te parece precioso?

—No vas a… —Intentaba girar la cabeza para poder ver la enorme máquina a su espalda, pero al estar semi sentado, la visión era bastante limitada.

—¿Meterte ahí dentro? —terminé por él—. Oh, sí que voy a hacerlo. Mereces arder en el infierno. —Accioné el botó de tracción, para que la plataforma sobre la que estaba la tumbona empezase a adentrarse en el horno.

—¡Estás loco! —gritó desesperado. Sus esfuerzos por liberarse se intensificaron. La adrenalina que estaba inundando su cuerpo le estaba dando más fuerzas, pero no eran suficientes, no todavía. Cuando por fin se liberase, ya sería demasiado tarde.

—Loco como solo puede estar aquel al que tratan de arrebatar lo que más ama, y tú lo intentaste. —La sonrisa divertida había desaparecido de mi cara. Para mí aquello fue algo serio, y él se había reído en mis narices.

—¡Suéltame, maldito cabrón! —Su cabeza ya había alcanzado la boca del horno, donde ahora tendría una buena visión de los ladrillos refractarios que envolvían todo el interior—. ¡Te pagaré! Puedo cubrirte de oro si lo deseas, conseguirte lo que quieras. —Trató de negociar inútilmente.

—Ya tengo lo que quiero. —Me había ido acercando a medida que la plataforma se movía, así que estaba listo para cerrar la puerta sobre aquel desgraciado.

Si ya desde el exterior aquel sonido resultaba aterrador, desde el otro lado tendría que ser apocalíptico. Me desplacé hacia la pequeña ventanilla del lateral, donde los operarios podrían controlar que todo el proceso del interior se desarrollaba como debería. Sin apartar la vista de allí, alcé la mano hacia los controles para pulsar el botón de encendido.

Desde donde estaba no se apreciaban los gritos de Rahman, pero sí que pude ver que había conseguido soltarse las muñecas y ahora trataba desesperadamente por liberarse. Cuando soltó la lazada de los

tobillos, presioné el botón. El ruido del gas corriendo por las tuberías me hizo mirar de nuevo con más interés el interior. Pronto surgieron las llamas, provocando que Rahman se descontrolase aún más. Sus puños golpeaban impotentemente la ventanilla por la que le observaba, al tiempo que se desgañitaba por gritar palabras que no podía oír.

El fuego envolvió a Rahman, pero seguía viéndole luchar. Su piel enseguida empezó a ponerse roja, más de lo que ya estaba por la ira.

—Ese fluido ignífugo con el que le hemos cubierto está funcionando bien. —Escuché la voz de Igor a mi lado. Su cabeza estaba casi encima de mi hombro, observando la lucha desesperada de Rahman.

—No quería que se quemase demasiado rápido. —Lo sé, soy un maldito diablo sádico.

—Teníamos que haber traído unas palomitas. —Se alejó justo cuando Rahman cayó al suelo. Su lucha había terminado, pero yo no tenía suficiente, quería ver como el fuego lo devoraba completamente.

—La película no incita a comer. —Yo no comería mientras veo morir a alguien, no solo por respeto, sino porque mi estómago no lo soportaría. Puedo ser un sádico, pero todavía tengo estómago.

—Puede, pero la espera será muy larga. —Giré la cabeza para ver a Igor recostado en una silla no muy lejos de mí.

—Unas dos horas —le confirmé—. En otra situación no perdería mi tiempo esperando a que todo termine. —Me senté en la silla a su lado —. Pero si vamos a ensuciarnos las manos haciendo esto en persona, mejor hacerlo bien.

—A mí me parece bien, el que me pagues por estar sentado observando no es un problema. —Igor sacó del bolsillo una bolsa con frutos secos y me hizo un gesto para que pusiese la mano para darme una parte. Yo acepté.

—¿Pistachos sin cáscara? —observé en voz alta.

—Nada de pistas incriminatorias —se defendió.

—El crematorio es de nuestra empresa, Igor. Nadie va a quejarse si ensuciamos todo esto. —Pero tenía razón, no íbamos a dejar ninguna pista de nuestro paso por allí. Recogeríamos las cenizas, las volcaríamos con el resto de otras cremaciones de material y pondríamos cada cosa en su sitio.

—La costumbre. —Se encogió de hombros para quitarle importancia.

—Hace mucho que no hacemos este tipo de cosas. —Me metí un pistacho en la boca y mastiqué.

—El perro pierde antes el rabo que las costumbres. —En eso tenía razón. Podría estar algo mayor para estas cosas, pero aprendí desde bien joven a desenvolverme en este mundo, y eso incluía hacer cosas

malas y ser discreto sobre ellas. Nadie iba a pillarme haciendo algo ilegal, al menos no en persona. ¡Qué demonios! Tampoco iban a hacerlo de cualquiera otra manera. Pensar en ello me hizo recordar cierto asunto legal que tenía entre manos. ¿Habría conseguido Andrey quitarnos de encima a Carver? Tenía dos horas que perder, no estaba de más usar el tiempo en algo más productivo. Saqué mi teléfono y marqué.

—Hola, Andrey.

Capítulo 58

Andrey

Desde que Viktor me puso al corriente de lo sucedido con Katia y Carver, no pude evitar pensar que la historia, de alguna manera, volvía a repetirse. En aquella ocasión, cuando ellos dos empezaron su relación, apareció el agente Bloom del FBI para tocarnos las narices. Viktor, como era de esperar, había dado una paliza al ex de Katia, y las imágenes corrieron por las redes sociales como pólvora. Bloom enseguida vio su oportunidad para meterle mano a la familia. Una agresión de un Vasiliev grabada era un caramelo al que no se pudo resistir.

Pero lo de Carver era diferente. Esa hiena se había lanzado sobre Katia para aprovecharse de su amnesia, fingiendo que se conocían a un nivel mucho más personal de lo que era en realidad. La estaba engañando, utilizando su enfermedad para atraerla a su lado. Para él no era más que un medio para alcanzar su presa: Viktor. Como abogado de la familia no podía permitirlo.

Con el asunto del encarcelamiento de Grigor, mi moral estaba algo baja. No es que dejase de pelear, pero darte contra un muro una y otra vez no le ayudaba mucho a mi ánimo. Así que este asunto de Carver lo tomé como un revulsivo, algo que me devolviese de nuevo al juego judicial.

—Hola, Andrey.

—Sé por qué llamas. —Podía cerrar la puerta del despacho, pero no quería darle a Robin motivos para desconfiar. Además, seguro que ella era una de las piezas que nos vendría bien en el juego, y lo digo porque, siendo una exagente, sabía muy bien cómo trabajaban y lo que buscaba ese Carver. Ella cuidaría de Katia si Carver intentaba otra jugada desesperada, o si se presentaba otro tipo con las mismas intenciones. Que fuesen buenas amigas parecía que le daba unos privilegios que no tenía el resto de personal de seguridad.

—¿Y bien? —Viktor estaba impaciente por saber. Acomodé mejor el trasero en mi sillón y me dispuse a relatar mi largo día.

—He conseguido una orden de alejamiento por acoso contra Carver. Si vuelve a contactar o acercarse a Katia podemos meterle entre rejas por quebrantar la orden. —Él y yo sabíamos que no se conseguía una orden como esa con tanta facilidad, había que tener un juez dispuesto a firmarla, y daba la casualidad de que nosotros habíamos apoyado económicamente a algunas piezas políticas de la ciudad. Un juez, el alcalde… Peones grandes en puestos grandes. De los peones pequeños mejor no hablo, porque teníamos más de los que

pudiese enumerar, además de que no los conocía a todos.

—¿Nada más? —Para Viktor eso no era suficiente y, dado el caso, para mí tampoco. La ley no es más que palabras sobre un delgado papel, no servían para proteger a nadie realmente.

—Digamos que he tocado las narices a las personas adecuadas en la central del FBI aquí en Las Vegas. Les he advertido de que su hombre está recurriendo a métodos ilegales para obtener información privada de nuestras actividades empresariales, y que está acosando a algunos miembros de la familia en sus lugares de trabajo. Ha sido solo un toque de advertencia, pero creo que he sido lo bastante convincente como para que le pongan una correa a su perro, de lo contrario la demanda que les meta no solo irá contra Carver, sino contra sus superiores, porque ya habían sido advertidos con antelación.

—Y seguro de que te llevaste un testigo de peso para corroborarlo. —Viktor me conocía.

—Digamos que un funcionario del ayuntamiento estaba oportunamente por allí, y escuchó mi detallada disertación.

—Bien. —Me mordí el labio inferior, me moría de ganas por preguntarle qué tal había ido el otro asunto. Desde que me puse el traje de abogado apenas participaba en asuntos que implicasen mancharse las manos, al menos de forma literal. Viktor era un cabrón con suerte, siempre conseguía encontrar una excusa para hacerlo.

—¿Y tú qué tal? —Esperé impaciente su respuesta.

—Pues aquí, tomando unos pistachos con Igor.

—¿Nada más? —Detalles, Viktor, quería detalles.

—Pues me habría gustado contar con un par de cervezas frías, unos malvaviscos… No sé, ¿qué más se lleva a una acampada? —Dudaba que Viktor estuviese al aire libre en ese momento, pero no me sorprendía que hubiese cavado un agujero en mitad del desierto para meter el cadáver de Rahman dentro. La hoguera y un par de sacos de dormir serían parte del atrezo.

—No te imagino haciendo de boy scout.

—¿Por qué no?

—Demasiado rústico para tu gusto. Te has vuelto un urbanita, hermano, reconócelo. —Escuché una leve risa al otro lado de la línea.

—Unas sillas de playa, una hoguera en el jardín, para el caso es lo mismo que salir de acampada. Es igual de relajante.

—Ya, solo que tienes una nevera a mano y un colchón cerca para dormir. —Como dije, Viktor no había ido muy lejos de la ciudad para deshacerse de Rahman. Que lo iba a hacer lo sabía, el cómo no. A Viktor le gustaba guardarse ese tipo de detalles, sobre todo porque podía recurrir a mi desconocimiento del asunto si alguien me preguntaba.

—Ya me conoces, me gusta tenerlo todo. —En eso nos parecíamos. Escuché un leve crujido en el exterior de mi despacho, como sospechaba, alguien estaba escuchando, pero hice como si no me hubiese dado cuenta.

—Dale recuerdos a Katia. Y si Carver vuelve a aparecer, avísame. Pienso meterle un palo por el culo y enviarlo de una patada al Polo Norte. —Escuché una risilla al otro lado del teléfono, pero también en mi despacho. Alcé la vista para encontrar a mi mujer caminando hacia mí sigilosamente.

—Serás al primero al que llame. Buenas noches. Recuerdos a Robin.

—Buenas noches. —Colgué sin apartar la vista de Robin. Abrí los brazos, sabedor de la trayectoria que llevaban sus pies. En un segundo la tenía sentada sobre mi regazo, como si se tratase de una amazona.

—He venido a buscarte. —Mi mano descendió por su espalda hasta su trasero. Seguía estando tan duro como cuando la conocí. Se machacaba en ese gimnasio a conciencia, pero no me quejaba de los resultados.

—Es un poco pronto para ir a la cama. —Por la forma en que arrimaba sus pechos hacia mi rostro estaba casi seguro de que quería llevarme a la cama, aunque no para dormir.

—Había pensado pedirte uno de tus maravillosos masajes de pies, pero parece que has tenido un día duro en el trabajo. —Sus dedos estaban jugando con el pelo de mi nuca, consiguiendo erizarlo.

—Mucho.

—Entonces… tendré que buscar la manera de relajarnos a ambos. —Sentí el leve roce de sus yemas acariciando el contorno de mi oreja. Esta mujer estaba jugando con fuego, y lo sabía.

—Soy todo oídos. —Ella se mordió el labio inferior, haciendo que mi pene saltara en anticipación.

—¿Cuánto hace que no lo hacemos en tu despacho? —No necesité preguntar el qué, su mano estaba aferrando mis pelotas de forma muy explícita.

—¿Quieres hacerlo aquí? —pregunté relajadamente, como si no estuviese a punto de saltar sobre ella, arrancarle esos pantalones y penetrar en su interior con toda la rudeza que mi miembro demandaba.

—¿Tú qué crees? —Con la punta de la lengua, despacio, me lamió los labios, al tiempo que giraba las caderas en un sugestivo círculo para tentar a mi ingle. Como si necesitase más motivación, ¡ja!

—Puedo darte lo que quieres, preciosa. —No me moví.

—¿Y a qué estás esperando? —Otro vaivén pecaminoso de su pubis.

—A que me digas por qué. —Ella sabía que le estaba preguntando

por el motivo de aquella urgente necesidad sexual. Quería saber qué le había encendido.

—Me pone cuando sacas al abogado duro a patear traseros. —Como suponía, había escuchado mi conversación con Viktor. Sabía que le había puesto una correa legal a Carver para alejarlo de Katia.

Rápidamente senté a Robin sobre la mesa, tendí su cuerpo sobre ella y me coloqué entre sus piernas.

—Te pone más cuando este abogado se pone duro por tus provocaciones, y te da lo que necesitas sin darte tiempo a pedir más.

Bajé su pantalón del elástico, ataqué su ya húmeda vagina para prepararla mientras sacaba la fiera de mis pantalones y me incorporé para entrar bruscamente en su interior. Su cuerpo me esperaba, el mío la necesitaba, y juntos bailamos la danza primitiva que consumía la carne. Amo a esta mujer, y ella lo sabe.

Capítulo 59

Katia

Mientras regresaba a casa iba pensando en todo lo que había recordado, en el punto en que mi memoria se perdió, en todos los planes que iba a hacer ese día. Cierto es que había algunas cosas que no recordaba del todo, pero solo necesitaba ver algo, un sonido, un olor, para que los recuerdos relacionados con ello volviesen a mi memoria como si no hubiesen estado escondidos tanto tiempo.

Cuando llegué a casa no me sorprendió encontrarla casi vacía, solo estaba nuestra ama de llaves, y estaba terminando la cena para irse a su casa con su familia. Como una tonta me quedé observando cómo se movía en nuestra cocina, con la agilidad que recordaba de ella. Sabía dónde estaba cada cosa, y yo ahora también.

—¡Señora!, me ha sorprendido.

—Perdona, es que me he quedado ensimismada. No quería asustarte.

—No se preocupe. Tan solo es que ha sido muy silenciosa. No sabía que estaba ahí.

—No quería interrumpirte, parecías muy atareada.

—Solo la cena. ¿Quiere que le prepare algo más? —Eché un vistazo a lo que estaba a la vista.

—No, será suficiente. ¿Viktor ya ha llegado?

—No, señora.

—Voy a ducharme. Gracias por cuidarnos tanto. —Lali me miró extrañada.

—Eh, es un placer, señora.

Dejé que terminara sus tareas mientras yo le daba vueltas a la idea con la que llegué a casa. Cogí el teléfono y busqué el contacto de Viktor en la aplicación de mensajes. Tenía uno suyo: *Hoy llegaré tarde. No me esperes despierta*. Vaya, eso cambiaba mis planes, aunque… Me mordí el labio mientras contenía el entusiasmo dentro de mi cuerpo. Había comprado algo en una tienda para celebrar San Valentín, pero el nacimiento de nuestro primer nieto ese día cambió los planes. Luego sucedió lo de Grigor y las celebraciones quedaron aparcadas durante un tiempo. Yo acababa de recuperar la memoria, para mí era un buen momento para empezar a celebrar. Bueno, lo de la boda también cuenta, pero no es lo mismo. Era el momento de que la vieja Katia tuviese su celebración.

Tecleé una respuesta para Viktor: *Te dejaré algo para comer, si es que llegas con hambre.* Soy mala, muy mala, pero estaba segura de que eso le encantaría a Viktor. Él seguía siendo el mismo.

Subí las escaleras con alegría, entré a mi cuarto y empecé a rebuscar la ropa que iba a ponerme. Lo primero de todo, fui directa a la caja que tenía escondida en lo alto de mi zapatero. Cuando quité la tapa de cartón, aparecieron las botas de caña alta y tacón que había comprado una semana antes de San Valentín. Acaricié el suave cuero negro con las yemas de los dedos. Eran pecado. No podía esperar a probármelas. Me quité los zapatos y los pantalones y me las puse. Me miré en el espejo de cuerpo entero, giré para ver cómo le quedaban a mis piernas, a mi trasero… Ya no era la jovencita de antaño, pero todavía podía sacarle partido a unos tacones altos como aquellos. Un par de detalles más y Viktor y yo regresaríamos al pasado, nuestro pasado.

Viktor

Las luces de la casa estaban apagadas, algo que no me sorprendió a aquellas horas. No es que fueran las altas horas de la noche a las que acostumbraba a llegar antes del accidente de Katia, pero sí que era lo suficientemente tarde como para que ella ya estuviese dormida. El día había sido bastante largo para mí, así que no tardaría en caer como una piedra a su lado. No es que estuviese cansado, pero sí que había cerrado un asunto que me tenía enervado.

No había comido más que algunos pistachos, así que mi estómago estaba pidiendo algo que lo llenase. Probablemente cenaría algo, me daría una ducha y me metería en la cama. Acurrucarme junto a Katia y cerrar los ojos hasta mañana era un gran plan.

Cuando abrí la puerta noté que algo no estaba tal y como esperaba. Llegaba un leve ruido desde la planta del semisótano, donde estaba el gimnasio. ¿Alguien había dejado el equipo de música encendido? Quizás era Adrik que había hecho un viaje relámpago desde Chicago sin avisar. No era algo habitual, pero tampoco me parecía algo raro. Había algunos temas que era mejor tratar cara a cara.

Antes de afrontar una charla sesuda necesitaba alimentar mi cerebro con algo de azúcar. Vi el bizcocho que Lali nos había preparado para el desayuno. Me acerqué y corté un trozo, para ir masticándolo de camino al gimnasio.

El resplandor fue iluminando mi camino, pero antes de alcanzar la entrada, algo en mi cabeza me estaba avisando. Aquella música… Era una canción vieja, muy vieja, casi de… *Tainted Love* de Marilyn Manson. No recuerdo la primera vez que la escuché, pero sí la vez que encontré a Katia bailándola sobre una tarima. La barra de pole dance era el ancla que la mantenía allí arriba, lejos de mi alcance, lejos de todos. Era una diosa de pelo azul eléctrico que me sedujo con el sensual balanceo de sus caderas, sus curvas tentadoras y aquellas piernas interminables metidas en unas botas de tacón imposible y

cuero negro hasta las rodillas.

Como si mi mente la hubiese convocado, aquella diosa del pecado se materializó frente a mis ojos, en la barra de metal que había instalado tiempo atrás. Sus manos aferraban el metal con fuerza, mientras su cuerpo giraba, dibujando coreografías provocativas. Mi corazón se puso a latir como loco, arrastrando a cada célula de mi cuerpo toda la química que aquella visión estaba provocando.

Era Katia, mi Katia, bailando de la misma manera que hace veinticinco años y arrastrándome a su reino de lujuria y pecado, llamándome en silencio, atrayéndome a esa red donde ella era la araña que me iba a devorar. Cualquier otro lucharía por escapar, yo estaría encantado de morir devorado por ella.

Mis pies caminaban hacia ella hipnotizados por sus movimientos, mi boca salivaba de anticipación por el deseo de probarla y no tengo que decir cómo se encontraba mi pene. Necesitado, subyugado, hambriento… Cada parte de mí suplicaba por ella, por alcanzarla, por atraparla como una escurridiza mariposa, por llamar su atención.

En ese momento era un pobre hombre dispuesto a sacrificar cualquier cosa por tenerla. Mi vida por un beso, mi alma por una caricia, mi cordura por una mirada. Ella me poseía, ella era mi dueña. Podía hacer conmigo lo que quisiera porque yo era su esclavo. Sus ojos me miraron, pero no se detuvieron en mí. Ella sabía que estaba allí, parado frente a ella, suplicando por un poco de su atención, pero como toda diva, solo vivía para sus propios deseos, disfrutaba torturándome, le divertía hacerme sufrir. ¿Y qué iba a hacer yo? Nada, solo esperar. Me tenía en sus manos y ella lo sabía. Era una marioneta en sus manos. Lo único que podía hacer era respirar y observar; estaba atrapado, pero no quería escapar. Si por mí fuera, me quedaría allí para siempre. Sus ojos volvieron a mirarme, al tiempo que una sonrisa traviesa apareció en sus labios. Aquella sonrisa que… ¡Maldita sea!, ella lo recordaba todo, mi Katia había vuelto.

—¿Vienes a bailar? ¿O tengo que ir a buscarte? —Mi corazón se saltó un latido. No me equivocaba, ella recordaba.

Como un zombi guiado por su amo, avancé hasta ella con cuidado, como si aquel sueño pudiese desvanecerse si parpadeaba. No me atrevía a tocarla, solo me acerqué, hasta que mi cuerpo estuvo tan cerca del suyo que podía sentir el calor de su cuerpo acariciando mi piel. Sus brazos se alzaron para aferrar la barra por encima de su cabeza, mientras sus ojos no se apartaban de los míos. Con un fuerte impulso, sus piernas se levantaron al unísono para aferrar mi cintura en una fuerte tenaza. Con aquel tirón mi cuerpo se pegó aún más. Mis manos formaron una silla para su trasero, mientras mis pulmones se llenaban con su olor.

—Eres mío. —Su voz era el más subyugante canto de sirena.

Estaba atrapado, y ella lo sabía.

—Siempre he sido tuyo. —Mi boca asaltó la suya con hambre, sus brazos aferraron mi cuello y mi pene gritó de felicidad. ¡A la mierda la cena!, iba a darme el mejor de los banquetes.

Capítulo 60

Viktor

No podía apartar los ojos de los suyos, eran un mar en el que no podía evitar sumergirme. El cielo tenía que ser algo parecido a esto. Ella frente a mí, mi pierna entre las suyas, su muslo sobre mi cadera, mi mano sobre su cintura y sus dedos dibujando el perfil de mi mejilla. No necesitábamos hablar, nos bastaba con mirarnos.

—Lo recuerdo —dijo.

—Lo sé —respondí. ¿Cómo no saberlo? Hay cosas que no se pueden explicar, y el cómo habíamos conectado en esta ocasión era una de esas cosas que solo el tiempo y el conocer a tu pareja te da.

—Hay algunas cosas que van llegando, pero no es como antes.

—¿Qué quieres decir?

—Antes trataba de alcanzar algún recuerdo, pero parecía que había una pared de piedra que me impedía alcanzarlo. Pero ahora, es ver algo, o un olor, o un sonido, y ese recuerdo llega a mí sin convocarlo. A veces es algo abrumador, porque me sorprende en mitad de algo y parece que me desconecto de la realidad. Pero supongo que con el tiempo todo volverá. Lo importante es que te recuerdo a ti, a nuestros hijos, nuestra vida juntos. —Sus dedos tomaron un mechón de mi pelo con el que juguetear. Desde el accidente no había vuelto a cortármelo, para que se pareciese más a cómo lo tenía cuando nos conocimos.

—¿Cuál fue el detonante? ¿Qué hizo que tus recuerdos regresaran? —Su sonrisa se volvió dulce.

—Valentín. —Escuchar el nombre de nuestro nieto que hizo fruncir las cejas.

—¿Valentín?

—Tiene los mismos gases que su madre. Estaba dándole un masaje cuando las imágenes se mezclaron en mi cabeza.

—Ya sabes lo que dicen, todo tiene su lado bueno. —Sus labios se fruncieron en un puchero adorable.

—No creo que eso le consuele mucho. —Solté una carcajada. De unos gases molestos se sobrevive, pero eran mucho menos traumáticos que perder la memoria. Lo sentía por mi nieto, pero ese dolor acabaría haciéndole fuerte; en cambio, recuperar a su abuela, nos hacía más fuertes a todos nosotros, y lo digo por la parte emocional.

—La vida es dura, nunca es demasiado pronto para descubrirlo. Sobre todo si tienes a una abuela que sabe cómo ayudarte a aliviar el dolor. —Me incliné hacia ella para besar la punta de su nariz.

—Esta abuela necesita ir al baño. —Mi pene se quejó cuando el cómodo nido en el que se encontraba se alejó.

Katia abandonó el colchón, dejándome frío por su ausencia, pero no todo fue malo, tuve una espectacular panorámica de su trasero mientras se alejaba de mí. ¡Oh, mierda! Y aquellas botas… Mmmm, todavía las llevaba puestas, y con cada paso que daba parecía como si estuviese balanceando una imaginaria colita con ese pecaminoso trasero. ¿Saben esa famosa «tienda de campaña» con la que amanecen la mayoría de los hombres? Pues lo que tenía bajo las sábanas había levantado todo un castillo.

En otras circunstancias habría corrido detrás de ella, la habría cargado sobre mi hombro y la habría traído de vuelta a la cama, donde me enterraría dentro de ella hasta quedar satisfecho. O puede que la hubiese seguido al cuarto de baño para ponerla mirando al espejo y penetrarla desde atrás mientras atormento su pubis con mis manos. No sería la primera vez que la veo correrse frente a mí, que su cuerpo se estremece completamente ante mis ojos, mientras siento cómo me exprime con fuerza mientras me lleva al cielo.

Miré de nuevo hacia mi desafiante apéndice inferior, estaba gritando con todas sus fuerzas que dejase de imaginar, que fuese a ese cuarto de baño y nos hiciese felices a todos.

—Tranquilo. Cuando vuelva la tendremos los dos, solo dale su tiempo. —Después de todo el movimiento en la zona de ahí abajo, era normal que su vejiga pidiese ser aliviada también. Pero después… tenía algunos planes con sus vecinos.

Katia

¿Han intentado mear, perdón por la palabra, con botas de tacón alto? El caso es que tienes que agacharte más, mucho más, hasta tal punto que tus rodillas quedan mucho más arriba de donde es cómodo que estén. Pero hay una solución para ello, y es cambiar el protocolo. Con eso quiero decir, que normalmente las chicas meamos con la pared a nuestra espalda, pero en este caso es mejor darle la vuelta a nuestra perspectiva. Eso es, sentarse a horcajadas. Y si además le sumamos un sanitario de estos japoneses, wow, la experiencia se vuelve muy interesante. ¿No saben a qué me refiero? Pues a ese chorrito de agua que sale de ahí abajo para limpiarte «el bajo fondo». El que no lo haya probado no sabe lo que se pierde. Y luego, un chorrito de aire caliente en la misma zona.

Ya tenía los genitales sensibles por toda la atención que le había dado mi marido, así que todo aquello me lanzó a otro lugar. Necesitaba más, quería más, y solo había una persona que podía dármelo todo. Recuperar la memoria no me había convertido en una obsesa del sexo, pero sí que me había dado la suficiente confianza como para saber lo que podía o no podía pedirle a Viktor.

Me puse en pie, caminé unos pasos y me detuve frente al espejo.

De joven no tenía inseguridades, sabía que mi cuerpo era esbelto y firme. Pero ahora, con un montón de años encima, había perdido la tersura y frescura, mi cuerpo ya no levantaría pasiones entre los hombres. Pero tenía algo a mi favor, y era seguridad. Sabía lo que quería y como conseguirlo, podía dejar fuera la vergüenza y el miedo al qué dirán, porque ya no me afectaban las opiniones de los demás.

Mirándome de frente, podía ver a la mujer en la que me había convertido, y parte de esa culpa la tenía Viktor. Él me había ayudado a cocinar este pastel. Y pensando en él… Mi ceja derecha se alzó mientras una sonrisa depredadora aparecía en mis labios. Era el momento de saciar mi apetito. Conocía a mi hombre y sabía que solo necesitaba un pequeño incentivo para entrar en el juego.

—¿Tendré que hacerlo yo sola? —Escuché algo caer con fuerza al suelo, una maldición unida a la palabra sábanas y pocos segundos después vi a Viktor llegar a mi lado. En su mirada tenía el mismo brillo depredador que había en la mía.

—Creí que necesitabas espacio para tus cosas. —Se disculpó mientras sus dedos me tomaban por la cadera. Sus ojos me miraban desde el espejo, haciendo que el fuego creciese en los lugares correctos.

—¿Las botas no te dieron una pista? —Su cabeza se inclinó hacia abajo para mirarlas. Arqueé la espalda para alzar un poco más el trasero. Pude notar lo que aquel gesto provocó en su cuerpo.

—Vas a matarme. —Sonreí con malicia mientras abría un poco las piernas, mostrándole el camino que debía seguir.

—Pero morirás feliz. —Sentí como me penetraba de una rápida embestida. El camino hacía tiempo que estaba lubricado, así que entró con facilidad hasta el fondo.

—Amo estas botas. —Sabía por qué lo decía, porque con ellas estaba a la altura perfecta para él.

Me incliné hacia delante, apoyándome en el mármol del lavabo, cambiando ligeramente el ángulo de penetración. Él me entendió enseguida. Una de sus manos alcanzó mi pubis para masajearlo mientras sus embestidas se volvían cada vez más profundas y poderosas. Su ritmo fue demencial, pero no me dejaría a medias, sabía cómo llevarme a la cima.

Estallé en mil pedazos cuando me llevó al éxtasis, pero no se detuvo, siguió moviéndose hasta que se corrió dentro de mí. Mis piernas temblaban, pero él no permitiría que cayese. Estaba segura en sus brazos, siempre lo estuve y siempre lo estaría.

—Eres un diablo. —Susurró junto a mi oído antes de clavar suavemente sus dientes en mi hombro.

—Y tú un lobo. —Viktor sonrió y después depositó un suave beso en el mismo lugar donde me había mordisqueado.

—Perfectos el uno para el otro. —Tenía que darle la razón.

Epílogo

Katia

Ser madre es una experiencia incomparable, pero ser abuela es algo totalmente diferente. No duerme igual una madre que una abuela. Y no me refiero al momento en el que el retoño está a tu lado, sino al hecho de poder dejar de estar de guardia constantemente. Olvidarte de la hora de la comida, de que duerma, de sus pañales, de todo lo que requiera una visita al médico, de sus llantos… Sin olvidar que tienes que seguir ocupándote de que la ropa esté limpia y la nevera llena, y de que la casa no se te caiga encima. Y que digan lo que quieran, pero los padres no hacen lo mismo.

He visto a Drake cambiando pañales, ocupándose de la colada, ir al supermercado, y reconozco que es una ayuda terrible. Incluso soy consciente de que se levanta por las noches cuando hay que darle de comer a Valentín, y que se turnan para ir a la cuna cada vez que el niño llora. Pero las ojeras de una madre siempre son más grandes que las de un padre, porque estamos pendientes de todo, incluso cuando no nos toca. Las madres no podemos dejar de controlar, como si temiésemos que si no lo hacemos, las cosas no se harían como deben.

Y no sé si solo me ocurrió a mí, pero también me levantaba a comprobar que el bebé dormía bien. Me quedaba observando en silencio, viendo cómo su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración. Los hombres no hacen eso, no al menos en mitad de la noche, cuando se supone que tienen que estar descansando. Cuando el bebé llora, aunque no sea el turno de la madre, ella siempre se queda escuchando hasta que se asegura de que su pequeño es atendido. No es por desconfianza en nuestra pareja, sino por el simple hecho de saber que lo hacen bien, o por si necesitan ayuda. Nos creemos insustituibles.

¿Por qué digo ahora estas cosas? Será porque tengo a mi pequeño Valentín en los brazos. Acaba de dormirse después de terminar su biberón calentito. Esa tripita suya la mantengo a raya, y hace tiempo que apenas le da problemas.

—¿Quieres que le lleve a la cuna? —Me giré para mirar a Viktor.

—Todavía no. —Como dije, no es lo mismo ser madre que abuela. La mamá tratará de endosarle a su pequeño a alguien que lo cuide bien mientras ella descansa, la abuela trata de tener al pequeño a su cuidado cada vez que tiene ocasión.

—Aún eres joven, podrías tener… —Lo corté antes de que continuase, sabía hacia dónde iba y no me gustaba ese camino.

—De eso nada. Hay un refrán que dice «un tiempo para cada cosa

y cada cosa a su tiempo». Fui madre en el momento que me correspondía, y ahora lo que toca es ser abuela. —Viktor alzó las manos en señal de rendición mientras sonreía.

—Solo era una idea. Sabes que yo te apoyo en todo —se defendió.

—Ya, centrémonos solo en la parte lúdica. ¿Te parece? —Viktor sonrió travieso.

—Soy tu esclavo. —Daba gusto negociar así.

—Bien, esclavo. Entonces entra ahí dentro y tráeme un poquito de ese helado de fresas que ha traído tu hija.

—Puedo quedarme yo con Valentín mientras vas tú a por él. Sabes que te han echado de menos. —Viktor señaló la puerta que comunicaba con el salón donde estaba el resto de la familia. Yo me había ido a un lugar más tranquilo para dormir al pequeño, lejos del ruido.

—Las prioridades son las prioridades. —Miré embobada a mi pequeño—. Además, ya tendrán tiempo de hartarse de mí. Pienso disfrutar de su compañía más a menudo. —Había tomado la decisión de disfrutar un poco más de la familia y trabajar menos. Gracias al accidente, me había dado cuenta de que hay que vivir un poco más—. Y tengo un marido fuerte y valiente que peleará por arrancar a esas fieras un poco de helado para su mujer. —Le miré con malicia. Tanto él como yo sabíamos que los postres tenían una vida muy corta si su hermano Nick estaba cerca. Era como tratar de arrancarle a un oso un tarro de miel. Mejor mandaba a la artillería pesada.

—Vivo para cumplir tus deseos, mi ama. —Viktor se inclinó para tomar un beso de mis labios y luego fue a cumplir con la misión que le había encomendado.

Me balancee en la silla mientras acomodaba mejor a mi nieto. Él me había traído de vuelta, pero no rechazaba el regalo que mi accidente me había hecho. Había descubierto que con recuerdos o sin ellos, siempre escogería a Viktor. ¿Cuántas mujeres podrían decir que han encontrado al hombre de su vida? Yo lo hice, dos veces, y resultó ser el mismo.

Pero no solo tengo a Viktor a mi lado, sino a toda su familia. Asfixiante cuando debe serlo e invisible cuando se necesita. Ellos siempre están ahí, al igual que yo siempre estaré para ellos, para todos.

Carver

Oklahoma, ¿qué mierda se suponía que iba a hacer yo en Oklahoma? ¿Qué se suponía que tenía que hacer un agente del FBI aquí para poder ascender? Iba a morirme de aburrimiento, y lo peor, mi carrera se estancaría.

Pero no soy de los que se rinde, estaría un tiempo en esa mierda de

destino y después regresaría a donde está la acción. Cubriría esa maldita baja y regresaría. Mi superior dijo que sería algo temporal, solo hasta que encontrasen a un pringado que hubiese metido la pata lo suficiente como para endosarle esa plaza. No querría estar en la piel de ese pobre idiota.

—Su billete. —La azafata me sonrió detrás de su pequeño mostrador.

—Aquí tiene. —Se lo entregué. Algo llamó mi atención mientras lo revisaba. Había un par de hombres esperando a uno de los lados del pasillo de acceso al avión. Había algo sospechoso en ellos. No llevaban uniforme y tampoco parecía que fuesen a embarcar. ¿Qué estarían haciendo allí?

—Que tenga un buen viaje, señor. —Recogí mi billete de manos de la azafata y avancé.

—Sí, señor Carver, espero que tenga un buen viaje. —Aquel hombre… Viktor Vasiliev en persona me estaba sonriendo. Tuve que pasar por delante para acceder al avión. ¿Por qué se había presentado allí? ¿Por qué…? ¡Hijo de…! Ese malnacido había metido su sucia mano en todo esto. Yo era el pringado que enviaban al culo del mundo, y él había sido el que lo había orquestado todo. Su sonrisa, aquella maldita sonrisa del diablo—. Olvidó algo, señor Carver —tuve que volver la cabeza hacia atrás porque ya le había pasado—, no se juega con un Vasiliev.

Si quieres conocer la historia original de Viktor y Katia, la puedes encontrar en

“Préstame tu corazón”

Libros de este autor

Préstame tu corazón

Un Vasiliev, pierde o gana, pero no se rinde. Si cae, se levanta una y otra vez, hasta que ya no puede hacerlo.Viktor es un Vasiliev; y los Vasiliev son más que una familia; es la ley, es un dogma de fe por el que se rigen todos y cada uno de sus miembros, y todas y cada una de las personas que trabajan para ellos. Como en toda mafia, la ley Vasiliev se cumple, no se discute. La acatas o pagas las consecuencias. Viktor es el brazo ejecutor, quien se encarga de que todo se lleve a cabo según sus normas y mantiene a raya a las piezas díscolas. El que corta cabezas e imparte justicia, el que hace el trabajo sucio, el que opera en la sombra, el que no duda en mancharse las manos o golpear si la situación lo requiere. Viktor es el que no puede permitirse tener corazón.

Préstame tu fuerza

Nick Vasiliev mantiene viva la leyenda del Ruso Negro, como lo hizo en su momento su hermano mayor. Sabe muy bien cual es su responsabilidad con la familia, sus obligaciones, pero eso no quiere decir que no se divierta también. Ser el hijo pequeño del gran patriarca de la mafia rusa en Las Vegas tiene sus ventajas, pero eso no le libra de trabajar en los negocios que posee su familia; aquí no se regala nada, y él lo sabe.

Préstame tu sonrisa

Andrey carga sobre sus espaldas el peso de ser un Vasiliev, sabe que el amor es algo a lo que no puede aspirar, porque ser quién es le excluye de ese juego.Aquellos por los que se permite sentir algún tipo de afecto es por su familia, porque ellos son los únicos que le serán leales y cuidarán de él, aunque su corazón sea una fría piedra de hielo.Pero a veces basta una cálida sonrisa, para romper los recios muros de un corazón congelado.